¿Te miento,
o te digo
la verdad?
Coral Moon

Título Original: ¿Te miento…, o te digo la verdad?

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la prioridad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © Coral Moon, 2016

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2016

Conversión a libro electrónico: Coral Moon.

Agradecimientos

Sin mi marido no sería posible escribir estas historias, él es mi mayor muso, quien siempre está a mi lado, quien sufre tanto como yo. Mis hijos, que también sufren mis

estados de ánimos frente al ordenador, mientras escribo, mientras pienso… ¡Se lo merecen todo!

A mis amigas que tanto me dan sin saberlo, como Lina Galán, una amiga que me ha demostrado que la distancia es solo una palabra, estás tan lejos y yo te siento tan, tan cerca. Siempre estás disponible para echarme una mano siempre que te lo pido o incluso a veces, sin necesidad de pedírtela. Estás ahí. ¡Gracias!

A María José, «Mi Mary» sin ella mis historias no cobrarían vida. No sabes todo lo

que aportas cuando me lees y me das tus consejos, cuando te cuento mis ideas. ¡Ah, por

cierto! No me olvido, que, gracias a ti, tenemos este título, fue idea tuya ¿recuerdas?

¡Gracias! A Nuria, todavía recuerdo cuando te mandé el manuscrito, te lo leíste en un

plis plas y luego me mandabas audios deseando saber más, me aportas mucho mi niña.

¡Gracias! A mis brujís «Reme, Cris». ¡Gracias!

Manoly, ¡Ay, mi Manoly! No sabes cómo agradezco tu ayuda también.

A mis lectores que también sin saberlo, lo hacen posible. Hacen posible que la historia crezca, que tenga más ganas de seguir escribiendo por todo el apoyo que recibo y mucho ánimo. Sin vosotros, nada tendría sentido.

Gracias, gracias, gracias y mil gracias.

«Lo que ahoga a alguien no es caerse al río, sino mantenerse sumergido en él»

Paulo Coelho

PRÓLOGO

Uno de mis lugares preferidos para pasar el tiempo con mis amigas es el bar «El Gallego». Es un lugar en el que me siento como en casa, y todo hay que decirlo, me pongo las botas con las tapas y pinchos que aquí nos ponen.

Estoy charlando con mis dos mejores amigas animadamente, cuando veo entrar a mi hermano Sergio, que lleva saliendo con Trini dos años, acompañado de Marcos, su mejor amigo y… mi… ¿amigo con derecho a roce?

Hemos salido dos veces, una, cuando tenía quince años: Fue mi primer novio al que le

daba besos de verdad y, algo más que solo se le da a alguien una primera vez; mi virginidad. Y con veinte años, cuando estaba estudiando en la universidad. Las dos veces que salimos juntos, me engañó con otra, con varias, para ser sincera. Después de

pasarlo mal, llorar y llorar, decidí… ser una mujer… diferente, de estas de las de hoy

en día, que viven para ellas mismas y no para tener que gustar a los hombres, que lo

único que te producen son dolores interminables de cabeza. No es que yo sea una experta en relaciones, pero soy hija de padres divorciados y mi hermana Carlota, siempre ha sufrido por amor, tiene dos hijos, está separada y la pobre tiene que ocuparse de todo, sin contar con todas las cosas que le pasan, que, si no te pasan a ti, ya le pasan a ella.

Así que dicho esto… Os imagináis para que puedo usar a Marcos, ¿no? Pues eso, quedo con él, me doy un revolcón y si te he visto, no me acuerdo. Al fin y al cabo, los

dos salimos ganando, aunque últimamente he de reconocer que no está en su mejor momento sexual.

Saludo a Marcos levantando las cejas con una sonrisa traviesa en los labios, y levanto

el botellín que sostengo en mi mano derecha saludando a mi hermano que se acerca a

darle un beso a su amada Trini. Lo que me costó juntarlos a los dos y ahora, lo que me

cuesta separarlos, aunque sea media hora. Nuria y yo nos miramos fingiendo una arcada y rompemos a carcajadas, aunque en secreto, las dos estamos deseando

encontrar algo parecido a lo que Trini y mi hermano tienen. Amor puro y de película. Y

si soy realista, me muero de envidia sana; aunque no quiero hombres en este momento,

lo tengo claro, quiero disfrutar y vamos, que no me fio de ninguno.

Trini y yo hemos heredado la amistad de nuestras madres. A Nuria la conocimos hace

unos ocho años, una Nochevieja, en pleno centro de Madrid, cuando a la pobre la dejaron tirada como a una colilla. Estaba sentada en la acera frente al pub en el que íbamos a entrar, era nuestra primera Nochevieja fuera de casa y nos llamó la atención.

No la conocíamos de nada, pero, aun así, nos acercamos a ella. Desde entonces las tres

nos hemos vuelto inseparables. Tenemos muchas cosas en común, pero hay algo que solo Nuria y yo compartimos en secreto: solemos ir a clubs Swinger, normalmente lo

hacemos juntas y luego allí, cada una va a lo suyo. Es una manera de mantenernos controladas, en este mundo una no sabe con quién se puede topar y hay mucho loco por

ahí suelto.

Me río abiertamente ante los comentarios de mis amigas y noto como la mirada de Marcos se clava en mí. Lo miro y sonrío levantando de nuevo mi botellín. Él hace lo

mismo hasta que con un gesto me señala el baño, que no está muy lejos de la mesa en la

que nos encontramos.

Me levanto con cierto disimulo, aunque mis amigas no son tontas, se dan cuenta de todo

y sospecho, que saben que de vez en cuando… nos liamos.

Le espero en el baño y Marcos no tarda en aparecer, toca la puerta y le hago pasar. Nos besamos con ansia, pero enseguida me doy cuenta de algo. Yo no he sido quién le ha

dicho, «Oye, vamos a darnos un meneo» No. Ha sido él y eso… no me gusta nada.

—¡Para, para un momento! —Empujo su pecho, haciendo que se aparte de mí.

—¿Qué pasa Paula? —Pregunta, sin entender nada con una sonrisa en los labios.

Le miro. Marcos es muy guapo, es jodidamente guapo.

—¿Crees que puedes hacer lo que tú quieres? —le recrimino.

—¿No queremos los dos? —Se acerca para besarme de nuevo. Le aparto otra vez.

Cierro los ojos. La verdad es que ahora mismo me muero por echar un polvo rápido en

el baño, pero no. Debe quedarle claro que soy yo quien decide cuándo, cómo y dónde.

—Hoy quieres tú solo, Marcos. —Miro mi reloj —tengo que marcharme —abro paso

y salgo del baño.

—¿Qué tienes que marcharte? Pero tú, ¿de qué vas? —pregunta enfadado.

—¿De qué vas tú? ¿Es qué no te queda claro que no eres tú quién decide? —le miro

entrecerrando los ojos. Al ver que no responde, me doy la vuelta orgullosa de mí por

controlar la situación y no complacerle.

Vuelvo a la mesa y dos minutos después, lo hace él. Al parecer ya se le han quitado las ganas de seguir en el bar, le dice algo a mi hermano y sin despedirse, se marcha.

Hala, adiós muy buenas.

Miro la hora, aún es temprano, así que con el calentón que llevo en este momento,

tengo claro a donde voy a ir a desahogarme. Me despido de mis amigas, de mi hermano y subo a mi coche; un Seat Ibiza más viejo que el copón. Es el coche que se compró mi

hermano cuando se sacó el carné, el que heredó mi hermana años más tarde cuando también se lo sacó y el que heredé yo, hace cuatro años.

Bajo de mi coche que hace un ruido espantoso al abrir y cerrar la puerta y accedo a mi

local favorito, donde trabaja nuestro amigo Julio; camarero macizorro que te moja las

bragas en cuanto su mirada, se cruza con la tuya. ¡Por cierto!, está soltero. Su última novia le dejó porque era muy celosa y no soportaba este mundo. No la culpo. Aquí hay

muchas tías que están deseando pasar un buen rato con él y todas le han tirado los trastos. Yo nunca, que quede claro, no porque no me guste, pero somos amigos y a mí

personalmente, no me gusta mezclar las cosas, aunque el tema de Marcos es diferente.

Solo lo utilizo por decirlo de alguna manera, para que vea que yo controlo la situación y que dejé de ser la tonta que se quedaba esperándole, que ya no soy la misma.

Entro al local, saludo a Julio y me siento en la barra a la espera de que me sirva una

copa.

—Hoy será rápido. Vengo con un calentón de la hostia —le digo con una sonrisa en

los labios.

—Si quieres… —mira su reloj —acabo en una hora —sonríe y noto como me pongo

colorada como un tomate a tiempo que mis bragas se humedecen.

—Una hora es mucho tiempo —le guiño un ojo —pero gracias bombón—. Miro a mi

derecha y me encuentro con la mirada de un tío que no deja de mirarme el escote. ¡Está

bastante bueno! Así…, fuertote, guapete. No tarda en entrarme. Hacemos lo típico, charlamos un poco, sonreímos como dos bobos, manita por aquí, por allá. Miradas

intensas… Hasta que juntos, nos vamos hacia una de las habitaciones privadas disponibles del local, dónde tienes la seguridad de que nadie puede molestarte si no quieres.

1

¡Madre mía que calor me está entrando!

Cada botón que me va desabrochando me excita aún más. Detiene la mano, me mira, y

antes de que diga algo, pasa al siguiente botón. ¡Dios! Mi respiración se acelera, la suya también.

—¿Es la primera vez que vienes a un local como este? —Pregunto por curiosidad.

—Sí, no te voy a mentir. ¿Qué quieres que te haga primero? —Mi cuerpo se

estremece y mis bragas se empapan cada vez más.

—Quiero que me folles y me hagas gritar —le susurro al oído mientras poso mis manos en el enorme bulto que sobresale de sus pantalones, los cuales me encargo de ir

desabrochando.

Mi blusa resbala por mis hombros, la dejo caer al suelo. El hombre que tengo frente a

mí, acaricia mis pechos despacio, acerca su boca y lame mis pezones que no tardan en

ponerse duros.

¡Joder!

Hecho mi cabeza hacia atrás mordiendo mis labios gustosa.

Hay poca claridad, pero suficiente con los focos de color violeta y rojos, que alumbran en la habitación creando un ambiente erótico. Puedo ver la silueta de este hombre que

tanto me está poniendo.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la magnífica sensación de sentir unas manos

grandes por mi cuerpo semidesnudo mientras Edu, que así es como me ha dicho que se llama, acerca su boca a la mía. Baja sus manos hasta mis pantalones para deshacerse

de ellos.

¡No hay cosa que más me ponga que me desnuden despacio, mientras me miran, me desean, me tocan!

Su boca se pega a la mía y pronto su lengua intenta abrirse paso en mi interior, pero en cuanto lo que siento no es a una persona besarme, sino a un animal lamiéndome, llenándome de babas, no tardo en apartarme. ¡Qué asco, por favor!

—¿Qué pasa? —Noto el tono de decepción al formular su pregunta en cuanto le empujo.

—Nada de besos —le contesto, haciendo que suelte una leve carcajada.

—¿No te gustan los besos? —Me empuja hacia él.

—Quiero ir al grano. —Elijo decirle eso a no decirle que besa de puto culo, ¿no? A ver si ahora por ser sincera, me quedo sin fiestecita.

Agarra mis manos llevándolas a mi espalda. —¡Esto ya es otra cosa! —Sonrío.

—¿Te gusta el sexo duro, nena? —pregunta excitándome cada vez más.

—Sí —sonrío con una sonrisa pícara.

Edu por fin se deshace de mis pantalones. Desliza sus dedos hasta mis bragas y con un movimiento brusco, me las arranca. ¡Literalmente!

Cierro los ojos y aprieto los labios conteniendo un poco de rabia ¡A tomar por culo treinta euros!

Hay personas que se gastan el dinero en videojuegos, música, otras como mi hermana en maquillaje (cuando puede), otras en gilipolleces, pero yo no: yo me lo gasto en ropa interior y en libros. Sí, es algo que siempre me ha gustado hacer, lo disfruto, así que… que me las arranquen de esa manera…, me jode y mucho.

—Me debes treinta pavos —le digo seria.

—¿Treinta euros? ¿Es qué cobras? —Se toma una pausa al formular las dos preguntas y a punto estoy de soltar una carcajada.

—Te has cargado unas bragas de treinta euros —le aclaro.

—¿En serio? —Acerca su boca a la mía, pero no llega a besarme, menos mal. —Rompe mis calzoncillos, así estamos en paz —contesta con voz ronca, algo divertido.

Termino riéndome y acabo metiendo mis manos en sus calzoncillos. Agarro su miembro duro, suave y sedoso, listo para mí. Sonrío.

¡Qué bien me lo voy a pasar!

Ansiosa por recibir lo que he venido a buscar, localizo la cama con la mirada. Lo empujo hacia ella y se deja caer.

Necesito a un hombre que me haga gritar de placer, que me deje extasiada, presa del

orgasmo. Quiero sexo duro y todo últimamente se hace con demasiada delicadeza, demasiados preliminares que ni siquiera son de agradecer. Quiero que sea otra persona

y no Marcos quien me lo pueda proporcionar.

Julio me suele decir que no hay hombres cabrones, sino mujeres tontas. Todas terminamos volviendo y por muy cabrón e hijo de puta que sea un tío, como sea bueno

en la cama, no lo podemos evitar, caemos.

Y es verdad, lo admito; Marcos en su día me hizo mucho daño, pero… cuando me toca,

cuando me hace suya, me hace olvidarlo todo y sé que eso es lo que hoy en día me une

a él de cierta manera.

Clavo mis rodillas en el blando colchón que guarda secretos inconfesables de todas las personas que han estado aquí. Si lo pienso, me da un poco de asco. Me centro en lo que

estoy haciendo y evito pensar en los malditos gérmenes.

Vuelvo a introducir mi mano entre sus calzoncillos y despacio, me deshago de ellos.

Juego con su miembro, lo acaricio despacio, de arriba abajo, esparciendo el líquido preseminal por su glande.

—¡Chúpamela encanto! —Posa sus manos en mi cabeza y me empuja en dirección a

su miembro.

Me aparto.

—Chú-pa-me-la —me repite como si fuera tonta.

¡Huy, creo que este se está confundiendo conmigo!

Chasqueo varias veces la lengua contra mi paladar, negando con la cabeza.

—Me gustan las guarras como tú, que me la chupen y se la metan en la boca profundamente hasta provocarse arcadas.

¿Me ha llamado guarra? ¿En serio? Frunzo el ceño y dispuesta a no complacerle a él,

sino a mí, ando de rodillas sobre el colchón hasta que llego a su cara.

—¿Por qué no mejor te callas un poco y me demuestras lo que tú sabes hacer? —

Pongo mi sexo sobre su boca y hago que me lama. Lo hace despacio, succionándome.

Gimo gustosa mientras me balanceo, notando como su lengua recorre mi sexo de arriba

abajo. No es que sea el mejor sexo oral que haya tenido, pero es aceptable. Si hago un

esfuerzo con mi mente, seguro que consigo llegar al orgasmo.

Pongo las manos sobre la pared para sujetarme. Sigo con mi balanceo buscando mi propio placer y al cabo de unos minutos, cuando estoy a punto de encontrar ese placer

que tanto anhelo, el hombre que estaba a punto de proporcionármelo, agarra mi cintura, tira de mí y con un movimiento se clava en mi interior, penetrándome fuerte y hundiéndose en lo más profundo de mi cuerpo.

Suelto un grito ahogado.

Lo miro, esto ya me va gustando más. Sonreímos, pero noto como la sonrisa se me va

congelando al ver la cara de placer que está poniendo en cada embestida.

«Qué no se corra, que no se corra» Suplico mentalmente.

Y se corre. ¡Mierda!

Dejo de moverme y suelta un gemido de placer. Casi diría que parece una mujer chillando mientras se deja llevar. ¡Me cago…! Lo miro extrañada. No veo ninguna intención por su parte de darme algo parecido a lo que él ha recibido, en cuanto me aparta echándome a un lado. Se quita el preservativo y se inclina para coger un paquete de toallitas que hay sobre una pequeña mesita.

Me levanto de la cama. Froto mi cara confusa, localizo mi ropa y comienzo a vestirme.

—¿Ya te vas? ¿No quieres repetir? —Oigo que me dice.

Lo miro a punto de soltar una carcajada en su cara.

—¿Te miento, o te digo la verdad? —pregunto.

—La verdad, claro.

—Me voy y no, no quiero repetir —le digo.

—¿Es que no te ha gustado? —frota su barbilla.

—No —me sincero —de hecho, te ha faltado llorar mientras te corrías. En serio, no

pierdas el tiempo en venir a locales como este.

—¿En serio, no te has corrido? —Parece que se lo toma a guasa, se ríe. —Si me das

unos minutos, puedo…

—Tranquilo, no te molestes —termino de vestirme y me dirijo hacia la puerta.

—¿Volveré a verte?

Me río, no lo puedo evitar.

—Como tú comprenderás, no. Yo sola me doy más placer.

Salgo de la habitación. Atravieso el pasillo que me separa de las demás salas del local y voy directa hacia la barra, donde Julio cruza una mirada conmigo y al ver mi cara,

noto cómo me mira con cierta preocupación. Aunque al mismo tiempo, la comisura de

sus labios le tiemblan, está aguantando las ganas de reírse el muy cabrón. Lo conozco y por desgracia, él a mí también.

—¿A dónde vas? ¿Qué ha pasado ahí dentro? —Intenta no reírse, sé qué hace mucho

esfuerzo por no hacerlo.

—Deberías decirle a tú jefe que hiciera algún control de calidad, cada vez aguantan

menos —ahora soy yo quien se ríe.

—Pon una queja y veremos qué se puede hacer —se cruza de brazos en la barra y nos

reímos los dos. —Si me esperas un rato a que termine mi turno, nos vamos a dar una

vuelta y te acompaño a casa —lo miro de forma tierna, a veces no entiendo cuando está

de coña (ya que solemos tener muchas) o me lo dice en serio.

—No hace falta, en serio. Mañana si quieres te llamo —me acerco a él y le doy dos

besos despacio, como a él le gustan, en las mejillas.

—Nunca llamas —me contesta divertido mientras camino hacia la salida.

—Siempre sé dónde encontrarte.

Subo a mi coche y en veinte minutos llego a casa. Nada más dejar mis cosas sobre la mesa, entro en el baño, me doy una ducha, que al principio pensaba que sería rápida,

pero termino tardando más de lo normal. Finalmente, salgo después de haberme corrido dos veces con el chorro del agua.

Lío mi cuerpo con una toalla y me dirijo hacia mi habitación. Cuando entro en el baño

de nuevo a dejar la toalla para que se seque, me miro al espejo encontrándome conmigo misma. Toco mi pelo húmedo y así me quedo un rato; mirándome sin pensar en

nada, por lo menos de manera consciente. No tardo en irme a la cama después de echarle de comer y

despedirme de Putin, mi hámster ruso.

2

A las ocho de la mañana el despertador suena. Me quiero morir, tengo mucho sueño y estoy tan calentita que casi no tengo fuerzas para luchar conmigo misma. A duras penas termino levantándome tirando todo a mi paso. Voy al baño, lavo mi cara y de nuevo me miro al espejo.

—Si no te hubieras ido de parranda un lunes por la noche, y no te hubieras acostado tarde, no estarías así —me reprocho mirándome.

Sí, hablo sola. Todo el mundo lo hace, ¿no?

—La vida está para vivirla —me justifico.

Intento disimular mis ojeras y mi piel pálida con una hidratante con color, así evito las preguntas que mi madre me hace la mayoría de las veces.

«¿Dónde has estado?» «¿Crees que puedes pasarte la vida acostándote a las tantas y sin buscar trabajo?» «¿Así es cómo vas a encontrar a alguien decente?»

Casi la estoy oyendo.

Mi madre está empeñada en que no soy una mujer de provecho, por pensar tanto en irme de fiesta (realmente está en lo cierto), por no encontrar trabajo según ella porque no lo estoy buscando (mentira cochina) y, que con mi actitud no voy a encontrar un hombre de provecho (no creo que ahí fuera, haya alguien decente para mí).

Suspiro y vuelvo a mi habitación donde me visto, preparándome para recoger a mis dos sobrinos a casa de mi madre que solo vive dos plantas más abajo.

Hay más cosas que no os he contado de mí. Una de ellas es que hace unos meses me despidieron de mi trabajo como secretaria en una prestigiosa empresa de cosméticos, por mandar a la misma mierda a la que era mi jefa. Estallé, sí. ¿a nadie le ha pasado nunca? Estaba harta de sus quejas, de sus gritos, de sus insultos y yo, soy de las que no soporto estar al lado de una persona que se creé superior. Me tragué mi orgullo muchas veces, pero la última vez, no pude estar callada y desde entonces, todavía no he cobrado la nómina de este mes y me falta la mitad del otro.

Ahora ayudo a mi hermana con los niños hasta que encuentre algo. No hago mucho, quien más hace es mi

madre que se encarga de ellos durante el día, pero llevarlos al

colegio, por lo menos le quita algo de trabajo. Sabemos lo mal que lo está pasando Carlota, desde que hace un año, se separó del que era su marido. (Un imbécil, por cierto)

Salgo de casa y bajo hasta casa de mi madre por las escaleras. Saco las llaves de mi

bolso y entro. Me dirijo hacia la cocina sin hacer ruido. Manu e Iván, desayunan tranquilamente mientras hablan de los cromos que van a regalar hoy en la puerta del colegio, pero en cuanto entro por la puerta de la cocina y se percatan de mi presencia, dejan de hablar y, como si llevaran años sin verme, corren hacia mí.

—¡El suelo, me vais a rayar el suelo! —Se queja mi madre al ver cómo han arrastrado las sillas.

Los adoro, pero si paso más de dos horas y media con ellos ya no los adoro tanto. Les

doy un pequeño achuchón a cada uno y los empujo hacia la mesa para que terminen de

desayunar. Mientras tanto, cojo una tostada y bebo un par de tragos de leche

directamente desde el cartón, cosa que mi madre odia que haga.

Les lanzo a mis sobrinos una mirada cómplice y nos reímos en silencio, mientras mi madre me echa la bronca de todas las mañanas.

—Vale, mamá, tienes razón —me disculpo e intento dar ejemplo a los niños.

Cuando mis sobrinos están preparados para ir al colegio, nos despedimos de mi madre.

Justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta, ella llama mi atención.

—¿Has dormido bien, Paula? —Levanta una ceja y pone cara de cotilla. Me mira de

arriba abajo.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Sí, mamá, no te preocupes por mí.

—¿Cómo quieres que no me preocupe después de lo que estás haciendo con tu vida,

Paula?

Asomo la cabeza por el pasillo, donde mis sobrinos corretean esperando el ascensor.

—¿Y qué se supone que estoy haciendo con mi vida, mamá? —Mi madre se acerca y

habla bajo, para que solo yo la oiga. Mis sobrinos son unos chivatos y todo lo que oyen, se lo cascan a mi hermana, sobre todo Manu que oye bombas y no sabe dónde.

—La estas tirando por la borda. Tu padre se gastó mucho dinero en tu educación, para que ahora no hagas otra cosa que salir en vez de buscar trabajo.

La respuesta que me da mi madre, me deja con la boca abierta.

—¿Crees que no estoy haciendo nada con mi vida? —Me asomo de nuevo para

comprobar que mis sobrinos siguen ahí. —¿En serio piensas eso de mí, mamá? ¿Crees

que no estoy buscando trabajo? ¿Qué a mí me gusta estar como estoy? —Me enfado —

¿Es que no tengo derecho a pasarlo bien? ¿Mejor me acuesto y no me levanto hasta que

alguien me llame? —Me cruzo de brazos —¿Es eso lo que quieres decir?

—No quiero decir eso hija —me dice con un tono de disculpa.

—Pues lo has dicho —miro mi reloj y antes de que diga algo, le corto. —Vamos a

llegar tarde, luego te veo —cierro la puerta y me dirijo hacia el ascensor, donde mis

sobrinos de siete y diez años me esperan en silencio.

Bajamos hasta el garaje donde tengo mi viejo Seat Ibiza.

Mis sobrinos se pasan todo el trayecto hasta el colegio peleando por los dichosos cromos. Resoplo y varias veces les pido con calma, que dejen de discutir, pero parece

que no me oyen o, más bien, se hacen los sordos. No sé cómo mi hermana y mi madre

los aguantan. Encima no puedo decirles nada porque según mi hermana, daño su sensibilidad. Pues nada, aquí me encuentro conduciendo, sintiendo como la sangre me

hierve al oírlos discutir. Intento calmarme, pero son tales los gritos y los insultos que comienzan a lanzarse, que paro el coche en medio de la calzada.

Miro a mis sobrinos y ellos me miran asustados, en silencio.

—El próximo que grite o insulte, se baja del coche —digo seria, enfadada. Creo que

es la primera vez que mis sobrinos me ven tan seca, tal vez la conversación que he tenido con mi madre me haya molestado demasiado y lo estoy pagando con ellos. —

¿Lo habéis entendido? —Los dos asienten con la cabeza como si fueran dos

muñequitos, y con una sonrisa victoriosa, tranquila llego hasta el colegio.

Espero a que entren, los miro desde la puerta, mientras forman una fila, sus profesoras vienen a recogerlos, me doy la vuelta y subo a mi coche.

Me dirijo hacia la cafetería donde suelo desayunar con Trini. Es de los pocos momentos que tenemos para disfrutar y hablar de nuestras cosas a solas. Algunas veces

Nuria viene, pero normalmente a estas horas ya está trabajando.

La espero sentada en la mesa, miro mi reloj, veo que tarda, así que decido pedir por

ella unas tostadas con mermelada mientras yo me las pido con tomate.

Nada más hacer mi comanda a la camarera, mi móvil suena, leo número desconocido y

lo cojo extrañada.

—¿Si?

—Hola, ¿la señorita Paula Carusso?

—Sí, soy yo —carraspeo mi garganta con suavidad y me pongo seria, puede ser algo

importante, como una entrevista de trabajo.

—Soy Mónica. La llamo de «Odman Automoción». Hemos recibido su currículo y

nos gustaría que se presentara para hacerle una entrevista.

Mi cerebro va rápido, no recuerdo a cuántas empresas lo he mandado, pero no importa.

Presto atención.

Hablamos durante un minuto, por encima, sobre la entrevista.

—¿Le parece bien? ¿Tiene papel y boli a mano para apuntar la dirección?

—¡Perfecto! —Intento ser lo más profesional posible cuando hablo.

Cojo una servilleta y a punto la dirección que me indica.

—¡Muchas gracias! —Me dice la chica antes de colgar —que pase un buen día, señorita Carusso.

—Lo mismo digo —contesto. La chica ya me ha colgado.

En cuanto dejo mi móvil sobre la mesa, siento que me va a dar algo. Mi estómago está

encogido y no doy crédito. ¡Tengo una entrevista! ¡Por fin!

Cuando la camarera deja las tostadas sobre la mesa, Trini aparece.

—Siento el retraso —Trini siempre anda disculpándose por todo, es demasiado buena.

—Nada, tranquila —echo aceite y sal a mis tostadas y la miro sin decir nada, disimulando mi entusiasmo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —Se ríe nerviosa.

—¿En serio quieres que te lo diga? —Su cara se descompone en cuanto le hago esa

pregunta.

—Me estás asustando Paula y sabes que esas tonterías a mí no me hacen gracia.

Suelto una carcajada.

—Bueno, porque eres tú —le guiño un ojo —si no, te estaba vacilando. Me han llamado para una entrevista.

—¡Diooos, tía! ¿En serio?

—En serio. Pero con calma. Mañana la tengo a las nueve y media… e imagino que

no solo habrá una candidata, así que… no nos emocionemos Trini.

—Seguro que te cogen —me corta emocionada.

—No lo sabemos, así que, de momento, chitón —advierto a mi amiga que sé que pronto se irá con el cuento a mi hermano. Como si la estuviera viendo.

—Prometo no decirle nada a tu hermano si eso es lo qué estás pensando —me dice

como si me hubiera leído el pensamiento.

Sonrío y cambio de tema evitando pensar en la entrevista, ya que al igual que ella, creo que me he emocionado y si le doy vueltas, la hostia será muy grande si no me cogen.

Me vendría de puta madre el trabajo y sobre todo el dinero, tengo una hipoteca que pagar.

—¿Qué haces este fin de semana? —Pregunto

—Hemos quedado con los amigos de tu hermano para ir a una casa rural.

Pongo los ojos en blanco. Mi hermano y ella han pasado de salir por ahí, a solo quedar

con amigos e ir a casas rurales etc… Vamos, hacen todo lo que hacen hoy en día los

matrimonios: Pasan todo el tiempo que pueden juntos y eso… que viven juntos. No lo

entiendo. Lo que yo os decía, antes mataba por juntarlos y ahora pagaría por separarlos un día.

—¡Sois un poco pesadetes! ¿Eh? —Me quejo. Trini no dice nada.

—Podéis veniros Nuria y tú, ya sabéis que estáis invitadas, no hace falta que lo diga.

—Sabes que los amigos de mi hermano y yo… como que no. Cuanto más lejos

mejor, tú ya me entiendes —Trini y yo nos reímos. —Además, prefiero la fiesta a irme a una casa en mitad del campo para que me pase algo, rodeada de bichos y sin cobertura.

—Pues Marcos va a venir —Trini suelta el comentario como si nada.

—¿Y? —La miro entornando los ojos.

—Pues que a lo mejor la estancia se te hace más amena, no sé —mira la manicura de sus uñas y sonríe de medio lado mientras alza la mirada hacia mí.

—¿Qué quieres decir? —Sé muy bien lo que quiere decir, pero prefiero que me lo explique.

—¿Me ves con cara de tonta? ¡Venga ya! Todo el mundo sabe que os estáis liando.

—Solo me lo tiro cuando me apetece, que no es lo mismo —le contesto y me río al ver como mi amiga comienza a ponerse colorada como un tomate.

—Que bruta eres hija —se termina riendo ella también —puedes seguir acostándote con él en la sierra, es más romántico.

Pongo cara de asco y meto uno de mis dedos en la boca fingiendo una arcada.

—No gracias. Sabes que lo romántico y yo…, no nos llevamos muy bien —le digo.

—Hacéis muy buena pareja —insiste mi amiga.

Sin poderlo evitar, suelto una carcajada.

—¿Marcos y yo? ¡Venga ya! No pegamos ni con cola. Y… —levanto mi barbilla dispuesta a dar el discurso de mi vida. —No me gusta, solo me lo estoy tirando porque no encuentro otra cosa mejor, ya me entiendes.

Trini no da crédito a lo que le estoy diciendo y no por el contenido, sino porque a nuestro alrededor, varias personas se nos quedan mirando. ¡Viva el descaro!

—¿Estás segura que es porque no encuentras otra cosa mejor? ¿O es una excusa que te pones para seguir viéndole? —He de reconocer que su pregunta por un instante, un instante pequeñito, pequeñito, me ha hecho dudar.

—Y tan segura como que mi pelo es castaño con un toque rojizo por parte de mi bisabuelo materno que

en paz descanse —le contesto muy segura de mi misma.

Porque… estoy segura, ¿no?

—Bueno, haz lo que quieras. La oferta sigue en pie, si os animáis, me dais un toque esta tarde para comentarlo con el grupo.

—Ya te digo que no, que no vamos. Pero si quieres, llama a Nur a ver que te dice ella. Por mi parte no —niego en rotundo con la cabeza y nos levantamos de la mesa.

En cuanto salimos a la calle, hablamos un poco sobre el trabajo que tiene para hoy y poco más. Mira su reloj, parece que tiene prisa.

—Creo que es hora de que me vaya marchando —me dice con una sonrisa en los labios.

Las dos nos fundimos en un abrazo.

—Llámame mañana después de la entrevista ¿vale? Te deseo toda la suerte del mundo.

—Yo te llamo mañana, no te preocupes. Si no me cogen en esta, ya lo harán en otra —digo para auto complacerme a mí misma y darme ánimos por si acaso las cosas no salen como yo quiero. Cosa que me suele pasar, muy a menudo.

—Siempre tienes la opción de venirte conmigo a trabajar —Trini sonríe enseñando sus dientes. Tiene una sonrisa perfecta, una de las cosas que sé de primera mano, que enamoró a mí hermano.

—¡No gracias! —Aprieto mis labios y evito sonreír poniendo los ojos en blanco.

Veo a mi amiga dirigirse hacia su coche, un Peugeot 206 que le regaló su padre cuando ella se sacó el carné, ¡qué tiempos aquellos, aún lo recuerdo como si fuera ayer! Trini y yo celebrándolo con nuestros coches, dando vueltas por todo Madrid como tontas. La cantidad de dinero que nos gastamos en gasolina solo por pasear con el coche.

Subo a mi coche. Me pongo el cinturón de seguridad, arranco y voy a incorporarme a la carretera cuando de repente… noto un golpe acompañado de un sonido sordo que me deja medio atontada.

¡Dios que golpe! Me quejo aturdida. Toco mi cara ¡estoy bien, entera! Respiro hondo e intento tranquilizarme, pero no puedo. Nerviosa salgo del coche.

¡Me cago en todo lo que se menea!, Miro mi coche y veo a otro empotrado con el mío.

Me llevo las manos a la cabeza, ¡Joder! Me han jodido, pero bien, por detrás… nunca mejor dicho.

La puerta del conductor del otro coche se abre y de él, sale un hombre vestido de traje.

Está tan aturdido como yo, se me queda mirando, tal vez de forma preocupada o cagándose en mi puta madre, no lo sé muy bien.

Miro mi coche, el suyo y lo miro a él. El suyo es un Bentley Continental, que apenas ha sufrido daños considerables ¡qué bien!

—¿Te encuentras bien? —Pregunta preocupado. Deduzco que debe tener más o menos mi edad, aunque para ser sincera es lo que menos me importa ahora mismo.

Respiro hondo e intento calmarme, quiero gritar por la frustración de este momento.

—Eh… ¡Sí! De puta madre —respondo de forma irónica —¡Me has dejado sin coche prácticamente! —Señalo el culo de mi coche y a continuación coloco mis manos en jarras.

El hombre se acerca, desde aquí puedo olerlo, perfume caro, aunque… Viendo el coche y las pintas que lleva, debe ser alguien importante socialmente.

Dibuja una ligera sonrisa mientras se acerca, pero yo no, eso me cabrea, no estoy para bromas.

—¡Hombre! Por lo que veo, a tu coche ya le quedaba poca vida, ¿no?

Lo miro con la boca abierta, incrédula. ¿Va de graciosillo?

—¿Es que no miras por dónde vas? ¿No me has visto? —Lo miro enfadada, con cara de asesina prácticamente.

—¿Me has visto tú? —De nuevo noto como dibuja una medio sonrisa.

—Creo… Corrígeme si me equivoco ¡que hay que ceder el paso a un coche que se incorpora a la carretera!

Parezco tonta dando clases de autoescuela. A saber, dónde le han dado el carné a este.

—¿Y qué me quieres decir? —Él se cruza de brazos también, mientras me mira.

Olerá a perfume caro, tendrá un coche de gama alta y será guapo, porque lo es. Irá vestido con una firma cara y todo lo que uno se imagine. ¡Pero es tonto de remate!

—Pues una de dos, o el carné te lo han dado en una tómbola o, necesitas

urgentemente ir al oculista.

Hace una breve pausa para contestarme.

—A lo mejor es a ti a quien han dado el carné en una tómbola. Yo tengo derecho por

ir circulando, tú debes ceder y esperar a que no haya nadie o a que un coche venga lo

suficientemente lejos para que puedas incorporarte a la carretera, ¿o eso no te suena?

¡Mierda tiene razón! Pero una cosa no quita la otra, podía haber frenado, ¿no?

Carraspeo, nerviosa.

—Deduje que irías a frenar —digo sin mirarle, no me atrevo a hacerlo. Acaba de darme un ¡Zasca!

—Pues has deducido mal, señorita…

—Me llamo Paula y no, no he deducido mal—. Veo como coge su móvil y escribe

algo en él —pero si ibas pendiente de otra cosa en vez de la carretera, a lo mejor la

culpa no ha sido solo mía, ¿no? Señor…

—Mira, no voy a discutir con una chica como tú. Tengo cosas que hacer y no tengo

ganas de perder el tiempo. Daremos parte al seguro y… —se ríe —veremos qué podemos hacer por tu viejo coche.

Mete las manos en los bolsillos y balancea su cuerpo creyéndose divertido, ¡patético,

es lo que es! Aprieto los labios furiosa, voy a hacer como que no he oído tal comentario, porque cojo una piedra y me pongo a romperle los cristales de su

glamuroso coche para así poder ver, como la risa se desvanece de sus labios.

Mi madre y mi abuela siempre me han dicho que calladita estoy más guapa, así que…

por primera vez, les voy a hacer caso y me quedo en silencio.

Me coloco de brazos cruzados delante del hombre que ha destrozado prácticamente mi

coche, tiene los papeles listos para rellenar. De su americana saca una pluma y me la

ofrece, me la quedo mirando; cuando iba a la universidad pasaba todos mis apuntes siempre con una pluma.

—¿Has cogido alguna vez una pluma?

Mi mirada furiosa se encuentra con la suya. ¿Este de qué coño va?

—Yo tampoco quiero perder el tiempo, rellenemos esto que tengo prisa —le

contesto de malas maneras, cogiendo la pluma de sus manos y leyendo las indicaciones

del papelito que tengo delante.

—¿Ah, sí, tienes prisa?

—Eso a ti no te importa —contesto sin mirarle. Leo su nombre; Eric.

—Lo digo porque la grúa tiene que venir.

—¿Y? —Comienzo a rellenar el parte. Tal vez me esté pasando y esté demasiado

borde, pero ha destrozado mi coche y todo por ir despistado, aunque realmente la despistada he sido yo, o… ya no lo sé, no puedo pensar con claridad.

Rellenamos en silencio el parte del seguro.

En cuanto terminamos de cumplimentar el parte me dirijo hacia mi coche y me apoyo

en él. Eric hace lo mismo, apoyándose en el suyo.

Pasan los minutos, la grúa no llega y noto como no me quita los ojos de encima, no me

gusta.

Al cabo de unos minutos, lo veo caminar hacia mí.

—La grúa viene de camino, ¿quiere que la lleve a alguna parte? —Es más alto que yo, prácticamente me saca una cabeza y media y tengo que inclinar mi cabeza para poder mirarle. Sus ojos que son azules como el cielo, se clavan en mí. ¡Madre mía!

—¡No, gracias! —Ladeo mi cabeza dirigiendo mi mirada hacia la carretera, cuando

veo a la grúa acercarse.

—¿Está segura? —Insiste sin apartar sus ojos de los míos.

Parpadeo un par de veces y suspiro.

—¡No sea pesado, por favor! Le he dicho que no —ahora sí sonrío, aunque… Solo

por la forma que tiene de mirarme siento que mis bragas bailan entre mis piernas. ¡Está muy bueno! Dirijo mi mirada hacia la grúa, que para a nuestro lado.

Un señor mayor baja y se dirige a nosotros.

—¿Han llamado a la grúa? —El hombre nos mira a los dos. Los dos asentimos.

Unos minutos más tarde, cuando mi coche está a punto de subirse, cojo todas mis cosas

y lo miro con pena mientras el gruista lo sube.

—En unos días la llamarán para informarle de su estado —Eric se dirige hacia mí

—de todas formas, coja esta tarjeta y si tiene alguna duda, puede llamar usted. Dígale

que va de mi parte, la atenderán más rápido.

La verdad es que debo reconocer que se está portando, la culpa ha sido mía y he sido

un poco borde al principio.

—Gracias, pero no tienes porqué —comienzo a decirle.

—No te preocupes, ya me lo haré pagar con una cena —me interrumpe. Me guiña un

ojo y me lo quedo mirando con cara de tonta.

Silencio.

Me doy la vuelta algo incómoda y busco la parada del autobús, la tengo justo delante.

—¡Tenga cuidado y mire por donde va! —Me despido de él con la mano, dirigiéndome hacia la parada del bus. En cuanto veo al autobús que tengo que coger acercarse, echo a correr.

A la una, entre unas cosas y otras, entro en el edificio donde vivo. Cojo la publicidad de mi buzón y las cartas del buzón de mi madre. Pablo, el portero, sale a saludarme, lo conozco desde que era una cría y me entrega una carta certificada. En cuanto tengo la

carta en mis manos, sé de qué se trata.

—¡Hasta luego Pablo! —Me despido de él en cuanto subo al ascensor.

Tengo por costumbre pasar parte de la mañana con mi madre, pero hoy subo a mi casa

primero. Abro la carta y leo: Embargo de inmueble.

Respiro hondo y me siento.

¡Mierda! Sabía que tenía que pasar, pero no tan rápido. ¡Joder!

Se me para el corazón y siento que no puedo respirar. Cierro los ojos e inspiro profundamente soltando el aire poco a poco. Si no tengo trabajo, no gano dinero y si no gano dinero, no puedo pagar mi hipoteca. Y es mucho, el paro no me da para pagarla

entera. Si pago la hipoteca, me quedo sin comer, sin luz, sin agua, sin vida y lo que es peor, me quedo sin poder ayudar a mi hermana, que con un sueldo de jefa de dependienta no le da ni para pipas. ¡Joder!

No sé qué hacer en este momento, siento que todo me da vueltas. ¡Madre mía! Necesito

encontrar trabajo, creía que todo sería mucho más fácil, que, con los estudios, el master en secretariado y los idiomas que hablo (concretamente cuatro; español, italiano, inglés

y un poco de ruso) me darían más prestigio a la hora de encontrar algo «decente», pero es que no me llaman ni para trabajar haciendo hamburguesas.

Vale, debo tranquilizarme. Pensar en frío y dar el paso, sí; hablar con mi padre porque es el único que puede ayudarme, mi madre no puede, bastante hace la pobre. No puedo

cargarle el muerto por mi poca madurez en algunas ocasiones de mi vida. Si no hubiera

mandado a la mierda a Martina delante de todos los jefazos, que por casualidad se encontraban merodeando cerca de mi mesa, seguiría con mí puesto de trabajo. Pero claro, no tengo pelos en la lengua y Martina me la ha hecho bien. Hija de puta, que bien pensado lo tenía. Froto mi cara agobiada. Al cabo de un rato, después de beber agua y

mantener la calma, guardo la carta en mi bolso y bajo hasta casa de mi madre. Debo

mantener la normalidad, ella me ha parido y me conoce mejor que nadie.

Cuando entro en casa, me da la sensación de que no hay nadie. Pero escucho a mi madre llorar desde su habitación. Abro la puerta despacio.

—¿Mamá, estás bien? —Entro en la habitación —¿Qué ocurre? —Me acerco a ella, pero no dice nada. Le abrazo y así permanecemos un rato las dos.

Al separarme de ella para preguntarle de nuevo qué es lo que ocurre, observo encima

de la cama y a su lado, una carta. Sin permiso la cojo.

—¿Qué es esto? —Pregunto, antes de ponerme a leer.

—Tu padre ha pedido el divorcio —mi madre llora con más fuerza mientras me la

quedo mirando sin saber qué decirle. Llevan quince años separados, ¿de qué se sorprende, por qué llora?

Mi cabeza da vueltas sin parar y espero a que se calme un poco y sea ella quien me explique de qué va esto.

—Hija, lo siento. Lo siento mucho de verdad —comienza a disculparse.

—Mamá, no pasa nada en serio. Pero… si te soy sincera, no entiendo por qué te pones así, llevabais mucho tiempo separados.

—Ay, hija. Tu padre y yo hemos estado mucho tiempo viéndonos a escondidas.

Abro los ojos como platos y no me puedo creer lo que mi madre me está diciendo.

¿Qué mi padre y ella se veían a escondidas? ¿Pero qué coño…?

—¿No se supone que papá estaba con esa última novia suya de tetas operadas y pelo

postizo que tenía una hija súper estirada?

—Babi y él hace tiempo que lo dejaron, así que empecé a verle de nuevo.

Vale, cojo aire porque siento que me estoy cabreando.

—¿Y cómo puede ser que tú y él os veáis después de que siempre te haya estado dejando tirada, no se preocupe de que su hija tenga dos niños a los que apenas conoce

y que encima… sabiendo cómo estamos, nunca te haya pagado lo que debe? ¿Me lo explicas o de qué va la cosa? —Manifiesto mi enfado y me cruzo de brazos mientras

espero algún tipo de explicación.

—Hija, no te enfades.

—¿Me ves enfadada? —Vale, sí que lo estoy, ¿es qué no aprende o qué le pasa?

Mi madre tiene cincuenta y cinco años bien puestos, está de muy buen ver y siempre termina con el mismo idiota, mi padre.

—Entiendo que estés enfadada, de verdad, pero yo le quiero, siempre le he querido,

Paula —comienza a explicarme, a sabiendas de que se cómo va la cosa. Siempre es igual, es un círculo vicioso, en el que las tías solemos caer fácilmente.

—¿Te parecería bien que mañana Carlota venga de trabajar y te diga? —Comienzo a

imitar la voz de mi hermana —¿Sabes qué, mamá? Hoy, Juan ha venido a buscarme al trabajo y me ha pedido que vuelva después de los engaños, humillaciones, insultos e incluso, la vez que me llegó a pegar.

—No es lo mismo, Paula —me interrumpe mi madre.

—¿Qué no es lo mismo, mamá? —Elevo el tono de mi voz —Tal vez papá nunca te

haya puesto la mano encima, pero te ha humillado, te ha dejado sola, te ha engañado.

¿Acaso eso es perdonable? —Me levanto de la cama y comienzo a dar vueltas en la habitación. —¿Qué tal si sabemos cuáles son las opiniones de Sergio y Carlota? A lo

mejor así te das cuenta, mamá.

—Paula, cálmate. Tus hermanos no pueden saber lo que yo te he dicho.

¡Válgame, que encima tengo que mentir a mis hermanos!

—¿Entonces qué va a pasar, mamá? Dime.

—Se ha acabado todo, Paula. Tu padre me está pidiendo el divorcio, y lo voy a firmar.

Miro a mi madre con cara de pena y rabia al mismo tiempo. El tono de su voz me muestra lo mal que se siente y lo difícil que es para ella.

—¿Se acabó de verdad? —Pregunto sentándome a su lado, otra vez.

—Se acabó Paula —mi madre llora de nuevo y a punto estoy de echarme a llorar

con ella.

Al cabo de un rato, decido irme a casa.

Necesito pensar. Todo me da vueltas y… ¡Joder! No me voy a quedar sin mi piso, eso

lo tengo claro. Guardo dinero por si pasan cosas como estas y tendré que tirar de él hasta que consiga trabajo y la empresa en la que trabajaba me termine de pagar lo que

me deben, porque esa es otra.

Me siento en mi enorme sofá del color de mi pelo, marrón rojizo y con la mirada perdida, miro hacía la pantalla de mi televisor.

Cuando antes dije que Marcos fue el primero que rompió mi corazón era mentira, fue el

segundo. El primer hombre que rompió mi corazón, fue mi padre el día que se olvidó

de mi cumpleaños. Y no me lo ha roto una vez, ni dos, ni tres, han sido incontables las ocasiones a lo largo de mi vida, y aunque en la actualidad no tenga el más mínimo contacto con él, sigue rompiendo los trocitos que aún me quedan.

Me duele en el alma comprobar una vez más, que con mi madre sigue haciendo lo mismo. Me enfado con ella, pero la entiendo perfectamente. Hasta hace poco mi padre

mencionaba mi nombre y yo meneaba la colita, como se suele decir. Hasta que la última vez que lo vi, me dejó en ridículo delante de la que era su novia y la hija de esta cuando estaba cenando con Nuria. En ese momento, rompí el poco contacto que tenía

con él y lo hice de verdad. Antes estuve haciendo las prácticas para su empresa y vi de todo y cuando digo vi de todo, quiero decir de todo. Dos veces pillé a mi padre en su

despacho, mientras una chica de mi edad que también estaba haciendo las practicas, estaba de rodillas debajo de su mesa. La pobre era tan tonta que no se daba cuenta que

la estaba viendo. Se la estaba chupando, allí, delante de mis narices y el cabrón de mi padre tenía una cara de gilipollas que no podía con ella. Ese momento fue para hacerle

una foto y hacerla pública. Le debo mis estudios, eso es todo, porque nunca fue lo que

ni yo, ni mis hermanos necesitábamos.

Eric.

Dejo mi coche al lado del de mi hermano Nacho y bajo. Me coloco la chaqueta y me

dirijo hacia el restaurante donde he quedado con él. Me sorprende que, por primera vez, yo sea quien haya llegado tarde. Localizo la mesa en la que se encuentra mi hermano y lo veo ligando con una camarera. Típico de Nacho, no pierde el tiempo.

Nada más acercarme a la mesa, la camarera deja una botella de vino y se marcha nerviosa.

—¿Te ha dado ya su número de teléfono? —Sonrío quitándome la chaqueta y sentándome frente a él.

—¿Qué te ha pasado? —Cambia de tema —¿Quién te ha entretenido tanto para que

llegues tarde a una cita? —Pregunta con ironía, con una sonrisa de medio lado en los

labios enseñando sus perfectos dientes.

—Una mujer, ¿qué va a ser? —Mi hermano levanta las cejas sorprendido —No es lo

que piensas, solo que he tenido un pequeño incidente sin importancia —comento sin ganas de darle muchas explicaciones.

Mi hermano se ríe al escucharme y me llena la copa de vino.

—Cuéntame ¿qué ha pasado? ¿Sales de una para meterte en otra?

Pongo los ojos en blanco.

—Nada importante, ya te lo he dicho. ¿Has traído los papeles, ha firmado? —Lo

miro serio.

—Sí —se gira, y sobre la mesa coloca una carpeta negra que empuja hacia mí.

—¡Ya eres un hombre libre, hermano!

Me río y lo miro divertido.

—Siempre fui libre… ¡Y lo sabes!

Él es el único que sabe que mi matrimonio con Valeria era solo puro teatro, una farsa,

una manera de tener a su familia y a la mía contentas, por así decirlo.

—Una libertad muy cara. ¿Era necesario dejarle la casa y el coche? —Puntualiza mi

hermano bebiendo de su copa.

—¿Para qué quiero yo esa casa? Puedo tener la que quiera —le respondo.

—Muy bien, pero le has dado lo que ella quería.

—Y ella me ha dado lo que yo quería, el divorcio —puntualizo.

En ese momento, la camarera se acerca a la mesa dejando unos platos.

—He pedido por ti —me dice mi hermano al ver que me quedo mirando a la

camarera.

Lo había deducido, está al corriente de mis gustos y no me importa que lo haya hecho.

Lo miro un instante antes de ponerme a comer, dudoso me devuelve la mirada.

—¿Cómo vas con las contrataciones? ¿Habéis encontrado a alguien interesante, que

esté a la altura?

—Por ahora no. Dolores se va en una semana y seguimos sin encontrar a nadie.

Susana es demasiado exigente.

Los dos nos reímos a la vez, al mencionar a nuestra hermana mayor. Susana es especial

y caprichosa. Más ahora, que hace poco se ha divorciado de su ya ex marido, Adolfo,

un gilipollas que nunca me ha caído bien. Mi hermana lo pilló manteniendo relaciones sexuales con una de sus estudiantes en casa y desde que se ha separado, está más insoportable que nunca. Tampoco es para tanto, le hizo un favor esa estudiante de pacotilla, abrir los ojos de una puta vez. Están los ciegos como mi primo Raúl y los que no quieren ver como mi hermana.

—Sabemos cómo es —volvemos a reírnos. —¡Suerte! La vas a necesitar. Ninguna le

parecerá buena.

—Creo que no lleva bien que Dolores se marche. El tema de la enfermedad le, bueno, nos ha cogido a todos por sorpresa. Son muchos años de experiencia que por mucho que Susana se empeñe, es imposible encontrar a alguien con tanta practica a sus

espaldas como secretaria.

—¿Crees que solo es eso, Eric?

—Todo Nacho, todo se debe juntar para ella. No lleva bien lo del divorcio.

—Déjala fuera unos días. Si alguna te parece interesante, llámame; me pondré al habla con uno de mis contactos y nos darán toda la información que sea necesaria, sabremos hasta cuándo les baja la regla —nos reímos los dos de nuevo.

—Lo sé. Pero necesito que sea ella quien se ocupe de encontrar a alguien, yo tengo

mucho trabajo.

Mi hermano es un prestigioso y conocido abogado, ya no solo por la calidad de su trabajo, sino por sus líos amorosos con modelos y actrices reconocidas. Es como dice

mi madre ¡Un don Juan! La diferencia que tenemos él y yo, es que mientras él luce a todos sus ligues como si fueran premios, yo soy de los que prefiero estar en silencio.

Me regodeo con gente importante, chicas extremadamente sensuales que saben muy

bien como dar placer a un hombre. Pero todo se queda entre nosotros, bueno y quedaba entre Valeria y yo…

Comemos tranquilamente y llegamos al postre, donde veo a mi hermano ponerle ojitos

a la camarera que está roja como un tomate.

—¡Déjala! Vas a romperle el corazón, ¿No te da pena?

—¡No! Además, no es la primera vez que quedo con ella —su respuesta me

sorprende ¿mi hermano está quedando con la misma chica?

—¿Quién eres y que has hecho con el golfo de mi hermano?

Nacho cierra los ojos y me dice;

—Tiene un culo y una lengua espectacular, no imaginas las cerdadas que hemos hecho.

—Vale, vale. No te vengas arriba chavalote, a ver si vas a ser tú quien se quede esta

vez pillado de verdad.

Terminamos de tomar el postre después de comer y miro mi reloj. ¡Joder!

—Tengo mucho trabajo, es hora de que me vaya ya —digo levantándome de la silla

cogiendo mi chaqueta.

—Yo también, he quedado con un cliente muy importante que va a pagarme una pasta

por sacarle de un lío de cojones. ¿Quedamos luego?

Salimos del restaurante no antes sin ver a mi hermano despedirse de la camarera. Mi

coche está al lado del suyo, veo cómo me adelanta caminando y se acerca al morro de

mi coche.

—¿Este ha sido el incidente sin importancia? —Señala la parte delantera de mi coche, la matrícula está un poco hundida, no es para tanto, pero Nacho se fija en todo.

Se echa a reír.

—Nada que no se pueda arreglar —acciono el coche con las llaves de mi mando y

abro la puerta.

—¿A quién te has llevado por delante si puede saberse?

—A un viejo coche.

—¿Dueño o dueña? ¿En qué estabas pensando? ¿Hubo daños?

A mi hermano le gusta más el chismorreo que a mi propia madre.

—Dueña. No pensaba en nada, se metió por donde no debía y pasó lo que tuvo que

pasar.

—¿Y ella?

—¿Ella qué?

—¿Interesante?

Lo miro ocultando una sonrisa.

—Bueno, no estaba nada mal. Tenía mal genio.

Mi hermano me mira.

—Bueno, tienes sus datos… si quieres, puedo averiguar todo de ella.

Lo pienso durante unos segundos.

—No, déjalo.

Subo al coche después de despedirme de mi hermano y me incorporo a la carretera con

cuidado de no tener ningún otro tipo de percance. No tengo ganas de perder más el tiempo hoy, bastante he perdido ya en el taller explicando y pidiéndole a mis empleados, que ese viejo Seat Ibiza es la prioridad en este momento.

En veinte minutos aparco el coche frente a mi edificio. Entro y saludo a las chicas de

recepción, a los guardias y subo a mi despacho con el papel del parte y la carpeta que me ha dado Nacho, en mis manos.

Entro en mi despacho, echo de menos mi café de llegada, el que siempre me prepara

Dolores cuando vengo de comer.

Mientras espero a qué se encienda el ordenador, dirijo mis ojos hacia el parte del accidente. Lo cojo y releo su nombre una y otra vez. «Paula Carusso» Carusso…

Carusso, ¿de qué me sonará a mí ese nombre?

Tal vez debería haber aceptado la información que Nacho podía proporcionarme, no,

no es una buena idea.

Termino rindiéndome y dejo los papeles en su sitio mientras reviso los correos que he

recibido. No voy a dar abasto con tanto trabajo yo solo, necesitamos encontrar a alguien, ya.

Descuelgo el teléfono para llamar a mi hermana, cuando entra por la puerta. La noto agobiada, cansada. Pone varios currículums sobre la mesa y deja caer su cuerpo sobre

la silla.

—No hay ninguna que valga la pena o que esté a la altura, no encontraremos a ninguna como Dolores —se queja agobiada, mientras frota su cara.

—Eres demasiado exigente, Susana, ninguna será como Dolores hasta que no lleve

veinte años trabajando para nosotros, como lo ha hecho ella —miro la cantidad de papeles que me ha dejado sobre la mesa—. ¿Qué es todo esto que me has dejado aquí?

—Las candidatas para las entrevistas de mañana. Aún no les he echado un vistazo,

no tengo tiempo, estoy agotada, no como, no duermo. ¡No puedo más, Eric!

Cojo el taco de papeles y los miro por encima, los voy pasando uno por uno, hasta que

uno llama mi atención.

Miro la foto; pelo castaño, ojos marrones almendrados, labios gruesos, boca grande, nariz respingona y guapa, sí, muy guapa para estar tan seria. Desvío la mirada hacia el nombre: Paula Carusso Blanco ¡No puede ser! Me rio haciendo que mi hermana me mire.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Vuelvo a reírme.

—Quiero que tú, personalmente —le entrego el currículo —le hagas la entrevista a

esta chica, mañana.

—¿Y eso por qué? —Me lo quita de las manos de malas maneras, lo lee —soy la

jefa de recursos humanos, ese no es mi trabajo.

—Me da igual, Susana, te lo estoy pidiendo.

—¡Además! —Se queda pensativa leyéndolo por encima —¿Está no es la hija de

Paolo Carusso?

Ya sé por qué me sonaba ese nombre.

—¿Paolo Carusso tenía una hija?

—Por lo que veo sí, llama a Nacho y que te lo confirme. Si es así, conmigo no cuentes para hacerle la entrevista. Odio a su padre y si es su hija, a ella también.

—Necesito que seas tú quien haga esa entrevista, ¡Hazlo por mí! —Le suplico.

—Pues… —se inclina hacia la mesa clavando los codos y me mira fijamente —

quiero saber porque tienes tanto interés en esta mujer que aspira a algo que no va a conseguir.

Me inclino y la miro a los ojos.

—Pues porque te lo estoy pidiendo yo y eso, es suficiente.

—Pero… —comienza a quejarse.

—No hay nada más de lo que hablar, es mi decisión soy el jefe.

—Te recuerdo, que quien toma las decisiones de esta empresa es papá, no tú —se

pone en pie.

—Yo te recuerdo, que esa chica a la que quiero que hagas la entrevista va a trabajar

para mí, papá tomará decisiones importantes respecto a la empresa, pero yo decido quién trabaja y quién no, ¿entendido?

—¿Ya das por hecho que va a trabajar para ti?

—No, no lo doy por hecho, pero quiero que se le dé una oportunidad.

Mi hermana recoge todos los currículos que ha dejado sobre la mesa enfadada.

Indignada me lanza una mirada de asesina y sale de mi despacho dando un portazo.

Me rio sabiendo que se le pasará rápido, la conozco bastante bien. Decido llamar a Nacho, ahora necesito saber todo sobre esa mujer.

Paula.

Me acerco a mi madre mientras prepara la cena a mi hermana que acaba de llegar de

trabajar y se está dando una ducha.

La tarde ha sido agobiante por así decirlo, pero no porque la haya pasado con mis sobrinos que pocas veces se han portado tan bien como hoy, ¿Será la maldita Tablet y

el juego del mono? Mi madre ha estado en silencio en todo momento sin parar de llorar, ausente, y ahora más que nunca, debe cambiar esa cara si no quiere que mi hermana termine enterándose de todo. Es muy lista, a veces no hace falta contarle las

cosas, ella las deduce y me extraña que no se haya enterado de nada de los encuentros

de nuestros padres. Al fin y al cabo, viven juntas.

—Mamá —la abrazo por detrás —que no se acaba el mundo. —Intento

tranquilizarla con mis palabras e intento mantener la calma por ella. Le doy un beso y

se da la vuelta.

—Ay, hija, no puedo.

Respiro hondo.

—¡Joder mamá! Tienes que poder. Lleváis quince años separados, no entiendo el berrinche que tienes ahora.

—No es lo mismo estar separados sabiendo que algo me une a él, a que ahora que

me pida el divorcio y tenga toda la libertad, que conozca a alguna y se termine casando con ella.

Definitivamente Julito tiene toda la razón del mundo. Las mujeres somos lo más tonto

que hay sobre la tierra. Mi madre, la que más. ¡Por Dios! ¿Realmente soy hija suya?

¿Pero es que no espabila?

—Si te digo de lo que me están dando ganas, me echas de casa —le digo a mi madre

mirando hacia la puerta por si acaso mi hermana decide aparecer sin previo aviso, algo

que suele hacer, o escuchar por si hablamos de ella. A veces creo que tiene complejo y

cree que todo gira a su alrededor.

—Lo sé, hija, lo sé. Pero no sé qué es lo que me pasa. Me había hecho ilusiones, no

sé.

¡Dios, no puedo con ella! Qué lástima de vida. Acaricio su pelo y la abrazo de nuevo

mientras pongo los ojos en blanco aprovechando que no me está viendo. Mi hermana

aparece tan campante tarareando y desentonando una estúpida canción de anuncio.

—¡Que va a llover! —Me acerco a ella y agarro su brazo, dirigiéndola hacia el salón. Mi madre tiene los ojos llorosos y no quiero que la vea.

—¿Por qué llora mamá? —Joder, que rápido se ha dado cuenta, no se le escapa ni

una. Nos damos la vuelta y mi madre se nos queda mirando, sobre todo a ella, sin saber

qué decir.

—Hoy he tenido un pequeño percance y se ha puesto tontorrona, ya sabes, la menopausia y esas cosas —digo sin pensar haciendo que mi madre me mire a mí ahora.

—¿Qué clase de percance?

Respiro hondo y le cuento a mi hermana lo que me ha pasado esta mañana, con el idiota

del perfume caro.

¿Os he dicho que mi hermana es una cotilla? Pues es de esas que se salen a la puerta a

tomar el fresco las noches de verano con las vecinas, mientras hablan de todo quisqui,

aprovechando que están de vacaciones. Es una pena, porque solo tiene treinta y tres años y parece una vieja. Se entera de todo y no sé cómo lo hace. Cuando se vino con

los niños estaba muy avergonzada y tímida, pero no veáis como se ha soltado.

Después de contar con detalles como ha ocurrido todo y describirle a Eric, termino hablándole de la entrevista que tengo mañana. Pero creo que a ella es lo que menos le

importa, aún sigue imaginándose a Eric, seguro.

—¿Qué querría con eso de no te preocupes, ya me lo haré pagar con una cena?

Miro desconcertada a mi hermana.

—¿Y a mí que me importa lo que quisiese decir?

Al cabo de unos minutos, nos quedamos en silencio, con la mirada perdida en alguna

parte.

—Pfff… Si me tocara la lotería… —comienza a decir haciendo que la mire —

mando a la mierda a mi jefa, como hiciste tú.

No lo puedo evitar y termino riéndome, sé que no hice bien, pero cada vez que lo recuerdo, me rio.

—Si la mandas a la mierda, que no sea delante de los jefes gordos, sé más lista que

yo —las dos sonreímos.

Mi hermana aprovecha de la complicidad del momento y se acomoda en el sofá colocando sus piernas sobre las mías. La miro levantando las cejas, la sonrisa se me ha borrado de la cara.

—¿Me ves con cara de cojín? —Le suelto haciendo que vuelva a reírse.

—¡Venga un poquito, estoy reventada! —Se defiende poniendo cara de niña pequeña.

Vamos, no puede negar que es la madre de sus dos hijos, mis sobrinos hacen

exactamente lo mismo cuando quieren salirse con la suya—. ¿Qué harías tú si te tocara algo? —Me pregunta cambiando de tema y aprovechando para seguir con los pies sobre mis piernas.

—Pfff… eso digo yo, si me toca a mí —me echo a reír pensando en lo que haría con

tanto dinero. La verdad es que no sé qué haría; pagar mi casa, un coche nuevo, ayudar a mi madre, no sé. —Nos iríamos con mamá, con la Trini y Nuria de crucero dejando a

los niños con Sergio —digo haciendo que las dos rompamos a carcajadas.

—¡Ay, sí! Un crucero y unas largas vacaciones, eso sin contar, claro está, el coche

nuevo, la casa en la playa… —Mira hacia el techo. Realmente las dos estamos como

dos tontas mirando hacia el techo. ¿Por qué?... Ni idea.

—Soñar es gratis, ¿eh?

—¡Menos mal! Porque nos saldría muy caro —rompo el momento volviéndome a

reír.

Al cabo de un buen rato, después de despedirme de mis sobrinos, de seguir en la parra

junto a mi hermana y comprobar que mi madre está más tranquila, termino yéndome a

mi casa.

En cuanto cierro la puerta, me apoyo en ella y resbalo mi cuerpo hasta sentarme en el

suelo y sin previo aviso, comienzo a llorar. Lloro como una niña pequeña, cagándome

en todo lo que se menea mientras rodeo mis piernas. Odio llorar, aunque sepa que es

sano. La rabia me consume, lo que hace mi padre, lo que nunca ha dejado de hacer me

mata por dentro y a veces siento que no puedo más. Sin contar con que lo que más me

hace llorar es el problemón de la maldita carta. ¡Joder!

No sé cómo no había pensado en esto. Lo tenía todo planeado, pero que no te paguen

los dos últimos meses de trabajo, jode y mucho. Más si encima llamas y te dan largas como me ha pasado está tarde. He amenazado con denunciar, a ver si así se lo toman en

serio.

Llevo sin hablar con mi padre casi un año y me estoy planteando en este momento llamarle para pedirle ayuda, a pesar de qué sé cuál será su respuesta. Me da rabia quererle de alguna forma. Porque en vez de odiarlo, le sigo queriendo y al igual que mi madre, mantengo la esperanza de que algún día se dé cuenta de todo lo que está perdiendo. ¡Joder, joder y joder!

Agotada mentalmente y desahogada, me levanto y me dirijo a la cocina. Abro la nevera, cojo una botella de agua y después de darle de comer a Putin, me doy una ducha y preparo la ropa para la entrevista de mañana.

Cruzo los dedos y rezo para que me cojan. Necesito el trabajo de verdad.

No tardo en meterme en la cama con mi portátil, navego por internet echando un vistazo

a la empresa que me entrevista mañana. Por lo que leo es una empresa grande, importante. Pero no me da tiempo a leer mucho más, mis ojos se cierran. Dejo el ordenador sobre la mesita de noche y termino quedándome dormida.

4

A la mañana siguiente me levanto pronto, antes de que suene el despertador. Frente al

espejo, termino de colocarme el pelo y me doy unos últimos retoques al maquillaje.

Bajo a casa de mi madre, mis sobrinos aún no se han levantado, es demasiado temprano, pero necesito saber cómo se encuentra mi madre. Ella siempre madruga.

Me quedo con ella un rato en la cocina hablando en susurros para no despertar a los

niños. La veo más calmada, eso me calma a mí y me puedo ir tranquila a la entrevista.

—Suerte hija —me dice mi madre antes de salir de su casa.

—Gracias mamá —susurro —¡ya sabes lo que te he dicho! ¡Estate tranquila! —Le

recuerdo.

—Qué sí, no te preocupes, ¡ten cuidado hija!

Salgo del edificio donde vivo y a toda prisa me dirijo hacia el metro que está justo al frente.

Echo de menos mi coche y me cago en la madre que parió al tal Eric de las narices por

chocar conmigo.

Me quejo por lo bajo mientras intento mantener la compostura, no mirar a nadie y aguantar la respiración, cuando se pone a mi lado alguien al que se le ha olvidado echarse desodorante, o no se ha lavado. ¡Dios mío! Localizo un sitio libre y me dirijo a sentarme cuando una chica, con un maletín y unos tacones de infarto, me mira, sonríe de

forma angelical y me quita el sitio. ¡Joder!

Me agobio por todo, hace calor, tienen el aire a tope y con tanta gente aquí dentro, no sé cómo no me ha dado algo todavía. No cabe ni un alfiler y la gente sigue subiéndose

en el vagón.

Miro mi reloj, he llegado con tiempo, ¡bien! Salgo del metro y busco con la mirada un

enorme edificio, como me indicaba la página web que estuve mirando anoche antes de

quedarme dormida. Lo encuentro y me planto frente al edificio Odman. Un alto edificio

acristalado de dieciséis plantas, (las he contado) ¡Válgame Dios, que edificio!

Respiro hondo y antes de entrar por la puerta giratoria, plancho mi blusa y mi falda con las manos.

Nada más entrar voy directa a recepción, donde hay dos chicas acompañadas por un guardia de seguridad que me mira fijamente en cuanto entro.

—Hola, bienvenida a Odman ¿en qué podemos ayudarle? —Una de las chicas me

atiende amablemente; nerviosa me la quedo mirando y por un instante, olvido lo que tengo que decirle.

—¡Buenos días! Eh… me han citado para una entrevista —por fin vuelvo a mí.

—¿Es la primera vez que viene? —Sonríe.

—Sí

Doy mi nombre en cuanto me lo pide y mi documento de identidad. Me registran en la

base de datos, dándome en cuanto termina, una tarjeta de visita.

Detrás de mí, me encuentro dos salas de espera. La verdad es que el edificio, por lo

menos la parte que he visto está muy bien.

Accedo por los tornos después de darles las gracias a las chicas del mostrador y veo

otro guardia de seguridad, que como si me estuviera leyendo el pensamiento, me indica donde se encuentra la sala de ascensores.

Me dirijo hacia ella, ¡válgame! ¡Hay seis! Tres ascensores en cada lateral de la pared.

¡Cómo se nota la calidad y el dineral que mueve esta empresa! Toda la entrada es de

mármol y está todo muy bien cuidado. Sin saber por qué, me pongo nerviosa, bueno sí

que lo sé. Esto me viene muy grande.

La puerta del ascensor se abre, en cuanto entro me quedo más flipada que antes. ¡Es…

enorme! Si en cada ascensor entran catorce personas, ¿cuánta gente puede haber aquí trabajando? Pulso la planta siete y me fijo que el dispone de una pantalla de televisión, en la cual, se informa del tiempo, de las noticias relacionadas con la empresa, del estado de la bolsa, etc…

Creo que es la primera vez que siento que no estoy lo suficiente cualificada para trabajar en un sitio como este. ¡Madre mía! Eso me asusta, para qué mentir.

Intento relajarme.

Llego a la planta siete, las puertas se abren. Nerviosa miro hacia todos lados. Paso por una pequeña sala de espera y atravieso una puerta encontrándome dos mesas.

Hay una veintena de mujeres, algunas sentadas, otras de pie, unas hablan, otras leen un libro, vamos, matando el tiempo.

Me dirijo hacia la primera mesa que queda vacía, una chica se levanta, me mira.

—¿Vienes a la entrevista?

Asiento con la cabeza sin abrir la boca.

—Apunta tu nombre y apellidos por favor y dirígete hacia donde están todas las demás, ya os irán llamando.

—Vale, gracias.

La chica se marcha y a punto en un folio mi nombre y apellidos como me ha dicho. Con

la mirada busco un sitio donde sentarme, esto va para largo. Llaman a una chica y en

cuanto se levanta, varias miramos el asiento, rápido; esto parece una competición, pero yo soy más rápida y estoy más cerca. Pillo el sitio y me siento antes de que me pase

como en el metro. ¡Ni hablar!

Observo disimuladamente a las chicas de mi alrededor. Algunas parecen que van de fiesta en vez de a una entrevista de trabajo. Demasiado maquilladas, demasiado sugerentes, ¿qué pasa, que ahora se ha puesto de moda, la secretaria sexi y yo no me he enterado? Está claro que hay que ir bien, pero tampoco pasarse ¿no?

Me miro y me pregunto si voy adecuada. A ver… reconozco que un poco apretada voy,

he engordado como cuatro kilos en este tiempo y la ropa que usaba antes no me queda

igual de holgada, pero… no voy mal, ¿no? Respiro hondo. ¿Pero qué tontería me estoy

diciendo, en serio me estoy comparando con estas mujeres de aquí?

Abro la aplicación Kindle de mi móvil y leo un poco.

Al cabo de media hora, mi vejiga no aguanta mucho más. Necesito ir al baño, pero si

me levanto, me quedo sin sitio, pero si no me levanto, un simple bostezo hará que me

haga pis encima. Localizo el baño con la mirada. Intento aguantar, pero es imposible,

me estoy meando y no puedo más.

En cuanto abro la puerta y entro, la peste a tabaco me hace engurruñar la nariz y casi, casi me dan ganas de darme la vuelta y mear en el de los tíos, al fin y al cabo, aquí no hay ningún hombre, ¿qué más da? Pero no lo hago.

Desde que dejé de fumar me molesta el olor a tabaco una barbaridad, pero veo que no

me queda otra, o aguanto o me meo encima y me quedo sin entrevista sin contar con el espectáculo tan

ridículo que supone eso. Espero cruzada de brazos a que uno de los baños quede libre, por fin una chica sale. Miro al grupo compuesto por tres chicas que

no dejan de fumar mientras charlan y al ver que no les importa que uno quede libre, entro. No tardo en salir en cuanto siento mi vejiga vacía, ¡Dios que gusto! Me lavo las manos. A través del espejo vuelvo a mirar a las chicas y reconozco a una. No sé cómo

se llama, no la conozco personalmente, pero la he visto varias veces por el club Swinger. Cruzo una leve y rápida mirada con ella, pero nada más. Al parecer no me ha

reconocido, ¡menos mal! Prefiero que no me reconozcan, no por nada, sino porque me

gusta separar las cosas como ya dije en un principio.

—¿Habéis visto por internet lo bueno que está el jefe? —pregunta una de las chicas encendiéndose un cigarro. ¡Japuta que ganas de fumar me están entrando!

—¿Sale por internet? Yo no lo he visto —la chica que reconozco responde

quitándole el móvil de las manos para poder mirar ella.

Me seco las manos en el secador, pero, aun así, las sigo oyendo.

—Hay que saber buscar, está casado con una modelo o algo así.

—¿Entonces no está disponible?

Todas se ríen ante el comentario.

—¿Estar casado es un problema, Ruth?

Vale, ya sé cómo se llama la chica. Termino y salgo.

Me quedo de pie esperando hasta que, por fin, alguien dice mi nombre. Dirijo mis ojos

hacia donde la voz me lleva. Veo una chica de pelo rubio rizado, dirigir su mirada hacia mí.

—¿Paula Carusso?

—Sí —me dirijo hacia ella con cuidado para no torcerme los tobillos andando con

estos taconazos y este suelo resbaladizo.

—Pasa y siéntate, esto va a ser largo —me indica haciéndome pasar a un pequeño

despacho.

La chica cierra la puerta. ¡Qué seria! Dejo mi bolso en el suelo después de sentarme.

La chica se sienta frente a mí, me mira, me estudia mientras agarra sus manos como si

estuviera rezando. ¿Por qué me mirará de esa forma y con esa postura tan rara? No sé

qué pensar. El silencio es incómodo.

—Yo soy Susana, directora de recursos humanos —se toma una pausa —quién te

hará la entrevista, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contesto sin apartar mi mirada de la suya, dibujando una leve sonrisa en mis labios. No puedo disimular mis nervios.

—¿Has traído carta de presentación?

¡Mierda, no!

—Eh…no, no me la han pedido y… —respondo nerviosa.

—Para futuras entrevistas, llévala siempre —me aclarara con una medio sonrisa forzada.

Humedezco mis labios nerviosa a la espera de que empiece con las malditas preguntas.

—¿Empezamos con la primera prueba? ¿Estás preparada? —Abre la carpeta que

tienes sobre la mesa.

—Sí, claro.

Venga, que yo puedo. Inspiro y expiro el aire mentalmente.

Escucho atenta a Susana mientras me informa del estilo de gestión y de los niveles jerárquicos. Me explica cuáles serían mis funciones, el lugar de trabajo, el horario, los beneficios sociales y las descripciones de tareas a realizar. ¡Menudo follón, me dan ganas de salir corriendo!

Me deja claro que mi objetivo principal será acompañar al jefe a todas sus reuniones y

organizar su agenda. Hasta ahí llego, vamos, convertirme en su sombra, exclusividad para él, lo que viene siendo una secretaria personal.

Pregunta sobre mis estudios, mi experiencia y omito el detalle del porqué, me despidieron; no le voy a decir que mandé a la mierda a Martina.

Creo que le ha impresionado el dominio que tengo en varios idiomas. Finalmente, me

pregunta si estoy conforme con el sueldo aproximado que tendría.

¡Joooder… 1.500 euros! Y con posible aumento dependiendo de cómo haga mi trabajo.

¡Menuda ganga! Por el puesto que voy a desempeñar y viendo como están las cosas, está bastante bien pagado y encima tiene muy buenos beneficios sociales, pero claro, no es todo tan maravilloso y si pagan tan bien, será porque también habrá un gran volumen de trabajo y responsabilidad. Pero nos hace falta el

dinero, ahora más que nunca, así que… creo que compensa.

—¿Qué te parece, crees que encajarías en la empresa? —pregunta Susana, sin dejar

de rellenar el dichoso papel que usa desde que comenzó a hacerme preguntas.

—Sí, cumple mis expectativas —debo mostrar seguridad, que estoy preparada para

este puesto de trabajo, porque lo estoy, ¿verdad?

—¡Muy bien! —termina de apuntar en su carpeta —Espera fuera un rato, te

comunicaremos si pasas a la siguiente entrevista. ¡Gracias por tu tiempo!

—¡Gracias a usted! —contesto mientras me levanto.

Vuelvo a la sala de espera y espero insegura. Me parece raro que me digan que espere.

A todas y cada una de las que han entrado a la entrevista, no las he visto quedarse o por lo menos no las he visto hacerlo en esta sala. De todas formas, dudo mucho que me cojan, aunque si soy sincera conmigo misma, por un momento he pensado que sí, que

me iban a coger, pero, Susana tenía una forma de mirarme un tanto rara, eso me hace

dudar y pensar si le he gustado o no.

Comienzo a ponerme más nerviosa a medida que pasa el tiempo. ¿Desde cuándo me pongo yo tan nerviosa? Vale, sí, necesito el trabajo, las cosas no van bien, pero debo

disimularlo o lo llevo claro.

Al cabo de un rato, vamos quedando menos candidatas. Ahora sí, algunas se han quedado como yo. Imagino y doy por hecho que las que se han ido por donde han venido, no tendrán otra oportunidad.

Miro la hora en el reloj de mi muñeca, necesito que digan alguna cosa ya que a mí está

a punto de darme algo. Comienzo a tener hambre, y no poca precisamente. Es cerca de

la una.

Una puerta se abre al cabo de unos minutos y veo a un chico salir con un papel en la

mano, pronuncia varios nombres y entre ellos, el mío.

—Mañana aquí a las ocho de la mañana —dice mirándonos a todas y cada una de las

que quedamos; unas quince mujeres.

Miro hacia el frente, cruzo una mirada con Susana que aparece caminando frente a nosotras, nos mira, nos analiza, sobre todo a mí que se ha quedado más tiempo que el

normal mirándome sin decir nada, se marcha.

Algunas de las candidatas saltan de alegría, otras dan las gracias estilo japonés y solo dos, hacen lo que yo; permanecer tranquilas. Saben que es mejor no mostrar ningún tipo

de emoción, aunque por dentro… lo estemos deseando.

5

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, puntual, estoy esperando sentada en

la sala. Al cabo de unos minutos veo a gente entrar y salir, hablando por teléfono, con documentos, de un sitio a otro. ¡Qué estrés, por favor!

Me froto los ojos, he pasado mala noche, por culpa de los nervios y ahora mismo tengo

sueño y pocas ganas de estar aquí sentada sin saber exactamente cuándo me van a llamar si es que lo hacen.

Me levanto sin dejar de mirar todo el barullo de gente a mí alrededor. Me dirijo hacia

una máquina de café, a prepararme uno a pesar de que odio los de este tipo, pero no he

desayunado y el aliento comienza a oler a estómago vacío. Me lo bebo de un trago poniendo cara de asco por él sabor tan amargo. ¡Puaaaj! Finjo un escalofrío y tiro el

vaso de plástico a la papelera.

Leyendo «Y llegaste tú» en el Kindle de mi móvil, no sé el tiempo que ha pasado. Las

chicas comienzan a llegar, algunas saludan, otras me miran por encima del hombro, pero me da igual, venimos a lo mismo y no a hacer amigas.

¡Por fin! Comienzan a llamarnos una por una, aunque lamentablemente quedo para la última. ¡Joder!

Susana, la persona que me entrevistó ayer, pasa frente a mí haciéndome un gesto con la

cabeza para que la siga. Lo hago y entro en el mismo despacho de ayer, justo detrás de

ella. Por la cara que tiene dudo que esté teniendo un buen día.

—Buenos días, Paula. ¿Nerviosa? —Se coloca un pinganillo en la oreja y se sienta frente a un ordenador que le tapa parte de la cara.

—No, ¿he de estarlo? —Las dos nos quedamos mirando.

—Hombre… —se echa a reír —no es para jugársela, sois muchas y la cosa está difícil.

No sé cómo tomarme ese comentario.

Me paso una hora rellenando varios test, los últimos, uno de personalidad y otro de visión espacial. En cuanto los termino se los entrego.

—¿Ya están todos? —Parece que se sorprende que los haya terminado.

—Sí, el test de personalidad —la miro enseñándole las hojas —Terminado. El de

traducción… —también se lo enseño —terminado.

—No hace falta que me los enseñes de uno en uno.

Realizo una prueba de mecanografía, elaboro un informe a partir de una información dada y al final, busco una información a un problema en concreto.

¡Madre mía…! ¿Para quién voy a trabajar, para el rey?

Sé que no existen recetas mágicas para pasar todas estas pruebas con éxito, aunque tenga un buen currículum, estoy poniendo todo de mi parte. En silencio, me mira fijamente, ¿intenta intimidarme?

Cuando creía que la entrevista había concluido, veo como se aprieta el pinganillo y se

acomoda en su asiento.

Eric.

Miro a Paula desde la pantalla de mi ordenador como he estado haciendo durante toda

la entrevista. Tengo que admitir que es buena, ha resuelto el problema que le hemos propuesto demasiado bien y en poco tiempo, sin contar con su perfecto inglés. Miro hacia la mesa de mi despacho, la tengo llena de documentos que me hablan de ella, tanto por la información que mi hermano me ha mandado esta mañana, como todo lo que mi hermana apuntó ayer en la entrevista. Tal como dice mi hermana, la cosa está

difícil. Algunas son muy buenas y tienen mucha experiencia. Ella en cambio no tiene tanta. Susana no está convencida de que pueda cumplir sus funciones, pero yo sí. La veo cualificada, preparada. Me gusta.

Oigo todo lo que hablan, desde el pinganillo voy guiando a mi hermana con algunas preguntas.

—Si tuvieras que levantarte de madrugada para desempeñar tu puesto, ¿lo harías?

—Claro, es mi trabajo —contesta ella muy segura de sí misma.

—¿Si el jefe te pidiera favores personales, los cumplirías también?

—Susana, no te pases —regaño a mi hermana desde el micro con el que me

comunico con ella.

—Depende del tipo de favor que sea… —contesta Paula, con una medio sonrisa

retando a mi hermana con la mirada.

Aunque las peleas de gatas me gusten más que a un tonto un lápiz, reconozco que esa

mirada y esa sonrisa acompañada de esa respuesta, le han dado a mi hermana de lleno

y está demasiado sensible.

Miro la carta de recomendación de su antigua empresa. La he pedido personalmente, ya

que conozco a Martina desde hace años. La carta es pésima, no la ayuda en absoluto,

pero conozco a Martina y no soy de los que se dejan llevar por habladurías.

—Empieza con la última tanda de preguntas y que se marche a casa. Sé amable —

digo serio, sabiendo que mi hermana me está escuchando. Acaba de mirar la pantalla

del ordenador.

—Si alguien te pide que hagas algo que no deseas, como dar información ¿La darías

para complacer a la otra persona y así evitar una discusión?

Miro desde la pantalla la cara de Paula. Extrañada se queda mirando a mi hermana.

—No —contesta tajante.

—¿Sueles perder los nervios con cierta facilidad?

Tarda en contestar.

—No.

Me rio al imaginarme la escena del otro día, lo nerviosa y didáctica con las clases de

autoescuela que quiso darme. Sé el efecto que causo en las mujeres, cómo abren la boca y por así decirlo, babean. Pero ella no y eso… llamó un poco mi atención.

—La siguiente entrevista quiero hacerla yo, si no te importa —le comunico a Susana

—quiero hacerla en grupo. Paula pasa la prueba. Comunícale a ella y a las demás seleccionadas, que se presenten mañana en el restaurante «Jocos» a las dos y media del

mediodía.

Veo y escucho por el ordenador a mi hermana hablar con Paula, esta asiente mirando

con cara de no entender nada a mi hermana. Finalmente, las dos se estrechan la mano

como dos profesionales y Paula se marcha.

Diez minutos más tarde mi hermana entra enfadada en mi despacho.

—¿Estás loco o qué te pasa?

—¿Qué pasa?

—¿Vas a contratarla?

—¡Hombre!, cualificada está, no me digas que no.

—¿Solo eso? —se me queda mirando — Eric, nos conocemos.

Me rio.

—¿Qué quieres decir? —Sé por dónde va.

—Está claro que dos tetas tiran más que dos carretas. La chica te gusta ¿No? ¿Me

equivoco? —Se cruza de brazos.

—Sabes que en mi trabajo soy un profesional —la miro con mala cara.

—Adolfo también era un profesional y mira…

¡Joder…!

—Yo no tengo la culpa que el gilipollas de tu ex marido te engañará con su estudiante. No entiendo que te pongas así.

Indignada me mira.

—Cómo, ¿cómo puedes decirme eso? No puedes contratar a esa mujer para que

trabaje en la empresa de papá…

—Ahora yo soy el jefe, contrato a quien quiero, Susana.

—Es hija de Paolo, Eric ¿Estás loco?

—Sal de mi despacho. Estoy harto de que no me dejéis trabajar, contrato a quien quiero. ¿Lo entiendes? No creo que tenga algo que ver con su padre, Susana.

—Pues esta empresa también es mía, trabajo aquí y no pienso quedarme de brazos cruzados , que te quede claro.

—Yo no me meto en tu trabajo Susana, no te metas tú en el mío.

Paula.

—¿Se suelen hacer entrevistas en una comida? —Miro a Carlota mientras picoteo la cena que mi madre nos ha preparado. Está convencida que van a contratarme.

—Hoy en día como te descuides, te la hacen hasta cagando —suelto una carcajada.

—No, en serio—, deja su móvil sobre la mesa —ahora se hacen varias selecciones de entrevista en cualquier situación. Es una manera de poner a prueba al entrevistado.

Me quedo pensativa un instante y cojo dos patatas fritas que no dudo en meterme en la boca. ¡Qué buenas que están las condenadas! Soy patatera al máximo, si por mí fuera comería todos los días patatas fritas y si las acompaño con huevos, mejor que mejor.

—Pues nada, pediré lo más caro, porque paga la empresa, ¿no?

—¡Claro!

—Pues eso es lo que me llevo. Me hicieron una cantidad de test estúpidos que no sirven para nada.

—Lo sé, yo personalmente he tenido que hacer entrevistas estúpidas del tipo, nivel superior académico para contratar a un limpia cristales.

¡Válgame, a donde vamos a llegar hoy en día!

Voy a la cocina a ver a mi madre.

—¿Necesitas que te ayude en algo, mamá?

—No, hija —mi madre se acerca nerviosa, mira hacia el salón por si viene mi hermana, yo hago lo mismo.

—¿Qué pasa? —cojo una de las croquetas recién sacadas de la sartén.

Me quemo. ¡Mierda! me paso la croqueta de una mano a otra y soplo, a pesar de que no deja de quemar. Soy tan lista que doy un bocado y termino quemándome la lengua.

—¿Tu hermana sabe algo?

—De qué. De lo de…

—Shhh. No lo digas que esta, está con las antenas puestas —me rio.

—Está tarde me ha hecho preguntas raras.

—¿Qué clase de preguntas? —miro con interés a mi madre.

—No sé, me ha parecido todo muy raro.

Pongo los ojos en blanco. No he conocido en mi vida personas como mi madre y mi hermana, que se pasan todos los días montándose una película diferente. Podían dedicarse a escribir historias o algo así y matar el tiempo.

—Mamá, eres un poco cantosa, te pareces a la abuela. Cuando estás preocupada, se te nota y no me extrañaría que Carlota se terminara enterando gracias a la expresividad de tu cara.

En un descuido mi hermana entra en la cocina y no puedo evitar tener un sobresalto. ¡La madre qué la parió, siempre hace lo mismo!

—¿Qué tramáis? Me descuido y cuchicheáis a mis espaldas —se cruza de brazos y

nos mira a las dos como si le debiéramos algún tipo de explicación.

—¡Qué pesada eres, Carlota, por favor, ¡y agobiante! No es nada importante —digo

intentando aparentar tranquilidad.

—Ah, ¿no? —Da un paso hacia nosotras —ya me lo estáis contando o llamo a

Sergio.

Pfff…

—¿No puedo hablar con mamá sobre la entrevista?

—¿En susurros? —Carlota pone cara de detective.

—¿Qué vas, de Sherlock Holmes? —mi comentario nos hace gracia a las tres y Carlota deja de hacer preguntas.

A veces me olvido que soy la pequeña; Incluso de ser la hija, porque menudas dos, entre mi hermana y mi madre no doy abasto. ¿Quién quiere tener hijos, teniéndolas a ellas?

Con el estómago lleno, razón de mis cuatro kilos de más, vuelvo a casa.

Cierro la puerta tras de mí y me voy hacia la jaula donde Putin ya está corriendo en la rueda. Pobrecillo. Me pongo el pijama y me siento en el sofá a ver un rato la tele, pero no echan nada interesante y la apago. No tardo en coger un libro y ponerme a leer.

Cierro el libro, no puedo concentrarme y cojo mi móvil dudosa. ¿Llamo o no llamo a

mi padre? Me levanto del sofá, cojo la carta y la releo una y otra vez. Me dan un plazo para pagar. Con el

poco dinero que tengo ahorrado, no me llega. ¡Joder! Y si cojo de la cuenta que tengo en común con mis hermanos, se darán cuenta, me echarán la bronca y

querrán ayudarme y ellos también necesitan sus ahorros.

¡A tomar por culo! Marco el número de mi padre y llamo. Me tiemblan las manos, las

piernas. Respiro hondo; ahora mismo tengo una sensación como si el corazón me hubiese encogido. Espero escuchando y al cuarto toque, responde a la llamada.

—¿Sí? —Escucho la voz de una desconocida al otro lado que me hace mirar la pantalla de mi móvil por si me he equivocado al marcar. (No tengo el número guardado

en la agenda).

—Hola, soy Paula —me tiemblan los labios —¿Está mi padre por ahí? —Miro la

jaula de Putin y meto la mano tocando su rueda. Es la única forma de hacer que salga de su escondite y así poder calmarme mientras lo acaricio.

—¡Hola! —la mujer se toma una pequeña pausa, noto como tapa el auricular—ahora

mismo está reunido, ¿le dejo algún mensaje?

¡Qué casualidad, reunido! Miro mi reloj, son más de las diez de la noche, ¿reunido, con quién? Aprieto con fuerza los ojos y respiro hondo de nuevo.

—Si eres tan amable, dile que me llame en cuanto pueda, es urgente.

—Muy bien, en cuanto salga se lo comunico, gracias, hasta luego.

—Hasta luego.

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla como una idiota mientras suelto el aire que tengo retenido en mi interior. Sé qué mi padre no me va a devolver la llamada. En este

tiempo que llevamos sin hablar, no es la primera vez que lo he llamado a pesar de que

la que se enfadó fui yo y jamás la ha devuelto. ¡Qué asco!

Accedo a internet desde mi portátil tumbada en la cama. Miro las noticias de la nueva

empresa de mi padre. Todo va viento en popa, hace poco que se metió en bolsa y va

bastante bien. ¡Me jode y mucho! Se dedica al negocio de comprar y vender, e incluso

hace de prestamista. Es un cuentista, un estafador, un infiel, un mal padre, una mala persona.

Chasqueo la lengua, cojo aire y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el cabecero de la cama. ¡Maldita sea!

La vibración de mi móvil me devuelve a mi estado de normalidad, me desconecta de mis pensamientos.

—¿Qué pasa fea? —Es Trini.

—Quedaste en llamarme y no lo has hecho. ¿Alguna novedad?

Tiene razón, no la he llamado, le cuento todo por encima, sin detalles.

—¿Entonces mañana tienes la última entrevista? ¿Y en un restaurante?

—Sí, hija, sí.

Oigo como se ríe a carcajadas y oigo a mi hermano preguntando de fondo.

—Tu hermano dice, que a donde vamos a llegar, Dios, tía. Entrevistas en un restaurante, a este paso…

—Te la hacen hasta cagando —termino la frase por ella y las dos nos reímos a carcajadas.

—La verdad es que la empresa está bastante bien, y el sueldo mejor todavía —ya me pongo seria —como me cojan, voy a trabajar más que un tonto, pero no importa. ¿Al final os vais a la casa rural? —Cambio de tema rápidamente, noto como me estoy viniendo abajo y mi amiga es muy lista, pronto se dará cuenta si no se la ha dado ya.

—Sí —noto como sonríe —ya sabes… si te quieres venir…

Pongo los ojos en blanco.

—Quedaré con Nuria.

—Sí, aprovechad para pegaros la fiesta ya que no estoy.

—Trini, últimamente no estás casi nunca. Mi hermano te está llevando al lado oscuro y tú te estás dejando —sonrío.

—Vosotras tenéis la culpa, no dejáis que tu hermano nos acompañe.

—Hombre… es mi hermano y como que… no me gusta que me vea pegándome el lote o que un desconocido restriegue su cebolleta en mi culo, ¿o se te ha olvidado lo que pasó la última vez?

La última vez que salí con Trini y Sergio, mi querido hermano protector del alma, casi hace que nos encierren en el calabozo. Estaba bailando con un chico al que acababa de

conocer, estaba muy bueno y olvidándome que mi hermano estaba allí en plan vigilante,

comencé a liarme con él como si los dos estuviéramos solos. ¿Qué pasó? Que cuando

me quise dar cuenta mi hermano se acercó a nosotros y fue tal el puñetazo que le metió

al pobre chico que por un momento creí que se lo había cargado.

—La última vez fue hace mucho tiempo, ¿A dónde vas, cuantos años hace?

—Da igual los años que hayan pasado —la verdad es qué más de cinco. Lo acababa

de dejar con Marcos, pillé al muy cerdo liándose con otra.

—Tú hermano no es el mismo, es más liberal —rompo a carcajadas, liberal mi hermano dice. —No entiendo de qué te ríes, de verdad. Yo creo que si tu hermano ahora te ve liándote con alguien, no se molestaría ni en mirar —dice Trini muy segura

de ella misma.

—Bueno, tal vez ahora no, porque tú estás para distraerle, pero… no me fío y no me

arriesgo, lo siento. —Me encojo de hombros como si ella me estuviera viendo.

—Bueno, pues como tú veas. Ahora estoy liada con temas de trabajo, pero en cuanto

esté libre quedamos las tres para salir.

Trini trabaja como organizadora de eventos, trabaja mucho y apenas descansa, sobre todo cuando viene el buen tiempo.

—También podemos quedar para tomarnos unas cervezas, ¿no?

—¡También! En cuanto sepas si te han cogido en el trabajo, nos invitas a algo.

—Eso está hecho, adiós mi niña —digo antes de colgar mandándole besitos.

Escucho su despedida y cuelgo dejando el móvil sobre la mesita de noche.

Es verdad que aprovechando que Trini no sale, Nuria y yo vamos a sitios a los que, si

Trini supiera, nos la cargaríamos de un infarto, literalmente. Me rio yo sola imaginándome el espectáculo, pobrecilla.

Me informo sobre la empresa en la que espero poder trabajar, poniéndome al día y termino quedándome dormida. ¡Me dan cerca de las dos de la mañana a lo tonto!

Eric.

He leído la información de Paula Carusso como veinte veces a lo largo del día. He quedado con mis padres mañana a la hora de comer, mi hermana les ha informado y a

ninguno le hace gracia que una Carusso trabaje para mí y eso me molesta. Me molesta

porque ya se están metiendo donde no les llaman cómo han hecho siempre. Ahora con

más motivo, quiero a esa chica trabajando para mí, solo para hacerles entender a mis

padres y a mi querida hermana, que yo soy el jefe y yo decido.

Hace años Paolo quiso hacerse con la empresa que dirijo actualmente. Traicionó a mi

padre y quiso manchar el nombre de mi madre, soltando un rumor bastante grave sobre

ella y mi hermana. ¿Habrá convencido a su hija para que trabaje para mí y así poder

darle información?

Releo de nuevo el documento que tengo frente a mí. Leo todo sobre sus hermanos, su

madre y todo sobre ella. Donde vive, donde se ha criado, donde ha estudiado, incluso

puedo saber los novios que ha tenido. Por lo que aquí leo, solo ha estado con un tal Marcos, amigo de su hermano y compañero de trabajo también. Ninguna otra relación

conocida, ningún dato en las redes sociales. Al parecer le gusta mantener su vida privada bien resguardada. Chica lista y no como la mayoría de las que se han presentado, que cuelgan todo en las redes y hablan demasiado de lo que hacen y con quién. Miro mi reloj, ya es tarde. Subo a mi coche y me dirijo hacia el restaurante

«Jocos»

Camino junto con el maître a la mesa que he reservado. Cinco chicas han sido elegidas

y ninguna sabe quién soy, o por lo menos eso creo. Miro impaciente la puerta mientras

el camarero me sirve una copa del mejor vino.

Intento parecer tranquilo a pesar de que me encuentro nervioso, estoy deseando ver la

cara de Paula en cuanto me vea. ¿Se pondrá echa una energúmena? ¿Se terminará marchando? O a lo mejor puede que ni me reconozca, no lo sé. Vengo preparado para

cualquier cosa.

Unos minutos más tarde la veo entrar. Me remuevo en mi asiento ¡Está radiante! Con el

pelo suelto cayendo por sus hombros y con un vestido de color marrón que le llega por

las rodillas marcando sus curvas. Está elegante y sexi al mismo tiempo, subida en unos

tacones que la hacen más alta de lo que en realidad es.

El maître la acompaña hasta la mesa y cuando su mirada se cruza con la mía, noto un

cierto matiz de sorpresa. Noto como se queda sin aire e incluso que le cuesta hasta continuar caminando hasta aquí. Su cara comienza a desencajarse y no puedo reprimir

una sonrisa.

Se sienta a mi lado sin abrir la boca, sin mirarme, tensa.

En cuanto el camarero le trae el agua que ha pedido y se marcha, Paula se gira hacia mí con los ojos abiertos de par en par. Me mira fijamente, yo hago lo mismo.

—Un placer reencontrarme con usted, señorita Carusso —le saludo rompiendo el

hielo y poniéndola más nerviosa de lo que ya está.

Mira a su derecha, mira a su izquierda y vuelve a mirarme.

—¿Esto es en serio? ¿Usted es…?

—Siempre voy en serio y sí, soy Eric Odman, director principal de la empresa a la que está usted interesada en trabajar.

—Pues como usted dirija su empresa como su coche…

Me rio sin ganas.

—¿Quiere echar a perder la oportunidad de trabajar para nosotros con un chiste sin

gracia, señorita Carusso?

—¿Sin gracia? —Se indigna —créeme, señorito Odman, que es para reírse sin parar

—dice seria.

Me quita la mirada y pega la copa rellena de agua a sus labios. Le da un sorbo y así

pasan los siguientes minutos. Los dos en silencio. Yo mirándola a ella y ella, evitando mi mirada.

Miro hacia la puerta cuando un grupo de chicas llaman mi atención, son las demás candidatas.

En cuanto se acercan a la mesa y Paula se da cuenta, se toca el pelo y noto como su cuerpo se tensa más todavía. Se humedece los labios y nerviosa vuelve a beber agua, a

este paso se bebe entera la botella.

Cuando están todas sentadas, el camarero toma nota de las bebidas; todas piden agua

con gas, menos ella, que pide una cerveza.

Las chicas, Anabel, Claudia, Rocío y Beatriz la miran escandalizadas. Esto es más incómodo de lo que yo pensaba en un principio. Yo no suelo hacer entrevistas, no soy

quien se encarga, si no las personas que trabajan para mi hermana, pero creo que la excepción ha merecido la pena.

—Póngame a mí otra, por favor —le digo al camarero antes de que se marche

haciendo que Paula me mire y note como sus hombros se relajan.

No tarda en mirar hacia el frente de nuevo.

¿Qué le pasa a esta mujer? ¿N o le causo ningún tipo de impresión ni nada por el estilo? Debo reconocer que estoy acostumbrado a que las tías me besen el culo por así

decirlo, no me considero un hombre diez ni el más guapo del universo, pero sí que sé

que mi atractivo es único. Sé el efecto que les causo a las mujeres, pero esta parece no inmutarse cuando las otras cuatro están removiéndose constantemente en la silla cada

vez que las miro o abro la boca para decir algo.

Paula.

Siento vergüenza ajena al lado de estas chicas. No paran de hacer el tonto intentando

impresionar a Eric, que no les hace ni caso. Pero ¿de dónde han salido? ¿En serio creen que van a terminar en la cama de este hombre? Oye, que no es que sea feo, porque no lo es. Está muy bueno, todo hay que decirlo; pero tampoco es para tanto, vamos. Si me pones aquí a un David Gandy o a un Sean O´Pry pues a lo mejor hasta yo

hago el tonto, con tal de que me miren.

Lo observo distraída unos instantes. Tiene cierto parecido, así… con el pelo algo revuelto, a un actor… ¡Madre mía que estoy flipando yo sola cuando hace un rato me

estaba quejando de estas cantosas! Aparto la mirada algo avergonzada. El revuelo que

tienen estas montado aquí delante, no lo entiendo. ¡Menudo canteo! Se supone que esto

es una entrevista de trabajo y que aquí todas estamos cualificadas ¿no? O… ¿Soy la única rara que piensa así?

Con cierto disimulo vuelvo a mirarle. Intento pensar en el nombre de ese actor que tengo en la punta de la lengua, pero que ahora no me sale ¡Mierda! Odio cuando me pasa eso. Miro a una de las chicas y la veo mirar a Eric con cierta mirada de «¿Oye, te apetece que nos conozcamos a fondo, mejor?» Madre de Dios.

Analizo la situación y cuanto más lo hago, más me huele a rancio. Por mucho que mi

hermana me diga que se suelen hacer entrevistas de todo tipo, esto no me cuadra. ¿Qué

necesidad tiene este hombre que se supone que está casado, en quedar con cinco mujeres, a sabiendas que van a caer rendidas a sus pies? ¿En serio, esto funciona así

ahora? ¡Pues claro que esto funciona así!

El camarero se acerca a la mesa y me saca de mis pensamientos en cuanto me pregunta

que voy a comer. No me corto, tengo hambre y no voy a escatimar en gastos ya que es

la empresa la que paga.

Noto como todas las miradas se fijan en mí en cuanto cojo la carta y leo animada en

voz alta mientras lo pienso. Me decanto por un chuletón poco hecho con salsa Jack Daniel y patatas fritas.

—Si puede traer doble ración, se lo agradecería en el alma —le medio suplico al

camarero, refiriéndome a las patatas.

Todas las chicas se me quedan mirando como si hubiera pedido carne humana.

Reprimo una sonrisa y hago todo lo posible para no estallar a carcajadas.

—¡Ah! Y tráigame otra cerveza, por favor —termino diciendo, dándome por

satisfecha.

No me equivoco en cuanto las chicas se piden ensalada para comer con un consomé de

primer plato. ¡Válgame! Que ganas de pasar hambre tienen solo para gustar a los demás. Miro la carta buscando los postres, sé que Eric me está mirando, de hecho, no

deja de hacerlo ¿Qué intenta, ponerme nerviosa? ¿Torturarme? No sé qué pensar, yo lo

estoy ignorando con todas mis fuerzas, aunque por un lado he de reconocer que se hace

difícil hacerlo cuando sabes que un tío que está como un queso, no deja de mirarte con

esos ojos azules y que encima se parece a un actor famoso de esos que en cuanto salen

por la tele dan ganas de besar la pantalla.

Buff, ¡qué calor me está entrando! Así, de repente.

Me abanico con la mano y cojo aire mirando hacia otro lado.

—¿Se encuentra usted bien? —Sentir su voz casi en un susurro, al lado de mi oído me pone la piel de gallina.

Me giro rápidamente y nos quedamos los dos mirando. Ahora no sé qué decir y no sé

porque, imagino que tengo cara de pánfila total. Él se ríe, pero yo no. Me rasco el cuello por los nervios.

—Disculpadme un segundo —me levanto y miro a Eric que asiente con la cabeza.

Me dirijo al baño, menos mal que está vacío. Me echo agua en las muñecas y bebo agua

del grifo poniendo la mano como si fuera un cazo. Me miro al espejo en cuanto termino

y resoplo.

—Tranquila, tú puedes —me digo —no caigas en su juego que todo esto es una prueba.

No sé qué narices hago aquí, rodeada de muñequitas perfectas que aspiran a más que un

puesto de trabajo y no solo eso, encima ese hombre que me pone de los nervios cada

vez que siento que me mira ¿Qué se cree? Creía que lo había visto todo con mi padre,

cuando hice la mayor parte de las prácticas en su «empresa». Hacia lo mismo, quedaba

con las candidatas y después de hacerle la supuesta entrevista, le hacia otra, pero más a fondo.

Espero que este no vaya con esas mismas intenciones porque se va a dar con un canto

entre los dientes, por listo.

Vuelvo a la mesa más tranquila después de unos minutos. Siento como su mirada se clava en mí, pero lo ignoro.

—Me gustaría saber cuáles son vuestras cualidades y vuestros defectos —Eric se

dirige a todas nosotras, especialmente a mí. ¿Por qué a mí primero?

Las chicas cuchichean, pero con un gesto Eric las manda a callar.

—Me gustaría empezar por ti, Paula, si eres tan amable —se lleva su mano derecha

a su barbilla y se acomoda en la silla mirándome con cara de interesante.

¿Esa es la cara que pone para que a las tías se le caigan las bragas al suelo y él las recoja? Su mirada es intensa. ¡Joder!

—¿Ahora que vamos a empezar a comer? —Pregunto sin apartarle la mirada.

—Ahora —sentencia.

Carraspeo suavemente mi garganta, bebo un poco de agua, me cruzo de brazos sobre la

mesa. Ya sé que es de mala educación, pero como no estamos comiendo, pues… intento

ser lo más natural posible, sobre todo para tranquilizarme un poco.

—Preferiría… empezar con mi defecto —cambio de postura e inclino los codos —

soy incapaz de quedarme callada, odio los comentarios absurdos y la injusticia. Sobre

todo, la poca profesionalidad que hay últimamente en los lugares de trabajo.

—¿Y tus cualidades? —noto como sus labios dibujan una ligera sonrisa, pero los míos no. Tengo muchas cualidades, me gusta como soy, empezando por ahí, pero ese comentario no me lleva a ningún lugar.

Por primera vez controlo mis emociones y mis ganas de reír, ¡es increíble! Eso también

es una cualidad, ¿no?

—Soy buena en mi trabajo, muy buena —sonrío de medio lado sin dejar de mirarle.

¡Vamos a ver quién aguanta más!

—Lo de mantener la boca cerrada, es algo importante si se quiere trabajar para mí

—me dice haciendo que todas se echen a reír.

—¿Más que la profesionalidad en el trabajo y el saber estar? —me aparto el pelo

del cuello que comienza a picarme. ¡Jodidos nervios y jodido él que me está empezando a provocar! Ya no lo veo como mi futuro jefe, sino como el desgraciado tío

bueno que ha destrozado mi coche dejándolo en un biplaza.

—Todo es importante, señorita Carusso, pero faltar el respeto a su superior es grave.

—¿Quién ha hablado de faltar el respeto? —me indigno, aunque imagino que sé por

dónde va.

—¿Creé usted que mandar a la mierda a su jefa, no es una falta de respeto? —Eric

se cruza de brazos a la altura de su pecho.

¡Mierda, ha pedido una carta de recomendación! ¡Me cago en Martina…!

—Sí, si es necesario. —Respiro hondo —mandé a la misma mierda a mi jefa ¿y sabe qué? Volvería a mandarla. De hecho, estoy deseando encontrármela de nuevo y mandarla otra vez, pero sin billete de vuelta, ¿qué le parece? Todavía no me han pagado los dos últimos meses que estuve trabajando para ellos.

—Así no se puede ir por la vida ¡Menuda niñata! —oigo murmurar a una de las chicas.

—Si te tengo que mandar a ti a la mierda también lo hago, no tengo problema —miro

con mala cara a la chica escotada que ha hecho el comentario, Beatriz creo que se llamaba, no me acuerdo, aunque tampoco me interesa demasiado.

Todas se quedan en silencio, incluso él, que no sabe que decirme.

Vale, reconozco de nuevo que me he pasado, ¡pero joder, me lo ponen a huevo! Más o

menos se me ve venir, ¿qué haces provocándome?

El camarero nos trae los platos. Sonrío agradeciéndole la doble ración de patatas y

mientras empiezo a comer, escucho a las chicas hablar de sus fantásticas cualidades, y no me pierdo cuando también escucho hablar de sus fantásticos defectos. Estas chicas

no tienen abuela, ya se lo dicen todo ellas mismas. La que no es lista es guapa, la que no simpática y la que queda tiene un don de gentes especial. ¡Venga ya por favor! Lo

que me voy a reír de estas cuatro. ¿Los defectos? Casi ninguna tiene, oye. «Uy se me da fatal llegar tarde,

otra que… lo que peor lleva es el desorden, otra que, si odia dejar el trabajo a medias, acumulado» Y la última, la que hizo el comentario, la del escote sugerente, ¡arrea! Odia a los extranjeros. ¡Lo que hay que oír! No puedo evitarlo y suelto una carcajada haciendo que la comida que tengo en la boca salga disparada hacia ella.

Miro al señor Odman que debe haberse quedado como yo, ¡a cuadros! y lo afirmo cuando lo veo echarse hacia atrás, me mira, le miro y al darme cuenta de que no sabe

qué decir, no me lo pienso y me meto.

—Sabías que esta empresa tiene varias sedes repartidas por todo el mundo,

¿verdad? —pregunto ofendida. Joder, si todo el mundo fuera igual, apaga y vámonos.

—Lo sé, pero yo no voy a trabajar en otro país, ¿no?

Pongo los ojos en blanco. Termino de comer mi filete que está delicioso, pero como no

puedo estar callada ni con la boca llena, me dirijo con la mirada hacia ella de nuevo.

—¿Qué harás por ejemplo… —mastico tapándome la boca con la mano —cuando

tengas que acompañar a clientes extranjeros a alguna sala de reuniones? ¿Ponerte mascarilla y guantes?

—Mira guapa, si hay que hacerlo, se hace, no tengo problema, soy una profesional.

—Sí, sí, profesional con pocas luces. Yo soy la jefa y te meto una patada en ese culo

tuyo, que te mando derechita a tu casa ¡vamos! Que no te quiero ni para barrer el suelo que piso.

Mi comentario indigna a todas, sobre todo a ella. De forma automática miro a Eric que

no dice nada, parece que disfruta, pero me dirijo a él.

—Esta es la diferencia se ser mal hablada y ser profesional —comento con una sonrisa forzada en los labios.

Termino mi filete con una sensación de satisfacción impresionante. Sobre todo, al ver

como todas miraban mi filete jugoso, repleto de patatas y salsa por encima. Se les hacia la boca agua mirando cómo me comía las patatas. ¡Qué se jodan!, para lucir hay

que sufrir, ¿no? ¡Pues que sufran!

Mientras tomamos el postre, yo un enorme brownie de chocolate con nueces y trozos de

chocolate blanco por encima, acompañado de una enorme bola de helado, Eric nos plantea un problema que tenemos que solucionar en grupo. Yo lo hago, pero por mi cuenta. Una sobra y esa soy yo. Todas babean con él, yo no.

Él no muestra tal interés, eso me sorprende, aunque si de verdad está casado como escuché en el baño, digo yo, que hace lo normal. Pero claro, eso hace que ellas babeen

más.

Está claro que, si un tío pasa de una tía, la tía más se engancha, a la inversa ocurre lo mismo, yo lo hago y suele funcionar.

No hay hombre cabrón, hay mujeres tontas y no hay tías con mala leche, hay tíos gilipollas. Está claro que el que no corre no vuela y tenemos ese afán en la vida, el de volar sin tener alas.

Nos dan las cuatro de la tarde y la entrevista sigue su curso, hasta que Eric se levanta

de la mesa dándola por finalizada. ¡Menos mal! Aunque ahora me quedan dudas en el aire, le miro ¿Estoy o no estoy contratada? ¿Tenemos que esperar a que nos llamen, otra vez?

—La verdad es que me lo habéis puesto un poco difícil —que mentiroso que es, ¡qué

falso, difícil dice! —Ha sido un placer… —coge aire —pero solo tengo que elegir a

una. ¡Ahora si me disculpáis, tengo que marcharme! En el transcurso de la tarde, se os

irá llamando, tanto si es para el sí, como si es para él no ¿De acuerdo? Hasta entonces…

Las cinco nos levantamos como si nos hubieran pinchado en el culo, yo la primera.

—Paula, me gustaría hablar contigo un momento, si no te importa —me suelta de repente haciendo que, de nuevo, todas las miradas se fijen en mí. Hasta yo creo que desde alguna parte me estoy mirando.

Las chicas se marchan entre cuchicheos y yo con la chaqueta puesta y el bolso colgando, me lo quedo mirando a la espera de que me diga algo.

—¡El puesto es tuyo! —murmura acercándose a mí para que solo yo le oiga.

Parpadeo un par de veces sin abrir la boca, ¿va en serio o me está tomando el pelo?

—¿En serio? —Es lo único que puedo decir.

Da un paso hacia mí y de forma automática yo doy un paso hacia atrás, sonríe.

—Mañana te quiero a las ocho en mi despacho, Dolores te dará indicaciones y ven

preparada, porque el día va a ser muy duro.

Asiento con la cabeza como una muñequita, me he quedado en blanco.

—Planta dieciséis, señorita Carusso, se puntual —me indica al ver que no digo nada.

De nuevo asiento con la cabeza como una tonta. Cojo aire y cierro los ojos al sentir el delicioso aroma de su colonia ¡Joder, que bien huele! Se despide con un hasta luego y

veo como se marcha.

Yo hago lo mismo. En cuanto salgo del restaurante llamo a todo el mundo dando la noticia. Mi madre llora, pobrecilla.

Lo que queda de tarde la dedico a comprarme algo decente y que no me esté tan apretado, cuatro quilos se notan, pero bien. En cuanto termino llamo a mis chicas, y quedo con ellas para tomarnos unas cervezas en nuestro bar preferido.

Sobre las nueve y media de la noche llego a casa. Mi padre no me ha llamado después

del recado que le dejé ayer, así que después de darme una ducha, lo llamo de nuevo.

Nadie lo coge. No me queda otra que dejar un mensaje de voz y se lo dejo en italiano,

para que vea que estoy enfadada y cabreada. ¿Y si tengo que decirle algo grave? ¿Es

qué va a pasar de mí todo el tiempo, o es que sabe que necesito su ayuda y por eso me

ignora?

—No sé si estás ocupado o te estás haciendo el ocupado, pero necesito que me llames. Es urgente, aunque creo que eres demasiado listo para saber el motivo de mi

llamada. Llámame.

Cabreada, después de colgar, tiro el móvil de malas formas al sofá.

7

A las ocho de la mañana, puntual, entro al edificio. Para mi sorpresa tengo una tarjetita de acceso ya preparada que me da una de las chicas de recepción. Saludo a los chicos

de seguridad que, por cierto, uno de ellos es muy mono; el otro no tanto y entro en el

primer ascensor que abre sus puertas.

Me miro al espejo mientras el ascensor sube, llevo una chaqueta americana blanca y debajo un traje discreto de color negro. Me miro de lado, la verdad es que me queda

bien. Voy cómoda y unos zapatos que… bueno, me hacen tambalearme un poco. No entiendo, porque estoy acostumbrada a ponerme taconazos cuando salgo a bailar ¡Y

aguanto como una campeona, nunca mejor dicho!

Salgo del ascensor. Accedo por una enorme puerta acristalada que da a una enorme sala de espera. Huele de maravilla gracias a los ambientadores que debe de haber aquí. Veo sillones de espera y una mesa al fondo frente a una puerta doble. Imagino que esa será mi mesa y la puerta… será el despacho de Eric. ¡Joder, pensar en ese hombre provoca algo en la boca de mi estómago!

De repente una mujer de mediana edad, pasa por mi lado. Se para en seco y me mira

apartándose las gafas para ver mejor.

—¿Paula Carusso?

Asiento con la cabeza.

—¡Acompáñame! —La mujer comienza a caminar, la sigo —te voy a enseñar esto un poco por encima, tengo un poco de prisa, tendrás que disculparme.

—Oh, no te preocupes.

Me enseña la sala de reuniones; una sala enorme con una gran mesa rodeada de cómodas sillas donde también hay un proyector y una televisión para las

videoconferencias.

Dolores es la antigua secretaria que tenía Eric y que, por motivos personales, tiene que marcharse. No es muy habladora. Hay varias salas de reuniones y de varios tamaños,

dependiendo de lo que se necesite. Miedo me está dando todo lo que estoy viendo. ¿A

cuántas reuniones va este hombre al cabo del día para tener tantas salas? Vamos a la

sala de archivos que está casi al final, donde hay dos máquinas de hacer fotocopias, me enseña cómo

funcionan. En mi antigua empresa teníamos una como esta, se lo que hay

que hacer, pero por no cortarla, permanezco en silencio y asiento con la cabeza en todo momento.

Me enseña por último el pequeño comedor que puedo usar cuando no quiero comer fuera, dispone de una mesa en el centro, una barra con muebles como si fuera una cocina, un microondas y una enorme cafetera de uso profesional. También hay un frigorífico por si quiero traer mi propia comida. Tal vez tenga que plantearme eso de

los tupper, aunque no sea muy buena cocinando.

Al final, termina enseñándome el despacho, pero no se esmera mucho en hacerlo. Solo

me ha dado tiempo de ver lo amplio y lo bien decorado que está, huele a madera, a nuevo y hay una enorme pared acristalada con unas bonitas vistas del sur de Madrid.

—El Sr. Odman es puntual, así que tú debes serlo también. No le gusta el desorden, lo pone nervioso. Odia que el trabajo no esté preparado o que no se haya previsto algún incidente, le gusta tenerlo todo controlado. No le gusta que te marches a casa si

no has terminado lo del día y si por lo que sea te marchas, termina el trabajo en casa.

Asiento como una muñequita mientras voy apuntando en una pequeña libreta todo lo que me va diciendo. «¿Es con Eric con el que voy a trabajar o con su padre?», a punto

también con varios signos de interrogación mientras me rio por dentro.

—No le gusta que le llamen por su nombre, sí por su apellido o señor a secas, ya eso

te lo dejo a ti.

—¿Y qué más cosas no le gustan al señor Odman? —pregunto reprimiendo una tonta risita.

—Son muchas cosas las que no le gustan. Mira, te voy a ser sincera —me mira fijamente a los ojos —El señor Odman hijo, nunca ha tenido otra secretaria a parte de

mí, lo conozco más que a mi propio hijo ya que paso más horas aquí qué en mi casa, y

me temo —me mira de arriba abajo —no te lo tomes a mal, pero no creo que aguante

mucho contigo.

—¿Y por qué piensas eso? —La miro sorprendida.

La mujer cierra los ojos, sé que se arrepiente de lo que ha dicho, yo lo haría, vamos.

—Bueno da igual —comento, sacándola del apuro en el que ella solita se ha metido

—yo intentaré hacer mi trabajo lo mejor posible, no te preocupes. Ahora por favor, necesito saber qué

más cosas son las que no le gustan, ya sabes, para saber por dónde

tengo que cogerlo.

La mujer sonríe más tranquila, mira su reloj, algo nerviosa.

—Son muchas cosas las que el señor Odman no le gustan, y no tengo mucho tiempo

para decírtelas todas —las dos sonreímos ante el comentario —odia que lo

interrumpan, así que cuando esté hablando, bajo ningún concepto le interrumpas.

—¿Y si sale algo ardiendo? ¿Y sí hay algún tipo de accidente? —la interrumpo yéndome al extremo.

—No te preocupes, las instalaciones en este edificio son magníficas al igual que la

seguridad. Nada saldrá ardiendo, llevo aquí más de veinte años y todavía no he vivido

ningún tipo de accidente.

—Vale y si… no sé —me encojo de hombros —y si tengo que interrumpirle, por ejemplo, porque no lleva razón o veo que está metiendo la pata, ¿qué hago?

—Es el jefe y él siempre tiene la razón.

Hago un mohín con la boca apretando los labios; encima caprichoso.

Hago como que a punto, es bastante incomodo morderse la lengua con comentarios como ese, «Ah claro, como es el jefe, si me dice que me tire por la ventana, yo lo hago, porque claro, los jefes siempre tienen la razón» ¡Válgame Dios!

—Y si no es mucho preguntar ¿Qué es lo que le gusta al señor Odman?

Dolores se ríe.

—Le gusta que el trabajo esté impecable. Nada de llamadas personales a la oficina,

nada de navegar por internet en horas de trabajo y nada de distracciones.

—¿Nos vigila?

—Claro, por supuesto. Aquí es todo confidencial, todo lo que escribas por

ordenador o intentes buscar por internet, se sabrá —me quedo sin saber qué decir ¿en

esta empresa se conoce el derecho a la intimidad? —Aquí se trabaja duro, no te voy a

engañar —Dolores continúa hablando —La empresa está creciendo mucho y muy

rápido y se nota; serán muchas llamadas las que recibas, muchos correos que mandar,

no te dará tiempo a tomarte un respiro. Solo tienes una hora para comer y quince

minutos por la mañana y por la tarde para tomarte un descanso.

—Tal como suena esto, parece una secta —se me escapa antes de incluso llegar a

pensarlo.

—Intenta controlar lo que sale por esa boquita Paula, Eric… el señor Odman hijo —

se corrige —no admite ese tipo de comentarios. Es un trabajo y al igual que exigimos

que nuestros jefes cumplan y sean responsables y profesionales, nosotros, los empleados, debemos ofrecer lo mismo, ¿lo has entendido? —me mira seria.

—Todo entendido, ¿por dónde empiezo?

Dolores vuelve a mirar su reloj.

—Empieza por ir preparando el café. El señor Odman está a punto de llegar. Yo tengo que marcharme, tengo cosas que hacer hoy, te he dejado sobre la mesa un dosier

con todas las preguntas y dudas que te puedan surgir. También te he dejado mi número

de teléfono por si necesitas algo urgentemente, a Don Eric no le gusta que le estén molestando continuamente.

—De acuerdo, y gracias Dolores.

—No hay de qué, suerte en tu primer día ¡Y por cierto! —Me entrega una pequeña

agenda que la lleva acompañando desde que me la encontré al salir del ascensor —

mañana me la devuelves, aquí tengo varias direcciones y números de teléfono aparte de

contraseñas, no olvides comprarte una y tener todo apuntado —me dice ahora

sonriendo.

Dolores se marcha. Dejo la vieja agenda sobre la mesa y me dirijo hacia la pequeña

cocina. Una vez dentro, miro de brazos cruzados la enorme cafetera que tengo delante

llena de botones. ¿Cómo funciona este cacharro? Toqueteo todos y cada uno de los

botones y no tardo ni dos minutos en pillarle el truquillo.

Encuentro unos vasos encima de un mueble y antes de preparar el café, me pregunto si

me ha dicho solo y sin azúcar. Sí, sí, sí que me lo ha dicho.

Con el café ya preparado salgo de la pequeña cocina y me dirijo con cuidado hacia su

despacho. Voy tan concentrada mirando el suelo por si acaso me tropiezo, que no me

percato de su presencia. Me choco con él, lanzándome el café ardiendo por mi cuerpo.

¡Mierda!

—Ay… ¡Jodeeer! —me quejo en un alarido. Esto quema y mucho.

Separo mi escote con cuidado, el café resbala por mi cuerpo, mi vestido está empapado. Encima un vestido nuevo.

—Debe tener cuidado por donde va señorita Carusso. Es usted muy torpe.

Alzo la mirada y me encuentro con la suya, con la del señor Odman, el azul claro de

sus ojos se clava en los míos.

—¿Esto es una venganza por lo de su coche? Le recuerdo que la que salí perdiendo

fui yo —me quejo. Él se me queda mirando y yo me quedo en silencio, de nuevo he metido la pata. Ahora él es mi jefe.

—No, en absoluto, no es por su coche. Ahora soy su jefe y debe tener cuidado. Vaya

a limpiarse y tráigame otro y mire por donde va. —Me quedo callada sin saber qué decir, parezco una estúpida mientras aguanto las ganas de gritar, el café quema. Trago

saliva y me doy la vuelta.

—¿Qué? ¡Estoy bien, gracias! ¡Capullo! — Maldigo por lo bajo. Vuelvo a la cocina y preparo el café mientras me limpio como puedo.

Con el nuevo café me dirijo a su despacho. Toco la puerta con los nudillos, respiro

hondo antes de entrar y abro la puerta. Mi mirada busca la suya, la encuentra. Habla por teléfono y se da la vuelta dándome la espalda.

Dejo el café con cuidado sobre la mesa y justo cuando estoy dispuesta a marcharme, me llama.

—Un momento, no se vaya señorita Carusso.

Me paro en seco y me doy la vuelta despacio. Me acerco a su mesa y noto como dirige

su mirada hacía la enorme mancha de café de mi chaqueta, sonríe.

Eric termina la llamada y cuelga. Veo como se sienta en su enorme silla de piel, hace

un gesto para que yo haga lo mismo y termino sentándome frente a él, algo nerviosa, para qué mentir.

—¿Has conocido a la señora Dolores? —Clava sus codos sobre la mesa.

—Sí, señor.

—¿Te ha informado de todo lo que tienes que hacer?

—Sí, señor.

Me siento una estúpida llamándolo todo el tiempo, «sí, señor» parezco gilipollas.

—¿Sabe a lo que nos dedicamos, señorita Carusso? —Esboza una sonrisa perversa y

noto como se me acelera el pulso. ¿Está intentando seducirme, a mí? No sé si reírme o

echarme a llorar.

—Sí, señor —y dale con el sí, señor.

—Explíquemelo, si es tan amable, por favor —se acomoda en su asiento y yo lo miro con cara de tonta. ¿Esto es un examen o algo así?

Trago saliva. Me quedo en blanco, por su culpa. ¡Joder! Paula, piensa… piensa.

—Es una empresa, que se dedica a suministrar componentes para automóviles…

—¿Y sabe quién soy yo? —doy gracias por su interrupción.

—¡Claro! Mi jefe, el que empotró su coche con el mío tan solo hace unos días.

—¿No ha oído hablar de mí, señorita Carusso? ¿Ni da la empresa, ni de mi padre?

Lo miro extrañada y niego con la cabeza.

—¿Y por qué tengo yo que haber oído hablar de su padre y de usted? ¿Acaso usted

ha oído hablar de mí?

Dibuja una sonrisa de medio lado, parpadea y clava sus ojos azules de nuevo en los míos. ¡Qué intensidad por favor!

—He oído hablar de usted más de lo que quisiera.

Lo miro sorprendida. ¿Qué ha oído hablar de mí? ¿Qué quiere decir que más de lo que

quisiera?

—¿Y qué es lo que ha oído usted de mí, si puede saberse?

—Señorita Carusso… se sorprendería y mucho. ¡Váyase a trabajar! —Mira su reloj

—es tarde y dentro de media hora tenemos una reunión en la sala dos, ¿no le han informado?

—No, Dolores no me ha dicho nada —le respondo incrédula.

¿En serio no me va a responder?

—Pues ya lo he hecho yo. Vaya preparando la sala.

Me levanto de la silla ¿Qué es lo que sabe de mí exactamente? ¿A qué juega? Salgo de

su despacho, me dirijo a mi mesa y Dolores pasa corriendo hacia el ascensor, aún no se

ha marchado, menos mal.

—¡Dolores! —se gira, justo cuando las puertas se abren —¿Puedo pedirte un favor?

—Sí claro, dime.

—Tengo que preparar la sala dos.

—Sí, perdona, se me había olvidado comunicarte todo lo de la reunión, iba a prepararla, pero no me ha dado tiempo, tengo que irme.

—¿Y qué hago?

—Prepara diez botellas de agua y estate dispuesta, que estará a punto de venir el chico del catering.

—Vale, y...

—Dime

—¿Sabes si hay toallitas o algo para poder borrar esta mancha de café? —mira la

mancha y se ríe.

—Busca en uno de los cajones, a la derecha de donde se encuentra la cafetera, dudo

mucho que eso se vaya, pero suerte.

Las puertas del ascensor se cierran y me quedo sola.

Voy corriendo a la cocina, cojo de unas cajas diez botellas de agua, entro en la sala dos, la preparo. Diez minutos más tarde, en cuanto doy con las malditas toallitas quita manchas, llega el del catering. Lo coloco todo con cuidado sobre la mesa y no puedo

reprimir las ganas de coger un sándwich. ¡Tienen una pinta increíble! Lo cojo, me lo meto de un bocado en la boca y salgo corriendo hacia el baño para que no me pillen

comiendo. Intento eliminar la mancha de las narices. ¡Qué estrés en un momento, por favor! Me quito el vestido, lo miro a trasluz, la mancha se nota. No importa, a tomar

viento. Me lo vuelvo a poner, pero no hay quien quite la mancha de la chaqueta.

¡Joooder! Nada, paso. Cuando me quiero dar cuenta, llevo más tiempo del que debería

aquí encerrada. Nada más salir del baño, a punto estoy de volver a chocar con Eric.

—¿Dónde se mete señorita Carusso? La reunión está a punto de comenzar y los asistentes a punto de llegar. Debería estar preparada para recibirles y llevarles hasta la sala de reuniones.

—Lo siento señor, estaba…

—No me interesa lo que estuviese haciendo. No le he preguntado —me corta

quedándome con cara de gilipollas mientras veo como se da la vuelta y se marcha entrando en su despacho.

—¡Gilipollas! —susurro ahora que no me oye. ¡Qué mal me está cayendo este

hombre!

Me llevo el portátil y un bloc de notas a la sala de reuniones. Salgo a recibir a los primeros asistentes. Me presento y poco a poco van viniendo los demás. Cuando están

todos, llamo al señor Odman que serio, sale de su despacho pasando por mi lado sin

decirme nada.

Aspiro su aroma ¡Qué bien huele!

La reunión comienza, el señor Odman hace que me siente a su lado. Me mira, yo hago

lo mismo mientras enciendo mi portátil, si piensa que va a intimidarme lo lleva claro.

—Esté atenta y vaya tomando nota de los puntos más importantes, por favor.

—Sí, señor —susurro, totalmente avergonzada ¿pero ¿qué hago yo avergonzándome?

¡Seré

tonta!

¿Este

se

cree

que

no

sé

hacer

mi

trabajo

o

qué?

Nuestras miradas se cruzan en varias ocasiones durante la reunión. Escucho

ensimismada su voz cuando habla, parece tan profesional a la hora de dirigirse a los

presentes, mientras habla de su empresa con orgullo, que noto como me quedo encantada de la vida. Hasta la voz tiene bonita el desgraciado este. Casi me convence a mí para aceptar lo que les propone a los clientes.

Anoto los puntos más importantes que creo convenientes y bueno, cada vez que Eric

dice algo importante, me lanza una mirada de esas de preaviso.

La reunión ha durado unas dos horas, aparte del momento del descanso, donde cada uno, mientras picoteaba, hablaba conmigo, interesándose por mi nueva incorporación,

o eso quiero creer yo. Eric me ha estado observando desde un segundo plano, lo he pillado varias veces mirándome y las veces que le he pillado la mirada, la ha apartado

rápidamente. ¡Qué raro! Hasta ahora, me la había estado manteniendo en todo momento.

Acompaño a los asistentes hasta la salida y recojo la sala, una vez que ya no hay nadie.

No hay mucho que hacer, así que no tardo en volver a mi mesa para ponerme al día con

el trabajo. Tengo que preparar el acta y hacer un informe sobre la reunión para enviárselo a Eric y que él me dé su aprobación para poder enviarlo a los asistentes.

Al medio día termino e imprimo el informe. Lo dejo sobe mi mesa y me dirijo hacia el

ascensor para irme a comer algo, el estómago me ruge y con el estómago vacío, no soy

persona.

Las puertas del ascensor se abren y al sentir un ruido tras de mí, me doy la vuelta y aguanto la risa al ver a Eric correr, dejo el botón pulsado del ascensor para que las puertas permanezcan abiertas y que pueda pasar.

—¿Se marcha a comer, señorita Carusso?

—Sí, señor —contesto sin mirarle aguantando las ganas de reír.

—¿Sabe algo de su coche?

—No, aún no he llamado. Pero confío en que me lo dejen como estaba.

—Yo he llamado, ya lo tienen listo. Voy a pasar por allí, ¿quiere que la acerque?

—¿No le importa? —ahora si lo miro y sonrío como una tonta.

Eric.

Subimos a mi coche. Quién le iba a decir a esta morenita que terminaría subiendo al coche que se empotró contra el suyo. ¿Destino o casualidad? La miro, observo como inspecciona el coche en cuanto sube en él. Me mira de reojo y arranco orgulloso por el

ruido que hace el motor en cuanto piso el acelerador.

—Haga el favor de ponerse el cinturón de seguridad, señorita —digo serio mirando hacia la carretera.

Hace lo que le pido sin rechistar, aunque me apuesto lo que sea que está conteniendo

las ganas de soltarme una burrada. No me dice nada, pero sí me lanza una de esas miradas que matan. ¡Qué genio tiene está mujer! Sin prestarle la más mínima atención,

me incorporo a la carretera y marcho hacia mi destino.

Llegamos hasta el mejor taller de todo Madrid donde se encuentra su coche. ¡El mío!

Bajamos. Noto como la cara se le ilumina en cuanto ve su coche justo en la puerta, mejor incluso de lo que ya lo tenía. Lo he mandado a que lo pinten y arreglen, aunque

yo no soy de hacer ese tipo de regalos y menos si no tengo la culpa del accidente.

—Pero… si lo han pintado —señala su coche, emocionada —no hacía falta.

—Es lo menos que podía hacer después de haberme empotrado contra él, señorita

Carusso.

—Puede llamarme Paula —me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mejor… mantengamos la educación fuera del trabajo —le borro la sonrisa de

inmediato haciendo que me mire de forma extrañada y de mala gana.

Hablo con el mecánico, me giro para mirar a Paula y en cuanto mi mirada encuentra la suya, levanto mi mano izquierda donde llevo mi reloj de pulsera y lo señalo.

—Le quedan treinta minutos señorita Carusso, la quiero ver en mi despacho con todo

terminado.

Me saluda como si fuese un sargento apretando los labios, conteniendo las ganas como

ya he dicho antes de soltarme una buena burrada y yo evito soltar una carcajada. Me hace gracia esta chica.

—Sí, señor —arranca su coche. Compruebo que se pone el cinturón de seguridad,

me mira en cuanto lo hace con una sonrisa malvada en los labios y se marcha. Mientras

tanto, yo me quedo como un tonto viendo desaparecer su coche entre los demás vehículos.

No es, hasta que Faustino, el mecánico más veterano del taller, llama mi atención sacándome de mi ensimismamiento, cuando me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo mirando hacia donde no debo.

—Lo siento Faustino, ¿qué decía? —pregunto desconcertado.

—Le he mandado los datos a su correo, ese coche tenía mucho trabajo, le queda poca vida.

—Vale, muchas gracias por todo.

—A usted, señor Odman.

Me despido de Faustino y subo a mi coche. Nada más arrancar, mi móvil suena. Activo

el manos libres, es mi padre.

—¿Sí? ¿Qué pasa papá?

—Hijo, ¿dónde estás? Te estamos esperando, ¿lo has olvidado?

—No, no papá, estaba arreglando un asunto, en cinco minutos estoy ahí.

Entro al restaurante y busco a mis padres con la mirada.

—¡Papá, mamá! —Saludo sentándome frente a ellos.

—¿Al final no has hecho caso a nuestra recomendación? —Es lo primero que dice

mi padre lanzándome una mirada de decepción. No me gusta cuando me mira así y si

soy sincero, no me apetece nada tener que discutir con él, sobre todo desde que sufrió

el infarto que casi se lo lleva al otro barrio.

—Papá… —resoplo cansado de tener que estar dando explicaciones constantemente

—Nacho me ha dado toda la información que ha podido conseguir sobre ella y…

—Nosotros tenemos esa misma información y, aun así, no la queremos cerca de la empresa. La quiero fuera —me corta mi padre.

Resoplo y me froto la cara agobiado.

—No puedo hacer eso papá, si tienes la misma información que yo, habrás visto que

es también la más cualificada, lo que necesito, lo que necesitamos.

—Búscate a otra —dice tajante.

Busco la mirada de mi madre, necesito que ella me eche un cable, necesito que esté de

mi parte, aunque solo sea un poco.

—Tu padre tiene razón, a los Carusso, cuanto más lejos, mejor.

El camarero trae una botella de vino, le hago un gesto de negativa con la cabeza en cuanto me pregunta si quiero algo para comer y vuelvo a mirar a mi padre.

—Papá, yo soy quien lleva la empresa. Aprendí de ti y creo que te precipitas con

esa chica.

Mi padre se queda en silencio y mi madre y él se miran.

—Échala, Eric. No hagas que me arrepienta de haberte dejado al mando.

—Papá, la estaré vigilando, no te preocupes, me conoces bien, sabes cómo soy.

—Es una mujer y encima una Carusso, seguro que intentará algo como hizo su padre.

Qué dirá luego, ¿eh? ¿Qué le has dado un hijo?

Miro a mi madre y termino con la mirada fija en mi padre.

Odio tener que seguir las ordenes de mi padre, ¡joder, tengo treinta y tres putos años, soy mayorcito!

El silencio se vuelve incómodo.

—No la pienso echar solo porque sea hija de un antiguo amigo tuyo que en su día te

traicionó.

—Sigo estando por encima de ti Eric en la empresa, yo decido y la quiero fuera.

Me levanto de la mesa.

—Lo siento mucho papá, pero por primera vez deberás confiar en mí o si no…

—¿O si no qué? ¿Amenazas a tu propio padre?

—No te estoy amenazando, pero si no me dejas llevar la empresa como yo quiero y

sabes perfectamente que debo, no cuentes conmigo y búscate a otro para que la dirija.

De nuevo silencio.

—Te doy quince días Eric, a la más mínima me encargaré de que esa chica esté en la

calle y no vuelva a ejercer de secretaria ni que trabaje en una oficina a no ser, que sea para barrer y fregar.

Mi madre se mete cambiando de tema mientras yo y mi padre nos retamos con la mirada.

—¿Recibiste la información de la gala, Eric?

Miro a mi madre y asiento con la cabeza, de nuevo vuelvo a mirar a mi padre.

Mis padres realizan todos los años una gala benéfica para ayudar a la investigación de

enfermedades raras sobre todo en niños. Yo soy uno de los mayores contribuyentes, pero este año estoy pensando si asistir o no. Todos los años se hacen reportajes y este año, tendré que dar muchas explicaciones sobre mi divorcio con Valeria y aunque lo tengamos todo ensayado y controlado, no me apetece tener que hablar sobre mi vida sentimental. No creo que eso le tenga que importar a nadie.

—¡Por cierto, papá, mamá! Tengo algo que comentaros.

—¿Es algo sobre esa chica? —pregunta mi padre. Niego con la cabeza.

—No, sobre Valeria y yo. —Noto lo rígida que se pone mi madre —nos hemos

divorciado —les informo. Mis padres no dicen nada. —Era evidente de que lo nuestro

no iba bien, ¿no? —pregunto.

—Sabes lo que opinamos respecto a eso. Es tu vida y tú debes elegir lo que quieres

dentro y lo que quieres fuera. Pero quiero que sepas que seguiremos invitando a Valeria a comer y a las fiestas que organicemos.

—Me parece perfecto, mamá. —En este tema, mi padre se mantiene al margen.

Miro mi reloj, es hora de marcharme.

—Bueno… he de marcharme, tengo muchas cosas que hacer —me excuso.

—Pero hijo, no has comido nada —dice mi madre con cierto tono de preocupación.

—No te preocupes, ya comeré algo por el camino —me doy la vuelta y me marcho.

Hago el trayecto pensando en la conversación con mi padre, ¿y si tiene razón? Se dice

que sabe más el demonio por viejo, que por demonio.

Paula.

Subo al despacho después de comerme un montadito, deprisa y corriendo en la cafetería que hay en la primera planta. Apenas me ha dado tiempo a comer, al volver un

coche ha golpeado a otro y hemos estado yo y otros conductores, como quince minutos

esperando que viniera la policía local y pusiera orden. Ese tonto accidente me ha hecho recordar el mío con el señor Odman.

Me río al pensarlo.

Cojo el informe ya preparado y lo llevo al despacho dejándolo sobre la mesa de Eric.

No puedo evitar quedarme embelesada mirando por el enorme ventanal. ¡Qué vistas!

Así permanezco unos minutos, observando desde la ventana todo lo que mis ojos pueden alcanzar a ver. Un pequeño ronroneo involuntario me despierta de mi pequeña

relajación exprés y cuando estoy a punto de salir, justo en el momento que cojo el pomo de la puerta para girarlo, la puerta se abre de golpe y asustada, en un acto reflejo, me echo de un salto hacia atrás para evitar que la puerta me golpee. Eric entra, me mira con mala cara, sorprendido de encontrarme aquí.

—¿Qué hace aquí?

—Yo… —siento que no puedo contestarle, me quedo muda.

El da dos pasos hacia mí entrando en su despacho y yo voy hacia atrás, parezco tonta.

Lo miro extrañada.

—¿Qué está haciendo en mi despacho, señorita Carusso? —el tono que emplea en la

pregunta me hace saber que no le hace gracia que yo esté aquí y lo que es peor, que está

enfadado.

—Solo he entrado para dejarle el informe sobre la mesa, no sabía que no podía entrar —intento defenderme.

El dosier que me ha preparado Dolores no decía nada de no entrar en su despacho cuando se supone que estoy haciendo mi trabajo. ¡Maldita sea!

Eric se queda en silencio, parece que piensa una respuesta, me mira, pero yo aparto la

mirada, me inquieta y no tengo ganas de discutir, saldría perdiendo.

—¿Ha terminado el informe? —noto como sus hombros se relajan.

Asiento.

¿Qué habrá pensado que hago aquí dentro? ¿Robarle? Me echo a un lado y me dirijo

hacia la puerta para volver a mi mesa de trabajo.

—La próxima vez, le pediré permiso para dejar mi trabajo sobre su mesa.

Salgo de su despacho con el corazón a mil y me dirijo a mi mesa a estudiar el dosier

mientras espero que revise el informe.

La puerta del despacho se abre al cabo de un rato. Desvío mi mirada hacia la puerta

esperando a que salga a pedirme disculpas, es lo mínimo que podía hacer, pero no. Me

inclino y lo veo sentado en su mesa, con la mirada clavada en mí. ¡Joder! ¿Ahora también me quiere controlar?

Me siento observada durante toda la tarde, tanto que casi estoy por irme a su despacho

y ponérselo fácil. ¿Quieres espiarme? Pues mira como trabajo.

A última hora me da su aprobación y me encargo de enviarles a los asistentes de la reunión las cláusulas del nuevo contrato.

8

Al día siguiente se repite lo mismo; miradas constantes y puertas del despacho abiertas mientras yo trabajo o lo intento, es difícil hacer tu trabajo correctamente si unos ojos azules te persiguen en todo momento.

¿Esté hombre es que no tiene otra cosa mejor qué hacer? ¿No se supone que los jefes

son los que más trabajan?

El teléfono interno suena cuando más concentrada estoy, terminando de escribir los puntos importantes del dosier. Son muchas cosas las que tengo que saber de mi jefe para no meterme en líos y lo qué es peor, no terminar en la calle.

—Señorita Carusso, ¿puede pasar a mi despacho, por favor?

—Ahora mismo, señor —cuelgo molesta.

Me levanto y entro al despacho. De pie, espero que me diga algo. El silencio comienza

a incomodarme y él no deja de mirarme. Tentada estoy de mandarlo a la mierda y gritarle que deje de mirarme tanto, pero opto por estar callada. Tal vez sea eso lo que quiere, sacarme de mis casillas.

—Tráigame un café solo, por favor —me pide con cara de «yo soy quien manda ¿te

has enterado?»

Salgo del despacho y aprovechando que no me está viendo, le saco el dedo corazón.

Entro en la cocina, preparo su café, solo y sin azúcar, y de nuevo, entro en su despacho.

Con cuidado, le pongo la taza de café sobre la mesa. Mira el café, lo mueve con la cucharilla y me mira con una media sonrisa.

—Tráigame azúcar, si es tan amable.

Lo miro extrañada ¿azúcar?

Vuelvo a la cocina, creo que me está vacilando, pero no importa. Conmigo no va a poder, eso lo tengo claro.

Pongo el azúcar sobre la mesa y volvemos a mirarnos.

—Tráigame otro sobre, por favor —se ríe. ¡Será cabronazo!

Repito la misma operación y vuelvo al despacho con el segundo sobre de azúcar.

Cuando se lo pongo sobre la mesa, el muy desgraciado me pide que le eche el azúcar

en el café.

¿Cómo? ¿Qué haga, qué?

Me indigna la forma que está teniendo de tratarme. ¿Qué pasa? ¿Qué espera que sea una mojigata o algo por el estilo? Llevo aquí trabajando desde ayer y ya estoy deseando mandarlo a la misma mierda. Sabía que era un capullo por las pintas y lo creído que se lo tiene, pero no tanto.

Noto como me mira mientras le remuevo el maldito café, se cree superior a mí.

Le acerco el café ahora, a lo mejor quiere que yo le dé de beber, lo que me faltaba por hoy.

—¿Puedo irme ya? —pregunto deseando salir de su maldito despacho y quitármelo

de encima.

—Sí, pero deje la puerta abierta.

A los cinco minutos, nada más sentarme, el teléfono suena de nuevo.

—Señorita Carusso, venga a recoger la taza, por favor.

Y lo hago, me levanto de mi silla. A este paso se me pone el culo duro con tanto levantarme. Entro en su despacho, cojo la taza y me marcho dejándola en la cocina.

Por la tarde intento esconderme entre papeles, detrás de la pantalla de mi ordenador,

pero es imposible, este hombre encuentra la manera de cruzar su mirada con la mía.

Cuando no me está mirando, como una tonta soy yo quien comprueba si lo hace y soy

quien se lo queda mirando y cuando él me mira, aparto la mirada rápidamente avergonzada.

Llego a casa agotada. Apenas he comido bien al medio día y encima me estresa que ese

hombre me observe tanto. Entro en el baño para darme una ducha y cuando salgo al mirar mi móvil, Nuria me ha llamado. Le devuelvo la llamada y hablamos durante un

rato mientras estoy tirada en el sofá, peleando con el mando de la televisión.

—¿Vas a ir tú a la sierra con tu hermano y Trini? —Me pregunta Nuria nada más descolgar.

—¿Me ves con cara de ir? —me rio sin ganas.

—Vale. ¿Haces algo, has quedado con Marcos o alguien?

—Pero ¿qué dices? ¿De dónde sacas lo de Marcos? —Termino dejando la MTV para

ver el programa de Mario Vaquerizo, me descojono con este hombre.

—Lo he dicho por preguntarte algo. Aunque no soy tonta, ¿vale? Sabemos que os estáis liando.

—Pues eso se ha acabado —le contesto de malas maneras.

—Vale, vale, tranquila chata. A ver… te cuento… —oigo como resopla —me ha llamado Julio.

Ya la estoy viendo venir, aprieto los labios y sonrío.

—¿Sí?

—Este finde trabaja en casa de un amigo.

—¿No va para el local?

—Sí y no. La casa es de su amigo, bueno un chalet adosado ¡imagínate! —Hago un mohín con la boca mientras la escucho, me levanto y voy a la cocina a coger una bolsa de gusanitos rojos —su amigo hace fiestas y este fin de semana toca fiesta de máscaras ibicencas.

—¿Fiesta de máscaras ibicencas? No sé si es que estoy muy cansada o muy espesita hoy, pero creo que no te estoy entendiendo.

—¡Joder Paula! Su amigo hace una fiestecita como las del club, pero en su casa, de forma privada.

—Ahh, joder, explícate mejor. —Suspiro.

—Bueno, quiero que te pongas mona, que estés preparada, porque este finde vas a quitarte todas tus penas juntas.

Las dos nos reímos.

—Últimamente las penas me las tengo que quitar yo, el mercado ahí fuera está escaso —volvemos a reírnos.

—Tenemos que ir de blanco.

—¿Y las máscaras?

—Nos la dan allí me ha dicho Julio.

Cuando termino de hablar con mi amiga, abro la bolsa de gusanitos y me pongo a picotear mientras veo la televisión. Termina el programa con el que tanto me estaba

riendo y cojo mi móvil sin pensar, llamando a mi padre. Intento hablar con él, pero, como en los dos últimos días, no está o está ocupado.

El día siguiente pasa lento. Eric es más desagradable que el día anterior y hoy no estoy para aguantar sus gilipolleces. No he pasado una buena noche, incluso he soñado con

él, con esa mirada de perdona vidas que me lanza de vez en cuando.

Recibo un mensaje de Trini.

> ¿Para cuándo esa invitación de cervezas por tu puesto de trabajo?

Tiene toda la razón del mundo. Dios qué cabeza tengo.

< ¿Nos vemos esta noche en «El Gallego», tú, ¿Nuria y yo?

Inclino la cabeza y miro hacia donde Eric se encuentra, por suerte no me ve.

No tarda en responderme.

> ¡Cuenta con nosotras!

Me centro en pasar todos los correos y contraseñas de la antigua agenda de Dolores a

la mía nueva y por si acaso, lo meto todo en un archivo con clave en el ordenador.

Noto por el perfume de Eric, que ha pasado por delante de mí pero, estoy tan concentrada en mi trabajo que no lo he escuchado salir y no me he dado cuenta. Se habrá fijado en que estoy trabajando, ¿no?

Transcurre la mañana recibiendo llamadas de clientes y empresarios que quieren hablar con Eric. Apunto en la agenda varias reuniones programadas para la semana que

viene y me doy cuenta de que Dolores me ha apuntado una reunión, una

videoconferencia, para mañana viernes.

Al volver a la mesa, después de comer, me extraña no ver a Eric en toda la tarde y eso,

me extraña y me alivia al mismo tiempo, es lo normal, ¿no?

Termino todo mi trabajo previsto para el día de hoy, dejo todo preparado para mañana

y por si acaso, no queramos meter la pata, me llevo el dosier a casa para seguir leyéndolo y vincularme más con mi trabajo.

Antes de pasarme por el bar, aprovecho para ir al cajero y me sorprende ver que me

han pagado lo que la antigua empresa me debía. Mañana, espero llegar a un acuerdo con el banco y pagar lo que debo antes de que sea tarde.

Trini y Nuria me esperan en El Gallego. Entro en el bar y saludo con un gesto al camarero que suele atenderme siempre que vengo aquí.

—¿Lo de siempre Paula? —me pregunta preparando un botellín.

—¡Claro! —me acerco a la mesa donde mis amigas me esperan.

—¿Y esa cara que nos traes? —pregunta Nuria haciéndose la graciosilla mientras se

levanta para darme un abrazo.

—Odio trabajar —respondo fingiendo mucho cansancio.

—Tú y todas… ¡Cachonda! —Trini se echa a reír. También me da un abrazo.

—Enséñale las tetas a tu jefe cuando se ponga gilipollas, es la única manera de que

se quede callado.

Miro a Nuria que es quien ha hecho el comentario y luego miro a Trini que, como yo,

aguanta las ganas de reír.

—Ese no es el problema —le digo —solo me mira y me mira y no se cansa de hacerlo —me quejo, mirando al camarero que deja sobre la mesa mi botellín y varios

pinchos para picotear.

—Pues eso, enséñale las tetas, veras como deja de mirarte tanto —insiste Nuria.

Nos reímos las tres a carcajadas.

—¿Qué edad tiene, sesenta años?

Trini y yo volvemos a mirarnos. ¿Qué le pasa a Nuria hoy? A ver…, ella siempre es así

de extrovertida, pero hoy la veo más, ¿animada de la cuenta?

—Treinta y algo, creo —contesto a tiempo que pincho una aceituna.

—Dime su nombre ahora mismo, lo busco por internet y si está bueno, yo me encargo

de enseñarle las mías.

Me rio.

—¿Pero tú no eres lesbiana?

—Me va tanto la carne como el pescado, chata —las dos miramos a Trini que comienza a ponerse colorada como un tomate.

Desde que está con mi hermano se ha vuelto muy callada y muy tímida cuando antes era

todo lo contrario. Nuria choca con su hombro haciéndole saber que se trata todo de una

broma.

—Tú lo que eres es una bollera de palo — le suelto a carcajadas —ni carne ni pescado, tu solo te quieres a ti misma.

—Eso está claro, yo sola me doy mucho gusto —Nuria y yo reímos a carcajadas limpias. Me cuesta casi respirar, la madre que la parió.

—Esta es una de las razones por la que apenas salgo con vosotras, dais un poco de

vergüenza ¿sabéis? ¡Cortaos un poco! Esto está lleno de tíos salidos y algún día, alguno nos hará algo —dice Trini, seria bebiendo de su refresco.

Miro a Nuria que me devuelve la mirada y con un mohín damos por finalizada la tontería que tenemos. Tal vez Trini tenga razón, somos un poco cantosas y no nos

cortamos ni un pelo.

—Bueno dime el nombre, que quiero saber a quién hay que enseñarle las tetas.

—Eric Odman —digo despacio, viendo como los dedos de Nuria se deslizan como

la luz sobre la pantalla táctil de su móvil.

Nuria solo tarda unos segundos en abrir su boca. Me mira a mi asombrada, mira la pantalla de su móvil y vuelve a mirarme con la misma expresión.

—¡Hala! ¿Y este dios del sexo masculino? ¿De dónde ha salido?

—¡Que exagerada eres! —Peleo con un trozo de tortilla que se deshace al cogerla y

me quedo mirando a mis amigas que siguen con la boca abierta sin apartar los ojos de

la pantalla del móvil.

—¿Sabes lo que creo? —Miro a Nuria —que a ti te gusta tu jefe, por eso te quejas

tanto… —Nuria le da un codazo a Trini y las dos se ríen mientras me miran.

—¡Vaya! ¿Ahora si te ríes, Trini? —miro muy seria a las dos —Pues estás o más bien, estáis muy equivocadas, chatinas. Es un gilipollas y por mucho cuerpo que tenga

si no usa esto —señalo mi cabeza —no me vale para nada.

—¡Hombre! Para ser un empresario tan joven y haber hecho todo lo que Wikipedia

dice, pues…, como que lo usa. ¡Además! Este tío está que te mueres de gusto, te conocemos perfectamente. Seguro que te has cambiado de bragas varias veces en lo que llevas de día.

¿Pero…, qué cojones me está contando esta ahora? Miro a mi alrededor, Nuria está hablando demasiado alto o eso me lo parece a mí. Veo a dos tíos que no paran de mirarnos. Levanto mis cejas divertida y me acerco a mi amiga.

—Tú sabes muy bien lo que a mí me gusta, nena —agarro su culo y hago que me mire

soltando una carcajada. —Por tu culpa hay dos babosos ahí mirándonos.

—Sí, sí, lo que tú digas, guapa, pero te conocemos, no cambies de tema. No me puedo

creer que no me hayas hablado de este dios griego, hija de puta.

—Creo que está casado y es mi jefe. Sabes que no me gusta mezclar las cosas —digo

como si eso les fuera a convencer de algo.

—Ah, sí, es verdad, aquí lo pone. ¡Menuda mujer, qué cuerpo!

Nuria y Trini cotillean. Por un momento me siento excluida del grupo. Sin querer, cuando me quiero dar cuenta estoy mirando también la pantalla del móvil. ¡Menuda mujer que veo junto a él! Una rubia con un cuerpo de escándalo y una cara preciosa.

—Se llama Valeria Escudero, es modelo profesional —lee Trini en voz alta, lo que

yo ya estaba leyendo en silencio.

No puedo engañarme, me siento un poco… decepcionada, no sé, ¿no podría ser más fea

su mujer?

Cansada de escuchar a mis amigas tanto hablar de mi jefe, como si no tuviera bastante

con verle la cara de amargado todos los días, decido marcharme.

—Creo que es hora de que me vaya a casa —digo levantándome de la silla a tiempo

que me termino de un trago lo poco que me queda de mi botellín.

—¿Ya? Pero si no hemos hablado de nada —salta Nuria.

—Os habéis pasado todo el tiempo hablando de Eric, ¿qué queréis?

—Por eso te marchas, ¿no? No aguantas hablar de tu jefe y decides marcharte para

quedarte a solas contigo misma y hacerte un no sé qué —agita la mano que tiene libre

en dirección hacia su vientre.

—Estás fatal, Nuria —comienzo a reírme y a negar con la cabeza.

¡Mis amigas están mal de la cabeza, lo admito!

Cuando salgo a la calle me doy cuenta que está empezando a llover. Decidida voy hacia casa, pero se me cruza el cable, y me dirijo, dándome la vuelta, hacia la casa de mi padre.

Si la montaña no va a Mahoma, que sea Mahoma quién vaya a la montaña.

Quiero dejarle claro que ya no necesito su ayuda. Que no me vaya a devolver las llamadas ni nada, que no quiero saber nada de él. No sé porque tengo esa necesidad,

soy tonta de remate y sí, sigo necesitando su ayuda dentro de lo que cabe, aunque lo que más necesito es a un padre que esté ahí para cuando lo necesite.

Dejo el coche frente al chalet adosado donde vive mi padre, en uno de los mejores barrios de todo Madrid. Salgo del coche y llamo al telefonillo.

Las puertas metálicas que dan acceso al jardín se abren, y entro por ellas encontrándome a una mujer de pelo negro y rizado, algo más joven que mi padre, a la

que no he tenido el placer de conocer en mi vida. ¿Será ella la que me cogió el teléfono?

—¿En qué puedo ayudarte?

La mujer se cruza de brazos. Tiene un cierto acento italiano que me extraña. ¿Será algún familiar mío? ¿La nueva novia de mi padre?

—Hola, soy Paula ¿Está mi padre?

La mujer comienza a caminar hasta mí.

—Ahora mismo está de viaje —comienza a decirme —¡Dios mío, Paula! —Se planta

frente a mí y sonríe —Soy yo, Verónica, ¿no te acuerdas de mí?

¿Mi tía Verónica, hermana pequeña de mi padre? Hace siglos que no la veo, casi no la

recordaba.

—Sí, sí me acuerdo. ¿Qué haces aquí? —Nos damos un abrazo.

—He venido a pasar unos días con la abuela que ya está muy mayor, a ver a tu padre.

Pasa dentro y hablamos un poco, ¿quieres? Tu padre no debe tardar en llegar.

—Lo siento mucho tía, pero tengo que marcharme —miro la hora en mi reloj—he quedado para cenar y llego tarde —miento como una bellaca.

—Vaya, es una pena. La abuela seguro que se muere por verte. ¿Seguro que no quieres pasar, aunque solo sea para saludarla?

Me termina convenciendo. A veces soy una tía súper dura, otras… una blandengue.

Hace mucho tiempo que no veo a mi abuela, casi ni la recuerdo. Nunca han llamado a

casa para preguntar por mis hermanos, por mí, por mis sobrinos, aunque claro.

Teniendo el hijo que tiene, no me extraña que terminaran pasando de todo. Mi madre

me contó hace años, que mi padre al morir el suyo, dejó de tener contacto con su madre

y su familia.

Entro en la casa y noto como algo se remueve en mi interior. Hacía mucho tiempo que

no pisaba esta casa. Suspiro y paso por el pasillo junto a mi tía Verónica, las dos llegamos hasta el salón donde veo a una mujer mayor postrada en una silla de ruedas,

mirando en dirección al televisor.

—Mamá, mira quien ha venido a verte —le habla mi tía en italiano. La mujer gira su

cabeza hacia nosotras y sonríe al mirarme. ¿Se acordará de mí?

Pues sí, sí que se acuerda, hace ademán de levantarse y mi tía la ayuda mientras yo me

quedo con los pies pegados al suelo, no sé qué me pasa, pero de repente me siento culpable de algo.

La mujer me da un abrazo que casi me deja sin aire y me mira un par de veces de arriba abajo diciéndome que estoy muy guapa. ¡Ojos de abuela! ¿Qué van a decir ellas las pobres?

Apenas hablo, solo sonrío y escucho hablar a mi tía y a mi abuela que me preguntan por

mis hermanos, por mi madre y yo les cuento a ellas que tengo dos sobrinos maravillosos. Como era de esperar, ninguna sabía que la familia había crecido. Les enseño fotos de mis sobrinos, de mis hermanos y charlamos durante un buen rato.

Pronto llega la hora de marcharme, me siento algo incómoda para que negarlo. Son tantos los años que hace que no veo a nadie de la familia de mi padre, que me siento

rara.

Ya en la puerta, a punto de salir, me giro hacia mi tía.

—¿Puedes decirle a mi padre que deje de evitarme y que me llame? —al final cedo y

todo lo que quería decirle, se esfuma —¡Es importante!

Mi tía sonríe.

—En cuanto vuelva yo se lo diré y le obligaré a llamarte.

—Vale, gracias —digo con un cierto tono de pena.

Justo al salir me encuentro frente a frente con mi padre. ¡Ni aposta!

—Paula… ¿Qué haces aquí? —no da crédito al verme allí.

—No me devuelves las llamadas.

—Ando ocupado no he tenido tiempo —me responde como si estuviera cansado de

hacerlo.

Niego con la cabeza y lamento lo que segundos antes empecé a sentir.

—¡Claro! Tú nunca tienes tiempo, ¿verdad? Sobre todo, si se trata de tus hijos —le

miro fijamente a los ojos. —Miro a mi tía y seguidamente a mi padre que se queda en silencio. Me mira a tiempo que pasa su mano por su pelo húmedo, por la lluvia.

—¿Por qué no pasas dentro y hablamos?

Lo miro indignada.

—No, papá. No quiero pasar a tu casa, lo que…

—También es tu casa, no lo olvides Paula —me corta haciendo que me calle. Me lo

quedo mirando y trago saliva. ¿Mi casa dice? No me rio por educación. Me acerco a

él, aprieto los labios. Qué rabia me da, que haga como si nada, como si yo le importara.

—Lo único que he venido a decirte es que te he estado llamando porque necesitaba tu

ayuda, pero como siempre haces, pasas de mi culo. Así que ya no necesito tu ayuda, ya

puedo yo sola. ¡Ah! Gracias por decirnos que la abuela y la tía Verónica han venido a

pasar unos días contigo. ¡Qué poca decencia tienes con tus hijos!

Mi padre al quedarse callado, mirándome como si le acabara de romper el corazón.

Hace que empiece a sentirme mal. Pero no, no lo va a conseguir.

Lo dejo allí plantado, llego hasta mi coche y subo en él. En cuanto llego a casa y cierro la puerta tras de mí, no puedo evitar romper a llorar.

9

Me levanto tarde, y deprisa y corriendo, salgo de casa. Llego al edificio como una moto, ¡menuda hostia de calor me llevo nada más entrar!, estoy sudando. Me peino el

pelo con los dedos y me hago una coleta alta mientras espero al ascensor. El olor a perfume del señor Odman me invade por completo haciendo que cierre los ojos y sepa

de inmediato, que está a mi lado.

Mi cuerpo se tensa, no lo puedo evitar, ahí yo no mando. Me hago la loca, pero no es

gilipollas por mucho que yo me empeñe en creer que sí y carraspea, hasta que me hace

girar la cabeza hacia él, para que lo mire.

—Buenos días, señorita Carusso —me saluda.

Las puertas del ascensor se abren y entramos a la vez.

—Buenos días, señor —se me seca la boca.

Me coloco agarrando mi bolso frente a la puerta y Eric se coloca justo detrás de mí.

Noto como me mira. ¿Me estará mirando el culo el muy salido? Desgraciado…

—¿Se le han pegado las sábanas?

Me doy la vuelta, enseñándole mí reloj y golpeo la pantallita, como el mismo hizo el

otro día.

—¿Necesita usted gafas, señor Odman?

Da dos pasos hacia mí, me quedo quieta oliendo su perfume. Se acerca a mi oído.

—Prefiero que llegue antes, si no le importa —me dice con una voz ronca.

¡Dios que calor! Lo tengo casi encima de mí.

Las puertas del ascensor se abren, noto mi cuerpo engarrotado por la tensión acumulada. El señor Odman se incorpora, se coloca la corbata mientras lo miro atónita,

sonríe y sale directo hacia su despacho.

—Hoy quiero el café solo, sin azúcar —dice antes de entrar.

¡Dios mío! ¿Qué me pasa? Entro a la cocina con el corazón a mil y rápidamente le preparo el café y entro en su despacho dejándolo con cuidado sobre la mesa.

Quince minutos antes de que empiece la videoconferencia dejo mi portátil y un cuaderno sobre la mesa de reuniones.

Justo cuando salgo para ir al baño, Eric entra. Le abro paso, nos miramos.

—¿A dónde va? Estamos a punto de empezar.

No rechisto, paso de gilipolleces. Me siento, él se sienta a mi lado, pongo los ojos en blanco. Miro la enorme pantalla iluminada. Oigo sus dedos golpear suavemente sobre

la mesa, me pone nerviosa y yo me estoy meando, joder.

—¿Qué le parece trabajar para mí?

Su pregunta me sorprende. Lo miro con cara de idiota sin saber qué decir.

—¿No le caigo bien, señorita Carusso?

—¿Le miento, o le digo la verdad? —dibujo una tonta sonrisa en mis labios.

—La verdad, por supuesto —sonríe enseñándome su dentadura perfecta. ¿Hay algo

que no tenga perfecto este hombre? Empiezo a dudar, ¿Por qué lo hago?

Dudosa lo miro, ¿soy sincera o le miento, y le digo que es un jefe maravilloso?

—La verdad es que me parece que es usted un capullo —me mira atónito —dudo

que le caiga bien a la gente.

Ea, sin pelos en la lengua. Él se ríe.

—¿Un capullo? Le suelo caer muy bien a la gente, sobre todo a las mujeres.

—Sí, un capullo. ¿Ve? Con el comentario que acaba de soltar me da a entender lo

que pienso de usted. ¿Qué le cae mejor a las mujeres? ¿Será que se rodea de mujeres

tristes?

—¿Mujeres tristes? —Vuelve a reírse —¿de qué está hablando?

Me extraña mucho verle tan campante, parece que hoy se ha levantado de buen humor y

con ganas de reír.

—Las mujeres tristes, son las que se cuidan para gustar más a los demás, que a ellas

mismas. Dudo mucho que le caiga bien a una mujer que se quiera así misma. No sé si

me está usted entendiendo.

—La verdad es que no la estoy entendiendo, —se acerca a mí. Noto como él corazón

se me acelera —pero me parece interesante su reflexión. Ahora lo que quiero saber es

porque le parezco un capullo.

Lo miro midiendo mis palabras, no quiero meter la pata.

—Me incomoda —por primera vez me siento tranquila mientras hablo con él.

—¿Qué hago para incomodarla?

—Me mira todo el tiempo.

—¿Y no le gusta?

—¿Me está vacilando? —Lo miro arrugando la frente mirándolo a los ojos.

—Yo no vacilo. Hoy me he levantado de buen humor. Es una chica muy guapa, ¿Por qué no puedo mirarla? ¿Acaso tiene novio?

Me levanto de la silla.

—Vale, quién es usted y qué ha hecho con el capullo de mi jefe —las comisuras de

sus labios dibujan una leve sonrisa y termino riéndome.

—Quería pedirte disculpas por lo del otro día —vale, ahora me lo tomo en serio.

Parece sincero.

—Disculpas aceptadas, ya está olvidado —sonrío.

—No en serio, me comporté como un imbécil y usted solo ha estado haciendo su trabajo.

Los dos nos quedamos mirando.

—Vale, no le voy a negar que se comportó como un imbécil, pero sus disculpas dicen mucho de usted, así que, de nuevo, disculpas aceptadas.

Ahora me parece hasta majo y todo, ¡qué mono!

Se inclina hacia mí.

—Dígame entonces, ¿tiene usted novio?

Lo miro con la boca abierta a punto de echarme a reír. Que surrealista me parece todo

esto.

—Mantengamos mejor las distancias, señor Odman. No querrá tener que pedirme

disculpas de nuevo por su curiosidad, ¿no?

—Solo es simple curiosidad, no vaya usted a pensar que yo…

—No, claro. No tengo la mente tan sucia —bromeo de nuevo haciendo que los dos

riamos.

Nuria tiene razón, está como un puto queso, es un dios, de los malos, arrogante y creído, pero ¡joder! Quien fuera cinturón para agarrarme a sus pantalones.

—Pues como no me contesta, quiero que le quede claro que me gusta mirarla y no pienso dejar de hacerlo —el corazón no me late. ¿Qué narices está haciendo este hombre a primera hora de la mañana y yo sin desayunar todavía?

Voy a contestarle cuando una voz sale de los altavoces, que están junto a la enorme pantalla que tenemos en frente.

Hace rato que oigo al señor Odman discutir ciertos contenidos no modificables de un

contrato laboral con el cliente que es, al parecer, patrocinador de un equipo de fútbol.

Eric quiere dar publicidad a la empresa poniendo el logo de la empresa en la camiseta

de los jugadores, pero al parecer, el cliente no está conforme. A cambio, Eric promete

darle publicidad al equipo, o algo así. No me estoy enterando de nada, si soy sincera.

Me paso por el forro la tonta discusión. Miro al señor Odman. De hecho, no le quito

ojo, lo observo atenta como si el trabajo no fuera conmigo. Lo veo diferente, no sé. Es tan elegante, tan masculino y tan guapo… que me siento como una de esas mujeres a las

que he llamado tristes.

¡Mierda, no!

—Deje de pensar en las musarañas señorita Carusso y atienda —llama mi atención.

Aprieto los labios, es verdad, estoy distraída, pero es por su culpa. ¿Debería decírselo? No, mejor no.

Lo miro de reojo un par de veces, se da cuenta. Me mira, esto parece una competición

de ver quién es quién aguanta antes la mirada. Jugaba a esto mismo con mis hermanos

cuando era una cría, bueno, de mayores a veces lo hacemos también, para qué negarlo.

La única solución para terminar este juego, es rendirme y apartar la mirada.

La reunión termina y la tensión desaparece de mi cuerpo en cuanto veo como el señor Odman, se levanta y desaparece de la sala de reuniones.

Pasan los minutos, él sigue en su despacho. Me encantaría seguir con la dichosa conversación y hacer que me oiga, pero sé que eso es lo que quiere, y no.

—La veo el lunes señorita Carusso, que pase un buen fin de semana.

¿Qué? ¿Se marcha? Veo al señor Odman salir disparado hacia el ascensor.

—Cobarde… —murmuro a sabiendas que no me oye.

10

Llega el sábado por la noche. Salgo de casa ansiosa por asistir a esa fiestecita que me mantendrá la mente y lo que no es la mente, ocupada. Desde ayer, no me quito la maldita conversación y lo que es aún peor, no me quito a mi jefe de la cabeza. Su mirada, su cara, todo de él. «¿Es qué estamos tontos?» Me pregunto a mí misma a tiempo que me miro en el espejo del coche y me retoco un poco el maquillaje.

Salgo de mi coche con un vestido ceñido color blanco como me dijo Nuria que había

que traer. Veo las luces de un coche y me pongo en alerta, pero enseguida me tranquilizo al ver que es ella.

Sonriente la veo abrir la puerta y descender de su vehículo deportivo de color rojo. Me lanza una mirada picarona y se acerca a mí.

Estoy algo nerviosa he de reconocerlo, sonrío de oreja a oreja.

—Es allí —me indica Nuria, una enorme casa. La más grande de la calle, diría yo.

Las dos nos quedamos mirando como bobas.

—Bonita ¿Eh? —Nuria agarra mi brazo y nos encaminamos hasta una enorme puerta

de hierro.

—Bonita y cara. ¿Crees que encajaremos aquí? —pregunto.

—¿Crees que está gente encajará con nosotras?

Las dos nos reímos.

Nuria llama al telefonillo, nadie contesta. Nos miramos, yo arrugando la nariz y ella

haciendo un mohín divertido con la boca.

De repente la voz de una persona mayor hace que la agarre con fuerza.

—Hace una noche preciosa —dice Nuria guiñándome un ojo divertida.

La puerta se abre y mientras mi amiga accede hacia la casa, yo me quedo mirándola con la boca abierta caminando tras ella.

—Es una contraseña —me susurra.

Nada más entrar, vemos dos porteros que nos piden las invitaciones. Nuria las saca de

su bolso. La miro alucinada.

—¿Has estado en alguna fiesta de este tipo? —Miro curiosa a mi amiga.

—Solo en una. Pero no había tanta seguridad como en esta. Él que la realiza, debe querer tener todo bajo control.

Accedemos por la entrada y encontramos a una mujer que nos hace entregarle nuestro bolso. No podemos entrar con nada electrónico. Nos hace un cacheo, cuando termina y ve que todo está en orden, nos entrega una pulsera con el número de taquilla donde ha guardado nuestras cosas y nos hace firmar un documento donde nos comprometemos a no hablar de esta fiesta ni de con quién nos encontremos aquí dentro.

Parece una tontería, pero esto me da un morbo impresionante.

—Cuando necesitéis cualquier cosa enseñad la pulsera con el número, y se os dará lo que pidáis.

—Ya tengo el tanga empapado —susurra Nuria emocionada.

—¿Por la mujer o la situación? —me rio al ver como mi amiga me mira y cojo la bolsa que la mujer nos entrega a tiempo que nos indica que ahí tenemos todo lo que podemos necesitar; toallitas, la máscara, jabón, preservativos.

—¡Todo, tía, todo! ¿Tú no estás emocionada? —me mira y no sé qué contestar.

—Creo, que de todo un poco. Esto es totalmente diferente al local.

—Nos ha jodido. Aquí habrá tíos con pollas operadas fijo —las dos soltamos unas carcajadas mientras nos ponemos las máscaras. Cuando nos miramos la una a la otra, comenzamos a reírnos mientras decimos tonterías.

—Yo… soy… tu padre —digo entre carcajadas, poniendo grave el tono de mi voz.

Accedemos a la casa.

—Imagina la cantidad de gente importante que puede haber aquí, para que no podamos entrar ni con un reloj y, para que hayamos firmado —comento.

Nuria ya está en plan cazadora, mirando a su alrededor hasta encontrar a su víctima.

—¿Futbolistas, actores…? ¡Qué más da! Venimos a lo mismo.

Entramos a un enorme salón. Hay mucha gente, más de la que me pensaba. Todos con

sus respectivas máscaras y vestidos de blanco mientras beben de sus copas y charlan

tranquilamente.

Localizo a Julio con la mirada. También lleva una máscara, casi no se le reconoce, pero sus tatuajes, sí; Julio tiene todos los brazos tatuados y parte de su torso que está desnudo, también.

—Te dejo sola. Voy a ver si encuentro algo que merezca la pena. Aquí están todos

vestidos —Nuria se da la vuelta y como siempre hace, va por su camino.

Veo como mi amiga desaparece entre la multitud de la gente y me voy directa hacia la

barra. Me siento y miro divertida a Julio, esperando a que me reconozca.

—¡Hola, bombón! —digo divertida.

Se queda pensativo mientras me mira.

—¿Paula?

—La misma —sonrío, él también.

—Hasta con máscara estás impresionante. ¿Te pongo lo de siempre?

Asiento sonriente.

Julio me prepara un coctel al que los dos hemos bautizado con el nombre de

«Infierno». Es una mezcla de zumos con licores, que le da una explosión de sabor. El

nombre viene por el color anaranjado que deja al mezclar.

—¡Gracias, bombón! —Cojo la copa y le doy un trago. Lo saboreo —delicioso

como siempre —le digo.

—Para deliciosa ya estás tú. ¿Dónde está Nuria?

—¿Dónde crees que puede estar Nuria? Se ha ido a ver si encontraba algo

interesante por ahí —los dos sonreímos.

—Aquí se lo pasará bien —se echa a reír —al igual que tú, si tienes suerte.

—Si lo dices por lo de la última vez, ¡por favor! No me lo recuerdes. Espero no volver a ver a ese tío en mi puta vida.

—Creo que lo dejaste con los ánimos por los suelos. No lo he vuelto a ver por allí.

—Con los ánimos por los suelos, me dejó él a mí. Tanto, tanto para después ná.

Bebo de mi copa y Julio me prepara otra. El sabor dulce engaña, pero hoy no me importa ponerme tontorrona, creo que lo necesito de hecho, a ver si así dejo de pensar

en Eric.

—¿Sueles trabajar mucho en este tipo de fiestas? —Cambio de tema rápidamente.

—Sí, ¿has visto la casa? —Niego con la cabeza dando otro trago —¿Quieres que te la enseñe? Tengo que llevar una botella de champán a una de las habitaciones —lo

miro atenta —puede que te interese lo que vas a ver en esa habitación —levanta las cejas divertido.

Accedo mordiendo la pajita sonriente.

Julio me coloca la mano sobre la espalda y caminamos atravesando el enorme salón hasta llegar a un ancho pasillo. Hay habitaciones por ambos lados de la pared, en mi

vida había estado en un lugar como este.

—En el salón se reúne la gente tanto para charlar como para conocerse y luego, dependiendo de lo que quieras que pase, entras en una habitación u otra —Julio me va

explicando como si fuera mi guía personal. Abre una de las puertas de la habitación,

donde vemos a un grupo de personas practicando sexo entre ellos.

Nunca me ha llamado eso de dejar que varias personas me manoseen al mismo tiempo.

No es mi estilo. Me gusta pasarlo bien, pero siempre que sea una persona la que pueda

darme todo lo que quiero. Aunque sí que es verdad, que a veces se me ha pasado por la

cabeza, tener sexo con dos hombres, pero aún no me he atrevido. ¿Qué locura, verdad?

Venir a sitios como este y conformarme solo con un hombre.

Julio me mira con una sonrisa perversa y yo hago lo mismo. Me deja claro que en cada

habitación se practica algo diferente.

—¿Y privadas hay?

Julio sonríe.

—Claro, en la parte de arriba.

Mientras camino, subiendo las escaleras, junto a él, noto la humedad entre mis piernas.

—¡Dime! ¿Cuándo vas a quedar conmigo?

Me rio, pero no contesto. Le doy un pequeño empujón y seguimos con la guía turística.

—Si esperas a que termine mi turno…

Me inclino hacia él.

—Sabes que tu rollo no es el mío. ¡Julito! A mí, esas cosas de sado…, y de sumisión, como que no —niego divertida con la cabeza.

¿No os he dicho que a Julio le van esos rollos de sado? Pues eso, que le chiflan estar

con el látigo dando mandanga a toda la que se deja. Dicen que está muy bien, pero no

gracias. Prefiero el sexo duro, es lo máximo a lo que llego.

—Seré suave contigo, lo prometo —pone cara de no haber roto un plato en su vida

—puedo darte esa vainilla que tanto te gusta —me susurra al oído.

—¿Cuánto alcohol le has puesto a esto? —Me río

—Intento emborracharte —suelta una carcajada empujándome hacia él.

—Ya decía yo.

Llegamos a una habitación. Aquí la música es más alta que en el salón, pero no lo suficiente como para no oír a la mujer que veo atada de manos a una cadena que desciende del techo, y a un hombre con el torso desnudo, tatuado, lamiendo el sexo de

la mujer.

—Uff… necesito que me follen así, con la boca… —Provoco a Julio que me mira

juguetón.

La mujer chilla de placer. Me separo de Julio que me mira con deseo. Veo como deja

la botella de champan sobre una mesa redonda y yo me quedo embelesada mirando a

esa mujer que se retuerce encima de ese hombre.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta Julio que también mira.

—Sí, claro.

—Ese de ahí —señala al hombre, que tiene un cuerpo bonito y trabajado de gimnasio. —Es mi amigo. Es el dueño de todo esto. Le gusta el sexo… duro —me susurra poniendo mi piel de gallina mientras miro a ese hombre que comienza a mojar

mis bragas de encaje.

—Yo puedo darte más de lo que ves. Si quieres quédate, no le gusta compartir. Pero no creo que le importe si miras.

Julio comienza a ser pesadito con eso de que lo espere, ¿me lo estará diciendo en serio?

—¿Puedo quedarme aquí?

Julio asiente con la cabeza, sonríe y se acerca a la cama. Le dice algo a su amigo que

gira la cabeza para mirarme, él también lleva una máscara, pero es de color negra. Con

la mano, me indica que me siente.

Julio se marcha, y yo me siento en un sillón al lado de la cama, frente a ellos. Dejo mi copa sobre una mesilla que tengo a mí derecha y me cruzo de piernas a disfrutar del espectáculo.

Me gusta hacerlo ¿a quién no?

Me excita lo que veo.

El hombre golpea el trasero de la mujer, esta chilla, pero de placer, no de dolor. Estoy tan excitada en este momento que no me importaría que me hicieran lo mismo. ¡Lo juro!

Miro esas manos masculinas que comienzan a provocarme deseo, al verlas deslizarse

por el cuerpo de esa mujer que no deja de gemir de gusto.

La mirada del amigo de Julio, se cruza con la mía, sabe que estoy excitada, calenturienta perdida.

Dios…

Separo mis piernas despacio, sé que no le gusta compartir, a mí tampoco. Pero, aun así, le hago saber cómo me encuentro en este momento. Concentrada los miro. La mujer vuelve a gritar, esta vez acompañada de espasmos. A punto estoy de gritar con ella, dejándome llevar por el placer que me está produciendo ver a ese hombre tocarla, lamerla y hacerla suya con la boca. ¡Ay… Dios!

Me termino mi copa de un trago. ¡Por Dios, que calor…! Cojo un cubito de hielo, quiero provocar a ese hombre que tanto me está poniendo. Me encantaría que dejara a

esa mujer y se centrara en mí y me tocara como la está tocando a ella. Y me encantaría lamer ese tatuaje que cubre su pecho y termina en su costado. Desde aquí no puedo ver

con claridad qué es, pero no me importa. Lo chuparía de todas las maneras. Miro su boca, me gustan sus labios, como se relame. Paso el hielo por mis muslos y subo mi vestido despacio… muy despacio. Levanto mi pierna apoyando mi pie sobre la mesita

pequeña y me toco para él, olvidándome por completo de la mujer.

Le quita las cadenas a la mujer, veo como la tumba despacio en la cama, como la penetra fuerte, tira de su pelo, se hunde en su interior.

¡Joder como me está poniendo la escena de las narices!

Gimo mientras me toco. Separo mis labios vaginales y paso el hielo con la mano que

tengo libre, por mi escote. Toco mis pechos, mis pezones están duros, los pellizco.

Veo como el hombre se levanta de la cama ¡Dios, me encanta esto! Al cabo de unos segundos, veo como se gira. Le dice algo a la chica que aún sigue gimiendo. Esta escucha atentamente, me mira y con un movimiento se levanta de la cama, se viste y se

marcha de la habitación.

El hombre desnudo, se acerca a mí. Mmmm, huele de maravilla.

—¿Te tocas para mí? —me dice por encima de la música.

Su aliento me pone la piel de gallina, casi gimo.

—¿Te tocas tú para mí? —le pregunto excitada sin apartar mis ojos de sus labios.

¡Qué calor…!

El hombre pasa su lengua por mis labios.

—Quiero follarte, duro, nena —casi he sentido sus palabras en mi piel.

Agarrándose a mi cintura me levanta de la silla sin el más mínimo esfuerzo y casi me

corro por la sensación que me ha entrado por el cuerpo, en cuanto su piel ha entrado en contacto con la mía. ¡Joooder!

Me lleva hasta la cama y nos sentamos uno frente al otro. Abro las piernas despacio,

subiendo mí vestido. Me lo quito quedándome completamente desnuda ante él.

Paseo mis manos por mis muslos sin dejar de mirarle. Él también se toca para mí.

Parecemos niños que experimentan por primera vez sus cuerpos.

Él me mira…, yo lo miro a él. Relamo mis labios, excitada.

Mi sexo está muy empapado. Lo acaricio despacio, de arriba abajo, de abajo, arriba.

Así sucesivamente, proporcionándome placer a mí misma, como tantas otras veces he

hecho. Cierro los ojos, gimo. Su olor se hace más intenso, noto el calor que desprende

su cuerpo. Abro los ojos y lo veo frente a mí, inclinado.

¡Joder…!

Besa mi cuello, mis pechos, mis pezones. Los muerde despacio, los presiona con el pulgar. ¡Ay, Dios, que me voy a correr!

Busco sus labios, nos besamos. Jadeo…, jadea. Coge mis manos y me las lleva atrás

de mi espalda, casi no me doy cuenta. Estoy tan concentrada en su boca, en cómo se acerca hasta la mía y se abre paso buscando mi lengua, que no tarda en enredarse a la

suya.

¡Qué besos por favor, qué besos! Cuando me quiero dar cuenta tengo las manos atadas.

Me asusto un poco, la verdad, pero recuerdo lo bien que lo ha pasado esa mujer e intento dejarme llevar.

Sin hablar, acaricia mi cara para que me calme, me nota nerviosa. Respiro hondo, no

me puede pasar nada malo ¿no? He de probar cosas nuevas, yo misma lo digo de forma

habitual.

Sus manos calientes, suaves, abren mis piernas despacio. Sube lentamente por mi cuerpo hasta llegar a mi sexo. ¡Oh Dios! Gimo, cierro los ojos y me dejo llevar por el

placer que este hombre y la situación me están dando.

Toca mi sexo, muerde mi barbilla. ¡Ay, Dios! Creo que voy a tener que venir a más fiestecitas de este tipo.

Una caricia más y mi cuerpo… se levanta solo de la cama mientras un orgasmo estalla

dentro de mí.

Gimo de placer… oh sí, echaba de menos está agradable sensación.

Mientras el orgasmo recorre mi cuerpo lo miro a él. Su pene erecto, apuntándome como si fuera una flecha.

Estoy ansiosa porque me haga suya, que me penetre con eso que tiene entre las piernas.

—¿Te gusta el sexo duro, nena? —su voz ronca, joder. Sí, sí, me gusta todo.

Asiento con la cabeza como una autentica tonta. Introduce un dedo en mi interior, otro.

Noto como sus dedos se empapan de mi propio jugo. ¡Dios, eso me pone! Sobre todo,

cuando veo como saca el dedo de mi interior y con una mirada intensa que me pone la piel de gallina, se

chupa el dedo, luego los acerca a mi boca, los chupo yo también mientras no dejo de mirarle.

Abre mis piernas y se coloca frente a mí, sonríe de medio lado. ¡Madre mía, madre mía! Estoy deseando verle la cara. Lo imagino guapísimo. Se inclina y cuando creo que

va a hacer lo que yo creo, lo hace. Sí, su boca se pega a mi vagina. ¡Joder, joder y joder! Qué rico… Su lengua húmeda y caliente se pasea mi sexo. Da pequeños golpecitos. ¡Oh sí! Me absorbe. ¡Dios mío! Gimo de placer, sabe lo que hace y lo hace

muy, pero que muy bien.

Mis piernas, que están colocadas sobre sus hombros comienzan a temblar, mi cuerpo se

tensa y se arquea sobre su boca inclinando mis caderas. Calor, mucho calor, sí. Estoy a punto de explotar como siga así. Y exploto. Una sensación de gusto azota mi cuerpo apoderándose de mí por completo.

Grito. El orgasmo es increíble y aun cuando lo estoy saboreando, me doy cuenta que se

pone un preservativo y de una embestida, penetra en mi interior. Fuerte, profundo.

Grito, me retuerzo del gusto.

¡Madre mía de mí vida!

Su lengua busca la mía, se la doy encantada.

Cada embestida es una oleada de placer para mí. Noto que me voy a desmayar de gusto, me quedo sin aire, sin sentido.

¡Joder…! ¡Sigue…!

Su boca va hacia mi pecho derecho, lo succiona. Siento que me voy a volver loca.

Jadeo…, él jadea.

Besa mi cuello, mis labios hinchados, los succiona también. El ritmo de las embestidas me va a hacer estallar en cualquier momento.

Y lo hace, sí, sí que lo hace. Grito de placer al recibir un orgasmo brutal que me ha hecho poner los ojos en blanco. Solo una embestida más y él hombre que tengo delante

que está haciendo que la noche sea perfecta, se corre.

Abro los ojos y veo como echa la cabeza hacia atrás mientras suelta un pequeño gruñido de placer que termina de volverme loca.

Al cabo de unos minutos, cuando ya se ha quitado el preservativo. Desata mis manos y

rápidamente con una sensación extraña froto mis muñecas.

Miro su tatuaje, es una esfera celta. Dios como me pone. Saco la lengua y cuando me

quiero dar cuenta, lo estoy lamiendo entero. Lo miro y sonrío, él también lo hace.

Tiene una sonrisa espectacular.

Me empuja hacia la cama despacio y se acerca para besarme cuando un dichoso mechón de pelo sudado, se me ha metido por dentro de la máscara.

Me lo aparto con cuidado de la cara y sin querer, con la uña, me llevo la goma y termino tirando de ella dejando mi cara al descubierto. ¡Mierda!

Lo miro, él me mira, pero su forma de mirarme no se parece nada a la mía. ¿Tan fea

soy? ¿Está decepcionado? ¿Cómo me esperaba?

—Paula…

La habitación queda en silencio o por lo menos eso es lo que a mí me parece.

Él se quita la máscara y me quedo sin aire en los pulmones. ¡Eric! ¡Joder, Eric, mi jefe!

¡El gilipollas! Tapo mi cuerpo desnudo con mis manos, él se ríe, pero yo no. Quiero desaparecer, marcharme de aquí.

—No pensé que te gustaban este tipo de fiestas —oigo que me dice, la música ha parado, ¿Por qué ya no hay música? Veo que deja algo sobre la mesita de noche.

—El mando que controla el volumen de la música —parece que me ha leído el pensamiento —¿Qué pasa, te has quedado sin habla?

Su pene apunta mi cara directamente. ¡Joder, esto es lo más incómodo que me ha pasado nunca! Y mira que me han pasado cosas.

—Yo… yo… tengo que marcharme —balbuceo y me levanto con cuidado tapándome

con las manos.

Vuelve a reírse y eso hace que lo mire con mala cara.

—¿No lo estás pasando bien, Paula?

—Como estarás comprobando, ¡No! —Busco mi ropa con la mirada, ¡Joder! ¿Dónde

narices la habré metido?

—¿Buscas esto? —Él es más rápido que yo, tiene mi vestido en la mano y lo ladea

de un lado hacia el otro divertido.

—Sí.

—Pues no te lo voy a dar, no quiero que te marches.

—Pues yo sí quiero irme, no sé qué narices hago aquí.

—Pasarlo bien, como todo el mundo, ¿no? ¿O lo estás pasado mal?

Se acerca a mí y yo no puedo hacer nada por evitarlo. Me he quedado clavada en el suelo. Evito mirarle mientras veo como se acerca, me estoy poniendo nerviosa. Me toca y me agarra de la cintura empujándome hacia él.

—¿No quieres quedarte un ratito más?

—No y menos contigo —respondo mirando sus labios. El muy cabrón se los

humedece.

—Pero, ¿qué es lo qué te he hecho?

—Nada, eres mi jefe, eso es suficiente.

—Soy tu jefe, pero también un hombre y ahora mismo quiero follarte y tú a mí también.

Lo miro con la boca abierta.

—Me apuesto lo que sea a que estás empapada para mí —me toca. ¡Oh Dios! Sí, sí

que estoy húmeda, ¿pero por él?

Cierro los ojos gustosa, sí.

—¿Ves? ¡Joder Paula! Estás empapada, deja que te folle otra vez.

Nos besamos.

—¡No! —pongo mis manos en su pecho y lo empujo, logrando por fin, escapar de él.

—Lo que pase aquí, aquí se queda, por eso no te preocupes.

No doy crédito a lo que estoy escuchando.

—No pienso dejar que vuelvas a tocarme, ¿lo has entendido? —le cojo el vestido

siendo más rápida qué él.

Noto su mirada mientras me visto y en cuanto lo hago, voy directa hacia la puerta, necesito salir de aquí.

Me pierdo por los pasillos, busco a Nuria, pero todo el mundo lleva la dichosa máscara y no la distingo. Bajo las escaleras a punto de pegarme la hostia de mi vida.

Por fin salgo al salón principal. Veo a Julio, espero que termine de servir una copa y

me acerco a él.

—¿Has visto a Nuria? —pregunto nerviosa sin la máscara.

—No, ¿Por? ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? —Sale de la barra, ahora los dos estamos nerviosos.

—Sí, sí estoy bien —me pellizco suavemente el puente de mi nariz mientras cierro

los ojos un pequeño instante —tengo que marcharme, si la ves, dile…, que me llame cuanto antes.

—¡Paula! —Me grita —¿Qué ha pasado? ¿Seguro que estás bien?

Respiro hondo.

—Te he dicho que sí, joder. ¡Tengo que irme!

Siento tener que hablarle así a Julio, pobre, no tiene culpa, pero necesito salir de aquí.

Me doy la vuelta y me encuentro con Eric. Mi cuerpo se tensa, no me da tiempo a

reaccionar. Echo a andar como si me hubieran metido un petardo por el culo.

—Paula… —oigo que me llama, viene detrás de mí.

Imagino lo bien que se lo debe estar pasando, yo no. Me giro para comprobar si me sigue, en cuanto mi mirada de cruza con la suya noto una tonta sonrisa en sus labios que me pone de muy mala leche y termino mirándolo con cara de asesina.

—Paula… —vuelve a llamarme.

—Ni Paula ni hostias —llego enfadada al pequeño hall donde tengo guardadas mis

cosas. Le enseño la pulsera a la misma mujer que me la ha puesto en la muñeca y tras

comprobar que el número es correcto, me da mi bolso.

Cojo aire en cuanto salgo fuera. Aspiro con fuerza y soplo el aire que tengo acumulado, poco a poco. Los guardaespaldas se me quedan mirando en cuanto paso por su lado y a

punto estoy de sacarle el dedo corazón, aunque realmente no va para ellos, sino para el estúpido y salido de mi jefe.

Después de un rato buscando mi coche por el atontamiento que tengo encima, doy con él y subo, cierro los ojos e intento no pensar y tranquilizarme, pero me parece casi imposible.

Ahora mismo no sé si he hecho bien o mal marchándome haciendo el ridículo tan espantoso que he hecho. ¿Cómo coño lo podré mirar a la cara el lunes, cuando vaya a

trabajar?

Dejo un mensaje a Nuria y le explico por encima lo ocurrido. ¡Joder! Conociéndola la

estoy viendo venir y a Trini no le puedo contar nada, ya que si lo hago también tengo

que decirle en qué tipo de fiesta me he encontrado con mi jefe sin saberlo y he dejado

que me coma entera de arriba abajo. ¡Ay dios, que encima he disfrutado!

Confusa y cansada llego a casa. Tiro mi bolso sobre la mesa frustrada, me desnudo mientras camino hacia el baño. Necesito darme una ducha y de las largas, con agua muy

caliente que ponga mi cuerpo como un langostino cocido. Dejo caer el agua sobre mi

cuerpo, cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y froto mi cara mientras respiro hondo, aun con los ojos cerrados. Aun siento sus manos acariciarme, necesito quitarme

esta puta sensación. ¡Joder! Uno de los mejores polvos de mi vida y precisamente, tenía que ser con él.

¡Mierda pa mí!

Noto como el agua me limpia. Pero, de repente, las escenas de sexo con Eric aparecen

en mi mente y dejo que mis manos bajen lentamente hasta llegar al centro de mi cuerpo.

Mi clítoris está hinchado, ¡joder! ¿Cómo coño lo veo yo el lunes? Me torturará, lo sé.

Llevo una semana trabajando para él, pero ha sido una de las más intensas de mi vida y

parece que llevo años aguantándolo.

Me gusta tener sexo con desconocidos, porque sé que no los volveré a ver, me gusta el si te visto no me acuerdo. Pero acostarte con un tío, disfrutar y… tener que verlo. Dios, con eso no puedo. Si pudiera ya me hubiera tirado a Julio una y otra vez, pero precisamente por eso, porque lo conozco y es mi amigo, me es imposible. Lo de Marcos es una excepción.

¡Dios! Pensar en esas escenas que he vivido con él, cómo me tocó, cómo me acarició,

cómo me hizo gemir. Me ponen a mil, acaricio mi clítoris y gimo gustosa, hasta que mi

propio sonido me hace abrir los ojos y pensar que todo esto es una puta locura.

Cierro el grifo y salgo de la ducha. Seca y desnuda me meto en la cama, apago la luz y

miro el techo a pesar de que todo está oscuro, sino fuera por la poca luz que entra desde la calle. Estoy excitada, ¡joder! mi parte más íntima palpita con fuerza, aprieto las piernas, necesito tocarme, pero no quiero.

Al cabo de un rato me termino levantando y abro el cajón de mi armario, busco un saco

donde guardo mis juguetitos. Termino cogiendo un consolador de metal, lo enciendo para comprobar si tiene pilas y al ver que funciona, un lado de mi se alegra por ello.

Entro en la cama de nuevo, flexiono mis piernas y enciendo el vibrador. El sonido me

pone a cien, ¡Dios! Lo acerco a mi clítoris y sonrío en cuanto un gustirrín azota el centro de mi cuerpo.

Cierro los ojos y me dejo llevar de nuevo por los pensamientos. Madre mía, Paula,

¿qué cojones estás haciendo? Siento qué es él quien me toca, quien me hace suya de nuevo ¡Oh, sí! Un gemido sale de mi boca. Toco uno de mis pechos de la misma forma

que él los estuvo tocando, y me dejo llevar por el delicioso orgasmo ¡Madre mía…!

Me cuesta ubicarme en cuanto abro los ojos y me encuentro en mi habitación, en mi

cama. Respiro hondo, e intento borrar lo que acaba de pasar, pero creo que es imposible. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Termino durmiendo como un tronco, abrazada a mi almohada hasta que el timbre de casa suena cinco veces seguidas. Abro los ojos de golpe y no sé por qué, me da por pensar que puede ser Eric, quien sea el que está quemando el timbre.

Me levanto de la cama, me pongo mis braguitas, una camiseta que me compró mi hermano cuando fue a Isla Mágica, allá en los tiempos de las excursiones con el instituto y abro la puerta sin mirar por la mirilla. Al abrirla, me encuentro a Nuria y con Julio.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Ha pasado algo?

Mi amiga empuja la puerta abriéndola más y pasan los dos.

—Dímelo tú. Ya nos estás contando lo que pasó anoche.

El olor a churros que proviene de una bolsa que trae Julio, abre mi apetito.

—No tengo ganas de recordar lo que pasó a noche. ¡Y por cierto! ¿Qué hora es? —

cierro la puerta.

Conozco a Nuria como si la hubiera parido, sé las preguntas que va a hacerme y aunque

hay muchas cosas que nos contamos, creo que con esto no puedo. Una de dos, o me callo y lo entierro conmigo o lo suelto todo sin piedad, como suele hacer mi madre cuando siente que no tiene escapatoria.

Preparo unos cafés con mi amiga detrás de mí, haciéndome preguntas. Julio está en el

salón, poniendo la mesa para desayunar.

—Me pones nerviosa, Nur.

—Más nerviosa te vas a poner cuando te diga que vi al buenorro de tu jefe hablando

con Julio. Estaba como un tren.

Me doy la vuelta y me la quedo mirando mientras hago un mohín con la boca y levanto

las cejas. Nuria abre los ojos, se lleva las manos a la boca como si hubiera descubierto algo.

—¿Por eso te marchaste de la fiesta, tú también lo viste?

—No fue por eso exactamente —Salgo de la cocina con los cafés sobre una bandeja.

—¿Pues entonces por qué te fuiste? Dejaste a Julio preocupado.

Dejo la bandeja sobre la mesa y me siento en la silla una vez que he cogido mi café y

me he echado mi azúcar moreno.

—No solo preocupado —salta él con una sonrisa de medio lado, clavando sus ojos

en los míos.

—¿Pues entonces, por qué cojones te fuiste de la mejor fiesta del año? —mi amiga

coge un churro y lo mete dentro de su taza de café, me mira todo el tiempo, al igual que Julio. Me siento presionada.

—Todo es por culpa de Julio —digo tan tranquila.

—¿Mía? ¿Pero qué dices?

Me encaro con él, pobrecillo, no tiene culpa ninguna, bueno, sí.

—Lo que oyes, fue tú culpa, tú me llevaste a esa habitación.

—¿Qué habitación? —Nuria nos mira, disfrutando de nuestra disputa.

—La habitación de Eric Odman —contestamos los dos a la vez mirándola. Se queda

de piedra.

—¿En serio? No me digas que te acostaste con él —está a punto de reírse la muy

cabrona, como la conozco.

Julio me mira, ella también.

—No solo me acosté con él —me froto la cara —me folló como nunca nadie lo ha

hecho, ¡Dios! Me agobio solo de pensarlo.

—¿Eres consciente que me pone toda esta situación? —Julio suelta una carcajada,

Nuria y yo terminamos descojonándonos ante el comentario.

—Joder, Julio, ¡eres la hostia, macho! —le contesto.

—No soy de piedra, que no es lo mismo. Si te hubieras esperado… como te dije.

Pero como eres un ansia viva —me reprocha y me muerdo el labio intentando no echarme a reír de nuevo.

Qué situación más surrealista estoy viviendo en mi salón.

—¿Y cuál es el problema? Disfrutaste, lo pasaste bien, ¿por qué te marchaste? ¿Se

asustó él, te echó?

—No. Soy tan tonta y torpe que me quité la máscara sin querer y cuando vio mi cara,

pareció disfrutar.

—Nos ha jodido —Nuria chasquea su lengua contra su paladar con una sonrisa

mientras mira a Julio y sigue comiendo churros.

—No ese tipo de disfrute, Nuria —pongo los ojos en blanco —al ver yo la suya me

quise morir, tía. ¡Lo odio con todas mis fuerzas! —murmuro cogiendo un churro grasiento para empaparlo de café.

—No lo odias, te odias porque tu jefe te pone cachonda, ¡admítelo! —Qué Nuria esta, que a gusto se quedó su madre cuando la trajo al mundo.

—No, ya te lo he dicho. Es de los tíos que no quiero tener cerca, no me gusta como

es, como me trata en el trabajo.

—Pues vete y búscate otra cosa —Julio se mete.

—Necesito el trabajo Julio, tengo que pagar cosas —digo intentando no explicarle

más de la cuenta.

—Puedo conseguirte curro en el pub o en otro garito si quieres, tengo muchos contactos.

—No, gracias, no suelo tirar la toalla tan fácilmente.

Soy consciente de que Julio es un tío, pero cuando estamos los tres juntos, me olvido

por completo y no me avergüenzo de hablar de mis intimidades. Con mis amigas constantemente lo hago y

si tengo que enseñar una teta y mostrar algo que me haya salido, no me importa, lo hago y punto.

Un silencio incomodo se adueña del pequeño salón en cuanto termino de contar todo

con pelos y señales como mi amiga me ha pedido. Miro a Julio y Julio me mira a mí.

—Y eso que yo lo único que te dije que hicieras, fue que le enseñara las tetas. ¡Qué

conste! —Nuria va a lo suyo, termina de desayunar tan pancha.

—¿Tú qué opinas Julio? ¿Lo conoces bien, ¿no? Sois amigos —le salta Nuria a Julio

mientras me mira.

Julio nos mira a las dos, se toca el pelo. Pobre, está incómodo y no lo culpo.

—Desde que lo conozco, Eric siempre ha tenido las cosas muy claras, el sexo es solo eso, sexo —me mira clavando sus ojos verdes esmeraldas en los míos marrones.

Bueno, en realidad marrones verdosos, cuando me da el sol, cosa que busco como los

caracoles, se me ponen muy bonitos, todo el mundo me lo dice y yo lo sé.

—Eso espero, que lo tenga claro por qué solo pensar, que mañana lo tengo que ver,

me quiero morir —me quejo.

A pesar de que tengo sueño porque he dormido muy poco, paso el día con Nuria y Julio. Nos vamos de cervezas al centro de Madrid y no puedo evitar acordarme de vez

en cuando, por no decir cada cinco minutos de Eric. Su cuerpo desnudo, sus embestidas. ¡Joder, me pongo cachonda solo de pensarlo!

El día se pasa más rápido de lo que me hubiese gustado, tal vez porque no dejo de pensar en mañana, en cuanto me encuentre con él.

A las cinco de la tarde, me rindo.

—Yo estoy qué no puedo con mi alma, me piro a casa —digo cansada.

—Sí, mañana tengo mucho curro y no siento los pies —Nuria se ríe —ni muchas partes del cuerpo tampoco.

Qué cabrona que es la condenada.

Subimos al coche de Julio que primero deja a Nuria y luego se dirige hacia mi casa.

Hacemos todo el trayecto en silencio, solo escuchando Dover.

—Hasta otro día, ¡bombón! —Salgo del coche en cuanto frena frente a la puerta de

mi portal. Le guiño un ojo.

—¿No quieres que te acompañe a casa? —sonríe con malicia.

—Pero que pervertido eres —me rio y cruzo la acera, saco las llaves de mi bolso y

abro la puerta.

Sé que Julio me mira desde su coche, hasta que no entre no se queda a gusto, ¡qué mono! Me despido con la mano y entro.

En cuanto salgo del ascensor, la silueta de mi padre junto a mi puerta, me da un susto

de muerte.

—¡Dios que susto me has dado! ¿Qué haces aquí papá?

—¿No te has recogido desde anoche? —mi padre me mira de arriba abajo con

desaprobación.

¡Qué le den!

—Tengo a quién salir —le contesto de forma seca, abriendo la puerta de mi casa.

Los dos entramos, lo miro de nuevo y veo como se dirige hacia el salón mirando todo a

su alrededor. ¿Qué espera encontrar?

—¿Has venido a ver si tengo la casa sucia? —Dejo mis cosas sobre la mesa y me

cruzo de brazos mientras le miro esperando a que me diga el porqué de su visita.

—¿Has cambiado la decoración? —¿En serio me está preguntando esa chorrada?

—¿Cuánto tiempo hace que no pisas mi casa, papá? —me lo quedo mirando de mala

manera.

—Me he enterado que trabajas para los Odman —me suelta de repente.

—Vaya, las noticias vuelan. ¿Cómo te has enterado?

—Sabes que yo me entero de todo, Paula.

Cruzada de brazos me siento en el sofá y mi padre se sienta a mi lado.

—Tu madre me ha dicho que sabes lo del divorcio.

—Me extraña que ella no se haya divorciado antes, no te interesaba, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, Paula?

—No eres tonto papá, si le has estado dando largas a mamá todo este tiempo y regalándole el oído será por algo, ¿no?

—Tu madre y yo nos hemos querido mucho, Paula.

Suelto una carcajada y me levanto del sofá.

—Sí, claro. Vuestro amor ha sido de película, ¿verdad? No, mejor no. ¡De chiste!

Porque me parece a mí que has sido el qué más se ha reído durante todos estos años.

Sobre todo, cuando la engañabas y te acostabas con otras mientras ella se quedaba en

casa como una tonta esperando a que su marido volviera.

—Las cosas no son así, Paula.

—¡Claro! Todo tiene una explicación lógica. Tú eres un mentiroso compulsivo, un

desgraciado que solo sabe utilizar a los demás. Que no se acuerda que tiene tres hijos, nunca te has preocupado de ellos y lo que es peor, tienes dos nietos a los que no te molestas ni en preguntar cómo se llaman.

Mi padre también se levanta del sofá, se pone frente a mí.

—Siempre me he preocupado de vosotros, lo sé todo de vosotros, lo sé todo de mis

nietos, pero el trabajo me mantiene ocupado, siempre lo ha hecho.

Lo miro con mala cara.

—Siempre has tenido tiempo para follarte a toda tía que se te ha puesto delante y

nunca te has preocupado en saber por qué tu hija Carlota se tuvo que venir a casa con

una mano delante y otra detrás con dos niños pequeños.

—Tu hermana vino a verme, Paula. Estuvo unos días en casa conmigo, quise

ocuparme de todo, ayudarla. Pero en cuanto tu madre se enteró, se la llevó con ella.

¿Quién crees que sigue pagando la casa que ella aún tiene con su ex marido? ¿Ella, con

el sueldo tan bajo que tiene?

Mi padre miente, estoy segura, si eso fuera verdad yo lo hubiera sabido. Sé de primera

mano que ni mi hermano Sergio, ni mi hermana quieren saber nada de él. ¿Por qué mentirme mi propia

hermana? Trago saliva y noto cómo se me forma un nudo en la

garganta.

—También sé que tienes un embargo —mira a su alrededor —y que puede que te terminen quitando tu bonito apartamento.

—Tengo el dinero para pagar lo que debo, no me preocupa.

—Debería preocuparte —saca del bolsillo de su chaqueta una carta doblada —Esto

es una citación para subastar tu casa.

—¡¿Qué?! ¡Imposible! Yo no he recibido nada —le digo algo asustada.

—El director del banco es amigo mío, Paula. Me tiene al tanto de tus cuentas, y me

ha informado de la subasta antes que a ningún otro interesado.

—Mi casa no se puede subastar. Es imposible.

—Es posible. Sí no pagas, la subastan, esto va así.

Mañana voy yo mismo al banco y que me cuenten si lo que me está diciendo mi padre

es verdad o mentira.

—Pero no he venido solo a traerte malas noticias, también tengo muy buenas

noticias, Paula.

Me lo quedo mirando a la espera de que continúe hablando.

—Necesito cierta información sobre la empresa en la que trabajas. Si me traes lo

que te pido, pago tu casa y estamos en paz.

—Olvídate. No pienso aceptar tus chantajes —me cruzo de brazos mientras mi

respiración se acelera.

—Paula, hija. Debes aprender y darte cuenta que la vida no es fácil, cariño. A veces,

para conseguir lo que uno se propone, tiene que hacer ciertas cosas…

—¿Tú me vas a dar a mí, lecciones de vida? ¿Tú? —Lo señalo con el dedo mientras

le hablo —no entiendo cómo puedo ser hija tuya. Nunca me has puesto las cosas fáciles. Siempre has esperado más de mí, de lo que yo podía darte. No pienso poner en

peligro mi puesto de trabajo. Si quieres enterarte de los movimientos de la empresa.

¡Hazlo tú mismo! Llama a mi jefe y como tienes tantos contactos, pídele lo que quieres.

—¿No vas a ayudarme entonces?

—¿Me ves con cara de hacerlo? Búscate la vida como lo hacemos todos.

—¡Muy bien! —Pasa por mi lado tranquilo —Si yo fuera tú, me buscaba un alquiler,

te quedarás sin casa.

—No me importa. No pienso darte lo que quieres y si me tengo que quedar sin mi

casa, lo hago, no necesito tú ayuda.

—Yo creo que sí, que la necesitas. Tienes hasta la semana que viene para

informarme de algo o le doy carta blanca al banco y que haga lo que quiera con tu casa.

—Recuerda que soy tu hija y en todos estos años, he aprendido mucho de ti.

Se ríe y se da la vuelta dispuesto a marcharse. Lo hace, cerrando la puerta con un golpe seco a tiempo que me encojo y me abrazo a mí misma.

Mi salón se me hace pequeño, muy pero que muy pequeño. Noto como me cuesta respirar. No me puedo creer que tenga como padre al mismísimo diablo. ¿Qué le hecho, por qué es así?

Lloro, sí, pero de rabia, de frustración. ¡Joder! Cojo un cojín del sofá y grito mordiéndolo con todas mis fuerzas. ¡No puedo más, esto me supera!

Eric.

Subo al ascensor pensativo. No he dejado de pensar en ella desde la otra noche, aún

me siento desconcertado. Cosa que no me suele pasar.

Salgo del ascensor y paso a mi despacho directamente dejando la puerta abierta, me sorprende no verla en su mesa de trabajo. Pasan cinco minutos y la veo entrar con el

café dándome los buenos días algo apagada. Le tiemblan las manos y tiene mala cara.

Algo me dice que esta chica la va a volver a liar, me preparo por si acaso y antes de

que deje el café sobre la mesa, lo cojo. Nuestros dedos se rozan y nuestras miradas se

cruzan, pero por poco tiempo, ella la retira rápidamente. La miro de arriba abajo en

cuanto se da la vuelta dispuesta a marcharse. Va vestida de forma elegante con una falda de tubo y una blusa color limón. Imagino su cuerpo desnudo como la otra noche,

todo para mí. ¡Joder! se me pone dura solo de pensarlo.

Apoyo la cabeza en lo alto de mi sillón de cuero negro, intento relajarme, esta mujer

tensa todos mis músculos en un momento y siento que no puedo controlarlo.

—Cierre la puerta si es tan amable y quédese por favor —le pido sin saber muy bien

por qué lo he hecho.

Aunque esté de espaldas a mí, la oigo resoplar, incluso puedo imaginarme como pone

los ojos en blanco. Se da la vuelta y los dos nos quedamos mirando. Enseguida se cruza de brazos y mira hacia otra parte, parece que la pongo nerviosa, no la culpo, ella también me pone nervioso, aunque lo esté disimulando muy bien.

—Solo quería decir, que lo de la otra noche no tiene importancia. Voy a seguir siendo el mismo, Paula.

—Ya somos dos, Eric. Seguiré siendo la misma. ¿Algo más? —Clava la vista en el

suelo.

Me quedo pensativo mientras la miro.

—¿Te divertiste mucho la otra noche? —Es lo primero que se me ocurre decirle. ¿Es

que me he vuelto gilipollas ahora, así, de repente?

Paula me mira, abre los ojos de par en par y aprieta los labios.

—Es simple curiosidad —le aclaro.

—¿Simple curiosidad? ¿Se lo pregunta a todas con las que se acuesta, señor Odman?

Vaya, volvemos a los formalismos.

—Claro, siempre se puede mejorar si la cosa no ha ido como uno lo esperaba.

Paula, levanta las cejas y noto como sus hombros se relajan. Suelta una carcajada.

—¿Quiere que le diga si el sexo con usted estuvo bien, para así mejorarlo? —se descojona en mi cara, literalmente —¿Y crees que voy a dejar, que, si algo no me ha

gustado, lo repita de nuevo? ¿Esto qué es?

Me siento como un auténtico gilipollas porque eso es lo que soy. UN GILIPOLLAS.

Estoy haciendo el tonto delante de ella y se está riendo en mi cara, como era de esperar.

—¿De qué se ríe tanto, señorita Carusso? —Alzo la voz y la miro serio. Enseguida

se le corta la risa, cuando se da cuenta de que yo no estoy para bromas.

—Creo que te lo dejé claro cuando salí corriendo de la fiesta —me mantiene la mirada y ahora soy yo quien flaquea, estoy a punto de apartarla.

—¿Si no hubieses sabido quién era yo, hubieras salido corriendo? —me rio al ver cómo me mira. Se ha quedado sin habla.

Me levanto de mi asiento, me acerco a ella dando dos pasos hacia delante mientras ella

se queda quieta sin apartar sus ojos de los míos. Hasta que, tonto de mí, ella se da la vuelta y se marcha dando un portazo.

Me arriesgo mucho provocando este tipo de situaciones, puede denunciarme por acoso

o algo parecido, pero no sé qué me pasa que no puedo evitarlo. Es más, esta situación

me está poniendo muy cachondo.

Me acerco a la mesa y cojo el teléfono.

—Haga el favor de venir ahora mismo, señorita Carusso —se queda en silencio y

me cuelga. Vuelvo a llamarla de nuevo —¡Venga ahora mismo! —exijo.

En menos de un minuto la tengo frente a mí y con la puerta abierta.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que cierre la puerta, señorita Carusso?

Me levanto y rodeo la mesa sentándome en ella. Me cruzo de brazos y la miro. Intento

intimidarla con mi actitud, pero Paula me está sorprendiendo, es ella quien me está intimidando a mí.

—¿Puede acercarse, señorita Carusso?

No responde, se queda parada sin dejar de mirarme. Su pecho sube y baja con rapidez.

Humedezco mis labios y la miro de forma intensa.

Siempre he tenido claro que nada de sexo en el trabajo, nada de relaciones, nada de amistad. Los trabajadores son solo eso, trabajadores, un número. Pero ella... Desde el

día en que la vi por primera vez no he podido quitármela de la cabeza y desde la otra

noche, menos. Todavía siento su boca, aun saboreo su cuerpo. Y tenerla aquí delante,

tan morbosa, tan sumisa, me está volviendo loco.

¿Qué es lo que me ocurre? Puedo tener a la tía que quiera cuando quiera, para eso soy

yo quien organiza esas fiestas, pero es a ella a quien deseo en este momento, a ella quien quiero hacer mía una vez más. Solo una.

Paula.

¿Quién se cree este que es? Lo miro con mala leche ¿Qué me acerque? Al final le voy a

soltar tal guantazo que le voy a quitar la cara de gilipollas que tiene en este momento.

Y pensará que poniendo esa mirada seductora va a hacer que caiga rendida a sus pies,

vamos, ¡no me jodas!

—No pienso acercarme, señor Odman, écheme si quiere —finjo una sonrisa.

Se incorpora de la mesa, se acerca y no sé por qué, me quedo quieta, de pie, mirándole. Me está poniendo nerviosa, de muy mala leche y en el fondo, como siga así,

va a terminar excitándome y no me da la gana. Me coge con sus manos la cabeza, camino hacia atrás, pero me empuja hacia él.

—¿No lo pasó bien entonces la otra noche? —Susurra acercándose a mis labios —

apenas he podido dormir pensando en lo que hicimos en la habitación —aprieta sus caderas contra mí, noto su erección. ¡Va a darme algo, madre mía! Paso del enfado al

calentón, sin darme cuenta.

—No —miento como una bellaca.

Pasa su lengua por mis labios, ¡ay, dios! Me quedo quieta, dejo que lo haga.

—¿No me deseas, no quieres que se vuelva a repetir? ¿Estás segura, Paula? —Se aprieta más a mí y escuchar mi nombre salir de su boca va a hacer que me corra.

¡Tengo calor…!

Me aparto de golpe, ¿qué estoy haciendo? ¿qué intenta este hombre hacerme?

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche conmigo, y hablamos?

Que alguien me explique qué coño está pasando.

—Creo que no tenemos nada de lo qué hablar usted y yo.

—Creo que tenemos mucho de lo qué hablar, señorita Carusso.

«¡Joder, no digas mi nombre de esa manera!»

—¡No! —Contesto enfadada —¿Por quién me ha tomado?

—Solo le estoy pidiendo salir a cenar, como jefe y secretaria, nada más —me rio

cruzándome de brazos.

—Sí, ¿no? ¿Quién se piensa usted que soy yo? ¿Una de esas tías a las que está usted

acostumbrado? Que le quede claro que no. Si quiero follar con usted, ya se lo haré saber yo, cuando me quite las bragas sin necesidad de que usted lo haga.

Eric me mira con la boca abierta, yo continúo con mi discurso. —Y créame cuando le

digo, que eso no va a pasar. Cometí un error. Si llego a saber que era usted el de la otra noche —me pongo nerviosa —ni hubiera entrado en la habitación, ¿sabe? Tengo

dignidad y las cosas muy claras. Soy profesional en mi trabajo y al parecer, usted no lo está siendo —¡Toma ya! Ahora vas y lo cascas.

—¡Vaya! —se aclara la voz, parece que mi discurso le ha conmocionado por decirlo de alguna manera. Hasta yo misma me he quedado con la boca abierta, pensé que no podría decir lo que he dicho —Me sorprende mucho y para bien, que tenga usted las

cosas claras, señorita Carusso —me mira fijamente a los ojos —Ahora salga de mi despacho y haga su trabajo como una autentica profesional, como ha dicho que es.

¡Joder! ¿Encima se indigna? Vaya, vaya, vaya. Al parecer está poco acostumbrado a que le dejen las cosas claritas. ¡Touché, amigo mío!

Salgo del despacho desconcertada, excitada, nerviosa, contenta ¡joder!, no lo puedo

explicar. Me dirijo al baño rápidamente, lavo mi cara, me hecho agua en las muñecas y me quedo como una tonta mirándome a través del espejo, pero no tardo en cerrar los

ojos apoyándome contra la pared, necesito respirar.

Me da hasta pena haberlo dejado K.O. Pero qué le vamos a hacer, que se joda, alguna

vez tiene que haber una primera vez, incluso para él.

Vuelvo a mi mesa de trabajo, donde gracias a Dios, el señor Odman no vuelve a molestarme. Pero estoy inquieta, nerviosa, caliente, pensando en lo que me ha dicho, en su beso, en todo, a la vez que intento concentrarme. ¡Solo llevo aquí una semana y siento que voy a perder la maldita cabeza!

*****

Los días van pasando. El director del banco, casualmente está reunido cada vez que llamo y no sé nada de mi padre. ¡Esto es frustrante! Y a este paso, miedo me da entrar

un día en mi casa y comprobar que ya no es mía. Hoy viernes, le han preparado una fiesta de despedida a Dolores por su marcha. Pero yo no voy, a pesar de que Dolores

me ha pedido que lo haga. ¿Para qué? No hablo mucho con la gente que trabaja aquí.

Aprovecho que Eric habla por teléfono y me voy al baño. La situación con él parece

algo sostenible desde que me propuso volver a quedar en su despacho. Prácticamente

está pasando de mí, ni me mira cuando habla y cuando habla, habla lo justo. ¿Por qué

ese cambio tan radical, de repente? ¿Es por lo que le dije? Pues que se vaya a la misma mierda, si es así.

Me hecho agua en las muñecas, para refrescarme un poco, me miro al espejo, me sonrío

para darme ánimos (Eso lo leí en una revista, que conste que no estoy loca) y vuelvo a

mi mesa pasando con cuidado por su despacho.

Miro como una estúpida hacia dentro y no puedo evitar sentir ese calor que recorre mi

cuerpo cuando nuestras miradas se cruzan.

He de decir que he pensado en su preposición, incluso me he llegado a poner cachonda

yo sola imaginando todo tipo de escenas en su despacho y… sí me he tocado también.

¡Joder! Pero no estoy tan loca como para tener una relación con mi jefe en plan putilla cuando se supone que está casado ¿no? Pensar eso me revuelve las tripas, no sé cómo

se lo solté el otro día. ¿Y si la mujer se lo consiente? He conocido a muchas parejas en el club, (no solo se va a follar, ¿vale? A veces a conocer a gente y hablar animadamente, eso ya depende de lo que uno quiera), que iban con sus mujeres y cada

uno por su lado. ¿Estaría la mujer de Eric en la fiesta? ¿Sería la chica que estaba con las manos encadenadas? ¡Dios!

Alguien se acerca a mi mesa sacándome de mis pensamientos. Es Dolores.

—¿No te animas a bajar un poco, aunque sean quince minutos? —insiste Dolores.

Que mona, es la segunda vez que viene a intentar convencerme.

Miro mi reloj.

—Solo un momento —le sonrío —que ya sabes cómo es Eric —le digo

levantándome de la silla.

—Yo soy tú y por si las moscas, le digo que vas a ausentarte cinco minutos. Solo por

si acaso —Dolores tiene razón, no vaya a ser que suba al ascensor para que justo me

necesite para algo y sea aún peor —yo voy bajando, te espero, Paula.

Asiento con la cabeza y nerviosa me dirijo hacia el despacho de Eric y lo veo centrado en la pantalla de su ordenador. Toco la puerta, a pesar de que está abierta. Levanta la cabeza hacia mí y me mira fijamente.

—¿Sí, Paula? —me pregunta serio.

—Solo quería informarle de que me voy ausentar unos cinco minutos.

—¿Para qué? Si puede saberse.

Trago saliva, no me gusta el tono que emplea en la preguntita. Me aclaro la garganta y doy un paso, entrando en su despacho.

—Le han hecho un pequeño homenaje a Dolores por su marcha. Me ha pedido que vaya, solo un momento.

—En horas de trabajo —se levanta de su silla —uno no puede irse de parranda.

—No voy a discutir con usted lo que es para uno, «la parranda» o lo que viene a ser lo mismo, la fiesta. Solo me uniré con todos los empleados, le daré dos besos y subiré a seguir con mi trabajo —doy un paso hacia delante, ya no me intimida —en lo que llevamos de semana, apenas me he tomado mis quince minutos de descanso. Así que… solo quería informarle, no pedirle permiso.

Me doy la vuelta saliendo de su despacho y lo dejo allí, sin saber qué decir.

Al salir del ascensor me encuentro con Dolores que está hablando con una chica. Me la presenta, se llama María. Nos dirigimos a una habitación, que tienen los trabajadores aparte, para reunirse. Al entrar veo que le han preparado una fiesta al estilo infantil.

Solo faltan los globos colgados. Me sirvo una Coca-Cola, cojo unos ganchitos, un puñado de golosinas y me apoyo en la pared mientras pienso en el trabajo que me queda por hacer y en la cara que Eric ha puesto. ¿Me estaré pasando, y eso hará que me terminen echando? Giro mi mirada buscando a Dolores y me la encuentro charlando animadamente con Susana. Me sorprende ver a esa chica sonreírle a Dolores como lo está haciendo.

Al cabo de unos segundos, María, la chica que me presentó Dolores, se coloca a mi lado. Me parece maja, creo que se siente como yo. Apartada por así decirlo. No es que

haya venido aquí a hacer amistades, pero no sé. Creo que desde que pasó lo que pasó,

en la fiesta con Eric, no soy la misma y me hago preguntas estúpidas. Miro la hora en

mi reloj, creo que me he pasado del tiempo que tenía pensado. Me acerco a Dolores,

me fundo en un leve abrazo y le doy gracias las por su ayuda.

Subo hasta mi mesa y nada más sentarme el teléfono interno suena. ¡Mierda! Me preparo para la bronca que me espera.

—Venga a mi despacho por favor, señorita Carusso.

—¿Necesita algo? —pregunto nerviosa.

—Necesito que se vaya a casa —me desconcierta. ¿Eso es la nueva forma que tienen

los jefes de echarte a la puta calle? Miro el reloj, son la una del mediodía —esté preparada para dentro de dos horas, pasaré a recogerla a su domicilio.

¡Uy! Ya sé este por dónde va.

—Me parece a mí que no —mi repuesta hace que su mirada se endurezca. Trago saliva con dificultad y para que no vea un ápice de nerviosismo. Me cruzo de brazos y

lo miro. Noto como el corazón se me acelera y me empieza a entrar calor. —Ya le dejé

claro que no pienso salir con usted. ¡Además! Tengo mucho trabajo que hacer.

—Esto es trabajo, Paula. ¿Qué se crees? Olvidé lo que le dije el otro día, le pido

disculpas, no volverá a pasar —se toma una pausa —la comida es con un cliente que

me ha llamado a última hora. Necesito que me acompañe —me pide sin mirarme.

Mi cara se pone colorada como un tomate. ¿Seré estúpida? ¿Es que me estoy volviendo

idiota y creo que el mundo gira a mí alrededor?

—¿Y… que me pongo? —Ladea su cabeza y sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Le tengo yo que decir lo que se tiene que poner, señorita Carusso?

—No, no, no —las piernas me tiemblan y a punto estoy de que me entre la risa floja

—es qué no sé —me pongo nerviosa. —Si arreglarme o ir como voy siempre —le explico como si tuviera la obligación de hacerlo.

—Si va guapa mejor. Los clientes suelen fijarse en unas buenas piernas, así es más

fácil que logre hacer que firmen —me guiña un ojo —ya me entiende.

—No, no lo entiendo. ¿Me está usted diciendo que vaya enseñando piernas, para que el cliente firme? ¿Pero tengo que volver a repe…?

—Solo era una broma, Paula. No hace falta que se arregle, solo necesito que se vaya a casa, se prepare. Iré a buscarla y ya está —me corta haciendo que me sienta avergonzada de nuevo.

—Vale… —me doy la vuelta —¿sabe dónde vivo? —pregunto antes de salir de su despacho. Me mira de nuevo, sus labios dibujan una fina línea que se curva hacia arriba.

—Lo sé todo sobre usted, así que sé dónde vive. A las tres estoy en la puerta de su casa. No me haga esperar, señorita —sentencia.

Me quedo mirándolo sin saber qué decirle, clavada en el suelo. ¿Por qué dice que lo sabe todo de mí?

A las dos y media pasadas, como un flan, me miro de nuevo en el espejo. No sé si el vestido que llevo es demasiado. ¡Joder, no sé qué ponerme! Tengo la cama llena de ropa y me agobia perder tanto tiempo probándome ropa que hace tiempo que no uso y que encima me aprieta. Vale sí, él me dijo que no hacía falta que me arreglara, pero…, no he podido evitarlo. Cojo mi móvil, pienso en llamar a Trini, pero ella hará muchas preguntas al ver que yo me estoy preocupando por una simple comida… Lo pienso un instante y decido llamar a Nuria, ya que ella sabe todo el percal.

—¿Qué pasa? —Al descolgar, noto como se enciende un cigarrillo.

—¿Has vuelto a fumar? —se queda en silencio. ¡Ahí va mi madre que la he pillado fumando y no se ha dado cuenta!

—¿Cómo sabes que estoy fumando?

Muerdo mis labios reprimiendo una sonrisa.

—Vamos a ver… —pongo los ojos en blanco —te he escuchado encender un cigarro.

—Vale, he vuelto sí, tengo mucho estrés en el trabajo.

—Sí, sí y yo veo burros volando y no digo nada —nos echamos a reír —a ver…

tengo un problema.

—¿A qué llamas tu problema?

—A que tengo una comida con Eric y un cliente y no sé qué narices ponerme.

—¿Y desde cuando tú me llamas para preguntarme qué ponerte? —Tiene razón,

¿desde cuándo yo me preocupo por cómo voy a ir vestida?

—¿Desde que me acosté con él sin saberlo? No lo sé, solo quiero estar a la altura.

—¿A la altura de qué? —le da una calada al cigarrillo, escucho como suelta el humo

y comienza a apetecerme un cigarrillo a mí.

—No lo sé —me siento en el filo de la cama — también, me ha dicho que no hace

falta que arregle.

—¿Y por qué te arreglas entonces? —me quedo en silencio, de nuevo vuelve a tener

razón —estás pillada por ese tío, Paula.

—¿Quién, yo? —me indigno.

—No, mi prima la de Córdoba. ¿Quién si no?

—Vale, nada déjalo. Ha sido una mala idea…

—¿Qué llevas puesto? —me interrumpe mi amiga.

—Llevo un vestido rojo que me queda súper apretado y me hace tetazas —le digo

mirándome en el espejo de un lado hacia el otro metiendo un poco de barriga.

—Pues ese mismo, haz que se le seque la boca.

—¿Estás segura? ¿No será demasiado? —Suspiro.

—No, que se joda. Hazle sufrir —trago saliva —¿y para que quiero yo hacerle sufrir? —me río.

—No lo sé. Pero hazlo, que vea lo que se pierde —me miro al espejo.

—No se está perdiendo nada Nuria, soy yo quien no quiero tener nada con él. Es mi

jefe.

—Llegados a este punto, ya da lo mismo.

—Dará lo mismo para ti, perdona —me quejo.

—Bueno, hazte foto con ese vestido, me la mandas y te digo. O ponte un vestido de

tu madre que seguro que irás más tapada —Nuria comienza a reírse.

Me despido de mi amiga y no tardo en enviarle un WhatsApp con varias fotos. Espero

ansiosa sentada en mi cama mientras el tiempo corre en mi contra. Aún no me he arreglado el pelo y no me he maquillado.

Termino llamándola.

—Iba a contestarte ahora mismo. Te queda mejor el rojo.

—¿Estás segura? —Vuelvo a mirarme en el espejo.

—Segura. Paula… estás jamona, te queda de muerte, lleva ese y déjate el pelo suelto, que te queda mejor.

Suelto la pinza que sujeta mi pelo y lo dejo caer.

—Vale, gracias Nuria —le mando besos sonoros y nos despedimos. Dejo mi móvil

sobre la cama mientras termino de arreglarme.

A las tres en punto suena el timbre de casa. Me miro en el espejo mientras termino de

echarme el dichoso rímel en las pestañas. ¡Joder!

Me acerco a la puerta despacio y miro por la mirilla. Abro la puerta y asomo la cabeza

como si estuviera asustada, mi mirada se dirige a su mano, lleva una botella de vino.

—¿No me invitas a pasar? —sonríe haciendo que abra la puerta y le haga un gesto

para que entre.

Me sorprende verle con unos vaqueros oscuros y una camisa gris, algo ceñida que marca su cuerpo. ¡Joder! Y yo voy tan emperifollada y no eso, sino sin darme cuenta

me he vuelto una mujer triste, me he arreglado para él. ¡Mierda pa mí!

—El salón está al otro lado —le digo al ver que se dirige hacia la cocina.

Se da la vuelta y sonriente, me mira.

—Puedes llamarme Eric.

Voy tras él, algo huele raro, todo este rollo, la comida de negocios, la botella de vino…

—¿Y los formalismos? —Entro al salón detrás de él. Se gira para mirarme y sonríe.

¡Joder, qué sonrisa!

—Le ha surgido algo al cliente y ha cancelado la comida, así que tendremos que comer solos.

—¿Qué se ha cancelado la comida? —Pongo mis brazos en jarras —¡ya! —

chasqueo mis labios y lo miro seria.

—Sí, pero no se preocupe —mira el sofá —¿puedo sentarme? —No digo nada y se

sienta —He encargado comida china, espero haber acertado —mira su reloj —deben

estar a punto de llegar.

—¡Váyase de mi casa ahora mismo! —Me pongo frente a él y le señalo el camino de

salida.

—No me voy a ir, Paula —Suena, raro, sexi, provocativo, erótico. ¡Ay Dios mío!

Me rio sin ganas y me inclino hacia él.

—¿Quién coño te crees que eres para venir a mi casa y decirme lo que tengo que hacer?

Sonríe, mierda. Me enseña sus perfectos dientes blancos. ¡Su sonrisa, su cara es perfecta! Me mira de arriba abajo.

—Te has puesto muy guapa, Paula.

Me echo hacia atrás con el corazón en un puño y mucho, mucho calor.

Se levanta dando un paso hacia mí, se acerca demasiado y yo no hago nada para impedírselo. Saca su móvil del bolsillo y me lo enseña.

—No te estoy engañando —me enseña el correo de cancelación y me pongo

colorada como un tomate.

—Solo quiero hacer las paces contigo, solo eso.

Lo miro dudosa.

—¿Es que ahora quieres que seamos amigos? —me doy la vuelta dirigiéndome hacia

la cocina, necesito una cerveza y deshacerme del dichoso vestido que me deja sin aire,

aunque dudo mucho si la culpa de que me falte el aire sea del vestido.

—¿Quieres una cerveza? —le pregunto desde la cocina. Tal vez tenga razón y solo

quiera disculparse, me lo debe ¿no? ¿O soy yo quien se lo debe a él? Ya no sé qué pensar.

—¿Con eso firmamos la pipa de la paz? —oigo que pregunta detrás de mí.

Me incorporo con un nudo en el pecho y con dos botellines en la mano, y me lo quedo

mirando con los ojos entornados.

—¿Qué pipa de la paz ni niño muerto? —a Eric le hace gracia mi comentario y suelta una carcajada, cuando me quiero dar cuenta me estoy riendo con él, pero no dura

mucho. Me siento rara y algo me dice que esto no va a terminar muy bien. Llegamos al

salón, pongo mi cerveza sobre la mesa y el timbre suena.

—Debe ser la comida —dice Eric sin dejar de mirarme.

Me doy cuenta de que es guapo a más no poder y noto un pequeño suspiro en la boca de

mi estómago que me hace mirar hacia otro lado.

—Pues abre tú que para eso has hecho que vengan —le digo yéndome hacia la cocina para coger los platos para servir.

Preparo la mesa y veo de reojo como Eric atiende al repartidor y entra en casa con la

comida. Cuando veo que se ha pasado no puedo evitar reírme.

—¿Para cuanta gente has pedido comida? —Dejo los cubiertos sobre la mesa.

—No sabía qué era lo que te gustaba, así que… he pedido todo lo que me gusta a mí,

más alguna u otra cosa que he visto que podía probar.

—¿No dices qué sabes todo de mí?

—¿Fideos chinos y pollo al limón? —Sonríe.

Me deja con la boca abierta, esto comienza a darme miedo. Espero que deje todo sobre

la mesa y le cojo del brazo.

—¿Eres una especie de espía o algo parecido? ¿Por qué dices, que sabes tantas cosas sobre mí? ¿Por qué sabes, que es lo que suelo pedir? —sonríe, pero yo no.

—Si te lo digo, luego tendré… ya sabes —se hace el gracioso.

—¿Consumes drogas? —mi pregunta le hace gracia y comienza a reírse.

—Gracias a Dios no me hace falta…

—Ya te genera el cerebro ¿no? —le corto, haciendo que ría de nuevo.

No entiendo la risa tonta que le entra, una de dos o es tonto de remate o está nervioso y es la única manera que tiene de liberarse, por así decirlo.

Me siento en la mesa, a su lado, el olor de su colonia me pone algo nerviosa, me tensa, no sé. Me dan ganas de gritarle y pedirle que se marche, pero en cuanto lo miro y lo

veo tan sereno, tan natural, me dan ganas de pedirle todo lo contrario.

—¿Estás bien? —me pregunta al cabo de un rato.

La verdad es qué no lo sé, todo esto me parece muy extraño.

—Es que no entiendo qué narices haces en mi casa, sentado en la mesa de mi salón

comiendo comida china y alternando vino con cerveza —se ríe, pero yo no le encuentro

la gracia y le miro seria —y no dejo de preguntarme por qué narices dices que sabes

de todo de mí. —Me cruzo de brazos.

Lo noto algo incómodo al ver como se remueve de su asiento.

—Tengo por costumbre saber todo de la gente que contrato.

—¿Y eso incluye saber que suelo pedir en el chino? ¿Has mandado rebuscar en mi

basura? O… dime también, ya de paso. ¿Sabes también la talla de mis pantalones?

—Primero, no necesito rebuscar en la basura para saber que comida de chino es la

que te suele gustar. La mayoría de las tías os pedís lo mismo. ¡No falla! Y segundo, imagino que usas una cuarenta de pantalón.

—Te sorprenderías de lo que podrías encontrar en mi basura —levanto las cejas mientras le hablo y, sí, uso una cuarenta o cuarenta y dos, dependiendo del día y de los pantalones. Ahora dime por qué estás aquí, en mi casa, haciendo como si nada hubiera

pasado. ¿Y por qué estás en mi salón? Tú y yo, no somos amigos.

Eric deja los cubiertos sobre la mesa y gira su cuerpo hacia mí.

—Porque tú no quieres, Paula.

—No esa clase de amistad, Eric —pongo los ojos en blanco —eres mi jefe, trabajo

para ti.

—Y tú eres una mujer y yo un hombre.

—¿Y? Un tío se hace amigo de una mujer solo si busca algo, no por el amor al arte,

¿sabes? Me he encontrado a muchos tíos como tú a lo largo de mi vida y siempre buscan alguna intención.

—No te voy a negar que me excito cada vez que me miras o cada vez que pienso en

aquella noche. En serio, te voy a ser sincero. —Abro los ojos de par en par. ¿Me ha

dicho lo que me ha dicho? No me lo puedo creer. Mi cuerpo comienza a hacer de las

suyas. Cierro los ojos un instante y noto un ligero gustirrín entre mis piernas. Él continúa hablando. —Pero también te digo que tengo a mi disposición a la mujer que

quiero y cuando quiero.

—Ve al grano. Me parece perfecto que tengas a la mujer que quieras y cuando quieras. No te estoy pidiendo explicaciones.

Los dos nos miramos fijamente. De nuevo ese puto calor…

—Por eso mismo quiero que veas que no tengo ninguna intención sobre ti. Me caes

bien, tienes lo que hay que tener para decirme lo que me dijiste y eso ha despertado cierta admiración por ti.

Sonrío. ¿Es en serio o me está vacilando?

—¿Sorprendida?

—La verdad es que sí —me rio poniéndome colorada como un tomate —

normalmente pocos tíos me dicen lo que tú me acabas de decir. Pero tengo que reconocerte que, hasta el momento, he pensado que eras como todos.

—¿Como todos? —Asiento con la cabeza sin abrir la boca —tu actitud cambió de

golpe y porrazo, te volviste más…

—Como me pediste que fuera. Estas empeñada en que soy tu jefe…

—Lo eres —le corto.

—Lo soy, pero… también puedo ser tu jefe y amigo, ¿ves?

—Lo veo, lo veo.

No sé cómo sentirme, si tranquila o todo lo contrario e incluso algo defraudada. Yo pensando en esa maldita noche, en esa lengua que paseó por mi boca en su despacho y

él… ¿queriendo ser mi amigo? Tiene razón, ahora me siento como una autentica estúpida. Puede tener a la mujer que quiere cuando quiere, ¿por qué iba a fijarse en mí, si soy lo más normal del mundo? Vale sí, tengo tetas y a pesar de que peso más de lo

que debería, no estoy nada mal.

Pero él… él es perfecto lo mire por donde lo mire, y por un lado me jode.

Eric se inclina hacia mí y yo no hago nada para evitar que se acerque, su olor cada vez se hace más intenso.

Su boca se acerca a la mía, va a besarme cuando reacciono y me aparto.

—Creo que es mejor que te vayas de mi casa, si vienes con esas. ¿Me has estado

vacilando o qué te pasa? —me levanto arrastrando la silla.

—¿Por qué no olvidas que soy tu jefe por un rato? —sonríe de medio lado y eso provoca que mi corazón se acelere.

—Porque no puedo verte de otra manera —trago saliva. Él se ríe.

—Cierra los ojos, Paula**,** déjate llevar, piensa en la otra noche, cuando te tocaba —

sin querer, lo hago, pienso en esa noche, en sus manos fuertes y grandes acariciando mi cuerpo. Me agarra del mentón. El tacto de su piel hace que sienta una descarga eléctrica por mi espina dorsal. Me besa y me dejo. ¡Mierda, mierda y remierda!

No sé cómo lo hace, pero me agarra de la cintura, me empuja hacia él, nos besamos,

jadeo…, jadea. Levanta mi vestido, su olor, su calor corporal, sus besos, la situación

me está haciendo perder la razón. ¡Madre mía, no puedo parar, no quiero parar! Hace

un momento estaba diciéndome que quiere ser mi amigo y ahora… ¿ahora? ¡Joder, Paula, eres más tonta que una mierda!

Me aparto de inmediato, no puedo dejar que me controle, que sepa que produce algo en

mí, que me deja sin armas.

—No, Eric. ¡No! —empujo su pecho con mis manos y lo aparto de mí.

—¿No, por qué no? —Su cara está desencajada.

—Por qué lo digo yo. No quiero que nos acostemos juntos, no quiero tener nada contigo.

—Explícame entonces porque se te acelera el corazón cada vez que me acerco a ti.

No se lo puedo decir cuando ni yo misma lo sé.

—Me pones nerviosa, Eric. No busques donde no hay —me cruzo de brazos y me

alejo de él lo máximo posible.

—Sé sincera y dime que no sientes lo mismo que yo, Paula —se acerca a mí y siento

que yo no puedo hacer nada. Es verdad, siento algo, una atracción, deseo. —¿Ves? No

lo puedes evitar, Paula —contesta al ver que me he quedado en silencio.

No soy dueña de mí en cuanto noto sus manos pasear por mi cuerpo. Me besa con ansia. ¡Qué calor, que calentón llevo encima, por Dios!

Caigo al sofá con el vestido levantado por la cintura y las bragas bajadas. ¡Madre mía!

—Quiero que te toques para mí como la otra noche, Paula —me susurra al oído.

No, no puedo, me niego.

—Creo que esto no es buena idea —murmuro con un gemido.

—¿Y qué es buena idea, Paula?

—Creo que es mejor que te marches, yo… no puedo —digo nerviosa.

Su mano toca mi sexo húmedo

—Sí puedes, ¿ves? Estás empapada… ¡Joder…, Paula!

Siento vergüenza, pudor, ganas, deseo. Demasiadas sensaciones al mismo tiempo.

Gimo en cuanto siento dos de sus dedos introducirse en mi interior e inclino mi cuerpo.

—Debes irte, Eric, por favor, para —gimo gustosa. ¡Estoy cachondona perdida!

—¿De verdad quieres que me vaya? No puedo dejar de pensar en la otra noche

Paula, necesito que seas mía de nuevo.

Yo tampoco, pero prefiero no decírselo.

—Pero eres mi jefe, no está bien y estás casado —noto como eso último le hace gracia. Le miro apartándome un poco.

—Ya no estoy casado, Paula —no sé si es cierto o no.

—Da igual —me separo de él otra vez. Meto mi pelo detrás de mis orejas nerviosa

—no es buena idea —me tiembla la voz.

Eric se levanta, noto el bulto en sus pantalones, joder. Mi vagina palpita y comienzo a recordar lo que pasó en la fiesta, todo lo que me hizo sentir.

—No espera… no te vayas —no me puedo creer que este diciendo esto.

Una sonrisa de satisfacción aparece en su rostro y noto como su cuerpo se relaja.

Su boca se pega a la mía y su lengua se abre paso enredándose con la mía. Qué bien

besa, mi cuerpo se hace agua.

Comienza a desnudarme despacio, sé que disfruta, yo también. El vestido cae al suelo, solo me deja con el sujetador.

—Madre mía, Paula —gruñe mordiéndose los labios.

En cuanto me deshago de su camisa y la dejo caer al suelo, me encuentro con su tatuaje, que le cubre la mitad del pecho. ¡Dios, cómo me ponen los tatuajes! Sigo con mi lengua los relieves del dibujo.

El bulto de sus calzoncillos se hace más grande. Coge mi mano y la lleva hasta él.

—Mira como me pones, Paula —cierro los ojos y abro un poco mi boca dejando escapar un poco de aire en forma de gemido —¿Sigues queriendo que me vaya?

Niego con la cabeza.

Desabrocho sus pantalones, dejo de pensar y meto las manos entre sus calzoncillos.

¡Oh, Dios mío! Lo que le cuelga entre las piernas es enorme. ¿Cómo pudo eso entrarme

el otro día? Creo que estoy a punto de correrme.

Eric me coge del pelo y tira de él para levantarme un poco la cabeza. ¡Joder! Me encanta eso. Sonríe y me besa algo más brusco que antes, moviendo la lengua dentro de

mi boca como si se fuera acabar el mundo.

Bajo sus calzoncillos como puedo, haciendo que su miembro erecto salga disparado tocando mi abdomen. Solo espero que todo esto sea un puto sueño, es imposible que yo

pueda estar accediendo a esto, a estar con él.

Lo miro y él se gira mirando hacia la mesa.

—Quiero beberte —me dice con voz ronca. Cierro los ojos y gimo despacio, voy a

explotar yo sola.

Desabrocha mi sujetador, mis pechos quedan al aire delante de sus ojos. Toca mi sexo

húmedo y se ríe.

—Así nos llevamos mejor, ¿a que sí? —Asiento como una idiota —tienes unos

pechos preciosos, Paula.

Desabrocha mi sujetador y los toca, los estruja y me los lame jugueteando con mis pezones que ya están duros.

—Puedo hacer que te corras con solo tocarte —me lo creo, siento que voy a explotar.

—Pues házmelo así —le pido.

Succiona mis pezones mientras siento su pene chocar con mi vientre. Coge la botella de

vino y derrama un poco sobre mis pechos.

¡Jodeeer, que me voy a correr de verdad!

Echo mi cabeza hacia atrás, ¡Dios que gusto me está entrando!

Una de sus manos baja por mi cintura hasta llegar a mi sexo. Separa los labios vaginales. Gimo. Mi sexo quema. Lo toca despacio. Suspiro de placer. Mete un dedo

en mi interior a tiempo que pasa su lengua por mis pezones, ¡oh, Dios! Mete otro dedo,

los saca y los mete de nuevo sin parar.

Intento aguantarme las ganas, pero es imposible. El orgasmo es tan intenso, tan profundo que mi cuerpo se contrae un par de veces y absorbe sus dedos que aún siguen

en mi interior.

—¡Joder, Paula! —Muerde el lóbulo de mi oreja —cómo me pones, quiero follarte.

—Pues fóllame todo lo que quieras —Ya no sé ni lo que digo. Se me está yendo la

cabeza por completo.

Me tumba en el sofá, abre mis piernas, mira mi sexo, luego me mira a mí y sonríe.

¿Por qué cojones me da vergüenza que me mire? ¡Dios…! Qué frustración.

Juguetea con la punta de su pene presionando mi clítoris. Cierro los ojos, esto me parece increíble. Veo como se agacha a coger sus pantalones, coge un preservativo mientras me mira, lo abre y se lo pone haciendo un poco de esfuerzo. La goma le queda

demasiado apretada.

Mi cuerpo se prepara para recibirle.

—Échate hacia atrás Paula, no quiero hacerte daño —hago lo que me dice y me coloco en el sofá de manera que los dos estemos cómodos.

Entra despacio mientras se muerde el labio. La saca antes de llegar al fondo, así un par de veces, hasta que me penetra con fuerza y noto como mi cuerpo lo envuelve. Grito de

placer. Miro sus pechos que se marchan al contraerse por el esfuerzo.

¡Qué bueno está!

Vuelve a hacer la misma operación, la saca, la mete un poco despacio y luego de golpe.

Así sucesivamente, resbalando por mis labios, tocando mi clítoris con la punta de su pene antes de meterla de nuevo.

¡Me está volviendo loca!

Después de unos minutos, las embestidas se vuelven más rítmicas. Toco mis pechos, los estrujo y termino bajando mis manos por mi vientre para poder así tocarle. Gruñe

en cuanto le rodeo el pene con mis dedos, está húmedo por mi jugo.

Sus dedos se cuelan dentro de mi boca, los chupo, mientras no deja de penetrarme.

¡Joder! Eric gime fuerte y por el ritmo que impone intuyo que va a correrse. Me corro y grito para que lo sepa. El orgasmo me recorre entera de arriba abajo.

Eric la saca de golpe, la mete de forma brutal y se corre haciendo que su cuerpo se convulsione mientras veo el placer reflejado en su cara.

Me entra la risa tonta, siempre me pasa cuando el orgasmo me llega hasta a la cabeza.

Eric sale de mi cuerpo y me mira dibujando una sonrisa ¡y qué sonrisa! en sus labios.

—No he acabado contigo, ve a por una toalla o algún protector que voy a beber de ti

—me dice al ver que me he sentado y estoy buscando mi ropa interior.

Pongo un protector sobre el sofá con cuidado mientras Eric está en el baño.

No quiero ni pensar lo que estamos haciendo aquí. «Estoy disfrutando, que es lo que importa», me digo para auto convencerme y dejar de pensar que todo esto es una puta

locura.

Me tumbo en el sofá como me ha dicho y espero a que regrese, no tarda en hacerlo y

cuando lo hace y me encuentro con su mirada, su sonrisa, su cuerpo desnudo y su polla apuntándome, no puedo evitar que mi cuerpo se estremezca poniéndome la piel de gallina.

—Ahora estate quieta, voy a echarte el vino y beber de ti, ¿te parece?

Asiento mientras lo miro. Solo de pensarlo noto como mis muslos se contraen.

Se pone frente a mí y reflexiona mis rodillas colocándolas sobre sus hombros. Siento

el líquido algo frío caer por mi sexo. ¡Ay, dios! Y seguidamente el calor que me produce su lengua. Que contraste más rico. Absorbe mi clítoris, me estremece, me entra

gusto, mucho gusto y noto como bebe de mí.

—Joder, Paula, que bien sabes —lame mi sexo de arriba abajo.

—Y tú que bien me comes el coño, ¡Joder! —digo cerrando los ojos, saboreando esa

sensación maravillosa que no tardará en explotar dentro de mí.

Juguetea con su lengua, agarro su cabeza en el centro de mi placer y vuelve a absorberme. Un orgasmo intenso me hace gritar de nuevo, al cabo de unos minutos. Me

muero de la vergüenza, pero no lo puedo evitar. Eric no se da por satisfecho y sigue succionándome el clítoris, dándome placer y haciendo que vuelva a correrme de nuevo.

¡Jodeeer!

Se levanta, me mira, yo lo miro a él. Se coloca de nuevo un preservativo y agarra mis

piernas tirando de mí. Me penetra despacio, fuerte, despacio, así una y otra vez.

Gimoteo.

—¿Te gusta, Paula? —me pregunta. No puedo responderle, no hace falta que lo haga,

¿es que no se da cuenta? Sale de mi cuerpo y entra con fuerza haciéndome gritar. —¿Te

gusta o no, Paula? —me penetra más fuerte.

—Sí, sí, me gusta —le respondo como puedo.

—Pues córrete para mí, Paula —me pide y no sé cómo lo hace, pero sus palabras se

vuelven órdenes para mí y me corro retorciéndome de placer mientras él no deja de embestirme.

—Eric… córrete, Eric… —digo entre gemidos. Y no sé si mis palabras se vuelven

en órdenes también para él, pero se deja llevar echando la cabeza hacia atrás mientras

suelta un grave gemido.

Al cabo de un rato, estamos los dos en silencio, cuando noto que va a decir algo, me

lanzo a sus labios.

Me pongo encima de él.

—¿Quieres seguir? —me pregunta sonriendo, agarrando con las dos manos mi sexo,

apretándolo.

—No quiero que pares —paseo mi lengua por sus labios.

A pulso me levanta y me hecho a reír.

—Vamos al baño, me apetece ducharme contigo —me dice.

Nos vamos al baño, le doy a la ducha mientras no dejo de besarle, tocar su tatuaje, chuparlo y tocar su miembro que ya está firme, golpeando mi abdomen.

—Te quiero comer —le digo de forma sensual sin dejar de mirarle.

Entramos en la ducha y mientras el agua cae por nuestros cuerpos desnudos yo me pongo de rodillas con cuidado de no hacerme daño. Le miro antes de introducirme la

punta de su pene despacio en la boca, rodeándolo con mis labios.

Sus labios forman una bonita o.

—Qué bien lo haces —dice con la voz ronca.

¡Joder como me pone!

Me la meto entera hasta que siento una arcada y me la saco de la boca despacio, jugueteando con mi lengua. Así, durante un rato, saboreándola como si fuera un caramelo. Coloca su mano en mi cabeza y me tira del pelo. ¡Eso me pone! Alzo la mirada encontrándome con la suya, sus labios siguen dibujando una o, hasta que se los

muerde. Tira de mi pelo haciendo que de nuevo me la meta entera.

—Sigue así…, no pares —me pide.

La expresión de placer que dibuja su cara me hace saber que está a punto de correrse.

Cierra los ojos, acaricio sus testículos con mimo y noto el líquido caliente salir disparado hacía mi garganta. Gime de gusto y abre los ojos encontrándose con los míos

que no dejan de mirarle. Trago su placer, paseo mi lengua por última vez y con su ayuda, logro ponerme de pie. Sus labios se pegan a los míos y su mano se cuela entre

mis piernas y se lo pongo fácil al levantar mi pierna.

Me corro mientras su lengua se enreda con la mía.

—¡Joder…! —digo besando el arco de su cuello. Abrazados permanecemos unos

segundos.

Salimos de la ducha y opto por ponerme la ropa interior. En cuanto veo que Eric se pone los pantalones al llegar al salón y se queda con el torso desnudo, me lo quedo mirando. Trago saliva.

—¿Qué pasa? —pregunta con una sonrisa.

Un golpe de calor se instala en mi cara.

—Nada, estaba mirando tú tatuaje —sí, ese que hace nada estaba lamiendo.

—¿Te gusta? —pregunta sentándose en la silla para seguir con la comida, apenas

hemos probado bocado.

—Sí —me pongo algo cómodo y me siento a su lado —¿qué significa?

—Es un símbolo sagrado celta —me explica —solo lo pueden llevar los druidas.

—¿Eres tú un druida? —me río. Sí, sí que lo es, es un Dios.

—No, pero cuando estudiaba en la universidad, me fascinaba la cultura celta —dice

mirándome a los ojos.

—Vaya… —digo fascinada. —¿Haces ritos también? —bromeo.

—Sí, lo que acaba de pasar en tu salón es un rito. ¿No te ha gustado? —me echo a

reír.

Divertida miro a Eric y le señalo la comida que ha sobrado, sonríe y comemos un poco

más.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —pregunto acercándome al plato que contiene pollo

al limón en forma de gelatina.

—Claro, pregunta lo que quieras —sonríe con malicia —otra cosa es que yo te conteste.

Estiro mis labios fingiendo una sonrisa.

—¿Qué cosas son las que sabes de mí? —Lo miro atenta, me interesa saberlo.

Eric me mira, termina de masticar lo que tiene en la boca y se dispone a hablarme cuando mi móvil vibra sobre la mesa. Lo miro por encima, es Nuria, pero no le hago

caso.

—Sé que eres hija de un gran empresario —eso me hace gracia y suelto una risotada

haciendo que Eric me mire extrañado.

¡Qué mono cuando arruga la frente y junta sus ojos azules!

—Eso de gran empresario… —me encojo de hombros —como que te lo has inventado.

—¿Tu padre no es Paolo Carusso?

—Sí, pero si te han informado que mi padre es un gran empresario, es que lo han

hecho mal —respondo cogiendo de nuevo pollo al limón —¿Cuánto has pagado por obtener información?

—No me han informado mal y no he tenido que pagar. A lo mejor la mal informada

eres tú —dice divertido.

—Es mi padre, lo conozco bien por desgracia y sé que no es un gran empresario.

—¿Entonces qué es? ¿Tenéis buena relación? —sus preguntas me pierden un poco,

¿ahora quiere saber de mí y de mi vida?

Cojo un poco de aire y dudo si responderle con una mentira o serle sincera.

—¿Te llevas bien con los tuyos?

—Yo he sido quien ha hecho la pregunta —se queja riendo.

—Ya, pero aquí o los dos o ninguno, pregunta por pregunta —le contesto yo.

Nos reímos.

—Me llevo bien con mis padres, sí —noto sinceridad en sus palabras.

Miro la escayola que decora el techo de mi salón.

—La verdad es que la relación con mi padre es pésima —me sincero, no sé muy bien el por qué.

—¿Por qué?

Le miro fijamente, ¡joder que preguntón!

—¿Qué es ese interés repentino que tienes en mí?

—Tuve interés desde el día que mi coche se empotró contra el tuyo por tu culpa.

Esa respuesta me deja sin palabras, sin aire prácticamente. Entorno los ojos y me entra la risa.

—Vale, no voy a discutir contigo sobre quien tuvo la culpa —le miro algo

avergonzada por lo que me ha dicho. La culpa la tuve yo, sin duda. Cojo aire —la verdad es que desde pequeña, mi padre y yo no hemos tenido buena relación, nunca fue

el padre que yo necesitaba, ni yo la hija que él esperaba que fuera. Ni yo, ni mis hermanos, claro. El trabajo lo tenía demasiado ocupado para recordar que tenía hijos.

—Vaya, lo siento… no quería…

—Nada, ya sabes mucho más de mí de lo que nunca llegaste a imaginar ¿Eh? —le

sonrío y me levanto a recoger la mesa, la verdad es que no me gusta hablar de mí y hacerlo con él, me ha resultado…, fácil. Eric me ayuda con los platos.

Mi móvil suena de nuevo, está vez es Trini. Cuelgo la llamada y mientras redacto un

mensaje diciéndole que estoy ocupada, cuando miro hacía Eric, este, comienza a vestirse.

¿Ya se va?

Trago saliva y termino de redactar el mensaje, quedando en llamarla luego, más tarde.

Eric me está mirando, apoyado en la mesa del salón.

—¿Te marchas ya? —me atrevo a preguntarle. Él mira su reloj.

—Sí, tengo cosas que hacer. Ha sido un placer haber comido contigo —sonríe

pícaro.

Me quedo mirándole. Mi humor ha cambiado, no, no quiero que se vaya.

—Nos vemos el lunes en la oficina —dice serio, volviendo a ser mi «jefe». Trago

saliva y me quedo en la puerta, como una gilipollas, viendo como coge el ascensor y desaparece.

12

Me tiro al sofá cabreada conmigo misma por sentirme tan estúpida. Al cabo de un rato, me incorporo y llamo a mis amigas, la primera en cogerlo es Trini.

—¿Estás sentada? —pregunta nada más descolgar. La noto nerviosa.

—Sí, ¿qué pasa? —pregunto preocupada.

Se ríe.

—Tu hermano me ha pedido matrimonio.

Me pongo de pie casi sin darme cuenta y me llevo la mano a la boca.

—¿En serio?

—En serio, este mediodía y… ¡joder! —dice emocionada —me ha dicho que no dijera nada, pero eres mi mejor amiga y… no he podido estar callada.

—¡Vale, vale! —me rio —tranquila que ya sabes que soy una tumba. —Estoy a punto de echarme a llorar por la emoción —no sabes cuánto me alegro, mi niña.

—Yo estoy que no me lo creo Paula, no dejo de mirar mi anillo. Bueno, y cuéntame, ¿tú que tal?

Vuelvo a sentarme en el sofá.

—Bien, hace nada llegué del trabajo —miento.

—Ahora tengo que dejarte, pero en breve iremos a daros la noticia, ¿vale?

Recuerda, no digas nada —me despido de mi amiga riéndome.

Me tapo la cara con las manos. «¡Joder, Paula, te has tirado al jefe, a Eric y en tu casa! ¡Madre mía!» No sé si llamar a Nuria y contárselo o guardarlo todo para mí.

Gracias a Dios, el móvil suena y me saca de mis pensamientos. Es Nuria.

—¿Qué tal la comida?

Me quedo en silencio y respiro fuerte.

—Mejor no te lo cuento.

—Como quieras. ¿Qué haces está noche?

—No lo sé. ¿Qué haces tú?

Decidimos salir las dos juntas. Trini también la ha llamado a ella para contarle la noticia y como solo somos dos, decidimos ir a celebrarlo a su costa.

A las ocho de la tarde me presento en el bar, dónde siempre. Allí está Nuria, esperándome con una cerveza en la mano, tan guapa como siempre.

—¿Qué tal la comida? —me pregunta de nuevo con una sonrisa en los labios. Que hija de puta es…

—La comida bien —me entra la risa floja y evito mirarla demasiado tiempo.

—¿Habéis follado?

Ella tan directa como siempre.

—Pero ¿qué dices, Nur? ¿Estás loca? —vuelvo a reírme.

—Tu cara me lo dice todo. ¡Ya me lo estás contando!

Termino contándole a Nuria lo que ha pasado y no puede parar de reír la muy cabrona.

—¡Joder, tía! —suelta una carcajada y termina de beberse su cerveza —¿qué ha pasado, con lo claro que lo tenías?…

La miro dudosa, cojo aire.

—No lo sé. Me convenció —digo seria, arrepintiéndome de que hubiese pasado.

—Yo soy tú y el lunes voy provocativa al trabajo.

—¿Para qué? ¿Para que termine follándome en su despacho? —digo algo molesta—.

De un trago me bebo mi cerveza.

—No, para que se joda.

Miro a mi amiga, realmente si alguien se queda jodida después, esa soy yo.

—Consigo el efecto contrario, Nuria —me quejo.

—Pues llama a Marcos, queda con él está noche, de paso que se traiga a un amigo y

olvídate del buenorro de tu jefe, que seguro que estará por ahí con otra ahora mismo.

Su comentario me termina molestando, porque seguro que tiene razón. Todos los tíos están cortados por el mismo patrón y lamentablemente, la mayoría de las tías también,

yo me incluyo.

Cada segundo que pasa noto como mi enfado va en aumento. Miro a mi amiga que me está hablando de algo, pero casi no le presto atención. Me imagino a Eric, en una de sus fiestas, con alguna chica o con su mujer, haciendo lo mismo que hemos estado en mi casa. ¡Joder! Pero, ¿por qué? ¿Por qué me molesta lo que él pueda estar haciendo? ¿Qué me pasa?

Nuria chasquea sus dedos y hace que la mire.

—Qué, ¿Qué pasa? —pregunto despistada.

—¡Toma! —me da mi móvil —llámale y dile que quedamos en… —se queda pensativa —en el barrio de las letras. —miro a mi amiga extrañada, no sé qué me está contando —que llames a Marcos —me dice.

—¿Estamos tontas? No pienso llamarlo —me niego en rotundo, más, encima después lo que pasó la última vez.

—¿Quieres olvidarte de tu jefe?

—No estoy pensando en mi jefe —miento.

—Noooo —ríe irónica —claro que no. Llama a Marcos, o sí lo prefieres, vamos a hacerle una visita a Julio, ¿te apetece?

Me la quedo mirando, la verdad es que no tengo muchas ganas de fiesta en este momento, Eric me ha dejado bastante satisfecha, pero no puedo admitírselo a mi amiga.

—Prefiero ir a ver a Julio.

Camino a nuestro local preferido, miro a Nuria que lleva un rato en silencio.

—Tengo que confesarte algo, Pau —gira su cabeza hacía mí.

—No te habrás liado tú con alguien de tu curro, ¿no? —me apresuro a preguntarle.

Mi amiga no habla, no me mira, no me hace ningún gesto y aprovecho para seguir hablando, comienzo a atar cabos.

—¿De ahí el estrés en el trabajo, el volver a fumar? —Creo que estoy dando de lleno en todo. No me lo puedo creer —¡Cuéntamelo todo hija de mala madre, ahora mismo!

—Me estoy tirando al hermano de mi jefe que es mi superior, desde hace una semana

—me confiesa.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que he descubierto que no soy a la única que se tira y… no sé. Me ha como

jodido ¿sabes?

—¿No haces tú lo mismo? —se queda en silencio —¿Te has pillado por él?

—No, de él no. Pero de su forma de follar sí —comienza a dramatizar echando la

cabeza hacia atrás y sonríe —tiene una polla igual de gorda que una botella. ¡Muy

fuerte!

Suelto una carcajada y las dos terminamos riendo. La entiendo más de lo que ella creé.

—Menos mal que Trini no nos está escuchando —volvemos a reírnos.

—Creo que es la mejor que ha salido parada. Siempre ha sido la más responsable —

asiento con la cabeza; es verdad, Trini ha sido la más sensata.

—¿Quién le iba a decir que terminaría con mi hermano, ¿eh? Aún me acuerdo cuando

se quedaba a dormir y se quedaba mirando la habitación desde la puerta y le mandaba

cartitas de amor —le cuento a Nuria que se parte el culo de la risa.

—¿Crees que nosotras terminaremos encontrando a alguien? —Mi amiga se vuelve

nostálgica. ¡Oh, oh, Houston, tenemos un problema!

—Mira. Nuria, No lo creo, Para mí todos los tíos son iguales, menos mis hermanos y mis sobrinos (eso espero) creo que nosotras no estamos hechas para encontrar a un tío

normal o decente y que encima sea bueno en la cama. No podemos tenerlo todo.

—¿Por qué crees eso? —tiene los ojos llorosos. Freno el coche en la calle donde se

encuentra el local y la miro, colocando mi mano en su hombro.

—Porque creo que no hay Dios que nos aguante —hago que se ría —somos extra bipolares la mayoría de los días, sin contar cuando nos baja nuestra amiga la roja —las dos estallamos a carcajadas.

—Gracias —dice mi amiga.

—¿Gracias? No me las des tonta, para eso estamos aquí —las dos nos fundimos en un abrazo.

—¿Vamos a ver a Julito? —Levanto las cejas divertida.

—Te importa si vamos a ver una peli —su respuesta me desconcierta. ¿Qué le pasa ahora?

—Solo si me cuentas que es lo que te pasa.

—No sé, ahora lo último que quiero es sexo. Me ha dado como un bajón —miro de nuevo a mi amiga, sacando la llave del contacto.

—Entramos un rato, sabes que el hecho de entrar no quiere decir que tengamos que tener sexo. Saludamos a Julio y nos vamos a ver una peli si te sigue apeteciendo. ¿Vale?

Mi amiga asiente con la cabeza y juntas, salimos del coche.

Cuando entramos en el local, todo está abarrotado. Un chico con la cola al aire, baila junto a una chica que también está desnuda.

—¿Sabías que hoy había una fiesta? —mi amiga niega con la cabeza y buscamos a Julio con la mirada. Está recogiendo los vasos que la gente va desperdigando por ahí.

El espectáculo termina y la gente comienza a disiparse por el local. Nuria y yo nos acomodamos en la barra. Julio nos prepara una copa a las dos y aprovechando que no hay mucha gente ahora, se permite salir unos minutos de la barra.

—¿Qué tal mis chicas? —nos pregunta a las dos.

Enseguida las dos olvidamos la conversación en el bar y nos reímos hablando con Julio.

—¿Os vais a quedar por aquí, o tenéis pensado marcharos?

Nuria me mira y yo la miro a ella.

—Hemos venido a verte, hoy…, no tenemos el cuerpo para fiesta —digo bebiendo de mi copa.

—¿Ah, no? —Julio se acerca, colocando su mano derecha en mi muslo izquierdo. Su

mirada es intensa y no puedo negar que me estoy excitando un poco.

—Está ya ha recibido lo suyo está tarde. Eric ha estado en su casa —salta Nuria haciendo que la mire con mala cara.

¡Ya le vale!

—¿No decías…? —empieza a preguntar.

—Sé lo que dije —me quejo terminando mi copa — y tranquilos, que no va a volver

a pasar. —Miro a Nuria. —¡Gracias, por el chivatazo!

Al cabo de un rato, Nuria, más animada decide dar una vuelta por el local, por si encuentra algo interesante. Yo no tengo ganas, decido quedarme en la barra, charlando

con Julio, hasta que, a las cuatro de la mañana, después de dejar a Nuria en su casa, me marcho yo a la mía.

Eric.

Salgo de casa después de darme una ducha y subo a mi coche. He quedado con Nacho

para comer y hablar de ciertos temas, en el restaurante dónde solemos reunirnos fuera

de casa.

No me sorprende encontrarme con mi hermana sentada al lado de mi hermano en la mesa. Desde la última vez que salió de mi despacho enfadada, no hemos vuelto hablar.

Por la forma que tiene de mirarme, deduzco que sigue molesta, pero yo lo estoy más por haberse metido en mis asuntos.

—¿Qué hace ella aquí? —miro a mi hermano con mala cara.

—¿Qué pasa? Creo que a mí me interesa saber qué información has sacado de la tontita esa que tienes como secretaria. —Contesta Susana.

Cojo aire, me quito la cazadora de cuero y me siento junto a Nacho.

—Ya te vale, creía que estabas de mi parte —le reprocho sirviéndome una copa de

vino.

—Y lo estoy, pero Susana se ha presentado sin avisar y he terminado contándoselo

todo.

—Dejaos de gilipolleces y dime que es lo que te ha dicho, ¿ha soltado prenda? —Le

lanzo una mirada.

—¿Qué vas a hacer, ir con el cuento a papá y a mamá? —pregunto sarcástico.

—No, creo que es mejor no decirles nada —su mirada se clava en la mesa y se pone seria —creo que no debí haberlo hecho, lo siento Eric.

Resoplo, mientras la miro e ignoro lo que acaba de decir. No me gusta que hable mal

de Paula.

¿Me estoy oyendo? ¿Desde cuándo a mí me importa eso? ¿No debería importarme, no?

—Se lleva mal con su padre —digo.

—No me lo creo, seguro que te ha dicho eso para que no sospeches —salta Susana.

—Yo creo que ha sido sincera —reto a mi hermana con la mirada.

Nacho nos mira a los dos.

—¿Se lo preguntaste después de habértela tirado?

—Mira Susana, para ser la mayor, me pareces la más estúpida. ¿De qué coño vas?

—Nacho sonríe y en ese momento llega el camarero para tomarnos nota.

Miro la carta por encima y pido algo ligero, no tengo mucha hambre.

—¿No te ha dicho el porqué de su mala relación con su padre? —Pregunta mi hermano después de que el camarero se marche.

—Solo que no tienen buena relación desde que ella era una niña, ni con ella, ni con

sus hermanos.

—Seguro que es igual de mentirosa que su padre —de nuevo Susana tiene algo que

decir.

—¿Por qué no te haces amiga de ella y le sacas tú la información que se supone que

cuestionas?

—Sabes perfectamente que yo no puedo fingir. Además, tú lo tienes más fácil —

sonríe con malicia.

—¿No te dijo nada más? ¿No te habló de su familia? —Nacho continúa con sus preguntas.

—No, Nacho. Casi me echa de su casa, tuve que enseñarle el email que me mandaste

cancelando la comida para que fuera creíble.

—Ya sabes entonces lo que tienes que hacer.

—¿Tengo que seguir viéndola? —pongo los ojos en blanco fingiendo algo de

desesperación. En realidad, me gusta la idea.

—Si prefieres que sea yo quien vaya a visitarla no hay problema —mi hermano se

ríe el muy desgraciado.

—No, tranquilo, pero creo que se terminará dando cuenta y las consecuencias no serán agradables.

—¿Tienes miedo a partirle el corazón? Ohhh —se burla mi hermana. —Ten cuidado

Eric, a ver si va a ser ella quien te lo termine partiendo a ti —puntualiza riéndose irónica.

La miro con mala cara y decido permanecer en silencio.

—Podrías ir a visitarla esta noche, ¿no? —mi hermano levanta las cejas divertido sin dejar de mirarme.

—Tengo planes, Nacho. ¿Crees que voy a parar mi vida, solo para sacarle información? —pregunto mirándolo fijamente.

Paula.

Mi madre se emociona y llora cuando mi hermano suelta la noticia. Miro a mi hermana

que también está a punto de llorar y yo siento que los ojos me escuecen al ver a mi mejor amiga y a mi hermano felices. Porque se merecen todo lo bueno que les pueda

pasar.

—¿Tita, tú vas a casarte alguna vez? —mi sobrino Iván me saca de mis pensamientos y por un momento me distrae, a punto estoy de soltarle una burrada.

Miro a la madre que lo parió que es mi hermana, ¿de dónde saca este enano de siete

años esa pregunta?

—No creo que la tita se case nunca. ¿Acaso quieres tener un tito?

—No —responde dándome un abrazo y echando a correr a seguir jugando con los

demás niños.

Si no fuera porque estoy a punto de cumplir los veintisiete y este bar está lleno de familias que traen a sus hijos a montarse a las colchonetas para que les dejen tranquilos, sin pensármelo, subiría en esa en la que Iván y Manu dan saltos sin parar.

¡Qué envidia!

A las doce de la noche, mis sobrinos están que se caen de sueño y cuando mi hermano

propone salir a tomarnos algo y al verles la cara a mi hermana y a mi madre, no puedo

evitar ofrecerme para quedarme con los niños. Mi hermana no sale mucho y mi madre

bueno… menos que ella y oye, si está animada. ¿Por qué no darle una alegría a su cuerpo?

Con ayuda de mi hermano subimos a Iván que se ha quedado dormido en el coche y lo lleva hasta mi habitación, donde Manu ya se está poniendo el pijama, medio dormido,

para meterse en la cama.

Trini sube con nosotros.

—¿Lo celebramos el siguiente finde nosotras? —me pregunta con una pequeña

sonrisa en los labios.

—Eso no lo dudes y el otro si quieres también. No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no. Adoro a tu madre y a tu hermana, y es muy bonito querer quedarte con los niños para que ellas disfruten.

Nos fundimos en un abrazo y cuando mi hermano se acerca a nosotras, también lo abrazo a él. Nadie se hace a la idea de lo que los quiero a los dos.

Veo la televisión tumbada en el sofá, tengo intención de dormir aquí. Pero no puedo evitar cada vez cierro los ojos, pensar en Eric. Hasta sonrío y todo, ¿Seré tonta? Mi móvil vibra detrás de mí. Un mensaje de Eric. Mi corazón se acelera.

Eric:

<Ya sé que es tarde. ¿Estás en casa?

Miro la hora, son las doce y treinta y cinco. ¿Qué hora son estas? Seguro que alguna le ha dado plantón.

Redacto varios mensajes, mandándolo a la mierda prácticamente, pero al final, decido

que lo mejor es no responderle. Qué se quede con la duda.

El domingo casi me vuelvo loca en casa con mis dos sobrinos; son unos cafres, unos

provocadores de migraña. No paran de pelearse por todo y lo único que me apetece es mandarlos con su madre y no verlos hasta dentro de tres días. Por suerte, a la hora de

comer mi madre viene a por ellos, con una bonita sonrisa en los labios y con los ojos

todavía pintados.

—¿Lo pasaste bien anoche mamá? —Choco mi hombro con el suyo —¿Ligaste

mucho?

—Ay, hija, yo no estoy para estos trotes; no valgo para estar tanto tiempo fuera de

casa.

—Eso son tonterías, si has podido con tres niños y puedes con dos nietos que no paran quietos, puedes aguantar bailando las noches que sean.

Pronto mis sobrinos le dicen que quieren ir a casa a jugar a la consola.

—¿Te vienes a comer? He hecho migas —me propone mi madre. Sabe que las migas

son uno de mis platos favoritos, una delicia, pero no puedo.

—No, gracias mamá. Tengo trabajo que hacer y no tengo mucha hambre, he

desayunado hace un rato —no miento cuando digo que he desayunado hace un rato, a

veces si puedo desayuno hasta dos veces, ¿qué pasa? Estoy en fase de crecimiento.

Cuando me quedo sola en casa no me lo puedo creer. ¡Dios, paz, paz, sí, señor! Recojo

un poco el piso por encima, y cuando me quiero dar cuenta, estoy releyendo el tonto mensaje que Eric me mandó anoche. Me tienta decirle algo, a ver si se anima a pasar

por aquí, pero la idea se me borra de la mente y termino dejando el móvil sobre la mesa.

Picoteo un poco por encima, mientras termino de redactar correos que mañana, ¡Madre

mía, mañana! tendré que enviar. El día pasa rápido y yo no puedo dejar de pensar en lo

mismo, en Eric.

Antes de que suene el despertador, tengo los ojos como platos y siento que el corazón

se me va a salir del pecho. Cualquiera que me conozca puede pensar que me pasa algo

grave porque hasta yo misma lo pienso.

A medida que el ascensor sube, me miro al espejo y comienzo a reírme como una autentica tonta. ¿Por qué me rio, estoy tonta o qué me pasa?

Las puertas se abren, voy a mi mesa. Me sorprende ver la puerta de su despacho cerrada. Miro mi reloj y compruebo que aún es pronto. Mientras tanto voy encendiendo

mi ordenador y dejo la agenda junto al teclado, la voy a necesitar. Cuando siento el ascensor, voy corriendo hacia la cocina y preparo su café.

Salgo, y veo que la puerta de su despacho sigue cerrada, con las piernas temblando, golpeo suavemente la puerta con mis nudillos. Nadie contesta, por un momento pienso

que no quiere verme. ¡Mierda! Al darme la vuelta Susana aparece y me mira con mala

cara.

—¿Necesitas algo? —pregunta de malas formas cruzándose de brazos.

Me la quedo mirando. ¿Tengo que darle explicaciones a esta mujer? Que yo sepa no es

mi jefa, no sé qué hace aquí.

—¿Necesitas algo, tú? —pregunto a punto de volver a la cocina.

Se queda en silencio, recorre mi cuerpo con su mirada, levanta la barbilla, toca la puerta del despacho de Eric y al ver que nadie responde, se marcha.

Tiro el café por el fregadero y vuelvo a mi mesa. Conforme va pasando el día, mi ánimo decae, me enfado, me siento mal por enfadarme y así, constantemente. No tengo

noticias de Eric, aunque… ¿Debería tener noticias suyas? Es decir… fuera del ámbito de trabajo no, pero ¿laboralmente hablando?

Concluye mi jornada y yo me siento igual o peor, porque no he dejado de preguntarme,

si tal vez no ha venido porque no quiere verme. A lo mejor ha cambiado de opinión y

se arrepiente de lo que ha pasado en mi casa. Puede pasar, ¿no? No siempre tenemos

que ser nosotras quienes nos arrepintamos.

Resoplo, comienzo a frustrarme. Mañana tenemos una reunión importante y antes de marcharme lo dejo todo preparado.

A las siete de la mañana del martes me miro al espejo por quinta vez, para asegurarme

de que el vestido que llevo puesto, de color negro y que me queda ajustado, no es demasiado llamativo. ¿O sí? Dejo mi pelo suelto, me maquillo un poco por encima. Y,

antes de salir, me aseguro que llevo todo lo que voy a necesitar para la reunión. Salgo por la puerta. Imagino que allí estará Eric, esperándome. ¡Qué nervios y qué incertidumbre! ¿Se comportará como lo ha estado haciendo todo este tiempo? No sé qué hago haciéndome este tipo de preguntas. Ains, idiota de mí.

Un coche negro con los cristales tintados y un hombre que espera fuera, al lado de la

puerta del copiloto, vestido de traje con unas gafas de sol oscuras, llama mi atención.

Accedo a mi planta. La mirada de Eric y un chico que está junto a él se cruzan con la

mía. De inmediato la aparto. Estoy algo nerviosa, hoy lo veo más guapo de lo normal,

no sé.

—Buenos días, señorita Carusso —Eric me saluda de forma cordial.

Por ahora todo bien, menos mal. Ya estaba preocupada.

—Buenos días, señor —hago lo mismo, como profesional que soy. Noto como los

dos hombres me miran, cojo todos los archivos que tenía preparados para la reunión de hoy y me giro hasta ellos.

—Este es Nacho, mi hermano —me presenta al chico que está con él.

En ese momento me doy cuenta de que se parecen mucho, tienen el mismo color de ojos, aunque su pelo sea mucho más oscuro que el de Eric y tal vez sea un poco más

bajo. Nuria debería conocerlo. Le doy la mano.

—Encantada, señor.

Eric.

Cruzo una mirada con Nacho, sonreímos en silencio. Los tres bajamos por el ascensor

y aprovecho que Paula está de espaldas para mirarla. Me imagino su cuerpo desnudo y

pienso en las cosas que hicimos el otro día y en las cosas que aún me gustarían seguir

haciendo con ella.

Vuelvo a mirar a mi hermano que está mirando lo mismo que yo. ¡Será cabrón!

Al salir del edificio nos dirigimos hacia el coche que nos espera fuera. Saludo a Javi, el chofer de mi padre. Con una mirada le digo a mi hermano que se siente en la parte de delante. Javi abre la puerta del coche, Paula accede y yo detrás. Sin poder evitarlo me fijo en sus piernas, en su trasero. Noto como mi polla comienza a despertarse ¡Joder!

Mi hermano me pilla mirando y me rio encogiéndome de hombros.

Hacemos el trayecto hasta el hotel donde se va a realizar la reunión, en silencio. Noto a Paula tensa, no sé si hablarle, preguntarle qué tal el fin de semana o yo que sé.

—¿Qué tal el fin de semana, señorita Carusso? —Pregunto al fin, con la intención de saber si estuvo o no estuvo en casa el sábado por la noche.

¡Huele de maravilla! Se gira, me mira…, le miro, pero pronto aparta la mirada y gira la cabeza hacia la ventanilla.

—Tranquilo —contesta encogiéndose de hombros.

Me acerco a ella, se remueve y noto como su respiración se acelera, volvemos a mirarnos.

—He pensado en ti —le susurro. Esa afirmación hace que sus ojos se claven en los

míos —siento haberte mandado un mensaje tan tarde y no haberte llamado ayer, pero estuve ocupado con unos asuntos familiares —miento. La verdad es que no estuve haciendo nada interesante, solo pensar en ella y leyendo informes sobre su padre que

Nacho se ha encargado de mandarme.

—No, no pasa nada. Yo siento no haberte respondido el mensaje que enviaste. —

Sonríe nerviosa y noto como comienza a ponerse colorada.

Cuarenta minutos más tarde, llegamos al Hotel Palacete que se encuentra en las afueras

de Madrid.

Bajamos del coche y accedemos al hotel. En recepción, una chica morena de largas piernas se acerca a mi hermano y a mí con una bonita sonrisa en los labios.

—¿Sois los señores Odman? —Mi hermano y yo asentimos con la cabeza. Ella nos estrecha la mano y sonríe enseñando sus dientes —Yo soy Sonia, secretaria general del señor Palacios.

—Esta es mi secretaria, la señorita Carusso…

—Paula —me corrige aclarándose la garganta y estrechándole la mano a la chica.

Los cuatro accedemos a un enorme salón, donde se encuentran varios ejecutivos: uno de ellos, mi padre, que habla con el director del hotel.

Pasamos por su lado y veo como se queda mirando a Paula con cierto recelo. Dejo a Paula que vaya preparando las cosas, mientras mi hermano y yo vamos a saludarle.

Mientras charlamos animadamente, llegan los abogados, miro a Paula de reojo cuando tengo oportunidad. Está tan concentrada mirando la pantalla de su ordenador que no me doy cuenta que dejo de escuchar lo que mi padre me está diciendo.

La reunión no tarda en comenzar y me siento a su lado. La miro y los dos compartimos una leve sonrisa.

Cuanto más la miro creo que más guapa me parece.

Escucho atento al señor Palacios hablar de los nuevos acontecimientos y cambios, hasta que por fin llega lo que me interesa: La oferta que tiene que hacerme. Aquí se realizará la gala benéfica y estoy muy interesado en ser uno de los socios más importantes de este hotel que ayudará a darle publicidad a la empresa y abrir más campos.

Paula.

La reunión es un auténtico coñazo, un rollo patatero y encima soy gilipollas a más no

poder. No dejo de ver como Eric tontea con la tal Sonia esa de las narices, como se mandan miraditas, sonrisitas. ¡Joder! «No he dejado de pensar en ti» me decía en el coche. ¿Será mentiroso? ¿Estoy celosa? No, no, no, celosa no. Pero conmigo esas cosas, no se hacen. Vale, sí, estoy celosa. Porque hasta el otro día que vino a mi casa, se ha estado comportando como un auténtico capullo y a sabiendas que a tíos como a él

los quiero lejos, me parece a mí que me estoy dando con un canto en los dientes.

Aprovecho el descanso que se han tomado antes de seguir para levantarme e ir al baño.

Necesito echarme agua en las muñecas, despejarme. Me refresco la cara, las manos y

me quedo un instante mirándome en el espejo. Cuando me dispongo a salir, la puerta no

se abre.

¡Genial! La maldita puerta se ha quedado atascada. ¡Joder! Empujo la puerta como puedo, no llevo ni móvil ni nada para poder comunicarme con el exterior. ¡Perfecto!

¿Todo me tiene que pasar a mí o qué?

Opto por darle una patada y al fin, se abre. Cuando salgo me cruzo con dos camareros

que me miran con cara de asombro, después uno de ellos inclina la cabeza, como si esperase que alguien saliera tras de mí.

—¿Podían arreglar esa maldita puerta?, voy a poner una queja —digo enfadada.

Angustiada, entro a la sala de reuniones. La reunión está a punto de comenzar y cuando

entro, todas las miradas van dirigidas a mí. ¡Qué bien! ¡Lo que me faltaba!

—¿Dónde ha estado señorita, Carusso? —pregunta Eric con el ceño fruncido en cuanto me siento. Nacho me está mirando.

Me inclino hacia él, sonrío de medio lado.

—¿Te miento o te digo la verdad? —Noto como sonríe, así me gusta, que se relaje,

así está mucho más guapo, aparenta menos edad y la cara se le ilumina.

—La verdad, siempre —me susurra mirándome a los ojos.

Silencio.

Sé que todo el mundo nos está mirando, sobre todo un señor de pelo blanco al que Eric

y Nacho fueron a saludar nada más entrar aquí. Ese hombre lleva casi toda la reunión

siguiéndome con la mirada y mirándome con mala cara.

—Me he quedado encerrada en el baño —le confieso haciendo que su sonrisa se ensanche más. Me gusta cuando sonríe. Pero… ¿me estoy oyendo?

La reunión comienza de nuevo, a punto todo lo que creo que es importante, vuelvo a mirar a Eric que veo como lanza varias miradas a Sonia, pero intento concentrarme en

mi trabajo y olvidarme de este tema. ¿Qué me esperaba?

Al medio día, la reunión queda aplazada para irnos a comer. Acompaño a Eric y a Nacho hacia la sala del restaurante, allí nos acompaña Sonia, el señor Palacios y ese

hombre que no deja de mirarme.

—Señorita Carusso, ¡venga! Quiero presentarle a alguien —me acerco a Eric que está acompañado de ese caballero —quiero presentarle a mi padre, el señor Fernando

Odman, fundador de Odman automoción —Eric sonríe.

Pongo la mejor de mis sonrisas y saludo a su padre, que coge mi mano y como si estuviéramos en los años en los que mi madre era joven, me la besa.

Avergonzada lo miro, su mirada atraviesa la mía, me incomoda.

Me siento frente a Eric, al lado de Sonia y Nacho. Odio este tipo de comidas, solo se

habla de negocios y lo que es peor, Eric está pasando de mí. Eso me molesta y no sé

por qué.

Como tranquila o eso pretendo; casi parece imposible.

Pronto volvemos a la reunión, en silencio me dirijo hacia mi mesa. Sonia se dirige hacia Eric, lleva una nota en la mano, se la entrega de forma disimulada, pero yo lo he visto. Sí, la curiosa que hay en mí, exige saber qué coño es lo que hay escrito.

Al cabo de una hora, la reunión termina. Parece que todo ha salido como esperaban, todos contentos, unos más que otros, claro. Recojo todas mis cosas y veo al padre de

Eric dirigirse a sus hijos. Los tres hablan, mientras espero impaciente a que mi ordenador se apague. Clavo mi mirada en Eric, veo como sigue con sus ojos a Sonia

que antes de salir por la puerta, se da la vuelta y le dedica una bonita sonrisa. ¡Joder, joder y joder!

¡Por fin! Mi ordenador se apaga. Recojo todo y me pongo en pie. Los cuatro salimos

del hotel, el señor Odman padre se despide de sus hijos, y, por último, algo más relajado se despide de mí.

—Ha sido un placer, señorita Carusso.

—El placer ha sido mío —miento.

Subo al coche que nos lleva hasta el edificio Odman. Hacemos todo el trayecto en silencio. Miro concentrada las vistas que me ofrece Madrid, que por más que las vea

siempre me sorprenden. Sobre todo, las cuatro torres, las torres más altas de todo Madrid.

Llegamos a nuestro destino, Nacho se dirige hacia su coche después de despedirse de su hermano y de mí con una bonita sonrisa; está claro que Nacho es mucho más simpático que Eric.

—¡Hasta mañana, señor Odman! —Me dirijo hacia mi coche deseando entrar en el.

—¿A dónde creé que va, señorita Carusso?

Me doy la vuelta con la boca abierta.

—Hombre, creo que mi jornada de trabajo ha finalizado —me mira serio, se acerca

hasta mí y yo permanezco quieta en mi sitio.

—Su jornada finaliza cuando yo lo diga, suba a mi despacho —me ordena.

Hago lo que me pide y algo molesta, subimos hasta su despacho. Dejo mis cosas sobre

la mesa. Entro detrás de él en su despacho y cierro la puerta.

—¿He hecho algo mal? —me atrevo a preguntarle mientras lo sigo con la mirada hasta que se apoya en su mesa, se cruza de brazos y se me queda mirando.

—Acérquese —me pide.

Como una idiota me acerco a él, su olor, su cercanía ya me están poniendo nerviosa.

No sé lo que me pasa. Alzo la mirada en cuanto quedo frente a él, me observa.

Encuentra la manera de clavar sus ojos en los míos. Me agarra de la cintura acercándome a él y me besa, nos besamos. ¡Oh, dios! Su boca, su lengua cálida y húmeda se enreda con la mía. ¿He dicho que me gusta cómo besa?

Sin decir nada, sus manos bajan hasta mis muslos y algo disimulado comienza a levantar mi vestido.

—Va usted muy provocativa con este vestido, señorita Carusso —muerde mi barbilla y me provoca un suave gemido.

—No sabía que se había dado cuenta de mi vestido, casi ni me ha mirado —le digo.

—¿Ahora le gusta que la mire, señorita Carusso? —pregunta con voz ronca.

—Sí —contesto casi fuera de mí.

—¿Y estás bragas? —de un tirón las hace suyas. ¡Joder, otra vez! Una de mis mejores bragas y me las arranca. Las coge, las mira, las huele y me lanza una mirada

provocativa.

—Me gusta su olor, señorita Carusso —¡Dios! Eso me pone y mucho.

—Y a mí me gustaban esas bragas —sonrío divertida, él también sonríe, pero

rápidamente esa sonrisa se le borra de la cara. ¿Qué pasa ahora?

Se aparta de mí. Respira fuerte.

—La veré mañana, señorita Carusso —no entiendo nada.

Eric, se dirige hacia la puerta, la abre y me invita a salir.

Suspiro de forma discreta y me tomo un segundo para analizar la situación.

¿Me está echando, en serio?

Lo miro confusa, él me mira serio, aún lleva las bragas en mi mano. Con todo mi orgullo se las quito.

—Son mis bragas, señor Odman —digo saliendo de su despacho.

Me dirijo de nuevo a mi mesa, cojo mi portátil, las carpetas y algo indignada bajo por

el ascensor hasta llegar a mi coche. Arranco y me marcho confusa, sintiéndome una estúpida. No llevo ni dos semanas currando para este gilipollas, me he acostado dos veces con él y me humilla de esta manera. ¿Pero soy yo peor que él, por qué me hago

esto?

Conduzco por la ciudad de Madrid sin rumbo, hasta que me doy cuenta de que un coche

me sigue. Por cada calle a la que accedo un coche negro vine detrás. Enfadada, me dirijo a casa de mi padre, seguro que él tiene algo que ver con ese maldito coche, no es la primera vez que hace algo parecido. Hace un par de años, puso un coche para tenerme controlada. Nerviosa, paro el coche frente a la casa de mi padre, veo como el

otro coche también lo hace, pero a varios metros detrás de mí. Salgo enfadada doy un

portazo y quemo el timbre.

—¿Sí? —pegunta mi padre por el telefonillo.

—Soy Paula. ¡Abre!

Empujo la puerta en cuanto escucho el sonido para abrirse y entro comprobando que el coche que me estaba siguiendo, sigue en su sitio. Mi padre sale a recibirme, tiene una sonrisa de satisfacción, pero está confundido si piensa que he venido a darle información.

—¡Vaya! ¿Has cambiado por fin de opinión, hija mía? Sabía que no tardarías mucho en venir.

Llego hasta él, lo miro con mala cara.

—¿Has puesto un coche para que me siga?

—¿De qué me estás hablando, Paula? Yo no te he puesto ningún coche, yo no necesito seguirte.

—¿Ah, no? Sé que eres capaz de hacer cualquier cosa. No es la primera vez.

—Deberías preocuparte más por la empresa en la que trabajas y no pensar tanto en mí.

—¿Me estás diciendo que mi jefe ha puesto un coche para que me siga?

—Te estoy diciendo que no te fíes, tu jefe no es tan bueno como parece.

—Eres mejor tú, ¿verdad? Mira papá… —comienzo a decirle. Pero entonces mi mirada se dirige a mi abuela, que ha salido a recibirme. ¡Joder, no me acordaba de ella, pobre!

—¡Hola, abuela!

Mi padre se da la vuelta en ese momento.

—Hija, ¿por qué no entras? Tu abuela está delicada, podrías pasar un rato y hacerle compañía —mi padre intenta coaccionarme.

—¿Acaso te crees que yo soy tonta? —le miro con mala cara —¿Qué vas a usar a la abuela para hacerme a mi sentir mal?

—¿Tan mala persona te crees que soy, Paula? Soy tu padre.

—Por eso mismo papá —digo acercándome a mi abuela para darle un abrazo.

—Abuela, ahora tengo que marcharme, prometo venir otro día y hacerte una visita,

¿sí? —le doy un beso en la mejilla.

—No te preocupes hija —me contesta mi abuela.

Salgo de casa de mi padre desconcertada, abrumada. Me subo a mi coche y comienzo a

llorar como una idiota. ¡Joder! Miro por el espejo retrovisor, el coche que me seguía

sigue aparcado, así que salgo del coche cabreada con un palo que guardo para momentos como este y me dirijo a paso veloz, hasta el. Pero antes de llegar, arranca y

se marcha sin que me dé tiempo a ver quién hay dentro. Ni siquiera he caído en apuntar

la maldita matrícula.

Una vez entro en mi coche y me pongo en marcha para llegar a casa, lo hago llorando

mientras escucho a Manolo García. Es la que uso para momentos como este, momentos

para llorar, los nostálgicos, últimamente estoy que no me reconozco. ¿Tendrá Eric la

culpa? No, está claro que soy yo la tonta y no él.

Sigo escuchando a Manolo García, mientras oigo sus canciones, me dan las tantas trabajando para avanzar. Quiero adelantarlo y dejar con la boca abierta a Eric. Que vea que soy más que unas putas bragas rotas. Me levanto y busco mi bolso. Saco mis bragas, las miro, y sin pensármelo, me dirijo a la cocina y las tiro a la basura. Después de comerme una manzana, me doy una ducha rápida y me meto en la cama. Estoy cansada y de tanto pensar, la cabeza comienza a dolerme.

Entro en un profundo sueño.

Camino descalza por la playa sola, tengo cinco años y busco a mi padre. Es de noche, hace frío y lo necesito, necesito encontrarlo.

—¿Dónde estás, papá? Necesito encontrarte.

Al fondo de la playa veo una luz, camino casi corriendo hasta ella, pero en cuanto

llego agotada a mi destino, allí no hay nadie. Oigo gemidos, risas que provienen del agua y a alguien que camina detrás de mí. Me giro asustada ¡Eric! ¿Qué hace Eric

aquí?

Me despierto sudando, agobiada, frenética, busco el interruptor de la lamparita y la enciendo. Respiro hondo e intento calmarme contando las respiraciones, uno… dos…

tres…

Eric.

Voy directo a darme una ducha, la necesito para empezar bien el día, aunque esa mujer

comienza a ser un estorbo improvisado en mi mente. ¡Maldita sea!

Al cabo de unos minutos, más relajado y con la mente despejada salgo, me envuelvo una toalla en la cintura y salgo a revisar mi agenda. Veo una llamada perdida de Valeria, mi exmujer, pero no la llamo.

Me visto, me echo mi colonia, la que solo fabrican para mí y salgo de casa, directo a la oficina. Hoy nos espera un día largo de trabajo y espero estar concentrado.

Llego antes de tiempo a la oficina, miro la mesa de la señorita Carusso, me quedo un

instante mirando su ordenada mesa y me dirijo hacia mi despacho. Dejo la puerta abierta para que cuando Carusso venga, sepa que ya estoy aquí.

Una hora más tarde, no he avanzado nada de lo que tenía pensado. Miro mi reloj después de veinte veces y por fin siento el timbre que suena en cuanto las puertas del

ascensor se abren.

Oigo los pasos de sus tacones, camina despacio hasta que siento un golpe.

—¡Joder, la leche que me han dado! —La oigo maldecir por lo bajo.

Es ella, sin duda. Inclino mi cabeza para mirarla, se acaba de dar un golpe, me rio. Ella se incorpora, deja sus cosas sobre la mesa, mira hacia la puerta, nuestras miradas se

encuentran.

Tiene

los

ojos

rojos

y

mala

cara.

¿Está

así

por

mi

culpa?

Cinco minutos más tarde, entra con el café ya preparado.

—¡Buenos días, señorita Carusso! —La saludo clavando mis ojos en ella. Ella hace

lo mismo, me saluda y deja con cuidado el café sobre la mesa. Unos segundos más tarde, se da la vuelta y se marcha.

La mañana pasa a toda velocidad, Paula es buena, competente, a primera hora de la mañana me ha dejado preparado todo lo de la reunión de ayer. Pienso en si invitarla o

no a comer, pero pronto esa idea se desvanece de mi cabeza de inmediato. Después de

lo mal que me porté ayer, es normal que me mande a la mierda directamente, me estoy

ganando las cosas a pulso. Esto se me va de las manos.

Mi teléfono suena. Es Nacho.

—Anoche fue a casa de su padre —me dice nada más descolgar.

—¿Y?

—¿Después de la reunión, va allí? A mí esto me huele mal.

—Puede que haya otro motivo.

—O que Susana y papá tengan razón y le esté dando información.

Mi respiración se acelera.

—No sé qué decirte Nacho, pero no creo que le haya dicho nada. No olvidemos que

es su padre.

—Es su padre, pero…, ¿no te dijo que tenían mala relación?

Silencio.

—Averiguare que es lo que pasa. No te preocupes.

—Eric —siento a mi hermano respirar —ten cuidado, y a ver si es ella la que te está

utilizando a ti.

Me rio.

—No te preocupes —cuelgo.

La observo mientras pienso como acercarme a ella de nuevo, que confíe en mí.

Paula.

Hoy voy a comer a una cafetería que hay por aquí cerca, no tengo ganas de permanecer en el edificio. Comer con tantos compañeros, me hace pensar que aún sigo trabajando y no quiero. Quiero desconectar y disfrutar de mi pequeño descanso, respirar tranquila, aunque solo sea por poco tiempo, si es que Eric me deja hacerlo, comienza a ocupar la mayoría de mis pensamientos y eso me molesta.

Pido un pincho de tortilla con un refresco y me lo tomo tranquilamente sentada en la mesa que suelo coger cuando está libre. Desde que he entrado a esta cafetería he notado que un chico que está sentado en la barra me mira de forma descarada. Evito mirarle, pero es casi imposible hacerlo. Todavía me levanto y lo mando a la misma mierda por descarado, no tengo ganas de tonterías.

Pasa la mano por su pelo negro y clava sus enormes ojos azules en los míos. Al cabo de un rato cuando estoy a punto de terminar de comer, lo veo sentarse en mi mesa, con todo el descaro del mundo. ¡Ea!

—Hola ¿Vienes mucho por aquí? —me pregunta en un atropellado acento español.

Deduzco enseguida que es extranjero, italiano, para ser exactos.

—Por lo que veo tú no…, ¿italiano? —le hablo en italiano y lo miro dudosa. Él sonríe.

—Sí. Estoy por un viaje de negocios y no conozco nada de Madrid… al verte he pensado…

—Hay muchos guías turísticos que estarían dispuestos a enseñarte Madrid —le corto haciendo que su sonrisa se ensanche. ¿Encima le hace gracia?

Me levanto de la mesa algo molesta ¿Esta es la forma que tienen los tíos hoy en día de ligar? Me dirijo hacia la barra, pago mi consumición y al ver que me queda poco tiempo para que concluya mi hora, me dirijo hacia el edificio casi corriendo. Subo al despacho, y me pongo con el trabajo. Estoy tan concentrada en mi trabajo, que no he oído llegar a Eric, ni a Susana que sale de su despacho, dedicándome una mirada.

Evito pensar más de la cuenta y sigo con el trabajo. Pero me imagino lo que ha podido pasar ahí dentro, y me enfado más y más, a medida que pasan los segundos. Tecleo en el ordenador. «Tengo que trabajar, no pensar» Me digo a mi misma intentando concentrarme. El teléfono

interno suena. Dudo si cogerlo o no. ¡Joder! Lo cojo porque

no me queda otra.

—¿Puede venir a mi despacho? —pregunta Eric serio.

Hago lo que me pide y me planto frente a él.

—¿Qué haces esta noche? —Eric se levanta de su asiento.

—¿Me pregunta de forma personal o profesional, señor Odman?

Se ríe apoyando su fibroso cuerpo a la mesa, cruzándose de pies y brazos. Como me

gusta esa pose, por favor. Respiro hondo y doy un paso hacia atrás, no estoy dispuesta

a que se repita lo mismo que ayer; no, lo tengo claro. Lo tengo claro, ¿no? Dudo de mi

misma.

—De forma personal. ¿Te gustaría salir a cenar conmigo esta noche?

Asombrada, lo miro.

—Lo siento, pero no, no puedo, tengo planes.

—¿Con quién si puede saberse?

Me rio.

—No, no puede saberse, es algo personal e íntimo, lo siento. Si no me quiere para

nada más, vuelvo a mi trabajo.

Salgo de su despacho dejándolo sin habla. ¡Que se joda! ¿Qué coño se piensa?

A las seis y media termino mi jornada. Voy directa a ver a mi madre, necesito estar con ella y no pensar en otra cosa que no sea Eric y en lo que ha pasado entre nosotros.

Justo al llegar a casa de mi madre, la puerta se abre y la veo salir con los niños.

—¿A dónde vas? —le pregunto abrazando a mis sobrinos.

—Al parque, que se cansen un poco porque en casa no paran —me rio y revuelvo el

pelo de Manu que sonríe.

Voy con ellos al parque, compro unas pipas y una lata de Coca-Cola y sentadas en el

banco mi madre y yo charlamos mientras vemos a mis sobrinos jugar a lo que ellos llaman, fútbol. El

mayor juega bien, pero el pequeño…, el pequeño piensa que las espinillas forman parte del balón. ¡La madre que lo parió!, la cantidad de patadas que

está repartiendo y como es normal, el mayor se queja.

Mi madre lleva rato callada. Me resulta raro, normalmente habla por los codos.

—¿Todo bien, mamá? —la miro extrañada fijándome en el gesto de nerviosismo que

me lanza con la mirada, en cómo entrelaza los dedos de sus manos.

—Sí, hija, no es nada. ¿Sabes que tu abuela está aquí?

Me tomo una pausa para tragar saliva.

—Sí, fui a ver a papá…

—¿Para qué, Paula? ¿Qué le has dicho? —mi madre se gira nerviosa hacia mí.

—¿Qué le voy a decir, mamá? Nada. Lo que tengáis entre vosotros, aunque no me

parezca bien y crea que se está riendo en tu cara, pues bueno, es vuestro. Fui a verle porque no me cogía el teléfono y me encontré con ella.

—¿Qué te dijo, te reconoció?

—Sí y preguntó por mis hermanos y los niños.

Mi madre se frota la cara y me mira de nuevo.

—¿Nada más, Paula? ¿Sabes porque están aquí?

Miro a mi madre dudosa.

—¿Qué es lo que quieres que me diga? No sé…, estuvimos hablando un poco de todos estos años, nada más. Me fui rápido.

—¿Y tu padre? ¿Te dijo algo?

—¿Tienes algo que decirme que él no me haya dicho, mamá?

Mi madre se toma una pausa, respira, me mira y opta por quedarse en silencio.

Así es mi madre, lo mismo te lo suelta todo de golpe, que no te dice nada y es peor que si te lo dijera. No hay quien la entienda.

—¿Tengo que ir a casa de papá y que me lo cuente él? —insisto.

—No, hija, aunque él debería ser quien te lo cuente y no yo, sin estar segura.

Vale, ahora soy yo quien se pone nerviosa.

—Ya me estas contando lo que sea que me quieras contar ahora mismo. No me hagas

lo de siempre, mamá, por favor… —lloriqueo quejándome.

Las dos escuchamos a Iván llorar y no tardamos en levantarnos. Se ha caído y se ha hecho una herida en la rodilla. Decidimos irnos a casa y me quedo con las ganas de saber a qué es lo que se refería mi madre, pero como están los niños delante no puedo

sonsacarla ni presionarla para que suelte prenda.

Veo a mi madre más angustiada de lo normal y en la cocina, me extraña encontrar medicamentos que la ayudan a dormir. Me preocupa. Mi madre nunca ha tenido que necesitar este tipo de sustancias, ella siempre encuentra remedios para todo, menos para los suyos, está claro. Ayudo a mi madre con los niños, y cuando me marcho a casa, no tardo en llamar a mi hermana, a pesar de que por la hora que es, casi las diez de la noche, sigue en el trabajo, desde las ocho que suele salir de casa.

—¿Ha pasado algo? ¿Mamá y los niños están bien? —pregunta preocupada.

—Sí, tranquila. ¿Puedes hablar?

—Sí, ahora mismo estaba recogiendo unas cosas. Dime.

—¿Sabes que, mamá está tomando medicación, para dormir?

—Sí, ¿por?

Me quedo un segundo en silencio.

—¿Y puede saberse por qué? ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes, son flojas, es solo para dormir. Lleva unos días que no duerme

bien, me la encuentro a las tantas, sentada en la cocina y le aconsejé que fuera al médico.

—¿Entonces no debo preocuparme?

—Claro que no, tonta. Si pasara algo sabes que te lo diría. Te lo cuento todo, ¿no? —

Menuda falsa está hecha.

—Todo, todo, no.

—¿Quién te ha dicho a ti que no? —Carlota se ríe.

—No me contaste que fuiste a casa de papá antes de venirte aquí —le suelto de golpe. Al ver que mi hermana no contesta, continúo hablando —pero no te preocupes,

ya se ha encargado él de decírmelo.

Silencio.

—No te dije nada porque no quería que te enfadaras conmigo, Paula. Solo por eso.

—Sabes que yo no me voy a enfadar contigo porque vayas a pedir ayuda a papá.

Siempre terminamos yendo a él. Es el único que puede ayudarnos en temas

económicos, aunque después no lo haga —termino diciendo.

—Yo no sabía a dónde ir y… no quería preocuparos a vosotras.

—Carlota, cielo, no tienes que darme explicaciones. Si me pongo a pensar en lo que

tuviste que pasar para venirte aquí con los niños, sin nosotros tener ni idea, te juro que voy a casa de tu ex y le meto yo misma una paliza.

Nos reímos sin ganas.

—Mejor dejas las cosas así, el por su lado y yo…, gracias a Dios, por el mío. Me

pongo triste y sé que ella también. Al cabo de unos minutos, me despido de ella y cuelgo.

Pensativa me siento en el sofá, ni siquiera se en lo que estoy pensando, pero Eric, Eric está entre mis pensamientos. Me levanto y me voy a la cocina a prepararme algo para

cenar, aunque como casi todas las noches, últimamente, no tengo mucha hambre.

Al sentarme de nuevo en el sofá, mi móvil vibra debajo de mi culo. He recibido un mensaje de Marcos.

>¿Nos vemos el sábado en la cena?

No tardo en contestarle.

<¿Qué cena?

Tal vez lo que necesite para desconectar de Eric sea seguir con mi vida como lo estaba

haciendo antes de conocerle.

>Tu hermano organiza una cena este sábado. ¿Te veré?

<No me ha dicho nada, pero sí, seguro.

>Tengo ganas de verte, Paula.

Pensativa, miro la pantalla de mi móvil. Le escribo.

<¿Tienes algo que hacer ahora?

No tarda en contestar.

>¿Quieres que nos veamos?

Respiro hondo y dejo que los pensamientos me golpeen. Eric, como no. Enseguida me arrepiento de haberle preguntado a Marcos.

<Nos vemos el sábado, Marcos.

Apago el móvil y me acurruco en el sofá.

15

Pronto llega el sábado. Solo de pensar que no voy a ver ni hoy ni mañana a Eric me entra un gusto en el cuerpo que no me lo creo. Es como si descansara, ni dormir tranquila puedo. Sueño con él.

Decido quedarme un rato en la cama, disfrutando de lo calentita que se está en ella, cuando la llamada de Trini, avisándome que viene para sacarme a desayunar junto a mi

hermano, me hacen levantarme.

Me fundo en un abrazo con mi hermano y Trini en cuanto los veo.

—Esta noche vamos a dar una cena con unos amigos, hay muchos que no saben la noticia y nos gustaría que estuvieras con nosotros —habla mi hermano mientras Trini lo

mira con cara de enamorada. ¡Vaya dos! Ahora incluso viéndolos así, tan

compenetrados, me parece hasta bonito. Los miro a los dos con cara de boba en cuanto

se dan un tierno beso.

Pienso en Eric. ¡Joder! En sus besos ¿Qué me pasa?

—¿Te vienes entonces?

—Claro, no me lo perdería por nada del mundo —contesto con una sonrisa.

Desayunamos tranquilamente y vamos a casa de mi madre a hacerles una visita.

Terminamos pidiendo pizzas para comer y en familia pasamos la tarde.

Ya en casa, mientras me preparo para la cena. Llaman a la puerta. Abro y deduciendo

que es mi hermano que ha subido a buscarme como dijo que lo haría, corro hasta mi

habitación.

—Dame un minuto que me vista —grito desde la habitación a tiempo que me pongo

el vestido. Me miro en el espejo. ¡Perfecto! Me gusta cómo me queda, tiene un escote

en V bastante sugerente. Cómo me gustaría que Eric. ¡Joder! Me encantaría que me viera y se quedara con las ganas de tocarme.

Descalza, me encamino hacia el salón.

—Siento el retraso, Sergio, pero prometo que no voy a tardar nada —digo llegando al salón y quedándome de piedra cuando veo a Eric allí.

Me lo quedo mirando sin saber qué decir.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Quién te ha abierto?

—Me has abierto tú y has salido corriendo hacia la habitación —me contesta con su

perfecta sonrisa que comienza a sentarme mal.

El modo informal con que viste llama mi atención y no puedo evitar quedarme mirando

como una boba. Está guapísimo. Se me seca la boca.

—Pasaba por aquí…

—Y has pensado en mí, ¿no? —termino yo la frase por él, mientras él asiente y sonríe. Sus ojos recorren mi cuerpo. Se me acelera el corazón y noto como me voy poniendo nerviosa. ¡Mierda!

—¿Has quedado?

—Sí —me cruzo de brazos delante de él sin dejar de mirarle.

Me siento diminuta sin tacones Eric me saca una cabeza y media. Me acerco al sofá donde tengo los tacones preparados y me los pongo. Por fin estamos a la misma altura,

ahora me siento algo más relajada. Eric dirige su mirada hacia la mesa que está toda

llena de documentos y el ordenador abierto.

—¿Trabajas los fines de semana?

—Sí. No me gusta dejar las cosas a medias y empezar algo que sé que no voy a poder a acabar —eso último lo digo con segundas y él lo pilla a la primera.

Sé sus intenciones y por mucho que mi cuerpo comience a llevarme la contraria, mantengo las distancias.

—¿A qué se debe su visita, señor Odman?

En ese momento el timbre suena. Abro de mala gana y me encuentro con Sergio, nada

más abrir la puerta pasa. ¡Mierda!

—¿Estás ya lista o te queda un rato?… —se queda en silencio en cuanto entra al salón.

Eric.

El chico, que imagino que es su hermano, se para en seco en cuanto me ve.

—¡Hola! Soy Eric, tú…

—Yo soy Sergio, hermano mayor de Paula —me corta en seco, parece que no le hace mucha gracia encontrarme aquí.

Paula entra en el salón nerviosa, mirándonos a los dos.

—Este es Eric, mi jefe —explica peinándose el pelo con las manos.

—¿Lo traes a la cena? —Su hermano se gira hacia ella que me mira inquieta, después mira a su hermano de nuevo.

—No, no, ya se iba, ¿verdad Eric… —se aclara la garganta —señor Odman? —se

corrige.

Su hermano se gira hacia mí, sonríe de medio lado algo más relajado.

—Vamos a celebrar mi compromiso y vamos a dar una cena con unos amigos, estás

invitado, por si quieres unirte.

Voy a contestar cuando Paula me interrumpe.

—Te he dicho que ya se iba, Sergio —me mira nerviosa.

—Por mí, encantado, no tengo nada que hacer ahora.

Veo a Paula que me mira con la boca abierta al mismo tiempo que achina los ojos, su

hermano la observa y ella cambia rápidamente la cara. Me rio de nuevo.

—¿Os venís en mi coche o…?

—Tranquilo, iremos en el mío —contesto a Sergio que se da la vuelta para salir.

En cuanto Sergio sale por la puerta, Paula con los ojos salidos, con la cara roja como

un tomate y apuntándome con el dedo, se dirige hacia mí.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Quieres poner mi mundo patas arriba?

—Si no quieres que vaya solo tienes que decírmelo —me acerco a ella quedándome

a unos escasos centímetros de su boca.

No responde, noto lo nerviosa que la pongo, me gusta esta sensación de poder —

¿quieres que vaya o no? —vuelvo a preguntarle.

—Ahora ya no se le puede decir a mi hermano que no —se aparta y se frota la cara

con las manos.

—Voy a terminar de arreglarme —me dice saliendo del salón.

Estoy incumpliendo varias reglas, las mismas que yo siempre me he impartido, pero se

supone que todo es por una buena causa, ¿no? ¡Mierda, joder! Yo ya no sé nada.

Regla número uno: Nada de sexo en el trabajo, con nadie y menos si trabaja en mi propia empresa y es mi secretaria.

Regla numero dos: Nada de hacer el gilipollas, ni de ir detrás de nadie. Esta regla me

la estoy pasando por el arco de triunfo, pero bien.

Unos minutos más tarde, Paula sale de su escondite. Poco maquillada como a mí me gusta y oliendo de maravilla.

—Ya nos podemos ir —me dice cogiendo su bolso.

Salimos por la puerta. Mantenemos las distancias, yo por mi parte y ella por la suya.

Llegamos hasta mi coche y subimos. Le pido la dirección del restaurante, lo marco en

el GPS y hacemos el trayecto en silencio hasta que llegamos.

En la puerta, su hermano nos espera acompañado de una chica con el pelo corto que sonríe a Paula en cuanto baja del coche y se acerca a ella para darle un abrazo.

—Esta es Trini, mi mejor amiga y cuñada —me la presenta.

Le doy dos besos y saludo a Sergio de nuevo dándole un apretón de manos y entramos,

hacia unas mesas.

Veo a Paula nerviosa, saluda a todos y cada uno de los presentes y como puede, me los

va presentando. Pero solo un chico llama mi atención, por la forma que tiene de mirarla. Se llama Marcos y no le quita los ojos de encima, el saludo ha sido seco, así

que deduzco que él es el único novio que tuvo, el que sale en el informe.

Nos sentamos en la mesa, y una vez que los camareros nos piden nota, Sergio y Trini

dan la noticia de que se van a casar. Me alegro por ellos, aunque no los conozca. Una

boda es bienvenida siempre y cuando haya amor, y estos dos, la verdad hay que decirlo, irradian amor en cuanto te acercas a ellos.

Miro a Paula que emocionada aplaude mirando a su hermano y a su cuñada Trini. La

observo durante unos segundos, está guapa, tan relajada, tan natural, tan tierna, hasta que me mira, y su mirada se endurece, pero, aun así, me sigue pareciendo interesante y

preciosa.

—¿No estás cómoda conmigo al lado? —me atrevo a preguntarle.

Sonríe con una media sonrisa.

—No es eso —se encoje de hombros fijando la vista en su plato, unos huevos rotos

que se ha pedido como buena madrileña que es.

—¿Entonces qué es? No pareces cómoda, ¿te he estropeado alguna cita? El tal Marcos no deja de mirarte.

Paula me mira asombrada y suelta una carcajada haciendo que toda la mesa con todos

los invitados, menos un asiento que está vacío nos mire.

—Pues mira tú por donde, pero sí. Había quedado con él para pasar una noche salvaje. —Se acerca a mí y me habla bajo, solo para que yo le oiga.

Me revuelvo incomodo en mi asiento, no puedo negar que eso me ha molestado y lo que es peor, que ella se ha dado cuenta. Pero si lo que quiere es jugar… juguemos los

dos que será más divertido.

—¿Y puede unirse alguien más a esa noche salvaje? —mi pregunta la descoloca —

cierra la boca Paula, que van a entrarte moscas. O… ¿Es que nunca has hecho un trío?

—espero que me diga que no, porque no podré soportar imaginar como dos tíos la han

magreado.

—¿Quieres que te mienta… o qué te diga la verdad, Eric? —bebe de su vaso

mientras me mira pensativa. Sonrío de mala gana —Nunca he tenido un trío con nadie,

no me gusta compartir, ni que me compartan, pero… —se ríe —siempre puede haber

una primera vez para todo ¿no? —La miro fijamente a los ojos, mientras me voy acercando lentamente a

ella —o… podrías pasar del bobo ese y quedarte está noche conmigo. Seguro que puedo darte lo que él nunca podrá darte —mi comentario le hace

gracia y suelta varias carcajadas.

—Te lo tienes muy creído, ¿verdad, Eric? ¿Te crees que eres el puto amo?

—Yo no me lo creo, lo soy, que es diferente.

—¡Ya! —Chasquea sus labios inclinando los codos sobre la mesa —creo que… —

mira hacia el frente —tú y yo… no compenetramos lo suficiente Eric. No voy a hacer

que pierdas el tiempo conmigo. Mereces a una mujer mejor, ¿no te parece?

—¿De qué hablas Paula?

Se gira para mirarme con mala cara.

—Una que tenga claro lo que significa... Que la humilles dos putas veces. Yo tengo claro quién soy y lo que quiero, y tu forma de hacer las cosas conmigo no me van.

Miro a Marcos que habla con una chica que acaba de llegar. Nuestras miradas se cruzan, sonríe y mira a Paula que se levanta. Miro como se acerca a ella, se funden en

un abrazo y se le acerca.

—Eric, esta es Nuria, otra de mis mejores amigas, aparte de Trini.

Le doy dos besos a la chica que enseguida se acerca a decirle algo a Paula al oído que

la hace sonreír.

Se sienta finalmente y entre charlas, cenamos tranquilamente mientras todo el mundo le

hace preguntas a la pareja. «¿Qué fecha habéis pensado? ¿Dónde va a ser? ¿Juzgado o

iglesia? ¿Estás embarazada?»

Terminamos la cena y nos vamos a dar una vuelta por los garitos de la zona, proponiendo uno al que antes solía ir, cuando era más joven. «HouseBlack»

Paula se queda atrás con su amiga Nuria y Trini mientras charlan, no quiero interrumpir así que termino hablando con Sergio, que también habla con Marcos.

—¿Estáis saliendo Paula y tú? —me pregunta descarado Marcos, haciendo que

Sergio me mire con interés.

—Nada serio, nos estamos conociendo —¿En serio he dicho yo eso?

Llegamos al local, hay bastante gente esperando y hago una llamada al dueño que es amigo mío. No sé si lo estoy haciendo por mí o para impresionar a Paula, pero consigo que nos lleven hasta una zona Vip.

Nada más subir, Paula me coge del brazo, llevándome a un sitio apartado.

—¿Por… por qué haces esto? Esto debe costarte una pasta y…

—No te preocupes Paula, en serio, tu hermano me ha invitado a la cena sin conocerme de nada, es lo menos que podía hacer, ¿no? —le regalo la mejor de mis sonrisas.

Pedimos varias botellas y con una copa, brindamos por la pareja. Después de hacer los

brindis, la mayoría bajan a la pista a bailar, entre ellas Paula. Por un momento pensé

que se quedaría a mi lado, a mí no me gusta bailar. Pero al ver como se ha marchado,

debo reconocer que me he quedado un poco decepcionado. ¿Celoso tal vez al ver como

se ha ido junto a Marcos? No. Con él no tiene nada que hacer, ¿o tal vez sí? Fueron novios, ¿no? Desde mi asiento veo como baila, la observo. Habla con Nuria, hasta que

Marcos la sorprende por detrás diciéndole algo al oído. Ella se da la vuelta, y se funden en un abrazo.

¡Joder! Comienzan a bailar juntos y no me hace gracia. Me levanto acercándome a la

barandilla, dónde con descaro los miro, esperando a que ella se dé cuenta. Unos minutos más tarde, Nuria está a mi lado.

—Si no haces nada, ese de ahí, te quitará a tu chica —me dice mirando lo mismo

que yo.

—Paula no es mi chica —respondo sin mirarla, molesto.

—¿Entonces qué es? —me mira alzando las cejas.

—Solo nos estamos conociendo.

—Ya…, por eso estás aquí, ¿no? De paso…, conociendo a los amigos. ¿Qué será la

próximo? ¿Vendrás a la boda? —La miro sin saber que contestarle.

—¿Desde cuándo conoces a Paula? —pregunto interesado.

—Paula es como la hermana que nunca tuve. Así que espero que no termines

rompiéndole el corazón, porque ese de ahí —señala a Marcos que la agarra ahora de las manos —se lo ha roto varias veces. No sé si aguantará otra.

—¿Qué me quieres decir? ¿Qué le gusto?

Silencio.

—Creo que tú eres muy listo, ella no lo va a admitir, pero la conozco, así que ve a por ella —me da varias palmadas en el hombro y se marcha, quedando yo como un auténtico imbécil.

Bajo hasta la pista, Paula y yo nos miramos, bebo serio de mi copa y espero a ver su reacción. No tarda en acercarse a mí dejando a Marcos que cruza una mirada conmigo.

—Pensé que no bajarías —me dice algo perjudicada. Se ríe.

—Creo que has bebido bastante, señorita —le quito la copa que agarra con la mano.

—Nunca es bastante —baila de forma sensual, y lo está haciendo para mí. ¡Joder!

—¿No bailabas para él?

Suelta varias carcajadas mientras la cojo para que no caiga hacia atrás.

—Creo que aquí hay alguien celoso —canturrea, intentando hacerme bailar al compás de sus movimientos.

—Paula, esta música no me gusta, no la pienso bailar —le digo al oído, inhalando su olor.

—¡No seas tan aburrido, señor Odman! —Me quita la copa de las manos y se bebe lo que queda de un trago.

—¿Crees que soy un aburrido, señorita Carusso? —me acerco a su oreja.

—Aburrido no, lo siguiente. Eres un plasta siempre con cara de serio, mirando a todo el mundo como si le estuvieras perdonando la vida —su comentario me hace gracia y termino riendo.

—Me gusta verte sonreír, señor Odman —roza sus labios en mi oreja, poniéndome la piel de gallina.

La aparto un poco y me la quedo mirando.

—¿Quieres que te lleve a casa? —La agarro de los hombros.

—Prefiero que me lleves a un sitio mejor —me planta un beso, dejándome sin aire en los pulmones.

Nos besamos. Me aparto un instante.

—¿Adónde quieres que te lleve? —Solo tienes que pedirlo.

Sonríe, a mí también me gusta verla sonreír.

—Quiero que me lleves a una de tus fiestas y me folles atada como hiciste aquella

noche.

—¿Lo pasaste bien? —Me estoy poniendo cachondo.

—Mucho. Creo que nunca lo he pasado mejor.

Me rio.

—Eso también lo podemos hacer en tu casa, ¿quieres? —muerdo sus labios,

apretando mi cuerpo con el suyo.

—Vámonos —la beso con lengua, despacio, agarrando su cara.

Noto como las miradas de la gente que nos acompaña se fijan en nosotros.

Nos despedimos de sus amigas y de su hermano y nos marchamos hasta su casa.

El recorrido hasta su casa se me hace eterno, no ha dejado de besar mi cuello, de meterme mano y de recordarme lo bien que lo pasó en la fiesta y el otro día en su casa.

Yo también lo pasé bien, no puedo negarlo.

—¿Qué tienes que me vuelve loco, Paula? —pregunto haciendo que se ría. Toca mi

entrepierna, agarrando el bulto que se ha formado, por encima de mis pantalones. —

No sigas o no podré aguantar hasta tu casa.

—Pues hagámoslo aquí mismo —vuelve a reírse.

Pero a mí la sonrisa se me borra de la cara. No está bien esto, no está bien lo que estoy haciendo. ¡Joder! Estas cosas no van conmigo. Amaso su pelo.

—¿Crees que es buena idea todo esto Paula? —pregunto esperando a que ella tenga

las respuestas.

—¿A qué te refieres, Eric? ¿Vas a volver a dejarme así? ¿Vas a hacerme sentir otra vez como una tonta?

—No pretendo que te sientas así, pero estás bastante perjudicada, no sé si mañana.

—Mañana me da igual, hoy es hoy y ahora es ahora.

Me lanzo a sus labios.

Subimos al ascensor entre besos hasta que llegamos a la puerta de su casa. Entre risas

intenta atinar con la cerradura, pero está tan nerviosa que tarda en abrir. Yo no la estoy ayudando mucho, la verdad, mis manos suben su vestido.

Por fin accedemos. De un puntapié cierra la puerta y se tira a mis brazos. La levanto

apretando su trasero. ¡Dios como me pone está mujer!

—Hazme lo que quieras —jadea desabrochándome la camisa.

—Lo que quiero hacer contigo, a lo mejor no te gusta.

—Prueba a ver, Eric.

Saca su lengua y la pasa por mis labios. ¡Esta mujer me va a matar como siga así!

Desabrocha los botones de mi camisa despacio. Tengo la polla tan dura que me va a reventar los calzoncillos.

—¿Estás segura? —Vuelvo a preguntarle.

—Te estoy diciendo que me hagas lo que quieras.

Termina de desabrocharme la camisa, besa mi tatuaje y se desnuda para mí, dejando caer su vestido al suelo.

—¿Qué te gustaría hacerme primero?

—Me encantaría darte lo que mereces —chupo su labio —ponerte el culo rojo,

como un tomate —su sonrisa se borra de inmediato.

—¿Merezco que me pegues? —Pregunta despacio.

La cojo de la cintura empujándola hacia mí.

—Poner tu piel roja mientras te follo salvajemente no es pegarte Paula —nuestras

respiraciones están aceleradas.

—Yo quiero placer, Eric —sus ojos se desvían a mis labios.

—Voy a darte todo el placer que me pidas, pero déjame dártelo a mi manera. Quiero

que te entregues a mí, Paula —pego mi frente a la suya.

Ella asiente despacio con la cabeza sin abrir la boca, está dudosa.

—Menos mal que he bebido, porque no dejaría que me tocaras —ríe de nuevo —no

te lo mereces por cabrón.

—¿Por cabrón? —me rio mientras observo cómo me desnuda.

—Eres un cabronazo y lo sabes. No me gusta que me trates como lo has estado haciendo, no soy un juguete —me confiesa.

—Jamás te haría sentir así, Paula. Lo siento si en algún momento yo…

—No te hagas el inocente, seguro es así como funcionas realmente.

—No, yo no funciono así.

—Entonces no sé si debo sentirme complacida o no.

—Debes sentirte complacida, señorita Carusso —digo con la voz ronca —porque

cada vez que te veo, el morbo me puede, y las ganas de follarte también.

Un gemido involuntario sale de su garganta. Coloco mi mano en su nuca enredándome

con su pelo y la empujo hacia mí para besarla.

Paula.

No sé si será su voz, o la forma que tiene de mirarme, pero estoy dispuesta a todo esta noche.

Me queman sus labios, sus besos. ¡Madre mía! Me aparto para besar su pecho. Bajo mis manos hasta su entrepierna y rodeo su pene con mis dedos. La tiene gorda el cabrón.

—Tienes el poder, Paula —me dice haciendo que suelte una carcajada —muevo mi

mano lentamente empapándome de su liquido preseminal. Hacer esto me pone muy guarra.

—Vayamos hasta el sofá, Paula, allí estarás más cómoda —me pide.

—Prefiero la cama, sino te importa, allí es más íntimo ¿no te parece? —Eric me mira algo incómodo. Habré bebido, pero no soy tonta y me doy cuenta de las cosas.

Le agarro de la mano y desnudos, llegamos hasta mi habitación. Nos besamos y Eric me tumba despacio en la cama. Me gusta la delicadeza que tiene al tocarme.

—Prométeme que no te enfadarás conmigo, Paula.

—Prometo no enfadarme contigo, Eric —le digo como una idiota.

Eric me da la vuelta y me pide que coloque las manos en la pared. Hago todo lo que

me pide. Separo mis piernas y siento sus manos pasear por el interior de mis muslos,

llegando hasta mi húmedo sexo. Su respiración es fuerte, jadea.

—No sé si voy a poder aguantar las ganas que tengo de follarte —me dice al oído,

haciendo que me encoja.

—¿Me prometes que no te vas a mover? —pellizca el pezón de mi pecho derecho.

—Lo prometo —estoy ansiosa por saber lo que tiene pensado para mí.

—¿Y qué no vas a chillar? —Muerde mi cuello.

—Eso no puedo prometértelo —me entra la risa floja.

Su mano impacta en mi trasero y un sonido seco, acompañado de un picor insoportable

me hace gritar.

—Me has prometido que no ibas a chillar —muerde mi oreja y me quejo.

—No, eso no te lo he prometido. Pero tú me has dicho que me darías placer, y lo

que he sentido no ha sido especialmente eso —me doy la vuelta, frotando mi trasero.

—Tienes que pagar lo celoso que me has puesto —lo miro atónita. ¿Yo le he puesto

celoso? ¿A él? ¿Pero estamos tontos?

—¿Me ves a mi pegándote puñetazos, cada vez que me haces sentir mal por la forma

que tienes de hablarme?

No me responde. Su mano de nuevo impacta sobre mi trasero y seguidamente su boca

también, dándome pequeños besos que, de cierta manera, sedan la zona que me ha golpeado, por así decirlo. Sube por mi espalda, por mi costado, por mi cuello, hasta llegar a mi boca. Tengo la piel de gallina. De nuevo otro impacto, pero este no es tan

doloroso como los dos primeros, la zona está muy sensible. Impacto, caricia, impacto,

caricia. Dejo de sentir dolor, mi trasero está caliente, me quema al igual que sus manos.

Me da la vuelta quedando frente a él, los dos nos miramos. Mete sus manos en mi nuca, cogiendo mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás mientras accede a mi cuello

con su boca, me besa, me muerde despacio.

—Así me gusta nena, que te entregues a mí —su voz es como un torbellino de placer, me gusta lo que me dice, me pone y quiero más y más.

—Esto es sexo duro, Paula —oigo que me dice.

Posa su mano en mi vagina, la coge, aprieta y la acaricia despacio, abriendo mis labios.

—Te voy a comer como nunca antes nadie lo ha hecho, por lo bien que te has portado, nena.

Mmmm, sus besos, sus caricias, su voz, él, ese «nena».

Me coge de la cintura y me tumba en la cama. Abre mis piernas y acaricia mi raja estremeciéndome por completo.

—Me gusta lo que me ofreces —me susurra acercando su ardiente y húmeda boca.

Me lame, me succiona, me besa. Agarro su cabeza con mis manos, llevándolo al punto

exacto de mi placer, así se mantiene durante un rato. Tenso mi cuerpo y cuando ya no

puedo más, siento ese orgasmo que rompe en mil pedazos dentro de mí, haciéndome gritar su nombre.

—¿Quieres otro, nena? —me pregunta pasando su lengua por mi hinchado clítoris

que late al ritmo de mi corazón.

—Síííí —grito de nuevo al sentir ese placer en cuanto me succiona.

—Creo que tú y yo lo vamos a pasar muy bien, Paula —oigo que me dice.

Me rio.

Me da la vuelta con un movimiento y quedo a cuatro patas. Sus manos impactan en mi

trasero de nuevo al mismo tiempo que se hunde en mí. ¡Oh, Dios!

—¿Tomas algún método anticonceptivo?

—Síííí —gimo de placer.

—¿Estás segura? —ruge agarrando mi pelo, tirando de mí. Pero no sé qué pasa, que

saca su pene de mi cuerpo. Sale de la cama y cuando vuelve a la habitación, veo que se

ha puesto un preservativo.

—Sí, joder —le contesto, molesta. Llevo tomándome la píldora desde hace varios

años, pero a pesar de eso, siempre uso preservativo.

—No es por ti, es por mí —me entra la risa tonta en cuanto escucho esa frase, a la

vez que me molesta. Grito en cuando se hunde en mi interior. ¡Joder como folla! Entra y sale de mi cuerpo acompañado del sonido de un chapoteo. Eso me pone cachonda, él

me pone cachonda, sus manos, su boca, su cuerpo, sus dedos, todo me pone cachonda.

El orgasmo que recibo es tan fuerte e intenso, que siento como los ojos casi me dan la

vuelta.

En cuando él se deja llevar y casi grita mi nombre con los ojos cerrados, termina y nos quedamos bocarriba, mirando el techo.

Saco unas toallitas del cajón de mi mesita de noche y nos limpiamos.

Me incorporo en la cama y me lo quedo mirando viendo cómo se quita el preservativo

y se limpia, pero no digo nada.

—¿A dónde vas? —me agarra del brazo y me empuja hacia él. Caigo sobre sus piernas y me siento sobre él. Rozo mi nariz con la suya, le doy un beso tierno. Me aparto y me lo quedo mirando. El beso ha sido muy, bonito.

—Estás haciendo que rompa muchas de mis reglas, ¿lo sabes? —Me confiesa,

echando todo el aire por la nariz.

Me rio y le doy otro beso.

—Tú también estás rompiendo varias de las mías y no me quejo —divertida, lo vuelvo a besar.

—¿Tú tienes reglas? No me lo creo —comienza a hacerme cosquillas y rio a

carcajadas, lo abrazo, lo beso y terminamos cayendo los dos en la cama, otra vez.

En silencio nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Háblame de tus reglas —me pide.

—Si me hablas tú de las tuyas —le digo a cambio colocando mis piernas sobre las

suyas.

—Trato hecho.

Me tapo la cara con las manos y me rio, esto es una locura.

—Bueno—no puedo evitar reírme y sentirme avergonzada al mismo tiempo —

Siempre tengo una regla —vuelvo a reírme y dejo de mirarle, pero él me aparta las manos de mi cara y la sujeta, haciendo que le mire. —Una de mis reglas es que nada de

sexo en el trabajo.

Él se ríe.

—Estamos en tu casa, no en el trabajo.

—Tú me entiendes —me rio con él —nada de mezclar sexo con el trabajo. ¡Nunca!

Pero tú has sido una excepción y… ¡No me preguntes por qué, porque yo no lo sé!

—¿Regla número dos? —me apremia curioso.

—Nada de tener sexo en mi cama, ni en mi casa. Para mí, mi casa es sagrada. —

abrazo mis piernas con las suyas.

—¿Marcos ha sido una excepción? —me lo quedo mirando sin saber que decir, no

me esperaba para nada esa pregunta.

—¿Cómo sabes lo de Marcos? —levanto una ceja con ímpetu —ah, no me lo digas.

Tus informadores, ¿no? —Eric asiente con la cabeza —Marcos es otra cosa, a veces es

una excepción.

—¿Estás enamorada de él? —su mirada se endurece y no me gusta nada el giro que está dando esta conversación.

—No —soy clara.

—¿Lo estuviste? —pregunta apartando un mechón de mi pelo. Trago saliva y le miro.

—No lo sé —me sincero.

—¿Cuánto tiempo, estuvisteis juntos? —apoya su cabeza en su brazo y me mira con atención.

Suspiro.

—Pues… —miro hacia el techo, pensativa —el suficiente para darle tiempo a engañarme con otras.

—¿Y te sigues viendo con él? —me mira incrédulo.

—A veces…

—¿Lo estás utilizando?

Me tapo la cara avergonzada.

—Se puede decir que sí —abro un ojo para comprobar que me mira. —Por favor, no pienses que soy una mala persona por eso.

Se ríe.

Me empuja hacia él y pega sus labios a los míos.

—Suena fatal —le digo poniendo cara de pena —solo… nos damos lo que queremos, sin ataduras. Como estamos haciendo nosotros. ¿O acaso tú no me estás utilizando?

Eric se queda en silencio, pensando en la respuesta.

—¿Has vuelto a quedar con Marcos desde que tú y yo…?

—No. Aunque he estado tentada de hacerlo —me quejo con una sonrisa.

—¿No tienes suficiente conmigo? —me coloca encima de él.

—¿Y tú, tienes suficiente conmigo? —le pregunto haciendo que se quede callado.

Acaricia mi mejilla.

—¿Tu qué crees? —toca mi pelo.

—No lo sé, dímelo tú.

El silencio me mata.

—¿Te estás acostando con más tías? —le miro seria.

—¿Te miento, o te digo la verdad? —sonríe sin apartar sus ojos de los míos.

Un silencio incomodo se cierne entre los dos.

—La verdad, siempre —le pido tragando saliva. Estoy muy interesada en saber si

ahora mismo soy o no soy la única.

—No me gusta hablar sobre esos temas, soy un caballero.

Cierro los ojos y al intentar quitarme de encima, el me agarra de las muñecas con fuerza. Le miro, su cara se contrae.

—No, Paula…, no te vayas.

—¿Soy o no soy la única? A mí tampoco me gusta hablar y tú haces que termine contando más de lo que me gustaría decirte.

—¿Hago eso? —se ríe pícaro.

Le miro con advertencia, ¿me va a contestar o no?

—De momento tú estás siendo la única —Sonrío y me acerco para besarle. —Voy a

ser rápido, estás son mis reglas, —le noto incómodo —nada de relaciones en el trabajo, nada de acosar a mis empleadas y nada de quedarme a dormir en una casa que

no es la mía.

—¿Vas a quedarte a dormir? —pregunto sorprendida con los ojos abiertos de par en

par.

—¿Quieres? —me encojo de hombros sin decir nada, hasta que una sonrisa asoma por sus labios y relajo mi cuerpo, volviéndolo a besar.

Me abro camino en su boca hasta buscar su lengua y me enredo con ella. Besa tan…

bien.

—¿Sabes una cosa? —comienzo a decirle.

—Dime —su voz excitada me provoca mil sensaciones.

—¡Que a tomar por culo las reglas! Quiero hacer lo que quiero con quien quiero —lo beso despacio, mordiendo su labio y tirando de él.

—Ten cuidado, a ver si te vas a enamorar de mí, Paula —me dice con una sonrisa perversa en los labios.

—Ten cuidado tú, señor Odman, a ver si va a ser usted quien se termine enamorando de mí. —Sin previo aviso, con un levantamiento de pelvis, se hunde en mi interior. Jadeo…, jadea.

Nos besamos, nos abrazamos, rozamos nuestros cuerpos al unísono, a un solo compás, uniéndonos mientras gemimos, mientras susurro su nombre, mientras lo beso, lo abrazo y me entrego por completo a él como nunca lo había hecho con nadie.

16

No sé qué hora es, pero la verdad es que tampoco me importa. Es domingo y solo quiero descansar. He tenido una noche muy pero que muy movidita. Me rio al recordar

todas las escenas que tuvimos ¡madre mía, los vecinos tienen que estar contentos!

Pronto le irán con el cuento a mi madre y mi madre, como es normal, me echará la bronca.

Pero, ¿sabéis que? No me importa.

Observo como duerme y sonrío, parece tan tierno. Su cuerpo desprende calor, un calor

que me invita acercarme más y más a él. Coloco mi cabeza sobre su pecho, y con el sonido de su corazón, bombeando tranquilamente, vuelvo a quedarme dormida de

nuevo.

Eric.

La miro mientras duerme, acaricio su pelo. Está preciosa así, tal cual.

¿Pero qué estoy diciendo? ¿Qué estoy haciendo?

Me levanto con cuidado, pero sus ojos se abren y se clavan en los míos. Sonríe ¡Dios!

Está preciosa.

—¡Buenos días! —susurra inclinándose para darme un beso en la mejilla. Se levanta y yo con ella. Localizo mi ropa y me visto, ella se pone una bata kimono, está sensual y lo sabe. Me lanza una pícara sonrisa antes de salir de la habitación.

La sigo hasta la cocina donde comienza a preparar el desayuno, un café con tostadas.

Miro mi reloj.

—Yo tengo que marcharme, Paula —le digo haciendo que mire hacia mí y que la sonrisa tan bonita que tenía hace un momento, se borre de inmediato.

—¿No quieres desayunar antes?

Me siento en la silla de la concina junto a la mesa y la observo preparar el desayuno.

Al cabo de unos minutos, desayunamos en silencio.

—Me gusta verte comer —le digo haciendo que me mire y comience a reír.

—¿Que te gusta verme comer? ¡Válgame! —suelta una carcajada contagiándome.

Nos quedamos un instante mirándonos sin decir nada.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta.

—Día familiar —no sé qué hago dándole explicaciones. Aunque bueno, ella me las

estuvo dando anoche.

—¿Y qué haces luego, te gustaría quedar? —levanto las cejas sorprendido.

—No lo sé. ¿Te llamo y te confirmo?

De un trago me termino el café que me ha preparado, delicioso, por cierto.

Respiro con fuerza, me levanto dejando mi vaso en el fregadero y me acerco a ella para besarla. Me aparto de golpe, en cuanto veo que esto comienza a ir a más.

—Tengo que irme, Paula.

—¿Seguro que tienes que irte? ¿No puedes quedarte, aunque sea un poco más? —comienza a desabrochar mis pantalones.

—Me encantaría poder reventarte por dentro —me rio rabioso por no poder hacer lo que me gustaría —pero no conoces a mis padres, tengo que irme.

Paula.

Cierro la puerta cuando él sale y, suelto el aire que tengo retenido en mi pecho. ¡Madre mía! Esto…, esto no tiene nombre, por Dios ¿Qué creo, qué estoy haciendo? Mi móvil

suena despertándome de mi ensoñación, lo cojo. Es Nuria, tengo varias llamadas de ella y de Trini, incluso de mi hermana.

—¡Tía! ¿Dónde estabas? Y lo más importante, ¿qué coño estabas haciendo? —Me

dice nada más descolgar.

—¿Quedamos para tomar algo y te lo cuento?

—Venga vale, a las tres donde siempre —me despido de ella y cuelgo.

Con Trini hago la misma operación y llamo quedando con ella a las tres donde siempre.

Organizo un poco el piso, ordeno todos los documentos tirados sobre la mesa y me doy

una pequeña ducha. Antes de dirigirme al bar, paso por casa de mi madre. Nada más

entrar por la puerta mis sobrinos se abalanzan sobre mí, los abrazo, los achucho y me

los como a besos. En cuanto veo a mi madre saliendo de la cocina, me acerco a ella y

me fundo en un fuerte abrazo. No sé qué me pasa, pero me siento feliz.

Mi hermana está en el sofá, me mira, se ríe, hasta que se levanta, me coge del brazo y

hace que me siente.

—¿No tienes nada que contarme, señorita Carusso?

Me rio.

—Voy a comer con mis niñas, ¿te apuntas?

—¡Claro!

Salimos de casa mi hermana y yo con los niños, dejando a mi madre descansar un rato.

Mis sobrinos se entretienen comiendo unas patatas fritas mientras juegan en la Tablet

con otros niños. En cuanto las cuatro nos quedamos solas, me siento acosada por mis

amigas y mi hermana.

—No hay mucho que contar, la verdad —pincho una patata con alioli. Aquí las hacen buenísimas.

—¿Cómo que no hay mucho que contar? ¿Cómo que no, no nos has dicho nada de

que te estabas liando con el pibón de tu jefe? —Me rio ante la pregunta de mi hermana.

—¿Pero lo has visto nena? ¡Está cañón!

Miro seria a mi hermana y a Nuria. Trini se mantiene al margen, mirándome en silencio.

—Pues eso, vino a casa y justo llegó Sergio y lo invitó.

—¿Y qué pasa con Marcos? —pregunta Trini, algo molesta.

—Ya te dije que Marcos no me interesa en absoluto —respondo mirando a las tres

que parecen que me van a comer con la mirada —me acostaba con él porque no encontraba otra cosa mejor —levanto las cejas y me rio —y ahora que lo he encontrado… pues ¡ajo y agua!

—Pues tú a él, parece que sí le interesas. Está planeando cosas, ¿sabes?

Miro a Trini algo desconcertada, pero ¿qué le ocurre?

—Trini, ¿qué pasa? No estoy saliendo con mi jefe si eso es lo que te preocupa. Solo

quiero divertirme, pasarlo bien, no sé —suspiro.

—Donde esté Eric que se quite el soso de Marcos, ¡no me jodas Trini! No puedes

mosquearte con Paula, cuando sabes cómo es Marcos —le recrimina Nuria haciendo que Trini entre en razón. Pero al cabo de un rato, yo sé lo que le pasa a Trini, tiene miedo y es normal, no la culpo.

—¡Ojalá, mi jefe estuviera igual de bueno que el tuyo! Porque… la cantidad de cosas que le haría… —comienza a decir mi hermana mientras todas nos echamos a reír.

—¿Te has liado con él, entonces? —Trini pregunta algo más relajada.

Hago una mueca divertida con los labios y trago saliva.

—¿Os miento… U os digo la verdad?

—Bueenooo, apaga y vámonos. Ya estás igual. ¡Cuéntanos que ha pasado entre ese

Dios griego y tú, una simple mortal! —Nuria se ríe a carcajadas disimulando que lo sabe casi todo, prácticamente.

La verdad es que el señor Odman es un Dios en toda regla, me da igual si griego o indio, pero un puto Dios del Olimpo.

—No, aún no —miento y me descojono de la risa al ver cómo las tres me miran, con

la cara desencajada —Bueno, sí, venga. Pero nada de preguntas, que os conozco.

¡Válgame! En el lío que me he metido yo sin habérmelo buscado. La madre que las parió, a las tres. Preguntas cómo… «¿Cómo folla? ¿Cómo la tiene? ¿Cuántas veces ha

hecho que te corras?» Así, tres putas horas. Las personas a nuestro alrededor han debido estar flipando. ¡Madre mía! Tres cotorras, preguntando y chillando al mismo tiempo. Mientras Nuria, como una desesperada, buscaba imágenes de él con el móvil.

¡Joder!

Al final, gracias a Dios y al camarero que se ha enterado del compromiso de Trini con

mi hermano, cambiamos de tema. Aún no hay día, ni restaurante, pero no nos importa,

lo importante es que hay boda.

Cerca de las cinco de la tarde llego a casa rendida. La verdad es que comer con mis

amigas y con mi hermana, es más agotador que pasar un día entero con mis sobrinos corriendo detrás de ellos por el parque mientras se pelean. ¡Madre de Dios!

Recibo un mensaje en el móvil.

>Espero que estés teniendo un bonito día, señorita Carusso.

Sonrió como una idiota y corriendo me siento en el sofá cruzándome de piernas para

contestarle.

< Si le soy sincera señor, mi día está siendo todo un interrogatorio, parece que causó mucho furor en la cena.

>¿También causé furor en usted, señorita Carusso?

Decido no contestar y esperar a ver si el me llama como dijo que lo haría, pero no aguanto las ganas y termino llamándolo yo a él. No lo coge y me desilusiono, sí,

mucho.

Dos horas más tarde, vuelvo a mirar mi móvil y dudo si mandarle un mensaje y mandarlo o no a la mierda, pero…, decido no hacerlo. Ceno algo ligero y juego con Putin, dejándolo suelto por casa en su bola de plástico.

—¡Qué bien vives ahí, en esa burbuja, bichejo! —le digo a Putin, que pelea para llegar a su destino. La pared.

Leo un rato, pero es imposible, Eric, no sale de mi cabeza, las escenas de sexo en mi

habitación tampoco y noto como me voy excitando a medida que más pienso en él, en

sus manos, en su cuerpo, en su boca.

Cojo mi móvil y veo que me ha escrito.

Eric:

>Siento no haberte cogido la llamada, estaba liado.

Le contesto.

Yo:

<Ya no importa.

Él:

>¿Estás en casa?

Me rio y le contesto.

<Sí, ya es tarde.

Me tumbo en el sofá mirando la pantalla de mi móvil.

>Abre la puerta.

De un salto me pongo de pie y el corazón hace que se me acelere la respiración. Me pongo nerviosa. Toco mi pelo, y me dirijo hacía la puerta casi corriendo. Miro por la mirilla y allí lo veo, tan guapo…, tan sexi.

Abro la puerta encontrándome con su intensa mirada.

Sin tiempo a abrir la boca, Eric se abalanza a mis labios y de un punta pie, cierro la puerta. Nos besamos con ansia.

—Me pone verte en pijama —su comentario me hace gracia. Besa mi cuello.

—¿Tenías ganas de veme? —pregunto agarrándolo de su corto pelo.

—Muchas ganas, no te haces a la idea —me gusta esa confesión.

Jadeo…, jadea y entre besos, llegamos hasta el sofá.

Me quita el pijama entre besos y siento sus manos acariciar todo mi cuerpo, estremeciéndome por completo, poniéndome la piel de gallina, en cuanto noto sus labios por mi cuello.

Eric se sienta en el sofá y yo me coloco a ahorcajadas. Nos acariciamos, nos besamos.

Mi cuerpo no tarda en recibirlo en cuanto me penetra despacio, hundiéndose en mi interior. Coloco mis manos en su hombro, buscando mi propio placer con su ayuda.

Entre besos y caricias, me deshago en un delicioso orgasmo.

—Como me gusta hacer que te corras —susurra en mi oído —tu placer es el mío,

Paula —me dice. Gimo, frenando mis movimientos.

—Tu placer es el mío —repito besando sus labios de forma tierna, reanudando mis

movimientos.

—Paula —jadea… —me voy a correr —tira de mi pelo haciéndome gemir, pellizca

mis pezones ya duros.

—Córrete, Eric…, córrete —le pido sin dejar de mirarle.

Saca su miembro rápidamente y con la ayuda de su mano, veo como se deja llevar por

el orgasmo. Gime cerrando los ojos y yo disfruto, observando su expresión de placer.

Una hora y media más tarde, termina marchándose y yo me quedo sola y vacía en casa.

¿Viene, me hecha un polvo y se va? Pensar eso me cabrea y no tardo en irme a la cama,

pero no puedo dormir. Miro el reloj que tengo sobre la mesita y me doy cuenta que solo

son las cinco y cuarto de la mañana. Pero así estoy, tan fresca, pensando en él. ¡Cómo

no!

Eric.

Doy vueltas en la cama nervioso. De nuevo lo he vuelto a hacer. No tenía pensado marcharme como lo he hecho, no me ha quedado otro remedio, estaba tan guapa después de salir de la ducha, que, como un cobarde, casi he salido corriendo. «Esto se

te va de las manos, Eric, se te va»

La comida con mis padres y mis hermanos no ha ido muy bien. Solo Nacho me apoya

en que siga manteniendo a Paula como mi secretaria, pero tanto mi padre como mi madre incluida mi hermana, no. Ninguno está de acuerdo, pero por alguna razón que no

logro comprender, no me importa. Confío en Paula, ¿Por qué no hacerlo? Hasta ahora

está realizando un trabajo impecable en tan poco tiempo, realmente me tiene

impresionado con la facilidad que se ha adaptado. Eso como secretaria y…, como mujer. También me impresiona y eso, me asusta. El sexo con ella es bueno, me gusta hacerla mía, que se entregue a mí, darle placer.

Dispuesto a mandarle un mensaje, a pesar de que son las cinco y media de la mañana,

cojo mi móvil. Pero un mensaje de Valeria desvía mis intenciones. ¿Qué querrá ahora?

>¿Te parece bien que mañana quedemos para comer?

Dejo el móvil sobre la mesita de noche y no le contesto. Intento dormir, aunque por la

hora que es, no merece la pena. Pienso en Paula, ¿Pensará ella en mí, como yo en ella?

«Te estás obsesionando, Eric. ¡Joder!» Parezco un puto novato, pero la verdad es que

solo me apetece pensar en ella y estar con ella. Estoy deseando que llegue mañana, solo para verla. ¡Joder! ¿Qué me pasa?

Paula.

A las siete de la mañana, cuando mi despertador suena, yo estoy a punto de salir de casa. Últimamente estoy madrugando y no hace mucho, me mataba hacerlo.

¿Estaré madurando?

Me apetece ir tranquilamente al trabajo, escuchando música, mientras conduzco

tranquilamente por las calles de Madrid.

A las ocho menos cuarto llego al edificio Odman. Saludo a las recepcionistas, a los guardas de seguridad y subo a mi planta.

Preparo mi mesa antes de hacerle el café a Eric Y decido prepararme un café y hacerme unas tostadas con el pan que me he traído de casa.

A las ocho, puntual como un reloj, Eric sale del ascensor. Le preparo el café y se lo

llevo a su despacho.

—Buenos días, señor Odman, aquí tiene su café —me quedo esperando a que se dé

la vuelta mientras sonrío como una idiota, pero no lo hace.

—Buenos días, Carusso —dice seco y pensativo, mientras fija la mirada por las impresionantes vistas que ofrece el enorme ventanal que adorna su despacho. Es como

un poster gigante, pegado a la pared.

Salgo del despacho extrañada por su recibimiento. ¿Qué le pasa? ¿Volvemos a lo

mismo? Intento no pensar y me centro en el trabajo, trabajo y más trabajo, tecleando en mi ordenador y quitándome bastante papeleo de encima. Imprimo varios documentos, redacto varios contratos que Eric tiene que firmar y cuanto termino, me dirijo a su despacho.

—Aquí le dejo los nuevos contratos de la empresa INDA, para mañana.

—Gracias, Paula —¿Ahora me llama Paula? Ni señorita, ni Carusso, ¿soy de nuevo

Paula?

—Voy a tomarme un pequeño descanso, ¿Desea algo más? —pregunto algo nerviosa

mientras no dejo de retorcer los dedos de mis manos.

Hoy va guapísimo con un traje negro, haciendo que sus ojos azules resalten más.

—Sí, necesito que reserves una mesa para dos, a las dos y media en el restaurante

«Gamelot» por favor.

Lo miro divertida. ¿Para dos? ¿Para él y para mí? Me emociono.

Me doy media vuelta con una sonrisa en los labios y reservo la mesa. ¡Qué bien!

Aprovecho mi descanso para pensar en todas las preguntas estúpidas que me he formulado antes y me tomo otro café, está vez con un donut de máquina.

Vuelvo a mi mesa y continúo con el trabajo, deseosa que lleguen las dos y media para

poder disfrutar de mi hora de descanso con el hombre que comienza a quitarme el sueño, a revelar mi cuerpo y ponerlo al límite cuando está cerca de mí.

Sobre la una del mediodía, levanto mi vista y me encuentro con una mujer

despampanante, rubia de ojos azules. Me mira, yo también la miro a ella.

—¿Desea algo señorita…?

—Soy Valeria, la mujer del señor Odman, ¿puede decirle que estoy aquí, por favor?

Asiento con la cabeza como una boba mientras cojo el teléfono interno y marco la tecla

que me comunica con el despacho.

—Aquí hay una señorita que dice que es su mujer, se llama Valeria.

—Dile que pase.

Cuelgo y me levanto, llevando a «Valeria» hasta el despacho de Eric. Entra y cierra la

puerta, frente mi cara de estúpida en este momento.

Desencajada vuelvo a mi mesa. ¡Pero qué estúpida soy! Y yo haciéndome ilusiones.

«Tonta más que tonta». Me repito una y otra vez mientras de mal humor continúo con mi

trabajo. Miro varias veces la puerta del despacho, me levanto, pongo la oreja a pesar

de que me pueden pasar dos cosas: una, que alguien me pille y me vea con la oreja puesta y dos, que la puerta se abra y quede más imbécil de lo que soy y encima, no se

oye una mierda.

Cabreada me dirijo al baño, me refresco la cara y me voy a la cocina a prepararme otro café. Vuelvo a la mesa, miro hacia la puerta de nuevo; sigue cerrada y yo no sé qué es lo que está ocurriendo ahí dentro. Ni tampoco porqué me molesta tanto. ¿Estoy celosa? Sí, lo estoy, joder.

Espero a que sean las dos a ver si por suerte soy yo la afortunada y su acompañante para comer, pero no.

Dudosa, me levanto. ¿Y si me espero a que salgan? no, no es una

buena idea, además, es su mujer, ¿no? Aunque… ¿no se supone que estaban separados?

Debería ser su exmujer y ninguno de los dos lo ha dejado claro. ¡Nunca hay que fiarse

de internet, ya lo dice mi hermano!

Cojo mi bolso, mi chaqueta y me dirijo hacia el ascensor, cuando veo como la puerta

se abre. Cruzo una mirada con ella que sale primero, sonríe, sí. Y lo hace con malicia

la muy hija de puta. ¿Pero qué se cree? ¿Acaso me conoce? Pero no me importa, no tengo por qué estar celosa cuando no tengo nada con él. Los dos lo dejamos claro y los

dos, se supone que lo tenemos claro, ¿no?

No, yo ya no lo tengo tan claro. Me gusta y me jode que me guste.

En recepción me cruzo con Susana. ¡Otra! Comienzo a liarme. Según Eric, yo he roto

varias de sus reglas, nada de relaciones con empleadas, y me apuesto lo que sea a que

está liado con esta mujer que siempre que pasa por mi lado, me deja un aura de mala

energía.

Voy al restaurante al que vengo todos los días a comer y me pido lo de casi siempre, lo de los lunes; un pincho de tortilla de patatas. Pero tengo tanta hambre y estoy tan enfadada, que pido dos.

—¡Gracias! —agradezco mientras cojo los pinchos, mi refresco y me voy a la mesa

de siempre.

Como intranquila, no mastico, engullo. Es una de las cosas que siempre hago cuando estoy nerviosa y, o me entra ansiedad. Como sin parar. Mi nevera y la comida son mi

mejor aliado. Mientras mastico no pienso, pero hoy eso no funciona, aparte de comer,

no dejo de darle vueltas a las cosas o a lo que sea que Eric y yo tengamos.

Concluye mi hora y me dirijo hacia el edificio Odman como una moto. Justo cuando llego a la puerta, despistada me choco con alguien llevándome un buen golpe en el pecho.

—¡Lo siento! ¿Estás bien? —Pregunta una voz conocida.

Alzo la mirada encontrándome con la del chico que conocí en el bar, el italiano que estaba aquí por negocios y que necesitaba una guía para conocer Madrid.

—Te has empeñado en querer que sea tu guía, ¿eh? —Respiro hondo.

El chico moreno de ojos azules se me queda mirando.

—Buscaba el edifico Odman —me dice con su acento italiano particular. Diría

incluso que es fingido, que este entiende más de lo que dice.

—Este es el edificio Odman. ¿A quién buscas?

—Al señor Odman, por supuesto. Tengo una reunión con él dentro de media hora.

Sonrío.

—¡Ven conmigo! Soy su secretaria.

—Mmmm, interesante, una secretaria muy sexi.

Me giro seria hacia él.

—No te pases —le aclaro dejándolo con la boca cerrada.

Los dos subimos hasta la planta del despacho.

—El señor Odman aún no ha llegado, si eres tan amable de esperar justo aquí —le señalo la sala de espera.

—¿Puedo esperar junto a usted?

Me lo quedo mirando.

—Prometo que no haré ruido, aquí solo me aburriré —me dice.

Camino hasta mi mesa y le hago un gesto para que me siga. En silencio se sienta frente

a mí mientras, como loca, comienzo a buscar mi agenda. ¿Dónde la abre metido?

¡Joder! La dejé justo aquí.

Busco por los cajones mientras el hombre que tengo delante no deja de mirarme. Me

levanto, voy a la cocina, pero no está allí. Me pongo las manos en jarras y pienso donde puedo haberla dejado. Busco en mi bolso, pero tampoco.

Menos mal que a punto las cosas tanto en el ordenador como en la agenda, por si pasan

estas cosas. Pero me parece raro, ya que siempre la tengo a mano y justo esta mañana

la he estado usando.

Eric entra por la puerta y me mira mientras camina hacia nosotros.

—Señor Odman, este es el señor Mussolini —El hombre se levanta y saluda con un apretón de manos a mi jefe.

—Deme unos minutos, si no le importa —Le dice Eric mientras me lanza una mirada.

La reunión se hará en el despacho de Eric, que, con un gesto, hace que lo siga.

—¿Tienes los documentos preparados, los contratos?

Asiento seria con la cabeza.

—Todo listo, aunque…

—¿Qué pasa, Paula?

—No encuentro mi agenda y juraría que la tenía encima de mi mesa, donde siempre.

¿Por casualidad la he dejado aquí? —pregunto cómo última opción.

—No he visto nada, la habrás dejado en tu casa. Debes tener cuidado, Paula.

—Lo siento, Eric —me mira serio.

—Soy Señor Odman para ti, no lo olvides —me recuerda, haciéndome sentir estúpida.

Alucinada voy a contestarle, cuando me dice que haga pasar al señor Mussolini. ¿Por qué me habla así? ¿Qué es lo que le he hecho?

Salgo del despacho y hago pasar al señor Bruno Mussolini.

La reunión transcurre despacio. Eric quiere ampliar su negocio por otros países aparte de Alemania, donde tiene una sede importante de automoción. Por Rusia y ahora llegar hasta Italia, pero las condiciones del señor Mussolini no son satisfactorias ni para el negocio ni para Eric, así que no se ponen de acuerdo. Y esto, para mí es un auténtico coñazo, porque aparte de secretaria hago de traductora, doble trabajo. A Eric no le está gustando el tono que está llevando la conversación, a mí tampoco. El señor Mussolini me está tirando los trastos, no se corta ni un pelo. Y aunque me empeñe en pensar que Eric es tonto perdido, se da cuenta.

—¿Quedamos para cenar esta noche? —me pregunta aprovechando que Eric no nos

está mirando.

—Estamos en medio de una reunión y usted pierde el tiempo conmigo —le contesto,

mientras aparento escribir en mi ordenador.

Al cabo de una hora por fin llegan a un acuerdo, «ni pa ti, ni pa mí», como me decía mi madre cuando me peleaba con mi hermana.

Eric y Bruno se dan la mano al terminar la reunión y cuando lo acompaño hasta la puerta, encantada de la vida, mientras espera el ascensor, se dirige a mí.

—Espero verla mucho por aquí, agrada la vista, señorita Carusso.

Me doy la vuelta.

—Ya sabe dónde está la salida.

Me encamino hacia mi mesa cuando el teléfono interno suena. Eric me llama a su despacho y nerviosa, como un flan, me planto frente a él.

—Dime que ese hombre no ha estado ligando contigo en medio de la reunión.

Me lo quedo mirando y trago saliva.

—La verdad es que sí, lo ha intentado. —Respondo.

—¿Lo conocías? —Su pregunta me extraña.

—No, bueno… hace días lo vi en el restaurante donde suelo comer, estaba allí e intentó ligar, claro.

¿Sentirá algo de celos al oír lo que le estoy contando?

—¿Entonces lo conocías?

Me doy la vuelta.

—No, Eric. No lo conocía, solo lo he visto una vez, ni siquiera sabía quién era ni

cuál era su nombre —los dos nos quedamos en un incómodo silencio —¿Qué tal la comida con tu mujer? —me atrevo a preguntarle cambiando de tema.

—Bien, tenía ganas de verla —me lanza una dura mirada por encima de los papeles

que sostiene en la mano.

Me quedo sin saber qué decir, mi corazón se acelera y noto como mi estómago se encoge.

—¿Necesitas algo más, antes de que llegue a mi mesa? —Evito mirarle tragando saliva con dificultad.

—Sí, tráigame un café.

Hago lo que me pide. Salgo de su despacho nerviosa con el corazón acelerado. Le preparo el café y lo llevo hasta su mesa, con cuidado se lo acerco.

—Siéntate, por favor —me pide y lo hago. Me siento frente a él. Me lo quedo mirando en silencio esperando a que me diga algo. Pero no lo hace, se levanta rodeando su mesa y se pone frente a mí apoyando su cuerpo en el filo de la mesa.

—¿Qué tal el día de ayer, señorita Carusso?

Me rio y carraspeo la garganta, el corazón late deprisa.

—¿Cuándo? ¿Después de que vinieras a mi casa por la noche, me follaras y te marcharas? —le mantengo la mirada.

Se inclina hacia mí.

—¿Creé que solo fui a follarla? —Su pregunta me indigna. ¿Acaso me toma por estúpida?

—¿A que vino? ¿Pasaba por allí entonces?

Su mirada es confusa. Respira fuerte y solo me mira.

—¿Puedo levantarme ya? ¿Para esto quería que me sentara? —cada vez noto como

me voy cabreando más.

—Paula… yo —comienza a decirme.

—Ni Paula ni Paulo. Esto funciona así, no necesito que me lo explique, pero debería

de tener un poco más de tacto, ¿no? —le corto levantándome quedando frente a él.

—Lo siento, yo…, no pude quedarme —traga saliva.

—¿Te pedí que te quedaras? No ¿verdad? —me cruzo de brazos —¿Tampoco

querías hablarme como lo has estado haciendo está mañana? ¿Qué crees que soy, una

mierda?

Respiro de forma acelerada.

—Creo que, ante todo —continúo hablando —entre nosotros, debe haber respeto y

por tu parte, eso tan fundamental, no lo estoy viendo. Encima viene tu mujer, ¿y te marchas a comer con ella?

—¿Eso es lo que te ha molestado? —su pregunta me enciende.

—Sí, me ha molestado…, me…, ha dolido, ¿vale?

—¿Qué es lo que te molesta exactamente, Paula?

Le miro sin saber que decirle y termino apartando la mirada. Pero él, agarra mi barbilla empujándome hacia él y cuando me quiero dar cuenta, me besa…, ¿lo peor?

Que lo beso yo también como una IDIOTA.

—¿Has terminado ya de hablar, Paula? —hace que me sienta de nuevo. Alzo la mirada encontrándome con la suya.

—¿Acaso tú, tienes algo que decirme? —pregunto molesta.

—Sí —su mirada se endurece —este tipo de «espectáculos» a mí personalmente, no

me gustan. Valeria, hasta hace poco era mi mujer, eso debe quedarte claro. Como con

ella cuando me venga en gana. —Trago saliva, me ha dado dónde más me ha dolido. —

y respecto a lo de anoche —su respiración se alarga —tienes razón y lo siento —le miro buscando sinceridad en sus palabras. Cierro los ojos e intento levantarme.

—Debo seguir con el trabajo —todo esto comienza a superarme.

—No volverá a pasar —dice despacio, acercándose a mí. Acerca su boca a mi

cuello.

En este momento me doy cuenta que me tiene en la palma de su mano, manejándome a

su antojo. Y yo…, yo, me estoy dejando.

Nos besamos despacio, con mimo, su mano baja hasta mi trasero.

—Me gusta mucho este vestido —me dice sacándome una sonrisa. Mete sus manos por debajo, agarrando mis nalgas. Pasa la mano por el elástico de mis bragas y con un

tirón, me las arranca. ¡Joder! Qué manía tiene. Se las guarda en su bolsillo.

—Me debe unas bragas rosas —le digo con una sonrisa perversa en los labios. Él se

acerca, muerde mi oreja haciendo que suelte un pequeño gemido y llega hasta mi boca.

¡Madre mía! Mi enfado se ha esfumado, soy…, soy una blanda. ¿Dónde está mi personalidad? ¿Acaso se me ha caído?

Toca mi sexo húmedo, despacio, como a mí me gusta. Y me sorprende verle meter la

cabeza por el escote de mi vestido, respirando fuerte.

—Usted me pervierte, señorita Carusso, no puede ser —me dice haciendo que me

entre la risa.

—¿Seguro que soy yo? —pregunto excitada.

Me abro de piernas. Juguetea con mi clítoris y justo cuando más estoy disfrutando, para. Me mira con una sonrisa en los labios y me dice:

—Siga con el trabajo, señorita Carusso y no se olvide de preparar la sala dos de reuniones —me dice al oído congelándome por completo. ¡Me cago en su puta madre!

—No…, ¡no puede dejarme así!

—¿Así cómo? —Se levanta y camina hacia su mesa. Se sienta y como si no hubiera

pasado nada, vuelve a coger los documentos que tenía antes y comienza a releer.

—Tan…, tan… —comienzo a hablar despacio mientras lo miro. Ya entiendo, este es

su juego, ¿no?

—¡Vuelva al trabajo señorita! No pierda más tiempo —me repite.

—¡Muy bien! Pero primero voy a terminar, lo que usted ha empezado yo sola en el

baño —Su mirada se clava en la mía y deja los documentos sobre la mesa.

—¿Quiere usted quemarse, señorita Carusso? ¿Está segura?

Su pregunta me hace dudar.

—Sí —respondo.

Me acerco a la mesa, estoy excitada. Me siento en ella y abro mis piernas frente a él.

—¿A que juega señorita Carusso?

Me río con malicia.

—Usted ha empezado —le digo.

—Vaya quitándose la ropa y prepárese.

Lo único que hago es prepararme, del vestido que se encargue él. Se levanta, se acerca

la puerta y la cierra con el pestillo. Lo sigo con la mirada, ahora se dirige al enorme ventanal. Echa las cortinas dejando que la oscuridad se adueñe del espacio.

—¡Venga aquí, señorita Carusso!

Mmmm, me pone cuando me habla así, con esa voz tan sensual que penetra por mi piel.

Me acerco hasta él. Mi corazón late por todas las zonas de mi cuerpo, incluso por zonas que no sabía que pudiese llegar.

—Paula —acaricia mi pelo, cierro los ojos. —Puedo llegar a ser muy pero que muy

malo contigo.

—Yo puedo también, ser muy mala. —Le susurro mientras mis ojos ven cómo su boca se va acercando. Pero ese momento se rompe en cuanto su teléfono suena.

¡Mierda!

Lo coge.

—¿Ahora? Sí… Estoy aquí, venga, hasta ahora —cuelga de mala gana y se gira hacia

mí.

Mi ánimo decae en cuanto nos miramos.

—¡Ve a preparar la sala! —me ordena de una forma seca, dañina, diría yo.

Me doy la vuelta sin rechistar.

—Cierra la puerta en cuanto salgas —es lo último que me dice.

Antes de salir, me giro hacía él.

—A esto me refiero Eric. No puedes tratarme así.

—A sí, cómo, Paula —lo noto cansado.

—Como si fuera una cualquiera. ¿Acaso eso es lo que soy para ti?

—Paula, sabes que no. No sé exactamente qué es lo que me estás pidiendo. ¿Qué es

lo que quieres?

—¡Que te den! —digo en voz baja pero suficiente alto para que

él me oiga saliendo de su despacho.

«¡Joder! Paula céntrate, no estás en tu casa, no estás en un hotel, sabes que estás en el trabajo, recibe visitas continuamente. Y lo peor, ya lo vas conociendo».

17

Antes de llegar a mi mesa, me cruzo con Susana que de nuevo y como de costumbre, me

mira con mala cara. Veo como entra en el despacho de Eric y eso me pone algo nerviosa. Una mezcla entre me cago en su puta madre y me recago en su puta madre otra vez, aunque no la conozca.

¡Qué lástima! Las madres son sagradas, ahora me arrepiento de lo que pienso, pero es

que… ¡Joder! yo solo soy su puta de lujo, no me jodas, luego tiene a esta y de plato principal, a su mujer ¿no?

Paso la tarde como puedo, intento no estar enfadada, pero mi cara seria me delata. La

reunión ha sido todo un éxito como siempre. Miro a Eric mientras se despide de los asistentes de la misma, la verdad es que este hombre consigue todo lo que se va proponiendo y me jode, porque creo que conmigo consigue lo que quiere y no me gusta.

Acompaño a los asistentes hasta la salida, preparo los documentos de lo que hemos estado hablando en la reunión mientras Eric permanece encerrado en su despacho y cuando termino, antes de marcharme, llamo a la puerta.

Me hace pasar y asomo solo mi cabeza, me lo encuentro pensativo mirando por el enorme ventanal.

—Voy a marcharme, ¿quiere una última cosa? —me siento algo avergonzada, una

tonta. Parece que me estoy ofreciendo.

—No, puedes marcharte, no te preocupes —dice sin mirarme, sin mostrar el más leve movimiento.

Me quedo como una tonta, mirándole, esperando «algo» pero no pasa nada, al parecer,

ha vuelto a coger distancia.

Me siento algo desorientada con todo esto. Cierro la puerta, cojo mis cosas y me marcho a casa. De camino suena mi móvil, pero no hago caso, no mientras conduzco.

Pero la llamada insiste una y otra vez y al ver que es mi hermana quien llama, termino

aparcando en el arcén para atenderla.

—¡Paula! ¿Dónde estás? —La oigo mal.

—Llegando a casa ¿Por? —pregunto extrañada.

—Te he llamado al trabajo, —me dice nerviosa —estoy en el hospital —me asusto.

Mis sobrinos se me vienen a la cabeza.

—¿Los niños están bien? —pregunto alarmada, bajando la ventanilla de mi coche para que me dé un poco el aire.

—Es mamá —la oigo llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—No Paula, no está bien —siento una presión en el pecho que no me deja respirar.

—¿Cómo que no está bien? —no sé si quiero saber la respuesta, no sé si quiero…

—Ha sufrido un infarto —mi hermana llora. Noto como la cara se me desencaja.

—¿Pero está bien? —pregunto sin aire.

—No, han intentado reanimarla, pero no —oigo a mi hermana llorar.

Todo se derrumba, todo desaparece.

—¿Ha…, ha muerto? —no sé ni cómo llego a formular esa pregunta.

—No han podido hacer nada por ella, lo siento Paula —es lo último que oigo decir a mi hermana.

Dejo caer mi móvil que choca entre mis piernas hasta terminar en la alfombrilla al fondo del coche.

Me ahogo, no puedo respirar, la presión que siento en el pecho no me deja hacerlo, no

me deja moverme y no sé qué hacer, no sé nada.

No sé cómo llego al hospital de la Paz. Paro el coche de un frenazo y entro. En la sala de espera, veo a mis hermanos, a mis sobrinos y a Trini. Todos me abrazan, lloran, pero yo sigo sin reaccionar, no puedo creerlo, no quiero creerlo. Estoy enfadada, ¿por

qué se ha ido sin despedirse? ¿Por qué ella? Nuria llega al cabo de un rato, también llora. Yo no, sigo sin poder hacerlo y el dolor que siento en el pecho se hace más intenso a medida que avanzan los minutos. ¡Joder! «No puede ser, no puede ser» me digo una y otra vez.

Entro con mi hermana en una sala donde se encuentra mi madre, asustada me acerco.

No me puedo creer que esté ahí, tumbada, sin respirar. Que ya no esté en este mundo,

que se haya ido sin avisar. Cierro con fuerza los ojos hasta que la presión, me hace abrirlos.

Levanto la sabana que cubre su cuerpo y le veo la cara por última vez. Parece una muñeca de porcelana y rompo a llorar tirándome hacia su cuerpo. Me quiero ir con ella, yo no pinto nada en este mundo si no la tengo a mi lado.

Lloro de pena, de rabia, de dolor, de indignación. Lloro con todas mis fuerzas, mi cuerpo tiembla.

—Paula, salgamos de aquí —oigo decir a mí hermana. Tira de mí.

—No, nooo, nooo, mamá —lloro sin poder evitarlo, agarrando su mano fría, suplicando que vuelva, que todo esto no esté pasando.

—Paula por favor… —mi hermana termina saliendo de la sala, pero yo necesito quedarme con ella un poco más.

Me niego a creer que ya no la volveré a ver más, que ya no la escucharé regañarme por

beber la leche del cartón. Qué ya no estará ahí, para darme consejos. Que ya no estará

para cuidarme como siempre ha hecho, ya no estará y me niego a aceptarlo.

Algo más calmada y sin dejar de mirar a mi madre, siento unos brazos rodearme junto a

un olor… Al darme la vuelta me encuentro con Eric.

—Lo siento mucho, Paula —le doy un abrazo y comienzo a llorar de nuevo,

desconsoladamente. Me abraza fuerte.

Necesitaba el abrazo de mis hermanos, el de mis amigas, el de mis sobrinos, pero ahora, abrazada a él, me doy cuenta de que también necesitaba el suyo.

Eric.

Paula, hace un esfuerzo por mirarme, verla así tan rota, tan destrozada, tan frágil, me parte el alma en dos. Nunca pensé que me dolería tanto su dolor.

Consigo que salga de esa sala y nos sentamos en la sala de espera, junto a los demás.

Los niños se acercan a ella en cuanto la ven y los tres, se echan a llorar.

Trago saliva y no puedo evitar emocionarme. Después de como la he tratado hoy, me

siento mal, muy mal.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No tengo sed. Solo quiero que ella vuelva —susurra volviendo a llorar de nuevo.

La abrazo y beso su pelo.

—Creo que deberías beber algo, llevamos un buen rato aquí. Hazlo por mí, ¿vale? —

La cojo del mentón y hago que me mire. Me abraza con fuerza y niega mientras llora.

—Ahora mismo no tengo hambre, de verdad, ni sed.

Me levanto y la llevo conmigo hasta la máquina de refrescos. Cojo algo para beber

—Por mí —le ofrezco un refresco. La miro haciendo pucheros y al final, termina

cogiendo la lata y le da un pequeño sorbo.

—¿Cómo has sabido…?

—Tu hermana llamó al teléfono de tu mesa al rato de irte y lo cogí. Decidí venir en

cuanto me lo contó. Hoy no me he portado bien contigo y no sé —me encojo de hombros mientras la miro.

—No importa, ya no importa nada —me susurra, abrazándose a mí —¿vas a irte?

—¡Ey! Claro que no, princesa. No voy a dejarte sola —le doy un suave beso en los

labios. Llora de nuevo.

Sé perfectamente lo que está sintiendo Paula y daría lo que fuera por hacer que ese

dolor se fuera. Cuando a mi padre le dio el infarto y fui yo quien lo encontró en su

despacho sin respiración, creí que me moriría, por suerte salió adelante, pero sé lo que se siente.

Son las cinco de la mañana y me levanto a por unos cafés. Los tres hermanos no se han movido del sitio, ni los niños tampoco.

Me acerco a Paula que está con los ojos hinchados de tanto llorar y le ofrezco un vaso.

Sus sobrinos están a su lado, dormidos sobre ella.

Al cabo de un rato Nuria y Trini se llevan a los niños a descansar, los tres hermanos se quedan solos y por un momento, me da la sensación de que estorbo. Me acerco a Paula y le doy un sincero abrazo, poniendo mi cabeza en su cuello y aspirando fuerte su olor.

—Creo que es mejor que me vaya y os deje solos, Paula —le susurro, al oído haciendo que ella me abrace fuerte.

—Quédate conmigo, por favor —me pide.

Las horas van pasando. Trasladan a su madre al velatorio y de nuevo, Paula se derrumba.

—Necesitas descansar, Paula —le aconsejo.

—Eric —se inclina y me mira con los ojos llorosos —dime que todo esto es solo una broma, que mi madre no puede estar muerta y que no estamos aquí. —Las lágrimas resbalan por su mejilla.

Agarro su cara con mis manos, hago que me mire.

—¡Escúchame, Paula! Ha pasado. Ahora debes ser fuerte, tú y tus hermanos debéis tirar hacia delante.

—Pero sin ella yo no puedo, no puedo. Necesito a mi madre, Eric —llora con fuerza.

Amigos y familiares llegan al tanatorio. No son muchos, pero los suficientes. Me extraña no ver a Paolo por aquí, dando un último adiós a la que era su mujer y creo que no soy el único que se extraña. No dejo de ver a Paula nerviosa asomándose cada dos por tres a la puerta, imagino, que espera a que venga, pero no me atrevo a preguntar.

Cae la noche y mañana por la mañana se da un último adiós a Isabel. Acompaño a Paula hasta su casa, es la única que no ha descansado y casi no queda nada de ella. En

casa obligo a que se dé una ducha, pero al ver que no quiere, que lo único que quiere es estar tirada en el sofá, me termino metiendo con ella en la ducha y a pesar de que también se niega, termino saliéndome con la mía. Me ocupo de coger su ropa rebuscando por todos los cajones de su cómoda, hasta que al fin lo consigo. Preparo unos sándwiches y hago que coma, aunque solo sea un poco. Pasamos la noche en el tanatorio, y hago que Paula se duerma, aunque solo sean unas horas, acurrucada a mí.

Yo no soy capaz de pegar ojo. Tengo que estar pendiente de Paula, no sé por qué, pero necesito que no se venga abajo. Si ella lo hace, creo que yo también y solo de pensarlo me descompongo.

Decido salir un rato fuera, necesito que me dé él aire y cuando miro mi móvil, que lo tengo en silencio, veo cuatro llamadas perdidas de mi hermana y dos de mi padre.

Decido llamar. Mientras suena el tono de la llamada, pienso en qué decirles. No quiero darles muchas explicaciones y sé que… si no lo hago de una manera, lo tendré que hacer de otra. Tal vez no haya mucha lógica en todo esto. Paula solo lleva un mes, trabajando para mí y siento que conecto con ella más que con mucha gente que conozco desde hace años.

Hablo con mi padre.

—¿Y bien? ¿Qué ha ocurrido?

—A su madre le ha dado un infarto y ha muerto, papá —froto mi cara.

Silencio.

—¿Vas a ir a trabajar, o te vas a quedar con ella?

—Me voy a quedar con ella, me necesita papá.

—¡Joder Eric! Qué no se te olvide quien es.

—No es el momento papá —contesto molesto.

—Cuando sepas algo, llámame. De momento, me iré encargando de algunas gestiones que tienes pendientes.

—Gracias papá.

Cuando llamo a Susana, está muestra algo más de humildad que mi padre. Se preocupa por ella y por un momento, Susana, que tanto odia a Paula, deja ese odio a un lado. Y cuando hablo con Nacho, que es quien está cubriendo mi puesto ahora mismo, me siento más relajado y tranquilo.

—Si necesitas que vaya, solo tienes que decírmelo —me dice. —¿Cómo está ella?

—Lo sé. Ella está rota, hecha polvo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Yo bien, a su lado.

Silencio.

—Dale él pésame de mi parte y llámame por si necesitas algo, hermano.

Paula.

—¿Dónde está Eric? —Miro a Trini que se encoje de hombros mientras me ofrece

una botella de agua que rechazo enseguida.

—Creo que está afuera, hablando por teléfono —me contesta sentándose a mi lado

—¿Cómo estás? —Me mira preocupada.

—Mal, Trini, muy mal —Miro el cristal que me separa del cuerpo de mi madre y

comienzo a llorar de nuevo, en silencio. Aun no me puedo creer que esto esté pasando,

que sea verdad que ya no la vuelva a ver, ni a decir por última vez: «Te quiero mamá».

Si me dieran una última oportunidad, se lo diría para que fuera a donde fuera, lo supiese.

Eric se sienta a mi lado al cabo de unos minutos. Su cara muestra cansancio, me mira

con sus ojos azules y no puedo evitar echarme hacia él, lo necesito tanto.

—Creo que deberías marcharte, estás dejando el trabajo por mi culpa —le digo sintiéndome mal.

—Paula. No te preocupes, he llamado a mi hermano y él se está ocupando de todo

—sonríe y yo hago un esfuerzo por hacerlo también —no pienso dejarte sola, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza sin decir nada y apoyo mi cabeza en su pecho. Me abraza.

La mañana nos recibe triste, está nublado y amenaza con llover y a las once, veo como

a mi madre la meten en un nicho. Solo con pensar que si le da por respirar… ¡Dios, no puedo! Agarro a Eric con fuerza y lloro, lloro de pena. Una parte de mí se ha ido con

ella.

Llegamos a casa en cuanto termina todo eso y doy las gracias a todo el mundo por haber estado aquí. Mi padre en cambio no ha aparecido. En fin… Me consume la rabia.

«¡Maldito cabrón, hijo de la gran puta! Ojalá fueses tú quien se hubiera muerto y no

ella», me digo, cada vez que pienso en él.

—Gracias por todo, Eric, de verdad —agradezco a Eric de nuevo, nada más entrar

en casa. —Imagino que has tenido que dar muchas explicaciones por tu ausencia, —

pienso en su exmujer, en Susana.

Nos sentamos en el sofá, estoy agotada.

—Yo no tengo que darle explicaciones a nadie —me contesta cogiendo mis piernas y poniéndolas encima de las suyas.

—¿Ni siquiera a tu mujer?

—Dirás exmujer, —me corrige. Acaricia mis piernas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué te has quedado conmigo?

Eric se me queda mirando sin saber qué decir.

—Si te soy sincero, no lo sé —suspira —pero necesitaba estar a tu lado y saber que dentro de lo que cabe, podrías estar bien. Yo casi pasé por lo mismo no hace mucho —le miro atenta —mi padre sufrió un infarto hace ocho meses —el corazón se me encoge al escucharle —lo encontré en su despacho sin respirar.

—Lo siento mucho, Eric —cojo su mano y la beso.

—Yo lo siento más Paula, lo que te ha pasado… —su respiración se agita.

—No lo digas por favor, aun no puedo creérmelo y no quiero hacerlo tampoco.

18

El sonido de la ducha me hace abrir los ojos. Estoy sola en la cama, Eric no está a mi lado. Me levanto y entro en el baño. El vapor me hace respirar de nuevo. Espero a que salga y cuando la cortina se abre, y me encuentra allí, se asusta.

—¡Dios, que susto! —se lleva la mano al corazón y sale rodeando su cintura con la toalla que suelo usar. Una de Bob Esponja, la típica de piscina que me regalaron mis sobrinos por mi cumpleaños el año pasado. La imagen de mi madre se me viene a la cabeza y aguanto las ganas de llorar.

—Espero que no te haya molestado, tengo que trabajar y necesitaba una ducha —me explica.

—Como si estuvieras en tu casa, Eric, no te preocupes. Faltaría más —Dudosa lo miro y muerdo mis carrillos en un intento de poder tranquilizarme. —Creo que estoy lista para empezar a trabajar hoy —le suelto de sopetón.

—No es buena idea, todo es reciente, tómate unos días.

—No puedo quedarme aquí, pensando en ella, necesito mantener la mente ocupada —respondo decidida.

—Escúchame Paula. Necesitas asimilar lo que ha sucedido, necesitas estar con tus hermanos, con tus sobrinos y el trabajo no te va a beneficiar ahora mismo. Solo tomate dos días como mucho y vuelves.

Asiento con la cabeza.

—¿Vendrás luego? —le pregunto con los ojos llorosos.

—Sí, te estaré llamando y vendré luego aquí. Si quieres…, puedo quedarme aquí por la noche para que no estés sola, ¿te parece buena idea?

—Sí, por favor.

Llamo a Carlota en cuanto Eric se marcha y lo único que hacemos es llorar.

—He mandado a los niños al colegio —me dice.

—¡Joder! ¿Y por qué? Es pronto —lloro apenada.

—Porque el hecho de que estén aquí, no le va a hacer volver Paula y ellos, deben

entender que la vida sigue, que esto forma parte de la vida.

—¿Puedes subir a casa? Yo…, yo no puedo entrar ahí.

Admiro el valor que tiene mi hermana de seguir en casa de mi madre. Yo no puedo ni

siquiera pensar en esa casa, hasta mi casa me recuerda a ella.

Paso solo un rato con mi hermana por la mañana. Ella y Sergio han ido a arreglar todo

lo que conlleva el papeleo. Yo no, no he podido, no valgo para eso.

Nuria viene a visitarme, junto con Trini al mediodía a casa y en silencio estamos un rato. Eric me ha llamado un par de veces y, de alguna manera, cuando hablaba con él,

era como si nada hubiera pasado.

Cuando vino a la noche, para quedarse conmigo, me sentí aliviada, protegida por él.

Todo es tan extraño…

Dos días más tarde, decido volver al trabajo a pesar de que Eric no está de acuerdo.

¿Pero qué puedo hacer? Llorar en casa no va a hacer que vuelva, no va a cambiar nada.

Con un dolor en el pecho que casi no me deja respirar, voy a ver a mis sobrinos, a casa de mi madre, antes de marcharme. Sé que están despiertos. Nada más meter la llave en

la cerradura, y saber que no me voy a encontrar con ella, me paraliza.

—No puedo —lloro mirando hacia Eric. Él me abraza.

—Tranquila, Paula, es normal.

Limpio mis lágrimas. Abro la puerta cogiendo fuerzas y enseguida, mis sobrinos se

asoman por el pasillo, en cuanto me miran, siento una punzada de decepción en sus ojos, pero no tardan en correr hasta mí. Nos fundimos en un fuerte abrazo y aguanto las ganas de llorar.

—Creía que era la Abu —me dice Iván rompiéndome en mil pedazos sin querer

—Cariño…, la Abu está de viaje.

—¿Y nos ha dejado solos? ¿Quién nos cuidará ahora? —pregunta.

Miro a mi hermana que se tapa la boca mientras comienza a llorar.

—Iván, cariño ya te lo he explicado —dice ella como puede.

Mi sobrino el mayor, Manu, se marcha a la cocina en silencio. Miro a Eric que también

me mira y voy tras él.

—¿Estás bien, Manu? —pregunto tocándole la cabeza.

—Pues no —contesta él serio —porque no me parece justo que se haya ido.

No sé qué decirle, si la cosa fuera desde otra respectiva, seguro que sabría qué decir, pero vivirlo desde dentro, no.

—A mí tampoco me parece justo que se haya tenido que ir —comienzo a decir —

pero, ¿Qué hacemos, Manu? Yo recuerdo el día en que mi abuela se murió, y sé lo que

estás sintiendo tú ahora mismo.

Mi sobrino me mira apenado.

—Si yo pierdo a mamá o a ti, no sé si lo soportaría.

Su comentario me hace llorar y le abrazo con todas mis fuerzas.

—Queda mucho para que eso…, si es que pasa, pasé —sé que tenemos que morirnos

algún día, esto forma parte del día a día, de la vida, pero no estamos preparados. Sigue siendo un tabú.

Eric y yo salimos de casa después de hablar con mi hermana y nos dirigimos al trabajo.

—¿Qué hará tu hermana ahora? —me pregunta. Cojo aire.

—No lo sé…, mi madre era quien se encargaba de ayudarla con los niños…, y ahora… —un nudo de emociones tristes se me instala en la garganta.

—¿Y vuestro padre, no puede…? —le lanzo una mirada fugaz.

—Mi padre está muerto para mi Eric —sentencio —ni siquiera ha llamado, ni

siquiera ha ido a despedirse…, ¿Qué clase de persona es?

—No lo sé, no lo conozco.

—Mejor que no lo hagas, Eric.

Eric deja su coche en el parking de la empresa y juntos subimos el ascensor. Llegamos

a la planta y cuando paso por la puerta que me lleva hasta la sala donde se encuentra

mi mesa, todo es jodidamente raro. Cuando me acerco a mi mesa, y veo que todo está

tal y como lo dejé, me da la sensación que no ha pasado nada, que hoy, es solo un día

normal.

«Céntrate en el trabajo, no pienses, desconecta» me digo mirando la pantalla de mi ordenador mientras redacto varios informes. Siento que alguien se acerca a mi mesa.

Es Susana.

—Hola, Paula, ¿cómo estás? Me he enterado de lo ocurrido, lo siento mucho —

olvido nuestras indiferencias, aunque de golpe y porrazo, varias preguntas se me hayan

venido a la mente, pero estoy tan agotada mentalmente, después de todo lo que ha pasado, que ya me da hasta igual.

—Gracias, Susana —contesto a punto de llorar de nuevo.

Susana se acerca y hace que me levante para darme un abrazo.

—¿Sabes si mi hermano está en su despacho? —me pregunta con una medio sonrisa

en cuanto vuelvo a mi asiento.

¿Su hermano? Ha dicho…, ¿su hermano? ¿Eric y ella son hermanos?

—El señor Odman y tú… ¿Sois hermanos? —le pregunto con la boca abierta.

—Sí, ¿acaso, no lo sabías?

Niego con la cabeza y siento que se me va un gran peso de encima, me siento incluso hasta tonta.

—Está en su despacho —le devuelvo una leve sonrisa y se marcha al despacho.

Sigo sin encontrar la agenda y paso parte de la mañana cambiando contraseñas con la

ayuda de Dolores y del teléfono. Pobre, debería mandarme a la mierda, mañana la operan y ahí está ella contestando a todas mis preguntas.

Más tranquila, atendiendo llamadas y terminando de apuntar en una carpeta todas las

contraseñas cambiadas, me levanto a por un café. Me lo bebo mirando junto a la ventana, mirando hacia el horizonte, pensando en mil cosas a la vez, sobre todo en mi

madre. Cierro los ojos con fuerza y deseo con toda mi alma que al abrirlos, nada hubiese pasado. Pero en cuanto los abro, todo sigue igual, la sensación es la misma, de soledad.

Termino mi café que está frío y vuelvo a mi mesa, la puerta del despacho está abierta y Eric no está dentro.

Cuando me siento y me pongo de nuevo a redactar correos, lo veo salir del ascensor

con algo en la mano. Sonríe al pasar por mi lado, le devuelvo la sonrisa y se encierra

en su despacho hasta el mediodía. Cuando estoy a punto de salir a comer, Eric sale llamando mi atención.

—¿Quieres comer conmigo, Paula? —pregunta de forma dulce.

Acepto y juntos vamos a comer a la cafetería a la que suelo ir al medio día. Opto por

un sándwich vegetal de pollo, no tengo mucha hambre y si lo intento, es por él.

—¿Te importa si llamo a mi hermana? —digo levantándome de la mesa para salir a la calle. Necesito saber cómo está, como están los niños y lo mismo de mi hermano.

—Claro, no te preocupes, tómate el tiempo que quieras —me habla de forma tan suave, que por un instante dudo si el hombre que tengo delante es quien creo que es.

Salgo y hablo un poco con mi hermano, él también se ha ido a trabajar y aunque sé que

está haciendo muchos esfuerzos por no romper a llorar, su voz ronca y susurrante me

hace saber que está igual de roto que yo.

Termino de hablar con él y llamo a mi hermana, pero no lo coge. Imagino lo ocupada

que debe de estar y le mando un mensaje quedando en llamarla luego.

Me doy la vuelta para entrar de nuevo a la cafetería cuando mi móvil vibra. Miro la pantalla y veo el número de mi padre. Respiro hondo y mientras suena, decido no cogerlo. Vuelvo a la mesa y de nuevo, mi móvil vuelve a sonar.

—¿No lo coges? —Eric me mira.

—Es mi padre. No, quiero saber nada de él.

Eric no dice nada y yo, tampoco. Terminamos de comer en silencio.

La tarde se me echa encima, mi padre insiste llamándome y opto por apagar el teléfono.

¿Es que no se da cuenta que no quiero saber nada de él?

A las siete de la tarde, Eric sale de su despacho, juntos volvemos a casa, a mi casa y

cuando salimos del ascensor, me sorprende la silueta de mi padre, junto a la puerta con una carpeta en la mano.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso no te das cuenta que no quiero saber nada de ti? —

pregunto alzando el tono de mi voz. Eric permanece a mi lado, quieto sin decir nada.

—Solo he venido a traerte esto —me ofrece la carpeta.

—No quiero nada de ti, quiero que te vayas —saco las llaves del bolso y abro la

puerta.

—Paula —me llama mi padre mirando a Eric con mala cara. Los miro a los dos.

—¡Por cierto! Este es Eric papá, ¿no estabas interesado en conocerlo? ¿quieres pasar y hablamos los tres? —entro en casa y con un gesto tranquilizo a Eric. Mi padre

entra también.

—Bueno, Eric, este es mi padre, estaba muy interesado en conocerte en cuanto se

enteró que trabajaba para ti —miro a mi padre —¿verdad papá?

—Paula, solo he venido a traerte las escrituras de tu casa, me he encargado de hacer

todo el pago —deja la carpeta sobre la mesa —y también he traído esto, que creo que

es tuyo —deja mi agenda sobre la mesa.

Angustiada miro a Eric que aturdido me mira.

—¿Qué haces tú con mi agenda? —pregunto enfadada.

—La dejaste cuando estuviste en casa, se te debió de caer, no lo sé. Estaba en el jardín —no lo creo, no recuerdo haber ido ese día a su casa. Miro a Eric «qué no piense mal de mí, por favor» —Mi padre se acerca —siento mucho lo de tu madre Paula —me dice sacándome de mis casillas.

—¿Qué lo sientes? —me rio irónica —¿Qué lo sientes? —Chasqueo la lengua contra el paladar. Me pongo nerviosa, me va a dar algo, me falta el aire. Muerdo mis labios.

—Cuando estés más tranquila, si quieres hablamos. He de marcharme, tu abuela está

delicada.

El corazón se me acelera.

—Desde cuándo te ha importado a ti la abuela, ¿eh?

—Paula, tranquilízate —esa petición me pone más nerviosa.

—¿Qué me tranquilice? ¿Qué me tranquilice? Estoy tranquila, papá. A pesar de que

tengo delante de mí, al asesino de mi madre —estoy fuera de sí —porque ella está muerta por tu puta culpa —lo a punto con el dedo.

—Será mejor que me vaya —mira a Eric —no estás en condiciones, lo que me estás

diciendo es muy grave.

—¿Ya te quieres ir? ¡Cobarde! ¿sabes cuantas veces vi a mamá llorar por tu culpa?

—Comienzo a llorar —ni siquiera fuiste a despedirte, papá. Ella te quería, te seguía queriendo y tú… ¡joder, tú nunca has querido a nadie! —lloro desconsolada y noto los

brazos de Eric abrazarme. Tira de mí.

—Creo que es mejor que se vaya —me dice.

—Que lo haga después de explicarte, él porqué quería que le pasara información de

la empresa, de tu empresa Eric.

Mi padre me mira con mala cara, no sabe qué decir.

—¡Venga valiente! Explícaselo…

De un portazo, mi padre sale de casa. Suelto el aire que tenía retenido en mi pecho y

miro a Eric.

—¿Le diste información a tu padre, Paula? —La expresión de su cara se endurece.

—No, Eric, no lo hice. En ningún momento se me pasó por la cabeza a pesar del chantaje que usaba mi padre.

Me mira dudoso. Se frota la cara y se sienta en el sofá, pensativo.

—Eric… yo no haría una cosa así —sollozo. —¿Me crees?

Eric, suspira cansado.

—Sí, Paula, te creo.

Nos abrazamos.

19

Dicen que el tiempo cura las heridas, que te hace olvidar. No hay día en que me acuerde de mi madre y cuando más lo hago, más doloroso sigue siendo para mí saber

que ya no la tendré ahí. Ha pasado ya dos meses desde que nos dejó y yo la recuerdo

con más fuerza.

El trabajo me mantiene ocupada y Eric…, que no se ha separado de mí, también, la verdad. Pasamos mucho tiempo juntos, con mis hermanos, mis sobrinos, y aunque…, aún no le hayamos puesto nombre a eso que tengamos, yo estoy muy segura de que lo

quiero en mi vida. Todo es menos doloroso si él está conmigo, aunque no puedo negar,

que cuanto más tiempo paso con él, más miedo a sufrir tengo.

Carlota y los niños dentro de lo que caben, lo llevan como todos, imagino. Aunque, los

niños nos están dando una lección de vida, increíble. Cuando me ven triste, o lloro, ellos, «ellos» a mí, me tranquilizan, diciéndome que la Abu, se enfadaría si me viera

tanto llorar. ¡Joder! Debería ser yo quien los tranquilizara yo a ellos, y no ellos a mí.

Eric sale de su despacho, sacándome de mis pensamientos.

—¿Todavía no te has marchado, nena? —se acerca a mi mesa. Toca mi pelo —

trabajas demasiado.

—Tenía que terminar de organizar la planificación de la semana que viene. —

Miento, ya la tenía organizada del día anterior. La verdad es que estaba esperando a que él saliera para compartir ascensor.

—¿A qué hora tenemos la reunión con la federación de deporte para que añadan nuestro logo en la camiseta del equipo? —me levanto de la mesa, después de apagar el

ordenador.

—A las doce tenemos que estar en el Palacio de Deportes donde nos reuniremos con

la junta. A las dos tenemos comida con el director del equipo y a las cinco te he programado cita para que vayas a la consulta del médico.

—¿Médico? —caminamos juntos hacia el ascensor.

—Hace nueve días que te hiciste esos análisis que me comentaste y bueno, tendrás

que ir a por los resultados, ¿no?

Sonríe, ¿Estará orgulloso de mí?

—Gracias. Yo no me acordaba, estás en todo.

Las puertas del ascensor de abren y entramos.

—Bueno, se supone que me pagas por hacer mi trabajo.

Silencio.

—¿Tienes algo que hacer está noche? —Su pregunta me hace sonreír de oreja a oreja —he pensado que podíamos quedar para cenar.

En cuanto las puertas del ascensor se cierran, nos besamos con desesperación.

—Te echaba de menos —me dice con una sonrisa.

—Y yo a ti —contesto derritiéndome en sus brazos.

Nada más salir del ascensor, su móvil comienza a sonar. Pone mala cara en cuanto mira

la pantalla. Ya en la salida, atiende la llamada. Se aleja mientras habla y yo le espero junto a mi coche. Observo sus andares, la expresión de su cara, como se amasa el pelo.

Por la forma que tiene Eric de gesticular, me da a mí que nos quedamos sin cena hoy.

Así me lo confirma cuando cuelga la llamada y serio, se acerca a mi lado.

—Lo siento Paula, pero lo de la cena no va a poder ser…

—¿Ha pasado algo? —pregunto algo preocupada.

—Era Valeria y…

—No —le corto —no necesito que me des explicaciones, tranquilo. No pasa nada

—Eric no es mío.

—¿Te llamo luego?

—Claro, cuando tú quieras —le doy un casto beso en los labios y subo a mi coche

con una sonrisa falsa dibujada en mi cara.

No es la primera vez que Valeria reclama su atención en estos dos últimos meses.

Llego agotada a casa y deprimida también. Pero la visita de mi hermana y de mis sobrinos, cambian mi estado de ánimo. Dejo a mis sobrinos jugar a la consola que se la

han subido a casa y me voy a la cocina a charlar con mi hermana.

—¿Qué tal con Eric? —me pregunta Carlota interesada, mientras saca un refresco de

la nevera.

—Le ha llamado su exmujer y ha salido corriendo —me quejo cruzándome de brazos. Mi hermana me mira —pero estoy bien, no te preocupes, lo entiendo.

—Creo que deberíais hablar sobre lo vuestro.

—¿Y qué es lo nuestro, Carlota? Yo solo soy su secretaria, la «putón» que se acuesta

con él, por así decirlo.

—Qué boba eres Paula. No se ha separado de ti en este tiempo, nos hemos reunido

varias veces, ¡joder! ¿en serio sigues pensando que solo eres su secretaria.

—Yo ya no sé ni lo que pienso Carlota.

—Intenta no hacerlo, ¿quieres? —mi hermana coge mi mano —quería comentarte

algo. Este fin de semana, Sergio y yo vamos a hacer limpieza en casa de mamá.

—¿Qué dices Carlota? —Miro sorprendida a mi hermana —¿De qué tienes pensado

deshacerte?

—Voy a llevar toda su ropa a la iglesia, yo no me la pienso poner y creo que tú tampoco. Y tenerla en casa guardada solo nos hará pensar en ella.

—¿Acaso quieres olvidarla? —un nudo de pena se instala en mi pecho.

—No, tonta. Pero dime una cosa. ¿Quieres tener tú, sus cosas?

—Podríamos guardarla, no sé —me encojo de hombros.

—Algunas cosas las podemos guardar, pero otras…, Paula, para que estén cogiendo

polvo, es mejor que alguien que lo necesite pueda darle uso. Sabes que ella querría eso.

Asiento sin abrir la boca, no puedo, estoy a punto de echarme a llorar. Abrazo a mi hermana y en silencio, las dos lloramos.

A las doce de la noche, ya metida en la cama, miro la pantalla del móvil esperando a

que Eric me llame, pero no lo hace.

Eric.

Subido en mi coche, miro hacía su ventana. Acaba de apagar la luz, ¿se habrá ido a la cama? Dudoso la llamo.

Un toque… dos… tres…

—¿Sí? —pregunta con la voz algo decaída.

—Siento no haberte llamado antes, la cosa se complicó. ¿Estás despierta? —yo sigo mirando hacía su ventana.

—Acabo de meterme en la cama. Eric…, es tarde y, estoy cansada.

—Paula…, lo siento.

—Eric, ya te dije que no tenías que darme explicaciones de ningún tipo, en serio, lo entiendo —silencio —nos vemos mañana.

—Adiós, Paula —cuelgo la llamada.

Arranco el coche y voy hasta casa. Dejo las llaves y el móvil encima de la mesa del salón y voy a darme una ducha. Cuando salgo, me siento en la cama y pienso en ella, en Paula y en lo mal que empiezo a comportarme. Si ella, se hubiese ido con Marcos, como yo he hecho con Valeria, tal vez no se lo perdonaría. «¡Joder! Eric, deja de pensar».

Paula.

Cuando me quiero dar cuenta, pronto llega el fin de semana y decido pasarlo con mis

sobrinos, mientras mis hermanos están ocupados limpiando la casa de mi madre. Nuria

me acompaña. La pobre termina hasta la coronilla de mis sobrinos, no la culpo, yo también. Comemos hamburguesa, vamos al cine a ver una peli, nos hinchamos a palomitas y, por último, terminamos tomándonos un helado.

—Voy a terminar con un dolor de barriga que te vas a cagar —dice Nuria haciendo

que suelte una carcajada.

—Manzanilla con anís y a tomar viento —le aconsejo.

Aprovechando que los niños están entretenidos jugando entre ellos a los dichosos cromos de futbol, Nuria y yo hablamos de nuestras cosas.

—¿Qué tal Eric? —me pregunta Nuria en voz baja, con cara de cotilla.

¿A todo el mundo le ha dado por preguntarme por él, últimamente?

—Pues bien, imagino. Estará en su casa, no lo sé o tal vez…, —me llevo el dedo

índice a la barbilla y achino los ojos —con su exmujer.

—Tíos —se queja haciendo un mohín con la boca que me hace gracia —¿no te

molesta que esté con su exmujer? ¿Le has pedido explicaciones?

La miro impresionada.

—Pues sí. Me molesta, si lo pienso más —resoplo —el otro día quedó en llamarme y lo hizo, pero cuando ya me fui a la cama tía.

—Pídele explicaciones —me aconseja Nuria.

—No. No tengo ese derecho, el sabrá lo que hace, Nuria.

Nuria se me queda mirando.

—¿Qué pasa?

—Tú y tu cara me lo está diciendo todo, Paula. Se te nota un huevo y parte del otro,

que estas coladita por él.

Suspiro apartando la mirada. NO quiero hablar de Eric, no quiero decir lo que siento

por él, porque sigo echa un lio, NO QUIERO PENSAR.

—Vale, no te agobio, pero háblalo con él.

—No sé qué es lo que tengo que hablar con él —me hago la tonta.

—Dile lo que sientes, Paula.

—¿Y si el no siente lo mismo?

—Pues te alejas, no sé, te buscas a otro, o yo que sé. Pero no pierdas el tiempo sufriendo que bastante tienes ya.

Mis sobrinos se acercan, ya están cansados y creo que no son los únicos.

Salimos del centro comercial y llevamos a Nuria a su casa. Cuando llego a la mía, mi

hermana se encuentra allí con mi hermano y Trini. Hay dos cajas sobre la mesa.

—Hemos pensado que querrías tener esto de mamá —dice mi hermano.

Asiento sin abrir la boca y respiro hondo. No me encuentro preparada para poder mirar

lo que hay dentro, así que le pido a mi hermano antes de que se marche que se las lleve al trastero, mi hermana se va con niños a prepararles el baño y Trini se queda conmigo.

De nuevo, hablamos sobre Eric, al parecer, llamó a mi hermano.

—¿Y por qué no me llamó a mí? —pregunto molesta.

—No lo sé, estuvieron hablando sobre programas, al parecer está interesado en que

tu hermano les haga pa página web de la empresa o algo así.

—Vale, no tenía ni idea —me callo.

Mi hermano no tarda en volver a casa, les propongo que se queden a cenar, pero han

quedado con unos amigos.

21

A las ocho menos cuarto de la mañana, salgo del ascensor y accedo hasta mi mesa. Eric no tarda en aparecer. Nada más verme, Eric ha paseado su mirada por todo mi cuerpo hasta nuestras miradas se han encontrado.

—Buenos días —me saluda dirigiéndose a su despacho.

—Buenos días —como todas las mañanas, voy a preparar su café y lo dejo sobre la mesa.

Sobre las doce del mediodía, nos dirigimos los dos, sin mediar palabra hacía la federación de deporte. Tenemos una reunión importante.

Durante horas, escucho atenta la reunión, mientras redacto en mi ordenador, los puntos más importantes. Mi mirada y la de Eric se encuentran en varias ocasiones, pero yo sigo con mi trabajo.

A las cinco y media de la tarde, llego a casa. La reunión ha sido satisfactoria. Me quito la chaqueta dejándola sobre la silla y voy a la cocina a beber un poco de agua, tengo mucha sed. Llaman a la puerta. Abro encontrándome con Eric. Entra y cierra la puerta. Se quita la chaqueta dejándola junto a la mía y se lanza a mis labios.

—Dios, Paula…, Te deseo.

Nos besamos con violencia. Mi cuerpo entra en calor rápidamente, nos desnudamos tirando la ropa al suelo y entre besos, nos dirigimos hasta mi cama. Mi cuerpo se abre para recibirlo y jadeo al sentir como se hunde en mi interior. Agarra mis pechos, los besa, los muerde. Sus embestidas son fuertes, violentas, placenteras. Cuando el orgasmo me recorre entera, grito y me arqueo bajo su cuerpo. Eric agarra mis pechos, me aprieta hacía él fuerte y se deja llevar soltando un leve gruñido.

Nos damos una ducha al cabo de un rato y salimos de casa encontrándonos con mi hermana y los niños que no tardan en acercarse a Eric para abrazarle y para hablar sobre videojuegos.

—Qué lo paséis bien —dice mi hermana despidiéndose entrando en casa.

Salimos del portal agarrados de la mano, como si fuéramos una pareja normal y nos vamos a tomar algo a mi bar preferido.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —pregunta mirando a su alrededor.

—En este bar siempre me he reunido con las chicas —sonrío al pensar en ellas.

El camarero que ya me conoce, nos pone unos pinchos en la mesa, le pido unas patatas con alioli y con una sonrisa se lo agradezco.

—Siento mucho no haber estado estos días…

—No importa —le quito importancia. Lo último que quiero es que se sienta presionado por tener que darme explicaciones.

—Sí, sí importa Paula. No quiero que te lleves una mala impresión de mí.

Me estoy agobiando.

—No me estoy llevando una mala impresión de ti —miento un poco. Es un hombre, ¿Qué puedo esperar? ¿Qué me pida que me case con él? No.

—¿Te parece bien entonces que sigamos en este plan?

—Sí —miento otra vez.

22

Los días pasan y yo me siento más estúpida por no haber sido sincera con Eric y

haberle contado lo que sentía por él. Pero tengo miedo a que, si le cuento lo que siento, él salga corriendo. Soy una cobarde, lo sé.

Susana sale de su despacho dando un portazo, me lanza una mirada de desaprobación y

me levanto para comprobar si Eric está bien.

Toco la puerta despacio y la abro.

—¿Todo bien, Eric? —pregunto entrando.

—Todo bien, Paula. Vuelve al trabajo —no me mira cuando me habla.

Sin mediar palabra, salgo de su despacho y cuando me siento en la mesa, el teléfono

interno suena.

—Siento haberte hablado así —me dice con la voz cansada.

—No importa, al fin y al cabo, solo soy tu secretaria —y cuelgo.

Al día siguiente más de lo mismo. Eric está serio, apenas me habla, y cuando lo hace,

su tono, no me gusta. Al medio día me sorprende la visita de su exmujer. Se van juntos

a comer y yo me quedo, sola y disgustada, cabreada conmigo misma. Trini me llama,

justo cuando voy a tomarme un sándwich vegetal y me hace olvidarme de Eric en

cuanto me cuenta que ya tienen fecha para la boda. Será el próximo 13 de septiembre.

A las seis de la tarde, Eric aparece con Valeria, entra en su despacho, coge su maletín y con un seco «Hasta mañana» se marcha.

Llego a casa a las siete de la tarde y me tiro al sofá, hundiéndome en los cojines e

imaginando todo lo que Eric, puede andar haciendo con su exmujer.

Tan deseosa estoy porque llegue el viernes que cuando llega, no me lo creo. Me quito

bastante trabajo de en medio y a las tres, salgo de la oficina, después de despedirme de Eric que, de nuevo, lleva unos días serio, distante.

Cada día entiendo menos a los hombres.

Me doy una ducha y me arreglo. He quedado con Nuria y con Julio para ir al cine, y para hacer algo en plan tranquilo, es lo que necesito.

Subo a mi coche y me dirijo hacia el centro comercial, «Príncipe Pío», donde espero a Nuria y a Julio mientras disfruto de unas tortitas con chocolate y nata en el Vips. Me apetece estar un rato sola conmigo misma, mientras espero a que mis amigos vengan.

Media hora más tarde, en la puerta del cine, unos brazos fuertes me sorprenden agarrándome por detrás.

—Se te echa de menos, preciosa —me dice al oído. Sonrío y me doy la vuelta para abrazarlo. Nos damos dos besos. Nuria está con él. Le doy un abrazo.

Con nuestras entradas ya compradas, y con nuestras palomitas, nos dirigimos a la sala donde en diez minutos, empieza nuestra película. «Monster Money»

A los cinco minutos de empezar la película, mi teléfono móvil vibra en mi bolsillo. Es un mensaje, de Eric. Con el corazón acelerado lo abro.

>¿Te apetece hacer algo está noche?

Me tiemblan las manos. Le respondo. ¡Soy gilipollas, lo sé!

<Estoy en el cine viendo una película con Julio y Nuria. ¿Te apuntas luego? Daremos una vuelta.

Como una tonta me paso media película mirando la pantalla de mi móvil. No contesta.

De reojo veo como el teléfono de Julio se ilumina. Me mira y se levanta saliendo de la sala.

—¿A dónde va? —pregunta Nuria intrigada.

—Ni idea —me encojo de hombros y miro hacia la pantalla.

Mi curiosidad va en aumento y espero ansiosa a que él regrese, pero cuando lo hace, no me atrevo a preguntarle si quien ha llamado ha sido Eric.

Termina la película y salimos.

—¿Qué os apetece hacer ahora? —nos pregunta Julio mirando su móvil.

—¿Salir, cenar? —pregunta Nuria animada.

—Lo que queráis, pero decidiros que, si no, me voy para casa —les advierto a los dos.

Julio me echa su brazo por encima y me da un beso en la frente.

El teléfono de Julio suena. Con la mirada busca a alguien y no me sorprendo cuando veo a Eric acercarse a nosotros. No puedo evitar sentirme nerviosa. Nos saludamos como si no nos hubiéramos visto durante todo el día y discutimos, sobre a donde ir.

Aprovecho que Eric no me mira para mirarlo yo. Está claro que este hombre se relaciona con sus empleados más de lo que él cree.

Salimos del centro comercial y nos dirigimos a nuestros coches, al final hemos decidido salir a dar una vuelta por la calle de las letras, aunque a mí se me empiezan a quitar las ganas.

—Creo que yo paso de ir. Empiezo a estar cansada —digo haciendo que todos me miren.

—¡Venga, Paula! No seas tonta, ¿cómo vas a dejarme con estos dos hombres a mi sola? —Me anima Nuria.

Sonrío.

—No en serio, estoy cansada, no me apetece. ¡Otro día!

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me pregunta Eric.

—No, prefiero irme sola, sino te importa —le contesto molesta.

Subo a mi coche y me marcho. Mañana he quedado con mi hermana y mis sobrinos para pasar el día fuera con Sergio, lo que menos me apetece es estar hecha una mierda y sobre todo, lo que menos me apetece, es perder el tiempo pensando en Eric que me descontrola y pone todo patas arriba en un momento.

Nada más entrar en casa, mi ánimo decae por completo. Está claro qué Eric va por su lado y yo…, yo debería ir por el mío.

A las tres de la mañana llaman al timbre un par de veces, desubicada me acerco a la

puerta y miro por la mirilla. Eric está ahí. Se me acelera la respiración y abro despacio.

—¿Qué haces aquí a estas horas Eric? —le pregunto.

—¿Puedo pasar?

Abro la puerta y cuando pasa, la cierro. Me cruzo de brazos y me quedo mirándole sin moverme del pasillo.

—¿A qué has venido, Eric? ¿Estás borracho?

Se da la vuelta y se ríe.

—No, no estoy borracho, no he bebido.

—¿Entonces qué haces aquí? —Trago saliva.

—Solo…, solo quiero estar contigo Paula. ¿Puedo quedarme?

—Esto es de locos Eric.

—¿Puedo?

Sin abrir la boca, camino hasta mi habitación. Eric entra detrás de mí y se desnuda despacio, le miro.

—¿A dónde habéis ido al final? —pregunto nerviosa.

—No me fui con ellos al final.

—¿Y qué has estado haciendo entonces todo este tiempo? —le miro con los ojos abiertos.

—Frente al portal, preguntándome si era o no era buena idea subir.

—¿Has estado todo el tiempo ahí fuera?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Respiro hondo y le hago hueco en la cama.

Cada vez entiendo menos y llegará el momento, en el que termine explotando.

—Eric —le llamo haciendo que se dé la vuelta y me mire.

—Que.

—No me gusta esto.

—El qué —se muerde los labios y termino apartando la mirada. Mi cuerpo comienza a traicionarme.

—Necesito saber qué es lo que sientes por mí, que es lo que soy para ti.

—¿Para qué?

Cierro los ojos y cojo aire.

—Para alejarme.

Estira su mano y acaricia mi cara.

—No quiero que te alejes, Paula. Solo…, dame tiempo. —Asiento y cojo aire, acercándome a él.

Coloco mi cabeza en su pecho e intento quedarme dormida.

Me levanto de la cama mientras Eric duerme y me visto con cuidado de no despertarle.

Al salir del baño me lo encuentro en calzoncillos. Evito mirarle más de la cuenta y le doy los buenos días.

—¿Me das un beso? —su pregunta me descoloca, pero se lo doy. ¿Os he dicho que soy una pava e idiota? Pues eso…

—Eric, voy a pasar el día con mis hermanos y mis sobrinos al parque de atracciones, ¿quieres venir?

—¿Quieres que vaya?

Resoplo, agobiada.

—¿Qué ocurre?

—¿Te miento o te digo la verdad, Eric? —un incómodo silencio se adueña de los dos.

—La verdad siempre.

¿Qué hago, soy sincera y le digo lo que siento, o me callo?

—¿Qué pasa Paula? —acaricia mi cara. Odio cuando hace eso, me desconcentra.

—Tengo miedo, estoy cagada de miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No lo sé, pero tengo miedo. Sé que mañana, cuando volvamos al trabajo, volverás a ser el mismo capullo de siempre y no, no me gusta Eric. Luego…, está tu exmujer.

—Creía que eso lo teníamos hablado Paula.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—Son muchas cosas Eric. Te echo de menos, ¿entiendes? —me humedezco los labios y lo miro nerviosa.

—Yo también te echo de menos si te soy sincero Paula. Pero es que no sé qué se supone que tengo que hacer… Tal vez tengas razón y esté viendo a Valeria demasiado, pero no debes preocuparte. Con ella, nunca tuve nada.

—Perdona que lo dude, estuviste casado con ella.

—Eso no importa. Nuestro matrimonio era solo un contrato. Ella seguía haciendo su vida y yo seguía haciendo la mía. —Ahora entiendo menos.

—¿Te gusto? —alzo la mirada despacio, encontrándome con la suya.

—Sí y mucho.

—¿Y por qué te comportas así?

—Soy un gilipollas —eso me hace gracia —Yo también tengo problemas y a veces… cuando noto que todo se escapa de mis manos.

—¿Qué se te escapa de las manos? —pregunto con la respiración acelerada.

—Tú, tú te escapas de mis manos, Paula.

—¿Yo? —me rio irónica.

—Estas cambiando mi vida más de lo que podrías imaginar, Paula. No te haces a la idea.

Vale, no sé cómo tengo que tomarme eso.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

Se ríe.

—Nada, Paula, nada.

Su boca se pega a la mía y le devuelvo el beso.

Cuando mis sobrinos ven a Eric entrar por la puerta, me sorprendo al ver que lo abrazan a él, antes que a mí. Mi hermana también se queda con la misma cara que yo.

Me acerco a la cocina donde mi hermana prepara las mochilas de los niños y cuando termina, vamos al parque donde esperamos a mi hermano y a Trini.

Mi hermana prefiere ir en su coche ya que están las sillas y no quiere estar moviéndolas de un lado para otro y yo convenzo a Eric, para ir en el mío; qué poco convencido se sube, mirando a su alrededor, algo que me resulta extraño.

Ya en el parque, una vez que Sergio y Trini aparecen, entramos y desayunamos en una cafetería.

Los chicos se marchan a subirse en unas atracciones. Al cabo de un rato mi hermana y Trini, aprovechan para atosigarme a preguntas.

—O sea, no tenéis nada, pero os seguís viendo, ¿no?… —Trini levanta las cejas divertida compartiendo una mirada cómplice con mi hermana.

—A ver… —sonrío evitando mirarlas —todo es muy raro, ¿vale? Si no me agobiáis, mejor.

—Entonces… eso quiere decir que… —salta mi hermana.

—Eso quiere decir que no os voy a contar nada por que sois unas pesadas.

—¿Tenemos que ir a preguntarle a él? —se queja mi hermana.

La miro seria.

—Tú te aburres, mucho ¿no? Como le digas algo, te preparas.

—¿Lo puedo llamar cuñado? —¡Joder con mi hermana!

—Sin comentarios…

Sergio y Eric se acercan a nosotras, y nos proponen subirnos a una atracción. Mi hermana se niega en rotundo, dice que no quiere morir joven.

¡Madre mía! Miro hacia arriba y veo a toda esa gente colgando como si de un columpio se tratara y cuando eso comienza a dar vueltas me quiero morir. Es una especie de mano que queda boca abajo, da vértigo solo verlo.

—Creo que yo no me voy a subir ahí, ni de coña —hago que tres cabezas se giren hacia mí a punto de estallar a carcajadas.

—Tranquila, no va a pasarte nada —me susurra Eric al oído poniéndome tontorrona.

Me agarra de la mano y siento una sensación extraña recorrer mi cuerpo. Ya no es solo el contacto con su piel. Hay momentos en lo que me gustaría decir y gritar que me encanta estar con él, que me gusta y mucho, pero otros, no. Pienso en sus repentinos cambios de humor, de actitud hacia mí y ya no veo nada igual. Mi forma de pensar también cambia.

Subo nerviosa a la atracción, me tiembla todo el cuerpo. Eric agarra de nuevo mis manos, clavando sus ojos en los míos.

—Te he dicho que voy a protegerte, no tengas miedo.

—¿Quieres decirme algo por si es la última vez que nos vemos? —bromeo mientras respiro hondo.

—Sí —abro los ojos todo lo que puedo —eres muy importante para mí.

¿Me lo dice en serio?

La atracción comienza a girar y como es normal, chillo como una loca. Un globo de aire se instala en la boca de mi estómago, ¡ay, Dios! Creo que voy a potar, esto es de

locos. Gira y gira a más velocidad, cierro los ojos, no puedo seguir con los ojos abiertos, no.

—Tranquila, Paula —escucho a Eric que intenta tranquilizarme, coge mi mano la aprieta.

—Mira al frente, hacia el cielo, lo verás todo más despacio, si miras a la gente te marearás.

Hago lo que me dice, tiene razón. Mirar hacia arriba te da otra sensación, pero en cuanto la atracción se coloca boca abajo, no sé a dónde mirar. Cuando la atracción llega a su fin y poco a poco vamos bajando, la inestabilidad vuelve a mí. Necesito la ayuda de Eric mientras mi cuñada y mis hermanos junto con mis sobrinos, se ríen de mí.

Comemos mientras intentamos descansar un poco, pero con mis sobrinos es casi imposible poder hacerlo. Miro a Eric, a Sergio que juegan con los niños. Nos volvemos a quedar solas las tres. ¡Miedo me dan! Por la forma que tienen de mirarme y acercarse a mí.

—Pues yo creo que ese tío de ahí, ese Dios griego como lo llamó Nuria, está coladito por ti.

Las miro sin pensar nada.

—Yo también lo creo, solo hay que ver la forma con la que te mira. ¡Por favor! ¿No tiene un hermano gemelo o algo? —Me rio ante el comentario de mi hermana.

—Pero que tonta eres —me vuelvo a reír y observo a Eric jugar, se le ve tan sereno, disfrutando.

Ya casi anocheciendo, cuando nosotras tres estamos que no podemos con nuestra alma, somos las primeras en decir que queremos marcharnos. Los chicos no parecen tener muchas ganas de salir de allí, así que me comprometo a llevarlos otro día al zoo de Madrid, a ver si así, consigo que se callen.

Me despido de mi hermano, de mi querida Trini, de mis sobrinos y cómo no, de mi querida hermana. Eric hace lo mismo y sube al coche.

En silencio llegamos hasta casa, salimos del coche y veo a Eric dirigirse al suyo. ¿Se va?

—¿No quieres subir a casa? —pregunto alzando las cejas divertida.

—Sí, tengo que coger algo —lo sigo con la mirada y veo como abre el maletero cogiendo un pequeño macuto. Me mira y sonríe.

—Necesito darme una ducha —dice divertido volviendo a mi lado.

Subimos hasta mi casa hablando y recordando entre risas el día de hoy y en cuanto cierro la puerta de la calle, Eric se abalanza hacia mí, agarrándome de la cintura, empujándome hacia él con ganas, como sí hubiera estado aguantando las ganas de poseerme. Le devuelvo los besos que me da y cuando me quiero dar cuenta estoy desnuda ante él, húmeda, caliente.

—¿Nos damos una ducha? Quiero saborearte como mereces —me dice al oído.

Excitada, asiento con la cabeza mientras muerdo mi labio inferior y entre besos entramos en la ducha.

El agua caliente resbala por nuestros cuerpos. Clavo mis uñas en su gran espalda, jadeo echando mi cabeza hacia atrás cediéndole paso a sus labios que recorren mi cuello. Sus manos se posan en mi trasero, los aprieta con mimo. Recorren mi cuerpo mojado, veo que coge el gel, lo echa en sus manos y despacio como si me estuviera dando un masaje, hace que me dé la vuelta y suavemente masajea mi espalda.

¡Madre mía!

Baja sus manos despacio, sube por mis piernas y hace que las abra, acariciando la parte interna de mis muslos. Pega su pecho a mi espalda, el agua sigue cayendo en nuestros cuerpos. Toca mi sexo, lo aprieta y suelto un pequeño gemido involuntario echando mi cabeza hacia atrás.

—Échate hacia adelante, Paula —susurra con una voz ronca que me pone la piel de gallina. ¡Madre mía! ¡Qué hombre este!

En cuanto lo hago, noto como abre con cuidado mis nalgas, acerca su pene a mi orificio

vaginal, juguetea antes de meterlo y cuando lo hace… Me quiero morir de placer.

Agarra mis manos llevándola a mi espalda, me da la sensación que voy a caerme así

que apoyo mi cabeza hacia atrás, pero no me deja. Con una mano sujeta mis manos y

con la otra tira del pelo, empujándome hacia él. Su fuerza puede conmigo, con mi

cuerpo.

Me penetra con rapidez, furia; eso me gusta y a punto estoy, entre jadeos y gemidos de

gritar de placer.

¡Me voy a marear, madre mía!

—¡Córrete para mí, Paula! —Me pide sin dejar de entrar en mi interior.

Suelta mi pelo y me da un cachete, otro, uno en cada lado, hasta que exploto por dentro, olvidándome de mi existencia por completo. Saboreo ese placer que me envuelve, que

nos envuelve a ambos, porque mi placer es el suyo. Echo mi cuerpo hacia atrás

apoyándome en el suyo, agarra mis pechos y besa mi cuello estremeciéndome por

completo. Me da la vuelta, pasa su lengua por mis labios y me empuja hacia abajo. Sé

lo que quiere, sin pensármelo me arrodillo ante él y meto su grueso miembro brillante

en mi boca, despacio, muy despacio.

Sus manos se posan en mi cabeza y empuja hasta que me viene una arcada.

—Eso es… —agarra mi pelo.

Alzo la mirada y veo sus ojos azules clavados en los míos, eso me excita, al igual que el placer que refleja su cara.

Introduzco su pene en mi boca con suaves movimientos, juego con mi lengua y acaricio

sus testículos que se encojen.

Me empuja hacia él. De nuevo siento otra arcada, que me hace echarme hacia atrás,

pero en cuanto noto como un gemido ronco sale de su garganta, saboreo todo su placer

que se desliza por mi garganta causándome una especie de picor sin importancia.

Me ofrece su mano y me ayuda a levantarme. Quedo frente a él, sonríe…, sonrío y nos besamos.

Hago lo mismo que ha hecho el conmigo, enjabono mis manos y como si se tratara de un masaje, paseo mis manos por su cuerpo. Me detengo en sus bonitos tatuajes, acaricio sus pectorales con pequeños círculos y continúo por la espalda sin separar mi cuerpo del suyo. Bajo por su trasero tonificado, como todo su cuerpo, y me detengo en su sexo que ya se está levantando de nuevo.

—¿Quieres jugar? —me pregunta empujándome hacia él, rozando su sexo con el mío.

—Siempre quiero jugar, si es contigo —le contesto excitada.

Salimos del baño, me seca. Ensimismada me lo quedo mirando. Recuerdo como mi madre me secaba los dedos de los pies, cosa que odiaba y al mismo tiempo me hacía partirme de risa. En cuanto Eric toca mis pies, no puedo reprimir ese recuerdo y lo miro a él con ternura.

—¿Por qué me miras así? —Sonríe.

—Me has recordado una cosa.

—¿Qué cosa? —Se incorpora y al ver que no contesto comienza a hacerme cosquillas.

Me coge en brazos y entre risas y chillando por miedo a que nos resbalemos, me deja caer despacio al sofá desnuda.

—Estás para echarte una foto ahora mismo —me dice con una sonrisa en los labios.

—Y tú para comerte —lo miro con deseo, me pongo de rodillas en el sofá y lo beso con ganas.

Pero Eric me empuja hacia atrás separándose de mí, mientras me quedo con cara de

idiota.

—Te deseo…, Paula.

—Te deseo…, Eric —nos besamos.

—Quiero hacer de todo contigo —me susurra.

—Hazlo, haz lo que quieras.

—¿Estás segura? —noto como sonríe en mi cuello.

Agarra mis manos llevándolas hacia atrás. Tapa mis ojos con una cinta que ha sacado

de su macuto y dejo de ver.

—La boca no te la voy a tapar porque quiero oír como gritas —me dice poniendo mi

piel de gallina. Su voz hace que me humedezca.

Me levanta, me lleva hasta la pared donde levanta mis manos, no puedo ver nada y eso hace que sienta todo con más intensidad.

Acaricia mi cara, mi cuello, mis pechos, mi tripa. Besa mi ombligo.

—Tienes un cuerpo precioso, Paula.

No digo nada, sonrío para mis adentros mientras este hombre abre mis piernas poco a

poco, despacio, acariciando la cara interna de mis muslos, llenándolo en un camino de

besos.

Jadeo y aguanto las ganas de gemir cuando sus dedos tocan mi sexo. Separa los labios

y acaricia mi clítoris y me dejo llevar por esta sensación tan excitante que comienza a recorrer mi cuerpo.

Su boca engulle mi sexo ¡Dios! A medida que me toca, que me besa, que me tira del

pelo echándome la cabeza hacia atrás y no tener el más mínimo ápice de dolor, noto

como me voy relajando cada vez más y más.

—Nena —besa mis labios —no sabes lo que me pone que me dejes tu cuerpo a mi

merced.

El sí que me pone, todo lo que me hace me pone, todo lo que me dice me pone.

Me hace suya de forma feroz. Soy incapaz de pensar en este momento, solo sentir. Tira

de mi pelo mientras se hunde en mí, una y otra vez, una y otra vez hasta que, por fin los dos nos dejamos llevar por un maravilloso orgasmo.

—¿Te ha gustado? —pregunta desatando mis manos.

—Mucho.

—Voy a dejarte con los ojos tapados, Paula. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza y con su ayuda, nos vamos a mi habitación.

—¿Estás bien? —noto como sonríe.

—Sí ¿y tú?

—Perfectamente.

Dejo que acaricie mi cuerpo, que me bese, que me estremezca cada vez que me toca,

que me lleve al éxtasis cada vez que se hunde en mí. Me entrego a él como nunca antes,

lo he hecho.

Pero al cabo de unas horas, no sé qué es lo que se le pasa a Eric por la cabeza, que

desata la cinta que tapa mis ojos.

Sonrío, pero él no.

—¿Qué te ocurre? —trago saliva. ¿Volvemos a lo de siempre?

—Debería irme.

—¿He hecho o dicho algo malo?

—No Paula…, has estado —cierra los ojos —perfecta.

—¿Entonces?

Respira fuerte.

—Paula —su voz me dice que algo no va bien —no soy bueno para ti, creo que

no es buena idea que sigamos haciendo esto.

—¿Y me lo dices ahora, Eric? Eres tú quien viene a mi casa, eres tú quien me pide

que me entregue. ¿De qué coño vas?

Se pone de pie.

—Lo sé y lo siento.

Le miro con el ceño fruncido ¿Cómo me puede estar diciendo esto ahora, después de todo lo que me habló antes? No lo entiendo.

—¿Para qué me quieres? —Cojo aire —¿Te imaginas lo que me haces sentir cuando me das una de cal y otra de arena?

—Sé que te voy a hacer daño.

—Me lo estás haciendo que es diferente, ¿sabes? —Me levanto de la cama y me pongo lo primero que pillo, una camiseta negra. Camino hacia el salón.

—¡Vete de mi casa! Eric. —le pido a punto de echarme a llorar.

—¿Quieres que me vaya?

Me rio sin ganas.

—¿Pero tú de qué coño vas? Me dices lo que me acabas de decir, me rompes en mil pedazos y ahora me preguntas indignado si de verdad ¿quiero que te vayas?

Eric pasa por mi lado, se viste y en menos de diez minutos, abre la puerta y se marcha. ¡Mierda!

Me encojo de hombros y me paso más de una hora preguntándome qué narices es lo que ha pasado, para que, de golpe, el reaccione así, pero no encuentro respuesta.

Cojo mi móvil y le mando un mensaje.

<¿Sabes que te digo? ¡Que te vayas a la misma mierda! Buscaré otra cosa en la que trabajar, no te quiero cerca.

Pero no obtengo respuesta por su parte y me siento aún peor.

Paso la noche agobiada pensando en todas las veces que Eric y yo nos hemos acercado el uno al otro, hay cosas que no me cuadran. ¡Joder! Siempre ha sido él quien me ha intentado provocar, quien me ha dejado claro lo que quería.

Lloro sin poder evitarlo.

23

Con la cabeza bien alta llego a la oficina. Eric ya está en su despacho, dejo las cosas sobre mi mesa y decido no prepararle el dichoso café de todas las mañanas. ¡Qué se

joda! Me preparo uno para mí y siete minutos más tarde vuelvo a mi mesa. Nada más

sentarme el teléfono interno suena. ¡Joder! Lo cojo.

—¿Se le ha olvidado prepárame mi café, señorita Carusso?

«¿Ya vuelvo a ser la señorita Carusso?». Me burlo mientras me dirijo hacia la cocina a

prepararle el dichoso café de las narices.

Entro al despacho, y con cuidado le dejo el café sobre la mesa. No tardo en girarme y

salir de allí.

Preparo varios contratos y repaso una carpeta llena de facturas. El despacho de Eric

por la mañana parece una recepción. Ha recibido varias visitas, su hermana, su

hermano y como no, su perfecta exmujer.

La miro celosa. ¡Joder!

A mediodía justo al salir para marcharme a comer, me encuentro con María.

—¿Vas a comer? —me pregunta algo avergonzada.

—Sí, ¿quieres hacerme compañía?

Divertida asiente con la cabeza y juntas nos dirigimos hacía la cafetería. Hoy me pido

algo diferente, quiero cambiar, que comer casi siempre lo mismo, termina

aburriéndome. Pienso en Eric. Últimamente solo es él y él. Antes lo tenía todo tan claro, salía, me divertía, iba al club Swinger, ¿y ahora? ¿Por qué he dejado que Eric

me frene? Cierro los ojos y suspiro.

—¿Ya has decidido? —me pregunta la camarera sacándome de mis pensamientos.

—Sí, gracias—. Me pido un pincho de anchoas con queso de cabra y jamón que

tiene una pinta increíble, sé que luego me pasaré la tarde bebiendo, pero no me

importa.

María y yo nos ponemos al día de nuestras cosas, ella es sevillana y aunque lleva tiempo aquí en Madrid, hecha mucho de menos su ciudad. Y como todas las mujeres, de todas partes del mundo, tiene problemas y dudas con su novio, amigo con derecho a roce o como quiera que se les llame.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos? —pregunto curiosa mientras saboreo el delicioso pincho que parece interminable.

—Bueno, depende a lo que llames «estar juntos», porque lo mismo pasamos varios fines de semana juntos, como que dejamos de vernos —me contesta algo resentida —la verdad es que no hay quien entienda a los hombres y luego dicen… ¡que las mujeres somos las difíciles! ¡Tócate los huevos! —dice con su bonito acento sevillano haciendo que me ría.

—Totalmente de acuerdo. Son peores que nosotras y mira que nosotras tenemos lo nuestro ¿eh?

—¿Y tú, no estás con nadie? —me pregunta. ¡Vaya, ahora me toca hablar de mí!

Respiro hondo.

—Lo mío es complicado la verdad. Creo que estoy más o menos como tú, no lo sé —me tomo una pausa y doy un trago a mi refresco.

—¿Te gusta? ¿Sentís cosas el uno por el otro?

—A ver… te voy a ser sincera, al principio solo era sexo, atracción, pero ahora… —resoplo.

—¿No te ha dado señas para que avancéis?

Miro extrañada a María, no sé por dónde quiere ir exactamente.

—No te entiendo.

—¿Qué sientes por él?

—Siento cosas, pero no quiero ponerles nombre, no sé —me encojo de hombros y

veo como María se empieza a reír, algo le ha hecho gracia y no sé el qué.

—Te entiendo perfectamente —sigue riéndose —a mí me pasaba exactamente lo mismo y ahora sí, puedo decir que me gusta y mucho, incluso más de una vez se me ha escapado ese «Te quiero» Odioso —suspira.

—¡Que se vayan todos los tíos a la mierda! ¡Vamos hombre! Con todo lo que hay por ahí fuera y nosotros amargándonos por uno —termino diciendo.

Cada una volvemos a nuestro puesto de trabajo y quedamos para comer mañana de nuevo, juntas.

Paso la tarde ordenando las dichosas facturas, pasando llamadas a Eric, revisando correos y cómo no, llevando su preciado café. Ni me mira cuando entro en su despacho.

Pronto llega el fin de semana, Trini y Sergio se han ido de excursión con unos amigos. Nuria hoy tiene cena de empresa, mi hermana ha decidido irse al pueblo para que los niños se distraigan y yo… me siento sola. Pero tengo claro que no me voy a quedar de brazos cruzados.

Me dirijo al club Swinger, por lo menos Julio me dará conversación y quien sabe… a lo mejor encuentro a un hombre que merezca la pena. Pero para mi sorpresa, en cuanto entro al local después de saludar a las chicas de la entrada, Julio no está ¡qué bien!

Pregunto a otro camarero, he hablado con él un par de veces. Suele hacer estriptis aquí, pero no tengo el mismo roce que con Julio.

—¿Sabes dónde está Julio? —pregunto inclinándome sobre la barra.

—Tenía una fiesta, le estoy cubriendo —me contesta con una sonrisa en los labios, mientras fija su mirada en mi escote.

Inhalo un soplo de aire y decido tomarme una copa mientras miro a mi alrededor, pero nada ni nadie llama mi atención, así que decido salir del local. Miro la hora en mi reloj, aún es temprano. Llamo a María que me lo coge a la primera.

—¿Qué pasa, estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, tranquila, eh… ¿estás ocupada? —noto cómo se ríe.

—Si llamar ocupada es estar en el sofá comiendo una tarrina de helado por un

plantón, sí.

—¿Te ha plantado?

—Sí, hija. A última hora le ha surgido algo, un no sé qué —dice molesta.

—¿Te apetece que salgamos a dar una vuelta y a olvidarnos de los tíos?

—¡Por supuesto! —le cambia la voz.

—¿Te paso a buscar?

—Sí, estoy sin coche —contesta.

—Paso a buscarte, adióóós —me despido y cuelgo.

Subo a mi coche y arranco hacia el centro, donde vive María. La llamo de nuevo en

cuanto llego. A los cinco minutos, la veo acercarse radiante, con el pelo largo y suelto.

Está preciosa. Ese novio suyo es gilipollas. Va vestida con un vestido negro con dos

líneas blancas en la cintura y con unos zapatos de infarto. Me quedo con la boca

abierta. Sube al coche y las dos nos quedamos mirando y soltamos unas carcajadas.

—¡Estás espectacular! —digo haciendo que sonría.

No miento, va increíble.

—Pues tú no estás nada mal, me gusta esa ralla *pin up* que te has hecho en los ojos, a mí no me sale —las dos nos echamos a reír.

Me incorporo a la carretera y la miro esperando que me diga que es lo que le apetece

hacer.

—¿Cuánto hace que no sales a una discoteca? —le pregunto.

—Ni me acuerdo de la última vez que fui a una —contesta.

Pues conozco un sitio, en él que te aseguro, que lo único que vas a pensar es en cómo te vas a levantar mañana.

—¿Y a qué esperas para llevarme?

Tomo la M30 y al cabo de cuarenta minutos, llegamos a nuestro destino.

—¿Es aquí? —pregunta María curiosa.

—Sí, es una de las mejores discotecas de Madrid.

Aparco donde puedo, casi es imposible hacerlo por la cantidad de coches que hay.

—¿De qué conoces este sitio?

—De los amigos de mi hermano —me río —no te extrañe a que nos encontremos aquí a alguno.

Salimos del coche. Varios grupos de gente se preparan para entrar al local, ya pegándose la fiesta con la música que sale de los grandes altavoces de sus coches.

Entramos al local.

—Vamos a olvidarnos de los tíos —chilla María levantando los brazos nada más entrar en cuanto la música nos envuelve. La imito y bailo, dándolo todo.

Pedimos un vodka cada una y a ritmo de la música que suena, Electro House, María y yo bailamos como si estuviéramos solas. Como si la música nos limpiara por dentro.

Bueno, prácticamente nosotras nos estamos dando una sacudida bestial, mañana nos dolerá todo el cuerpo.

El ritmo que suena hace que nos miremos, hagamos el tonto, nos riamos y vayamos a la barra a por otra copa, así durante dos horas, dándolo todo, sin parar.

De repente unas manos agarran mi cintura.

—Hacía mucho tiempo que no te veía bailar así, Paula —Me doy la vuelta con rapidez encontrándome con Marcos. Va con una camisa negra marcando sus pectorales y un pantalón vaquero con unas deportivas negras también. No sé si es el alcohol, pero lo veo mucho más guapo que antes. Sonrío y me acerco para darle dos besos. Seguimos bailando y dejo que se pegue a mi cuerpo todo lo que quiera. A mi hoy me da todo igual, el alcohol está ayudándome y la música, también.

Busco a María con la mirada cuando la veo salir de la discoteca con el móvil en la mano, me separo de Marcos y la sigo. Marcos viene detrás de mí, agarra mi mano.

—¿A dónde vas? —me pregunta con una sonrisa en los labios.

—A ver a mi amiga —me suelto del brazo y le miro con mala cara.

—Y tú novio ¿Dónde está?

—Yo no tengo novio.

—¿Estás libre, entonces? —Marcos se acerca a mí. Va a besarme.

—No pienso liarme contigo, si es lo que piensas —le respondo dando un paso hacia atrás.

—Por qué, ¿no? Puedo darte todo lo que ese estirado no te ha podido dar.

Pienso en Eric. ¡Maldita sea, Eric! Vete de mi cabeza.

—El problema Marcos, es que no vas a poderme dar tú, lo que él me ha dado a mí

—¡Toma! En cuanto salgo por la puerta de la discoteca en busca de María me siento una estúpida. No, si encima lo defiendo. Pero que tonta soy, por favor. Me frustro y me cago en todo lo que se menea.

Localizo a María que discute por teléfono, su mirada se encuentra con la mía y me hace un gesto para que me acerque a ella. Lo hago.

—¡Que te quede claro que no pienso ser el segundo plato de nadie, cabronazo! —

Cuelga y sonríe —¡que se joda!

Le echo el brazo por encima, le doy un beso y nos encaminamos hacia la discoteca, donde Marcos me está esperando.

—Ese no te quita el ojo de encima —María se echa a reír.

—Lo sé —suelto una carcajada —sí yo te contara. Solíamos utilizarnos mutuamente para desahogos personales. Eso sin contarte que dos veces, fue mi novio y las dos me engañó el muy desgraciado.

—¿Este es…?

—No, no. El que me da dolores de cabeza es otro. Pero hoy le van a dar por culo.

Entre risas entramos. Volvemos a la barra, pedimos otra copa y volvemos a la pista a bailar, pero pronto nos vamos a una zona más tranquila donde hay asientos y la música no es tan fuerte.

María comienza a besarse con un chico y Marcos, aprovecha para darme un beso que le devuelvo. Pero no tiene nada que ver con los besos ardientes y apasionados que Eric me daba.

¡Vete de mi cabeza, Eric!

—Echaba de menos esos labios, Paula.

—¡Vayamos a mi casa! —Le pido.

María y yo subimos a mi coche. Marcos y el otro chico, en el suyo. En una hora, estamos en mi casa.

Nada más entrar en ella y ver que no es con Eric con quien entro, una punzada de arrepentimiento se instala en mi estómago. Marcos se encarga de cerrar la puerta y cuando me quiero dar cuenta, me coge la cara y comienza a besarme. Nos vamos directamente a mi habitación, María y el otro chico no sé en qué parte del piso están, pero ahora mismo no me importa.

Marco me desnuda y yo a él. Nos besamos, rozo mi sexo con el suyo, todo esto se me va de las manos, pero me pesa tanto la cabeza que no puedo pensar. Se pone un preservativo y cuando entra en mi interior, nada tiene que ver con lo que mi cuerpo desea, con lo que mi cuerpo anhela, a Eric.

Marcos no es capaz de llevarme al nivel de placer que Eric me lleva con solo una caricia, con un beso. No, mi cuerpo no está disfrutando y yo tampoco.

Coloco mis manos en su pecho y lo aparto.

—Vete de mi casa —le pido.

—¿Pero que me estás contando?

—Que quiero que te vayas, Marcos, no…, no quiero arrepentirme.

—¿No crees, que es demasiado tarde ya para arrepentirte?

Me lo quedo mirando y le empujo, apartándolo de mí. Trago saliva y me pongo lo primero que pillo. Me cruzo de brazos.

—Vete, por favor —vuelvo a pedirle.

Enfadado, Marcos se me queda mirando, se pone de píe y se frota la cara mientras respira fuerte.

—¡Soy gilipollas! Eso es lo que soy…, un autentico gilipollas —le oigo decir por lo bajo mientras se viste rápidamente.

—No te creas que eres el único que se ha sentido gilipollas —me quejo.

—¿En serio Paula? —se ríe irónico —mejor me voy a callar.

—Sí, mejor —contesto con el tono elevado —no me apetece recordar las veces que me has hecho a mí sentir así cuando te liabas con otras mientras, yo, esperaba a que volvieras como una idiota.

Pone los ojos en blanco.

—¿Ya estamos con eso? ¿Es qué no lo vas a olvidar nunca, Paula?

—No.

—¿Y por qué entonces hemos estado fallándonos tanto tiempo? ¿Eh, dime?

—¿Qué tiene que ver eso, Marcos? —grito.

—He madurado, ¿sabes? Ya no soy ese niñato al que conociste.

—A, ¿no? ¿Quién eres entonces?

—Me gustas Paula, mucho —me grita.

Me quedo en silencio, cruzada de brazos mirándole.

—Será mejor que te vayas.

Marcos se acerca a mí.

—Si cruzo esa puerta, no pienso volver, Paula. Ya no sabrás nada de mí.

¿En serio es eso lo que quiero? ¿No volver a verle más?

Me muerdo los labios.

—Lo siento Marcos, pero…, no, no es buena idea.

Se acerca de forma suave y me coge de la barbilla.

—Soy yo Paula, Marcos —mete un mechón de pelo detrás de mi oreja —¿Todo esto es por ese estirado?

—No es asunto tuyo —le contesto ladeando la cabeza, deshaciéndome de su mano.

—No te conozco tía, ¿Qué ha pasado con la Paula que conozco?

—Sigo siendo yo Marcos —nos miramos a los ojos.

—No, ya no eres tú.

—Vete de mi casa, por favor.

Marcos respira fuerte.

—¿Acaso no te has dado cuenta de que yo siempre soy él que está ahí? ¿Acaso no te has dado cuenta de que te quiero?

Me muerdo los labios.

—Tu no me quieres y…, yo a ti tampoco Marcos.

—Estás muy equivocada, Paula, muy pero que muy equivocada.

Marcos termina de vestirse y se marcha dando un portazo de mi habitación. Segundos más tardes, se marcha de mi casa.

Camino descalza hasta el salón, María está sentada en el sofá con la mirada perdida.

Me siento junto a ella.

—¿Qué locura hemos hecho tía? —Pregunto a mi amiga.

—No lo sé, pero… la sensación que tengo no me gusta.

—Esto es una mierda —dejo caer mi espalda al sofá y suspiro.

—Y qué lo digas. Ahora… me pregunto yo…, ¿qué te crees que han estado haciendo

esos hombres que nos quitan el puto aire que respiramos? ¿Tumbaditos en la cama, leyendo o pensando en nosotras? ¡No! No hemos hecho nada malo. Disfrutar no es malo, pero dejar de disfrutar por culpa de ellos, y dejar de pensar en nosotras, sí; sí que es malo.

—Tienes razón. No hemos hecho nada malo, pero… —froto mi cara angustiada.

Dormimos un rato, las dos tiradas en el sofá y por la mañana, la invito a desayunar.

Luego, al ver que lo último que quiero es encerrarme en casa, le propongo a María salir por ahí. Ella acepta y espero en su loft a que ella se dé una ducha. Cuando está

lista, nos vamos a comer. Por la tarde se une Nuria que nos cuenta lo qué hizo anoche, al parecer fue invitada a una fiesta y no me dijo nada. ¡Ya le vale! Me la quedo mirando y aprovechando que María no, nos está mirando ella se acerca.

—No es la fiesta que tú piensas, acompañé a mi prima a una estúpida fiesta de cumpleaños.

Respiro aliviada, por un momento pensé que Eric había dado otra fiesta y Julio la invitó a ella.

—¿Sabes algo de Julio? —trago saliva.

—No, ¿y tú?

Respiro hondo.

—Tampoco.

Las tres terminamos tiradas, aprovechando que hace buen tiempo, en el césped de un parque disfrutando del poco silencio que hay.

24

Me pongo unos pantalones ajustados altos, con una blusa amarilla y me recojo el pelo en una coleta. Me maquillo por encima, me echo rímel y me hago la raya del ojo que ni aposta me hubiera salido mejor.

Quiero que Eric sepa lo que se pierde. Cojo mi bolso y salgo de casa y justo, esperando el ascensor, mi móvil suena, es Marcos. Le quito el volumen y dejo que dé la llamada hasta que al ver que insiste, nerviosa, termino cogiéndolo.

—¿Sí? —trago saliva.

—Hola —dice con la voz algo decaída —¿podemos quedar para hablar?

Muerdo mis labios.

—¿Hablar? —carraspeo —creo que los dos lo dejamos claro.

—Paula… —se toma una pausa —tenemos que hablar, no…, las cosas entre nosotros no pueden quedar así.

Tiene razón, ¿no? A pesar de todo, son muchos años.

—Vale, pero no puedo darte una hora fija. ¿Te llamo más tarde? —preguntó mirándome en el espejo.

—Vale. Espero tu llamada. Adiós.

—Adiós —y cuelgo quedándome pensativa. Tengo claro que no lo voy a llamar, solo pasar página.

Entro en el edificio.

Le preparo el café a Eric en cuanto le veo salir del ascensor y se lo dejo sobre su mesa mientras él se quita la chaqueta. Su olor me pone nerviosa, muy nerviosa. Al cabo de un rato, cuando me siento en mi mesa y continuo con mi trabajo, Eric sale de su despacho. Serio me mira.

—¡Venga a mi despacho si es tan amable, señorita Carusso!

Hago lo que me pide.

Sobre la mesa tiene varios faxes. Me mira serio. Está bastante cabreado, lo respiro en el ambiente.

—Siéntese

Lo hago.

Trago saliva e impaciente por saber que ocurre, me lo quedo mirando.

—¿Puedes decirme qué es lo que has estado haciendo? —Da la vuelta a los papeles que tiene sobre la mesa y me los enseña. Son cancelaciones de reuniones.

—¿Qué significa esto? —su voz me dice lo enfadado que está.

—Pues por lo que leo aquí —cojo una hoja, la leo y le señalo —una cancelación — me fijo y veo que no son simples cancelaciones, son correos míos, a mi nombre cancelando las reuniones —Abro los ojos como platos, trago saliva.

—¿Qué es esto? —pregunto desconcertada.

—Eso es lo que yo te estoy preguntando.

Lo miro asustada.

—Yo… yo, no, no he mandado ninguno de estos correos —me pongo nerviosa, no entiendo nada, cojo los papeles y los leo uno por uno —yo no he sido.

—Pues están a tu nombre y desde tu correo —me atraviesa con la mirada. ¡Joder, duele!

—Me parece perfecto, pero no los he escrito yo, Eric —comienzo a alterarme.

Presiona el puente de su nariz, respira fuerte. Miro su pecho que sube y baja.

—¿Se han escrito solos? ¿De qué coño vas Paula? ¿Eh?

—No sé de qué me estás hablando. Sabes cómo trabajo, yo no haría una cosa así sin tu consentimiento.

—¿Dónde estuviste el viernes?

Me pongo de pie, eso no le importa.

—A ti te lo voy a decir. ¿Después de la que me estás liando quieres saber lo que estuve haciendo?

—Estos correos están enviados después de haberte marchado.

—Pues aparte de irme a tomar unas cervezas, ir a casa.

—¿Lo enviaste desde tu ordenador? ¿Por rencor tal vez? ¿Por qué? ¿Te molesta que no esté interesado en ti?

Suelto una carcajada, ¿pero este qué coño se cree?

—¿Crees que te necesito, Eric, en serio? Yo sola me basto si es necesario, y no, no te guardo rencor. Me has dejado las cosas claras desde el primer momento.

—Eso es —su mirada es intensa. —Me gusta que lo tengas claro.

—Y sí de algo estoy molesta es que creía que después de que mi madre muriera —se me hace un nudo en la garganta —seriamos amigos. No puedo guardarte rencor después de que estuvieras a mi lado, a pesar de que me has tratado como si fuera tu puta —su semblante cambia de golpe.

Salgo del despacho y me voy corriendo al baño. Lloro sacando toda la mierda que tengo dentro y cuando me miro al espejo, tengo todo el maquillaje corrido.

Al cabo de un rato, más tranquila, salgo dirigiéndome hacía mi mesa, cuando me topo con Eric. Se acerca.

—Lo siento, Paula, no quería que te sintieras así, lo siento mucho —habla tranquilo, preocupado.

—No te preocupes. Nunca debí saltarme ninguna de mis reglas y tú has hecho que me saltara todas —me echo a un lado y voy al baño de nuevo, él me sigue.

Creyendo que en el baño estaba a salvo, me doy cuenta de que no, cuando Eric entra apoyándose en la pared mirándome a través del espejo mientras me intento limpiar la

cara.

—Que sepas que yo no he enviado ninguno de esos correos, no pondría en peligro mi puesto de trabajo por un arrebato.

—Pues tenemos un problema, Paula —de nuevo se pone serio. Se cruza de brazos.

—Descubriré quién ha mandado eso, porque yo no he sido. Mi hermano es informático, lo llamaré y que lo averigüe —a punto — Ahora mismo, me pondré en contacto con esos ejecutivos y reanudo las reuniones.

—Eso espero Paula, porque esas reuniones son importantes para mí.

Veo como Eric sale del baño y hago lo mismo en cuanto termino. Voy a mi mesa y quedo con Sergio a la hora de comer que es cuando puede. Yo no he mandado esos mensajes y por lo menos él puede intentar averiguar desde qué servidor fueron enviados. Accede a mi ordenador mientras me siento junto a él y le miro. Al verle poner mala cara, me asusto.

—¿Qué significa esa cara? —Mi hermano me mira.

—¿Has abierto algún correo extraño, o metido algún cd?

—No. Sabes que suelo seguir tus consejos —le miro extrañada.

Pues alguien ha entrado en tu equipo y se ha encargado de mandar esos correos.

Eric sale en ese momento de su despacho, nuestras miradas se encuentran.

—¿Todo bien? —pregunta a Sergio.

—Sí, acabo de descubrir que se han colado desde el servidor al equipo de Paula.

—¿Puedes venir a mi despacho, Paula? —serio Eric me mira.

Suspiro mirando a mi hermano y camino detrás de Eric hasta que entramos a su despacho.

—Estoy despedida, ¿no?

—¿Tu que crees?

Lo miro con la boca abierta.

—¿En serio crees, que, si yo quiero sacar información de tu empresa, voy a ser tan idiota, para echarme la mierda encima y cancelar unos correos?

—No son unos simples correos Paula.

—Vale. ¿Qué gano yo con eso? ¿Eh? Dime.

—No lo sé, no…, no puedo pensar.

—Vale, da igual. Tiro la toalla. Me da igual si piensas que he yo tengo algo que ver, si piensas, que puedo estar dándole información a mi padre. Porque me da igual, no aguanto más, no…, no me merece la pena.

Alguien toca a la puerta y me limpio las lágrimas que comienzan a salir de mis ojos. Es Sergio.

—Acabo de descubrir el problema —levanta su mano y nos enseña un pequeño y cuadriculado chip.

Miro a Eric.

—Ya da igual Sergio. Estoy despedida.

Salgo de su despacho, cojo mis cosas y oigo como Eric me llama. Me doy la vuelta.

—Lo mismo crees que he tenido tiempo de meter un chip en el ordenador —le suelto.

—Paula, espera —me pide.

Me quedo clavada en el suelo, luchando conmigo misma y no ceder a sus peticiones.

—Este chisme —oigo a mi hermano —lo han debido de introducir en alguna reparación o algo. ¿Cuándo fue la última vez…?

—Cuando contraté a Paula —dice Eric.

Cuando mi hermano decide marcharse, después de solucionar el supuesto problema, son las cuatro de la tarde.

—¿Podemos hablar?

—Creo que no tenemos mucho de lo que hablar —le respondo cogiendo mi bolso —voy a comer, cuando vuelta, seguiré con el trabajo. Pero de ante mano te digo, que voy a buscarme otra cosa.

Camino hacia el ascensor, cuando su mano me detiene.

—Paula…

—No Eric, ya me haces daño, ¿sabes? —nos miramos —¿Qué te hace pensar que pueda yo hacer ese tipo de cosas, por gusto? —Trago saliva despacio. —Nunca haría daño a tu empresa, nunca…, te haría daño a ti de esa manera.

Dicho esto, me suelto de su brazo y sigo mi camino hasta entrar en el ascensor.

Cruzamos una mirada antes de que las puertas se cierren y agobiada, resoplo y a punto estoy de llorar, cuando las puertas se abren y salgo encontrándome con Valeria, hablando con Susana. Paso por el lado de las dos y noto como se me quedan mirando con mala cara.

Cuando salgo fuera cojo una bocanada de aire. Mi móvil suena. Es Eric. Cansada lo cojo.

—Paula…, por favor, sube. Tengo algo que decirte —me pide.

—Joder Eric. Esto…, esto se nos está yendo de las manos, ¿es que no lo ves?

—Por favor sube.

Como una tonta, hago lo que me pide. Creo que en el fondo es lo que estoy deseando, que me reclame, que me haga olvidar todo lo que él mismo, está haciendo.

¡Joder! Resoplo. La cantidad de guantazos que tendría que estar dándome por idiota, por comportarme así.

Por suerte, cuando entro, ni Susana ni Valeria están. Subo por el ascensor tranquila y cuando salgo, Eric me está esperando.

—Tú dirás…

—Vayamos a mi despacho.

Entramos en el despacho y nos quedamos de pie junto a la puerta.

—Siento ser tan capullo contigo.

—¿Solo eso? No solo eres un capullo, sino un autentico gilipollas Eric. No entiendo

que he podido hacerte para que me trates así, para que dudes de la manera en que lo

haces.

—Es complicado todo Paula, largo de contarte —se acerca a mí —me he dado cuenta de dos cosas, Paula. Una, que estaba equivocado contigo.

Trago saliva.

—¿Y la otra?

—Siento algo por ti muy fuerte que casi no me deja respirar.

—¡Joder Eric!... —no puedo evitarlo.

Agarro su cara y lo beso con deseo, con ganas. Hasta que llaman a la puerta. Eric y yo

nos separamos, nos miramos y entonces, la puerta se abre encontrándonos con la

mirada de Susana.

—Tenemos que hablar Eric, ahora.

Eric.

Paula sale de mi despacho y Susana entra mientras me siento.

—¿Os estabais liando, Eric? —pregunta indignada sentándose en la silla.

—¿Tu que crees? —pregunto irónico —¿a qué has venido?

Susana se ríe.

—Como sabía que terminarías cayendo. Sois todos iguales.

Pongo los ojos en blanco.

—¿A qué has venido? —repito la pregunta.

—Acaba de llamarme Paolo Carusso.

—¿Y qué quería?

—Que nos viéramos en dos horas.

Con un gesto, le digo a mi hermana que se quede en silencio y llamo a Paula al teléfono interno, diciéndole que se marche a casa.

—Luego paso a verte, sí, tranquila. Adiós. —Cuelgo.

—Joder, sí que te ha dado fuerte esa Carusso. ¿Estás teniendo cuidado?

—Creo que esas cosas no son de tu incumbencia, Susana —bajo la mirada. —No

entiendo que es lo que quiere ese hombre.

—Eso es lo que quiero saber. He quedado con él.

—¿Lo sabe papá?

—No, solo lo sabes tú y quiero que así siga siendo.

—No pienso dejar que vayas tu sola, no sabemos de lo que es capaz ese

desgraciado.

—No iré sola. Le he pedido al guardia de seguridad que me acompañe, a él no lo

conoce, así que…, si pasa cualquier cosa, el estará.

—¿Y por qué a ti?

—No lo sé. Pero dice que tiene algo muy interesante que decirme.

Paula.

Nada más entrar en mi casa, respiro aliviada. Dejo las cosas sobre la mesa del salón y no tardo en dejar caer mi cuerpo en el sofá, a la espera de que Eric me llame. Termino quedándome dormida y a la seis y cuarenta y cinco, hora que marcha el reloj de mi muñeca, el timbre suena.

Abro la puerta encontrándonos con la mirada y le hago pasar.

—¿Todo bien? —le pregunto sacando algo para beber de la nevera.

—Sí —besa mis labios. Le devuelvo el beso.

—Paula, siento mucho como te he tratado, este tiempo. Yo…, sé que no tengo excusa.

—Vale, vale —mi cuerpo se alborota. Comienzo a desabrocharle los botones de la camisa.

—No Paula —me agarra de los hombros. —No está bien lo que he hecho, ¡Joder! Lo que siento por ti es muy fuerte y… —cierra los ojos —no ha estado bien.

Noto la sinceridad en su mirada, en sus palabras. Le abrazo y aspiro su olor.

—Eric…, eres un tonto. Nunca me he atrevido a decirte lo que siento por ti por miedo a que huyeras, o algo…

25

Tumbados en la cama, después de hacer el amor, sus dedos suben por mi columna cervical.

—Me gusta tocarte, Paula —dice despacio, cerca de mi oído.

Me derrite por dentro y por fuera, no puedo evitarme sentirme así.

Alzo la mirada y sonrío. Le doy un beso que él me devuelve con más intensidad, así hasta que noto como mi cuerpo echa fuego junto al suyo. Cuando me pongo encima de él. Agarra mi cara y se separa unos milímetros de mi boca.

—Me gustaría llevarte a casa de mis padres este fin de semana.

Me echo hacia atrás.

—A tu casa, ¿para qué?

—Quiero que conozcas a mi madre. Le he hablado de ti estos días y…

—Eric…, ¡Joder! ¿Para qué quieres que la conozca? ¿Para que luego vuelvas a ser el mismo de siempre? —toco mi pelo nerviosa.

—No Paula, lo que ves es lo que soy, de verdad —se acerca de nuevo a mis labios —me he comportado como un estúpido todo este tiempo por miedo, Paula. Tenía miedo a perderte y no me estaba dando cuenta que así es como te terminaría perdiendo —se humedece los labios. —Solo, déjame hacer las cosas bien, Paula.

—¿Estás seguro que es lo que quieres?

—Sí, lo estoy —me dice muy seguro.

No sé si estoy preparada, para dar este paso, pero quiero intentarlo. Le doy un beso en la mejilla.

A la mañana siguiente, con Eric vamos al edificio. En mi mesa veo un ordenador nuevo.

—Espero que no tengamos problemas con ese —me dice agarrándome de la cintura

para darme un beso.

Le preparo su café y vuelvo a mi trabajo. Ante todo, soy una profesional.

Dos horas más tarde, Susana, como una moto entra en del despacho de Eric.

¿Qué ha pasado ahora?

Eric.

—Estaba a punto de llamarte. ¿Qué tal con Paolo, ayer?

Mi hermana seria, se sienta en la silla. La noto nerviosa. Suspira, coge aire, vuelve a suspirar.

—¿Te encuentras bien?

Susana me mira.

—Eric…, no. Es que…

—Empieza por contarme que fue lo que quería Paolo Carusso.

—Esto —deja dos cartas sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Cartas de mamá, léelo.

Mayo 1979

Querido Paolo.

Te escribo esta carta porque no he tenido el valor suficiente de poder dar la cara ante los acontecimientos. Me he enterado de lo ocurrido con Fernando. ¿Cómo has

podido? Lo sabe, Paolo, lo sabe. Sabe lo nuestro y sabe también que estoy embarazada.

Sé que soy una cobarde y que tú odias a la gente cobarde, pero no he tenido otra opción. Después de lo que le has hecho, yo no he podido abandonarle.

Miro a Susana que tiene los ojos llorosos. No puedo respirar.

—¿Esto es de mamá? ¿De quién está hablando precisamente?

—Eric, es la letra de mamá, y… ¡Joder! Todo empieza a cuadrar. ¿No lo ves?

Cojo una bocanada de aire.

—Mira, no me creo nada de ese hombre y no, ahora todo me cuadra mucho menos.

Sé que fuiste tú quien puso ese maldito chip en el ordenador de Paula en cuanto te dije que la quería trabajando para mí.

—¿Cómo…?

Me inclino hacia la mesa.

—¿Acaso te piensas que soy gilipollas? ¿Sabes la cara que se me quedó en cuanto

Sergio, me lo enseñó? ¡Joder Susana! Te dejé a cargo de las cosas de Dolores.

—Eric, lo siento, era la única manera de que…

—¿De qué Susana? Nunca me he sentido tan decepcionado. Nunca esperé que fueras

a hacer una cosa así. ¡Joder Susana! —levanto la voz.

—No la quería dentro de la empresa Eric, papá me dijo…

—¿Papá? No me digas que papá está metido en todo esto —miro a mi hermana con

mala cara. Silencio.

—¡Joder! —refunfuño.

—Eric, lo siento, sé que no estuvo bien, pero ahora esto es más importante. Lee la carta, hay más.

Enero de 1980

He decidido mandar a Dolores a que sea ella quien te dé la noticia. La niña ha pesado tres quilos y se llama Susana. Sé que has decidido irte fuera un tiempo hasta que se suavicen las cosas y también sé que has vuelto porque creías que me ibas a

encontrar, pero no he tenido el suficiente valor. Fernando está muy contento con la niña, creé que es su hija y así debe seguir siendo. Cuando tenga el valor suficiente, volveré a tu lado, tú solo, espérame por favor.

Dejo la carta sobre la mesa y vuelvo a mirar a mi hermana.

—Tenemos que hablar con mamá —digo tranquilo.

—Ya he hablado con ella.

Abro los ojos todo lo que puedo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Lo ha negado todo.

Resoplo y me hecho hacia atrás, noto como todo mi cuerpo se tensa.

—Por favor…, no digas nada Eric.

26

El miércoles Eric me invitó a cenar y el jueves lo hicimos en casa de mi hermana y sí, en ocasiones, lo noto algo nervioso. Pero está cariñoso, mimoso, atento y me olvido, sobre todo cuando lo veo jugar con los niños que tanto lo adoran.

—Solo de pensar, que mañana sábado, me lleva a su casa. Se me instala una sensación en la boca del estómago, que casi no me deja respirar.

—Paula, solo será una comida. No te van a comer, tranquila —mi hermana se ríe. La miro con ternura, por fin vuelve a sonreír.

—Sí, ya sé que solo será una comida, pero…, no sé. Estoy cagada de miedo Carlota.

—Pues deja el miedo guardado en un cajón y no seas boba. Respira Paula, las cosas empiezan a ir bien, ¿no?

Dirijo mi vista al salón, miro a Eric.

—Eso creo —me apoyo en el marco de la puerta.

—Pues quédate con eso cielo. Disfruta de ahora y no pienses en mañana, que por mucho que pienses, mañana puede sorprenderte.

—Tienes razón —me acerco a mi hermana y le doy un abrazo.

Pero a pesar del abrazo, y de que todo empieza a ir bien, la sensación no se me va. ¿Será que Susana me sigue mirando de esa forma tan rara cuando pasa por mi lado? Vale, tengo que decir que lleva unos días un tanto rara, no me mira tan mal como otras veces, pero sí de forma…, extraña. María dice que la nota algo decaída. ¿Será qué no acepta que Eric y yo estemos saliendo? No lo sé. Suspiro. La sensación puede ser también, porque no olvido la cara que tenía el padre de Eric en aquella reunión. Por suerte estará Nacho. Sonrío. Es simpático, a su madre la verdad es que no me la imagino y eso…, en el fondo, me aterra.

—¿Estás bien? —me pregunta Eric lanzándome una mirada intensa desde el salón.

—Perfectamente —sonrío y muerdo mis labios. Como me excita…

A la mañana siguiente, ya sábado al despertar, me doy la vuelta encontrándome el azul

de sus ojos que me vuelve loca.

—¡Buenos días, preciosa! —Me tapo la boca con las sábanas. Siento una punzada de

vergüenza. ¡Ha llegado el día y no me lo puedo creer!

—¿Por qué te tapas? —me dice intentando destaparme. Le miro divertida.

Me empuja hacia él y me besa en los labios. Acaricio su espalda, notando su piel de

gallina.

—¿Estás nerviosa?

Le miro algo cohibida.

—Un poco, pero no me preguntes porqué.

—¿Por qué? —los dos soltamos una carcajada.

—Porque… me da mucho respeto conocer y hacer oficial lo que estamos empezando Eric, no sé.

—¿Tienes miedo? —Se acerca a mi boca y a punto está de darme un beso.

—No, miedo ninguno. Pero ¡joder! Te he dicho que no me preguntes —le tapo la cara con las sabanas mientras me quejo con un gemido lastimero.

—No hagas eso —me aprieta fuerte de las caderas y me empuja hacia él,

subiéndome encima —que despiertas a la bestia —vuelvo a reírme.

Nos besamos, nos acariciamos. Mi cuerpo ya está preparado para recibirlo, se lo hago

saber apretándome contra él. Estamos desnudos, húmedos. Me balanceo hasta que mi cuerpo encaja con el suyo.

—¡Dios, Eric! —murmuro cerrando los ojos, dejándome llevar por la sensación tan

maravillosa que recorre mi cuerpo.

Con un leve movimiento, encajo del todo y gimo al sentirlo completo dentro de mí.

Eric acaricia mis pechos con mimo. Me encanta que me toque, me encanta que los dos

sintamos esto.

Me muevo buscando mi propio placer y el suyo. ¡Joder! Entra del todo y siento que no

puedo aguantar por mucho más tiempo. Eric agarra mi cintura, muerde mi hombro y comienza a penetrarme con rapidez, haciendo sus embestidas profundas y fuertes.

Gemimos saboreando nuestras bocas y ese placer inconfundible e intenso, que solo él

me proporciona, me hace gritar, contrayendo todo mi cuerpo. ¡Jodeeer! Él suelta un pequeño gemido y abro los ojos parar mirarle. Lo que veo reflejado en su cara me pone

la piel de gallina y me doy por satisfecha, porque los dos nos estamos dando lo mismo.

Sonreímos, y permanecemos un rato los dos abrazados en silencio, tapados con las sabanas, mientras nos miramos.

Media hora más tarde abro mi armario de par en par, quedándome pensativa. ¿Qué se

supone que tengo que ponerme? No sé por qué me molesto en impresionarlos a todos,

cuando de antemano sé, que Susana no me puede ni ver y desconozco el motivo.

Otra vez pienso en ella. ¿Por qué me importará tanto su opinión? Me da un vuelco el

estómago de solo pensar que no voy a caerle bien a su madre, imagino que Susana le

habrá hablado de mí, ¿no? Vale, por eso mismo me preocupa su opinión.

Eric me sorprende por detrás y me da un suave beso en la mejilla, él ya se ha aseado y

vestido. No puedo resistirme a su aroma y termino dándome la vuelta y abrazándome a

él, algo asustada.

—Será mejor que nos demos prisa, Paula.

Al final opto por algo sencillo y me pongo unos vaqueros negros y una blusa verde militar que me queda algo holgada. Me miro al espejo después de vestirme y aprovechando que Eric ha ido a la cocina, me maquillo un poco por encima y me cepillo el pelo dejándolo suelto y ondulado.

Recojo la habitación, manía que cogí de mi madre « Nunca salgas sin hacer la cama, que tener la cama hecha es como tener la casa limpia » Pensar en ella me entristece un poco, pero al ver a Eric prepararme un zumo con las pocas naranjas que me quedan en

el frutero y observar la pose y ese culito respingón que le hace el vaquero, la sonrisa se dibuja de nuevo en mi cara y noto como el corazón se me acelera.

—¿Es para mí? —Sonrío entrando en la cocina.

—Bueno…, no había muchas naranjas —se toca el pelo.

—Lo sé, tengo que hacer compra, pero no sé cuándo —lo miro divertida y le doy un beso en la mejilla.

De repente siento una sensación extraña y vergonzosa al mismo tiempo.

Nos tomamos el zumo que compartimos sin decir nada y salimos de casa. Al cabo de media hora, bajamos de su coche, no hemos hablado nada durante el trayecto, ni siquiera nos hemos mirado, ¿pero por qué parece todo tan raro?

Entramos a una elegante cafetería que se encuentra en el centro de Madrid. Una chica con cara de simpática nos atiende, enseguida extrañada me mira a mí y después mira a Eric.

«¿Qué pasa, soy demasiado poco para este Dios?» Me pregunto mientras la miro, como si pudiera oírme, «¡pues jódete porqué es mío!» No me puedo creer lo que yo misma me digo, cualquiera que me oiga pensará que estoy locamente enamorada de él y no, no es así. «Joder, sí, si es así deja de engañarte, tonta.»

Pido para beber un café Pana, que es café solo, con sirope, nata y galletas de oreo.

—¿De qué quieres el sirope, chocolate blanco, negro, fresa? —me pregunta la chica.

—Chocolate blanco, por favor —contesto acercándome más a Eric que me mira alucinado mientras esconde una pequeña sonrisa en sus labios.

—¿Y usted, señor? —Le pregunta la camarera ahora a Eric.

Este me mira y sonríe.

—Lo mismo, con chocolate blanco, e… —inclina su cabeza mirando hacia la barra —y tráiganos si es tan amable dos napolitanas de chocolate, por favor.

La chica apunta en una pequeña libreta lo que hemos pedido y se queda mirando a Eric descarada dándose la vuelta demasiado despacio. Eric se ríe, pero yo no. El disfruta, pero yo no. ¿Es qué la gente no tiene educación ninguna?

—¿Por qué te ríes tanto? —pregunto seria.

—De tu cara —me sorprende su respuesta.

—¿De mi cara? ¿Qué tengo, monos o algo?

—No, monos, no —se acerca a mí —tienes una cara preciosa —la cara me arde.

—Eres un exagerado y un mentiroso y compulsivo, además —miro al frente y veo a

la camarera hablar con su compañera mientras fijan la vista en nosotros.

Eric pasa su brazo por mi hombro y con la mano que le queda libre acaricia mi mejilla,

llevándose un mechón de pelo y colocándomelo detrás de mi oreja.

—¿Qué pasa, nunca te han dicho eres preciosa? —me susurra. Me pone la piel de

gallina.

—No.

—¡Vaya, vaya, vaya! Aquí la mentirosa eres tú, no yo.

La camarera nos trae los cafés y dos napolitanas, la más grande y el mejor café está claro que son para Eric, pero no me importa en absoluto, lo que me jode es la intención de la camarera. ¿Qué pasa si somos novios? Antes de que la camarera se marche, de

nuevo, sin dejar de mirar a Eric y encima, enseñando un ligero escote, Eric intercambia los cafés y la napolitana.

—¿Qué haces? No, no, yo no quiero tanto —me quejo sin poder hacer nada. Eric se

sale con la suya.

—Tienes que comer —dice divertido.

—Muy bien, pero esto es cebarme, ¿no crees? —termino sonriendo.

Cojo la cuchara y cojo un poco de sirope de chocolate blanco y lo saboreo ante la atenta mirada de Eric que parece que se divierte.

—¿Te gusta el chocolate blanco? —me pregunta haciendo que lo mire.

—Sí, me encanta. ¿Y a ti? —cojo otra cucharada de sirope con una oreo y me la meto en la boca, saboreándola, lanzándole una mirada provocativa.

—A mí también, me encanta —dice divertido acercándose a mí boca —deduzco que

en tu boca el sabor debe ser mejor.

Mmmm. Jugueteamos un poco sin importarnos quienes nos esté mirando y entre risas,

disfrutamos como niños con el desayuno. Aunque el mejor desayuno ha sido lo que he

tenido nada más levantarme: Su cuerpo y el mío.

—Paula, quiero comentarte algo, antes que nada.

Lo miro terminando de comerme la napolitana, creo que hoy reviento o me da un subidón de azúcar.

—Tú dirás.

—Bueno, verás… —se pone nervioso, lo noto —mi familia no es como la tuya —me

confiesa, aunque lo imaginaba.

Termino de masticar lo que tengo en la boca y con el dedo mojado, cojo todas las virutas de chocolate y me las como haciendo que Eric se me quede mirando.

—He conocido parte de tu familia ya; A tu hermano, que por cierto me cae bien, a tu

padre y a tu hermana. No te preocupes, en serio.

—Bueno, el único majo es mi hermano Nacho. Tanto mi padre como mi madre y mi

hermana son muy raros, demasiado serios. Siempre esperan algo más de lo que ellos pueden dar hacia los demás.

—Gracias, ahora ya no tengo miedo…, estoy aterrada.

Eric

—Miedo ninguno, nunca —respondo mirándola a los ojos. Me encantaría poder ser

sincero de verdad y decirle que mis padres están condicionados, no solo por la opinión

de mi hermana, sino por ser hija de quien es y más ahora que se ha descubierto, toda la verdad.

Termino de beberme mi café, mientras me pregunto repetidas veces si todo esto es buena idea. Necesito que tanto mi madre como mi padre la conozcan y vean que no tiene nada que ver con todo lo que me han contado de su padre, una y otra vez.

—¿Tus padres en que calidad creen que voy?

Pensativo la miro. ¿Qué pregunta es esa?

—¿Qué creen que somos? ¿O qué creen, que estamos empezando? —me rio sin

poder remediarlo al ver la cara con la que ella me mira y lo roja que se está poniendo.

—No te lo tomes a mal, Eric, pero si voy a ir a tu casa, a comer con tu familia, quiero saber en calidad de qué voy, si de novia, amiga, secretaria. Porque… no sé tú, pero aparte de ser tu empleada —se acerca a mí —eh… me acuesto contigo, entonces…

—¿En calidad de qué quieres ir, Paula? —juego con ella.

—Pues… ¡manda huevos! Que me lo preguntes, guapo, eso tienes que saberlo tú.

—Pues… entonces… si nos acostamos, trabajamos juntos —acaricio su brazo

desnudo —me vuelves loco, me atraes, te deseo y tengo planes para nosotros a… —

hago un mohín divertido con la boca —¿largo plazo? —Sonríe —pues entonces, eres mi novia, ¿no? —Me inclino hacia ella con una ceja enarcada.

—¿Somos novios? —Se pone colorada como un tomate y se da aire con la mano.

Agarro su cara con suavidad y me acerco a su boca para besarla.

Paula

Salimos de la cafetería y damos un paseo por el centro de Madrid, haciendo tiempo hasta las tres de la tarde.

—¿Por qué no me hablas un poco de tu madre? —necesito hacerme una idea para

saber qué es lo que me voy a encontrar.

—Mi madre es la mejor madre del mundo…

—Imposible —le corto y continúo hablando —será la segunda, porque la primera

era la mía —contesto con un nudo en la garganta.

—No quería decir eso —me abraza y me da un suave beso en la frente mientras caminamos por la calle Preciados, mirando los escaparates. Ya hay cola para comprar

los décimos de lotería de Doña Manolita; es increíble cómo pasa el tiempo, hace nada,

estábamos en Navidad.

—Mi madre al principio se hace de rogar, es muy exigente a la hora de escoger a la

gente que va a formar parte de su vida.

—¿En serio? —lo miro.

—Y tan en serio, siempre ha sido así. Ella no es la típica mujer que se va con sus

amigas todo el tiempo, como hacen la mayoría de las mujeres de los amigos y compañeros de mi padre, mi madre no. A ella le gusta estar en casa, leer, no sé.

—Eso es lo que hace una madre normal, ¿no crees? Pero bueno, a lo mejor lo que pasa es que no ha encontrado a gente adecuada, ¿no? —Eric se ríe.

—Es muy buena en serio, pero a veces muy rara y ha sufrido mucho.

—No creo que sea para tanto, mi madre de buena era tonta y no te creas que era mejor por eso —clavo la vista en el suelo mientras seguimos caminando, pasando por

toda esa cola de gente que reza y desean ser ellos los elegidos para el premio —Y por

qué dices que ha sufrido, ¿Qué le ha pasado?

—Pues nunca habla del tema. Mi hermana es más o menos igual —cambia de tema

—Ahora se ha vuelto una antipática —me rio por dentro, no hace falta que lo jure, tiene una cara de rancia que no puede con ella.

—Y mi hermano Nacho, es el más simpático, la verdad. Todo el mundo queda encantado cuando hablan o están con él.

—Y tú, señor Odman, ¿cómo eres?

Nos paramos en mitad de la calle, nos miramos.

—Eso dímelo tú, señorita Carusso, ¿cómo soy?

Me rio sin poder remediarlo.

—Pues he de admitir, que a lo lejos quedó aquel tipo que me sacó de los nervios, cuando su coche… —digo con cierto retintín —chocó con el mío.

—Bendito despiste, ¿no crees? —sonríe enseñando sus perfectos dientes. Me da un vuelco el corazón, lo único que quiero hacer es besarle sin parar.

—¿Reconoce usted entonces que fue un despiste? —pregunto divertida, cogiéndolo de la chaqueta.

—Bueno…, —hace una mueca divertida con la boca haciendo que comience a reír.

—¿Ves cómo eres un mentiroso? —suelto una carcajada.

Eric aprieta mi cuerpo con el suyo y me besa de forma apasionada, su lengua entra en mi boca en busca de la mía, la encuentra y se enredan despacio, haciendo que mi cuerpo se acalore.

—Será mejor que vayamos a casa de mis padres, no quiero cometer una locura —sonríe de medio lado volviéndome loca.

—¿No te gustan las locuras? —le pregunto al oído, excitada. Ya estoy como una moto.

—Las locuras pueden salir mal, prefiero…

—Solo tienes que dejarte llevar, Eric… —le corto, lo cojo de la mano y tiro de él, llevándolo hasta un pequeño restaurante que hay en una de las calles paralelas, hacia la derecha.

—¿A dónde me llevas? —me pregunta con cara de niño pequeño, algo entusiasmado, mirándome divertido.

Sin contestarle sigo mi camino hasta llegar al restaurante, donde no hay mucha gente.

—Dos cafés, por favor —le pido al camarero que se nos ha quedado mirando.

Eric no entiende nada, me acerco a él.

—Te espero en el baño, en cuanto eches el azúcar a mi café, ven a buscarme —le susurro, le doy un beso en la mejilla y me dirijo hacia los baños.

Espero encerrada unos minutos, sonrío al mirarme al espejo ¡madre mía! Estoy loca de

remate. El corazón parece que va a salir de mi pecho en cuanto alguien golpea la puerta.

Abro y veo a Eric con una medio sonrisa y una mirada que hace que sienta que me está

desnudando. Su sonrisa, su olor, todo de él me vuelve loca.

Pasa y cierro la puerta con un pequeño pestillo.

—Tiene que ser rápido para no llamar la atención —digo desabrochando mis

pantalones.

—Joder, Paula…

—Ni joder ni hostias —me acerco a él desesperada, nos besamos y desabrocho sus

pantalones. En cuanto mi mano roza su miembro, se pone duro. ¡Dios! —Ya estás listo

para mi Eric… ¿Lo ves? —Me agacho y le doy un suave beso en su pene, miro hacia

arriba y veo la cara de satisfacción con la que Eric me mira.

Me levanta, me da la vuelta, coloco mis manos en la pared y se hunde en mí, de una embestida.

¡Hay dios mío, qué gusto!

Jadeamos y gemimos al ritmo de las embestidas. Tengo un calor impresionante, estoy

sudando.

—¡Sigue, Eric! —Le pido entre gemidos y susurros.

Él besa mi cuello, tira de mi pelo y me penetra fuerte y rápido, haciendo que todo mi

cuerpo arda y al cabo de unos segundos…, un placer inmenso, en forma de espiral estalla en mí.

Maravilloso…

Eric vacía su placer en mí y sonrío.

Unos minutos más tarde, después de asearme, con una sonrisa de oreja a oreja, me dirijo hacia la barra donde me encuentro a Eric hablando por teléfono.

El camarero mira a su compañero y los dos me miran a mí, pero me concentro en el café, algo avergonzada. A pesar de los locales que frecuento, nunca he hecho algo parecido y la verdad es que, con Eric, lo volvería a repetir mil veces más.

Observo a Eric que sale a seguir con la conversación. Gesticula con las manos, como

si estuviera enfadado. ¿Con quién estará hablando? Mi curiosidad va en aumento cuanto más lo miro. Su mirada se cruza con la mía y puedo ver que eso le tranquiliza.

Cuelga la llamada y entra de nuevo, se acerca la barra y me da un suave beso en los

labios.

—¿Piensas tomarte ese café? —me pregunta con una sonrisa en los labios.

—Sí —sonrío pícara y me bebo el café de un trago, me doy cuenta de que Eric no se

ha bebido el suyo y que encima, ha pagado. ¡La madre que lo parió!

Salimos del restaurante, Eric va algo serio, aunque en cuanto me mira, sonríe y me da

un beso. Sé que me está ocultando algo, pero no voy a agobiarlo con preguntas, si no

me quiere decir nada por algo será. Damos una pequeña vuelta por la Puerta del Sol y terminamos en la pastelería La Menorquina, he pensado que sería un gesto por mi parte

llevar algo a su casa. Como las trufas de aquí me rechiflan, decido comprar una caja de doce trufas. Eric intenta pagar, pero miro a la chica que me atiende con mala cara y la mirada de asesina que lanzo no puede fallar. Terminan cobrándome a mí.

—No hacía falta. Paula, seguro que mi madre ha pensado en todo, pero gracias —me

dice saliendo de la pastelería.

Nos dirigimos hacia su coche y como de nuevo lo veo algo serio y también, algo pensativo, decido preguntarle.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿Por?

—No sé, después de la llamada te has quedado muy serio.

Se me queda mirando y después de unos segundos en silencio, subimos a su coche.

—Paula… —comienza a decirme a tiempo que comienza asustarme por la forma que

ha tenido de decirlo.

—¿Qué pasa?

Eric resopla por la nariz.

—No vamos a estar solos en casa de mis padres. Mi madre ha invitado a Valeria.

Vale, creo que he muerto, he dejado de respirar. Trago saliva con dificultad y noto como mis piernas comienzan a temblar.

—Creo que no es buena idea, Eric —le digo apartando la mirada.

—Ya te he dicho —coge mis manos —que entre Valeria y yo no hay nada. Solo somos amigos, y en casa la quieren mucho.

Cosa que nunca voy a conseguir, ahora seré la otra y no me parece buena idea. Cierro

los ojos y al abrirlos de nuevo, Eric pega su frente con la mía.

—Lo siento, Paula. Pero lo único que te puedo decir es que estés tranquila. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza sin decir nada mientras mi corazón golpea mi pecho.

—Vale —finjo una leve sonrisa y nos damos un beso.

Veinte minutos más tarde, estamos aparcando en una calle céntrica de Madrid. Estoy

muy pero que muy nerviosa, la verdad es que no quiero ni entrar, estoy acojonada.

Eric abre la puerta ofreciéndome su mano para salir del coche y lo hago algo torpe.

Nos acercamos a una enorme puerta de hierro. Desde fuera se puede apreciar un hermoso jardín muy bien cuidado. La puerta se abre y Eric me cede el paso, pero estoy

muy nerviosa, prefiero que el pase primero.

Una mujer con pelo corto y rubia sale a recibirnos, mira a su hijo y me lanza una mirada de «no bienvenida» que me deja clavada en el suelo.

—Eric, cariño, al fin has llegado, papá te está esperando —deduzco que es su madre, va con un vestido de coctel color rojo sangre.

—Mamá, esta es Paula —la mujer finge una sonrisa mientras se acerca a mí y me da

dos besos delante de su hijo.

Nos hace pasar y caminamos por un amplio pasillo, hasta llegar a un enorme salón, decorado estilo barroco y moderno. Esto no se ve ni en las películas, madre mía, ¡qué

pasada! Dos mujeres están colocando la mesa.

—Los demás están esperando en el jardín. ¿Te gusta el salón, Paula? —debe haberse

dado cuenta de mi cara, en cuanto hemos entrado y cruzado.

—Tiene usted muy buen gusto, señora Odman —le digo sintiéndome ridícula.

—Puedes llamarme Marina —me dice con una sonrisa en los labios, ya no sé si es

de verdad o fingida.

Pasamos por una cristalera y allí veo a Susana, que nerviosa me mira, a Nacho que no

tarda en acercarse a darme dos besos, al padre de Eric y a… Valeria que va, casualmente, con un vestido enseñando piernas y escote.

—Paula querida, te presento a Valeria, mujer de Eric.

Eric y yo nos miramos, no sé si esto es o no una broma, pero me quiero marchar.

—Ex mamá, Valeria y yo estamos divorciados, lo recuerdas, ¿no?

—Sí, pero para mí Valeria siempre será tu mujer, no lo olvides, querido —Marina

me mira de reojo.

¿Pero qué es lo que le he hecho yo a esta familia para que me traten como si les debiera algo?

Valeria se acerca sonriente y me da dos besos, que por educación yo le he devuelvo.

Saludo a Susana con un breve gesto y a Fernando con dos besos. Un camarero me sirve una copa que me bebo de un trago, hago que me rellene el vaso e intento poner una de

mis mejores caras, como me decía mi madre; «para que te jodas tú, que se jodan los

demás». Y qué razón tenía, no voy a dejarme pisotear ni por el mismísimo diablo.

Eric no se separa de mí en ningún momento, nota mi incomodidad y le agradezco con la

mirada que esté a mi lado, creo que él está igual de incomodo que yo, noto como respira fuerte y como le lanza miradas tanto a su madre como a su padre.

—Bueno y cuéntanos… ¿Qué es lo que te ha hecho mi hermano para que caigas en

sus redes? Si no te trata bien… —se ríe —yo soy muy majo.

—Es mía, Nacho. No está hecha para ti, sino para mí —suelta Eric dándole un pequeño golpe a su hermano, mientras los dos se ríen.

He pasado de sentirme incomoda por el trato que veo en los demás, a sentirme totalmente halagada y avergonzada. «Vaya, estoy hecha para él» me gusta saberlo.

Veo como Susana, su madre y Valeria se miran las tres.

—¿No crees que te estás precipitando? Te acabas de divorciar de Valeria, ¿Cuánto

hace de eso, tres meses? —Salta Susana mirándome.

Mira qué me he visto en situaciones vergonzosas, asquerosas por así decirlo, pero esta… supera a toooodas las demás con creces. Bebo de mi copa como si eso me hiciera invisible.

—Creo que eso a ti, no te importa, ¿no? —le contesta Eric haciendo que me sienta

algo aliviada.

—La mesa ya está lista, señora. Cuando quieran —una de las chicas que la estaba preparando, sale al patio.

Eric se acerca a mi lado y se acerca a mi oído.

—En cuanto podamos, nos largamos de aquí —me dice de forma dulce haciendo que

todo me importe una mierda.

Su madre se ha encargado de colocarnos a todos en la mesa, como es evidente y no esperaba menos, Eric se sienta junto a su exmujer Valeria, que parece disfrutar de su

presencia.

Esa mujer no me gusta ni un pelo.

Yo estoy al lado de Nacho, por lo menos sé que me voy a reír, es el único, aparte de

Eric que me hace sentir bien.

Nos sirven de primer plato una sopa de marisco que a decir verdad y siendo sincera,

está de muerte y es la mejor que he probado en mi vida.

—Ya que nuestro hijo pequeño está saliendo contigo, nos gustaría que nos hablaras

de tu familia si no es mucho pedir —me pide Marina deseosa por saber.

—Bueno, soy la pequeña de dos hermanos, y tengo dos sobrinos que son un amor —

sonrío al pensar en ellos.

—¿A qué se dedican tus hermanos? —Pregunta Nacho guiñándome un ojo.

Comparados con los estudios que aquí todos deben de tener, no me importa decir, con

mucha honra y orgullosa, a lo que se dedican mis hermanos.

—Mi hermana es jefa de departamento en una pequeña tienda y mi hermano es informático.

—¿Y qué más nos cuentas, querida? Nos hemos enterado de lo de tu madre, lo sentimos mucho —vaya, parece que esa mujer tiene alma —pero imaginamos que

tienes padre, ¿no? ¿A qué se dedica?

—Creo que ese tipo de preguntas no viene a cuento, ¿verdad, madre? —noto a Eric

muy molesto, pero a mí no me importa en absoluto sus preguntas, no tengo nada de lo

que avergonzarme y no me pienso dejar pisotear por nadie.

—Tranquilo cariño, yo pasé por lo mismo, ¿recuerdas? —le contesta Valeria

dedicándole una sonrisa que despierta mis celos.

—De mi padre no tengo mucho de lo que hablar, no tengo una buena relación con él

—soy sincera.

Todos se me quedan mirando como si hubiera dicho algo malo. La encargada de atendernos, nos pone el segundo plato: setas rellenas de carne al horno con patatas a lo pobre.

—¿Vas a venir a la gala benéfica? —Nacho me pregunta divertido, al cabo de un rato. Eric me mira y yo lo miro a él sin saber qué decir.

—Claro, es mi novia —dice Eric haciendo que suelte una risita tonta. Me encanta

escuchar de su boca que soy su novia.

—¿Qué se siente al ser la novia de tu jefe? —El sonido chirriante de Valeria entra

en mis oídos como si de una patada se tratara. ¡Dios, cómprate una maldita voz!

—Nos conocimos antes de saber que él sería mi jefe —le lanzo una medio sonrisa

—Y bueno, el roce, el vernos todos los días han hecho mucho.

—¿Y qué es lo que más te ha llamado la atención de mi hijo? Si no es mucho preguntar, ¿su dinero? —Se me cae el tenedor que sostenía con mi mano derecha cuando Marina formula esa pregunta.

—¿Qué me quiere decir, exactamente? ¿Por qué está usted con su marido si no es

mucho preguntar? ¿Por la calidad de vida?

—Creo que las preguntas se han terminado por hoy, ¿no? —Eric mira de mala

manera a su madre e inevitablemente, también me mira a mí.

—Creo que no encajas para nada en su vida. Mi hijo necesita algo mejor que una

simple secretaria, que se atreve a humillarme con ese tipo de preguntas. ¿Dónde tienes

la educación, niña?

No doy crédito a lo que escucho.

—Creo que he tenido el mismo respeto y educación que tú. ¿O qué pasa? ¿Qué por el

simple hecho de no ser alguien importante, no estoy a la altura de vosotros?

Todos se quedan en silencio mirándome con los ojos abiertos y me doy cuenta, que

aparte de haber estado elevando la voz, también estoy levantada. Veo como la madre

de Eric también se levanta, hasta estar a mi altura.

—¿Sabes una cosa, Paula? —Mira a Eric que nervioso me mira a mí —tengo que

serte sincera, no me gustas ni un pelo. Has cambiado la vida de mi hijo por completo,

lo has cegado.

Suelto una risotada.

—¿Qué yo he hecho qué?

—Sabemos muy bien cuáles son tus intenciones —ahora se Valeria.

—¿Qué es esto, una emboscada? —Eric salta enfadado, dando un golpe sobre la mesa que hace que me doble por el susto —Os la he traído porque quería que la conocierais, y vierais… —se queda callado mirándome.

—¿Que no se parece a su padre? —Responde Fernando.

Miro a Eric que se queda en silencio con una cara de pena que no puedo soportar.

—Creo que ha sido una mala idea venir aquí, es mejor que me marche —me doy la

vuelta y llego hasta el pasillo dónde sé qué está mi bolso. Nacho también se ha levantado de la mesa y viene tras de mí.

—Espera, Paula.

—No, Nacho, lo siento. No tenía que haber venido. Reconozco que mi padre es un

capullo, de él solo llevo su apellido. No sé qué os habrá hecho a vosotros.

Me agarra del brazo y me hace mirarle.

—Yo no creo que seas como tú padre y creo que eres lo mejor que le ha pasado a mi

hermano —me dice de forma dulce.

Eric.

Su mirada se dirige inevitablemente a la mía. Mi hermano le da un abrazo y me rompo

al sentir que le estoy fallando.

Los tres subimos a mi coche en silencio. Miro a Paula, pero ella tiene la vista fija a la carretera. ¡Joder! Son muchas las explicaciones que le debo si quiero que confíe en mí.

—Te lo explicaré todo, Paula —le digo con un tono de disculpa. Pero Paula no parece reaccionar.

—¿Sabíais quién era yo en todo momento? —me mira disgustada, al cabo de unos

minutos.

—Bueno, sabía quién eras cuando vi tu currículo —miro a mi hermano a través del

espejo retrovisor.

—Vamos al Ángelo, Eric, allí estaremos más tranquilos y podremos explicarle a Paula todo con detalles —me dice mi hermano, antes de llegar a la calle que me indica

con la mano.

—¿Te parece bien, Paula?

—Sí, vosotros sabréis —es lo único que contesta.

Bajamos del coche en cuanto llegamos el lugar que mi hermano ha propuesto y en silencio accedemos al local. Un local discreto, un buen sitio para hablar. Nacho se

lleva a Paula a una de las mesas del fondo, mientras pido unos refrescos y unos aperitivos para tomar.

En cuanto llego a la mesa, mi hermano está hablando con ella. Me siento a su lado, pero Paula a penas me mira y, por un lado, siento que la he perdido. Idiota de mí.

Paula.

—Según me han contado, tu padre y el mío eran buenos amigos —miro a Nacho y a

Eric sin abrir la boca, dejando que ellos me cuenten lo que me tienen que contar —de

hecho, se llevaban tan bien que parecían hermanos, estudiaron juntos, salían juntos, compartían los mismos amigos, e incluso, tu padre conoció a mi madre e hizo de celestino con nuestro padre.

—Pues no entiendo que es lo que pinto yo en este entierro. Yo nunca he escuchado

esa historia, ni siquiera os conocía de nada.

—No sabemos exactamente qué es lo que pasó, pero al parecer, tu padre tuvo un lío

con nuestra madre que se descubrió un tiempo después de que Paolo, intentara estafar y

quedarse la empresa Odman, que antes tenía el nombre de Odcar. —Eric se toma una

pausa y Nacho continúa por él.

—Quiso destruir la empresa, robando clientes y hundiendo a mi padre con falsos testimonios y manchando el nombre de nuestra madre.

No salgo de mi asombro.

—De nuevo me hago la misma pregunta, ¿Y qué es lo qué tengo que ver yo en este

embrollo?

—Eres una Carusso, no te conocemos de nada y a todos nos impresionó que

terminaras en la empresa.

—¿Sabes la cantidad de currículos que pude enviar cuando me quedé sin trabajo? —

Miro a Eric y a Nacho al mismo tiempo —¿Tú lo has sabido todo este tiempo y aun así

no me contaste nada? —Eric asiente.

Resoplo e intento asimilar lo que me acaban de soltar.

Mientras Nacho y Eric se disculpan, continúan contándome todo. Desde que me

pusieron un coche para que me siguiera, hasta que Eric mostró un interés en mí, para

ver si sacaba algún tipo de información. También me confiesa que, a lo tonto se ha terminado enamorando de mí, pero yo no soy capaz de reaccionar.

—También hemos descubierto otra cosa —dice Eric mirando a Nacho que extrañado le devuelve la mirada.

De su bolsillo saca dos cartas. Nacho y yo nos miramos.

—Susana fue a ver a tu padre el otro día, nosotros no teníamos ni idea de nada.

—¿Qué es esto? —pregunta Nacho cogiendo una de esas cartas.

—No estamos seguros, pero leedlo.

Nacho lee una carta y yo leo la otra. A medida que voy leyendo, noto como la cara se me va desencajando. No, no puede ser… Miro a Eric y después a Nacho que también me mira a mí.

—No puede ser —digo bajando la voz.

—Solo hay una manera de poder saberlo Paula.

¡Joder…! De repente las preguntas que me hizo mi madre aquel día en el parque, cobran sentido. Me tapo la boca con las manos.

—¿Qué pasa? —pregunta Eric.

—Es que…, he recordado algo. —Los miro a los dos asustada —mi madre… —no puedo seguir hablando. Tapo mi cara con las manos e intento respirar con tranquilidad.

27

Eric aparca el coche frente a mi portal y se me queda mirando. Pero no le hago caso,

me desabrocho el cinturón de seguridad y justo al abrir la puerta, él me agarra del brazo.

—¿Puedo subir?

Niego con la cabeza sin mirarle y bajo del coche sin despedirme, no puedo fingir como

me siento y, ahora mismo necesito algo de espacio para poder pensar.

Entro en casa y lo primero que hago es darme una ducha. Y no es hasta que siento el

agua, caer por mi cuerpo, cuando me echo a llorar. Salgo de la ducha al cabo de una

hora, más o menos y con el móvil en la mano y la toalla aún puesta, llamo a mi padre.

—¿Paula?

—Lo sé todo, papá. Pero dime una cosa, ¿cómo has podido ser tan cabrón? ¿Eh?

—¿De qué estás hablando, hija? —no puedo evitar llorar.

—¿Te suena de algo, Susana? ¿Marina y Fernando?

—No te entiendo.

—¿Ah, no? ¿Qué vas a hacer? ¿Huir otra vez? Nos has engañado a todo, sobre todo a

mamá. ¿Lo sabe la abuela o…?

—Ahora mismo no puedo atenderte y no sé de qué me estás hablando. Tu abuela ha sufrido un ictus, está en el hospital, la están operando en este momento.

El corazón me da un vuelco.

—Me da igual. Esa mujer no es nada para mí. Mamá murió hace dos meses y desde

entonces, tú no te has molestado ninguna vez en preguntar cómo estamos. Eres mala persona, papá, no mereces vivir —cuelgo apagando el móvil.

Me dirijo hacia mi sofá, me acurruco abrazando mis piernas y lloro perdiendo la noción del tiempo, hasta que me quedo dormida. Cuando suena el despertador, algo confundida y desubicada, me levanto.

Me paso el domingo, sumida en mis pensamientos y engullendo comida basura,

haciendo oídos sordos al teléfono de casa y a los correos que Eric me envía.

El lunes, me dirijo como todos los días hasta la oficina. ¡Menos mal! Aliviada respiro, en cuanto me quedo sola. Las puertas del ascensor se abren y al comprobar que Eric

aún no ha llegado, vuelvo a respirar.

Eric.

Salgo con angustia del ascensor esperando encontrármela allí. Me he pasado todo el domingo preocupado por ella. ¡Soy un estúpido, joder! La veo tararear una canción mientras escribe en el ordenador, rodeada de varias carpetas con documentos de clientes.

A pesar de que su cara muestra tristeza, está preciosa; la echo de menos. Camino hasta

su mesa y le toco la mano para advertirle de mi presencia. Me lanza una mirada fugaz,

aparta la mano y se levanta dirigiéndose hasta la cocina.

—Ahora mismo te preparo tu café —me dice. La sigo hasta llegar a la cocina.

—Paula, no quiero el maldito café, solo quiero saber qué es lo que piensas, qué va a

pasar con nosotros, tienes que decirme algo —paso mis manos por mi cabeza.

—Lo siento, pero no tengo nada decidido todavía. Solo una cosa —se gira de mala

gana hacia mí —pienso marcharme de esta empresa, no quiero tener nada que ver con

vosotros, lo siento.

—No puedes marcharte —le pido casi en una súplica.

—Lo tengo decidido, ya he mandado varios currículums y he actualizado varias páginas de búsqueda de trabajo, Eric. Lo siento, pero como comprenderás, no quiero estar aquí. Ahora mismo estaba redactando mi carta de renuncia.

—Paula —le agarro del brazo pegándome a ella. Cojo su mano y la llevo hasta mi

pecho.

—Yo te quiero Paula, te necesito a mi lado, no puedes irte —ella se quita rápidamente y noto como controla las ganas de llorar.

—Te he dicho que no, Eric. No quiero seguir trabajando ni para ti, ni para tu padre.

Me deja el café preparado sobre la mesa y se marcha dejándome roto. Nunca en mi vida me he sentido tan desesperado como me encuentro en este momento. No puede ser

verdad lo que me está diciendo, es imposible.

Voy tras ella.

—Vete a casa, tómate unos días, ya me las apañaré, pero por favor no te vayas.

—¡Joder, Eric! Está decidido, ¿Qué no entiendes?

Nos quedamos los dos mirándonos el uno al otro.

—Vale. —Le miro serio —si es lo que quieres, lo prepararé todo.

—Me marcho ahora. Renuncio a todo lo que en estos meses me pertenezca, no quiero nada.

Paula coge sus cosas y se marcha. Y yo, como un auténtico idiota, me quedo mirando como lo hace.

Paula

Necesito tranquilizarme. ¡Dios! Me tapo la cara con las manos y me lamento por todo

lo que ha pasado en este tiempo desde que nos conocimos.

Llamo a mis amigas, a mi hermana, necesito hablar con alguien y todas, en este preciso

momento, están en sus trabajos. Termino marchándome a casa y me meto en la cama para intentar tranquilizarme un poco.

Por la tarde, el timbre de casa me despierta. Abro los ojos y dejo que suene un par de

veces, no tengo ganas de levantarme y ahora no tengo ganas de hablar con nadie. El timbre vuelve a sonar y termino haciéndolo, abro la puerta y me encuentro con un Eric

demacrado.

—Lo dejo —comienza a decir mientras entra en casa.

—¿Qué dejas el qué, Eric? —Cierro la puerta y sin entender nada, lo sigo hasta el

salón, donde nervioso, veo como se sienta en el sofá.

—Dejo el trabajo, ¡se acabó! No me merece la pena si lo nuestro se acaba, Paula. Lo

he pensado y…

—No puedes hacer eso, ¿estás loco, Eric? —alzo la voz gesticulando con las manos.

Eric se levanta y se acerca a mí de forma peligrosa, mi cuerpo comienza a hacer de las

suyas.

—Lo he hecho porque me importas, Paula —acaricia mi cara.

—Pues no deberías de haberlo hecho. Llama ahora mismo a tu padre o a quien sea que hayas llamado y di que todo ha sido por un arrebato.

—No quiero, Paula.

Se inclina hacia mí, dejando muy poco espacio entre nosotros.

—No puedes hacer esto que estás haciendo, te he dicho que necesitaba espacio.

—No puedo darte ese espacio porque me muero, Paula —sus manos se posan en mi

cintura y un hormigueo se adueña de mi cuerpo. Pero no estoy dispuesta a dejar que me

domine.

Doy un paso hacia atrás y me separo de Eric algo abrumada.

—Necesito aclararme.

—Paula, desde el primer momento en que te vi, supe que tenías algo, no sé cómo explicarme. No me puedes decir que necesitas tiempo y necesitas aclararte. Sé que la he cagado, sé que lo he hecho mal. Dime que es lo que tengo que hacer, por favor —me rompe por dentro ver cómo desesperado me suplica.

—No sé cómo sentirme con todo esto. ¡Joder! Me pusisteis un puto coche para que me siguiera cuando yo pensaba que había sido mi padre. Ayer… en tu casa, tus padres, sobre todo tu madre y esa exmujer a la que consideras tu amiga, me humillaron.

—He hablado con Valeria, está muy arrepentida.

Me rio.

—¿Tú crees que esa mujer se puede arrepentir de algo? Solo hay que verla para saber de qué pie cojea. Mira —presiono el puente de mi nariz a tiempo que respiro hondo —no sé exactamente qué es lo que has tenido con ella ni qué tipo de relación, manteníais una vez casados.

—Ya te lo he explicado, Paula.

—¿Entonces por qué te casaste con ella? Explícamelo que no lo entiendo.

Eric.

Hago que Paula se siente a mi lado en el sofá, la cojo de las manos y comienzo a contarle mi historia.

—Valeria era la amiga de mi hermana, sus padres eran muy amigos de los míos —

Paula asiente con la cabeza. —Sus padres la querían obligar a casarse con un hombre

solo por su estatus social y… Valeria se rebeló y le costó una paliza por parte de su

padre, así que… por mi hermana, le dije a su padre que su hija y yo habíamos empezado a conocernos y que si había alguna posibilidad de que se aplazara la proposición.

Solo he estado casado con ella un año, un puto año Paula, para que sus padres la dejaran en paz y dos fingiendo que éramos novios a pesar de que cada uno siempre ha

ido por su lado. Ella hacía su vida y yo hacía la mía y todos felices.

—¿Te has acostado alguna vez con ella?

Respiro hondo.

—Sí, Paula. En mis fiestas, a Valeria también le gustan ese tipo de fiestas y una noche…

—Vale, no me interesa, no sigas —hago lo que me pide y no le sigo contando.

—Su padre murió hace unos cinco meses, por eso… me divorcié de ella. Porque al

fin, ella sería libre y yo también.

—¿Y cómo sabes que ella no está enamorada de ti?

Me rio.

—Porque a ella le gustan los hombres mayores, y tengo entendido que está

conociendo a uno.

—¿Ella te cuenta esas cosas?

—Claro, te dije que somos amigos.

—¿Y a ella le has hablado de mí?

—No, a ella no. Pero sí a mi hermano, el que tuvo una buena impresión de ti nada

más conocerte —sonríe, eso es buena señal.

—¿De verdad te has enamorado de mí? —estaba deseando que me preguntara eso.

Le doy un abrazo y un beso suave en la mejilla.

—Eres lo mejor que me ha pasado. Lo que siento por ti nunca lo he sentido por nadie.

—Yo tampoco Eric y estoy asustada —me confiesa y vuelvo a abrazarla.

Paula.

Todo es tan raro…, que no puedo explicarlo. Me levanto de la cama después de que Eric lo haga. Anoche se terminó quedando aquí conmigo y me arreglo para volver a la

oficina, como le prometí.

Hacemos el trayecto hasta el edificio en silencio, solo con miradas que nos lanzamos el uno al otro, con leves sonrisas.

Mi mente no asimila nada de las cosas que me ha contado, y enemiga de mi misma, me

centro solo en lo que más daño me hace; Imaginármelo a él con Valeria, disfrutando en

una de sus fiestas. Me entra una angustia solo de pensarlo y me dan ganas de salir del

coche en marcha.

Suspiro agobiada y salimos.

Eric se marcha a su despacho después de darme un beso y yo vuelvo a la mesa, a seguir

con el trabajo con el que ayer, decidí no continuar hasta que Eric me convenció con la

excusa de que, si yo no me iba, él también lo haría.

Paso la mañana recibiendo llamadas y mandando correos. A la hora de comer, al ver

que Eric no va a salir de su despacho, decido quedar con María.

—¿Qué te pasa? No tienes buena cara —me pregunta nada más sentarnos a la mesa

después de hacer nuestro pedido de platos combinados.

—He pasado una mala noche, eso es todo —contesto sin mirarla, atendiendo mi

móvil, por si Eric me necesita. —¿Tú qué tal, todo bien?

—Sí, David vino a verme y… ¡Estamos saliendo! —me cuenta entusiasmada.

—¿En serio? —una sonrisa se dibuja en mi cara, me alegro mucho por ella.

—Sí, se ha dado cuenta de qué ha sido un tonto este tiempo y quiere intentarlo y yo

también.

—¿No tienes miedo?

El camarero nos trae los platos que nos hemos pedido.

—¿Miedo? ¿Qué es lo qué tengo que perder? Prefiero intentarlo, en vez de quedarme los próximos años preguntándome que hubiera pasado entre nosotros si no lo hubiéramos intentado. El miedo solo te pone en pausa, Paula.

—Tal vez tengas razón —clavo mis ojos en el plato y juego con la comida.

—¿Vas a contarme qué es lo qué te pasa, cielo? —Alzo la mirada y la veo preocupada. Le sonrío, aunque sea una sonrisa fingida

—No me pasa nada en serio, echo de menos a mi madre, eso es todo —le miento, aunque es verdad que la echo de menos, sobre todo ahora.

—Lo siento mucho, mi niña —aprieta mi mano con fuerza.

Dejo parte de la comida en mi plato, no puedo forzar más mi estómago. Llega nuestra hora y marchamos cada una a nuestros respectivos trabajos. En la comida María me ha estado comentando que este fin de semana se va a un spa con David, tal vez yo necesite un fin de semana tranquilo, solo dedicado para mí.

Cuando llego a mi mesa y espero a que se carguen unos documentos, busco por internet algún spa, algo que sea bueno, bonito y barato. Necesito despejar mi mente, no doy para más.

Siento a Eric salir del ascensor, pasa por mi lado serio y con un gesto hace que me levante para que entre con él en su despacho.

Me besa con furia después de cerrar la puerta de su despacho y después del beso sonrío…, él sonríe también. Sabe tan bien… huele tan bien y me hace sentir tan maravillosa cuando estoy a su lado, que me olvido de todo.

Al cabo de un rato, Susana nos sorprende. Cuando entra en el despacho de su hermano me lanza una mirada de disculpa que no dudo en ignorar machándome a mi mesa para seguir con el trabajo. A las seis de la tarde, Eric posa sus manos en la mesa de mi escritorio. Estoy tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera lo he visto salir de su despacho. Lo miro con cara de tonta, es inevitable poder mirarle de otra manera.

—¿Te apetece salir a cenar?

Acepto.

Eric aparca frente a mi bar preferido, y olvidando lo que ha pasado estos dos días, nos tomamos unas cervezas y disfrutamos de nuestra compañía hasta que mis amigas entran

por la puerta y se sorprenden tanto como yo, de encontrarnos allí.

—¡Anda que avisas, Paula! —me dice Nuria dándome un abrazo.

Los cuatro charlamos animadamente hasta que llega mi hermano con un antiguo

compañero de trabajo.

Se llama Rubén y acabo de pillar a mi amiga Nuria haciéndole ojitos. ¡Oy.oy.oy,oy, que se me ha enamorado!

Eric pasa su mano por mi cuello y yo la cojo, entrelazando sus dedos con los míos.

Estamos en el bar hasta las once de la noche, hasta que decidimos marcharnos y quedar

otro día.

—Gracias por no decirles nada a tus hermanos y a tus amigas —me dice Eric después de subirnos al coche.

—Lo tendrán que saber si lo de Susana es verdad.

Llegamos a casa y le pido a Eric que se quede conmigo.

Me levanto antes de tiempo, Eric duerme y aprovecho para quedarme un momento observándole, se le ve tan tierno y sexi al mismo tiempo, tan vulnerable. Acaricio su

cara con cuidado de no despertarle.

Aprovecho que está dormido para preparar el desayuno, aunque hay poca cosa en la nevera. Bajo a casa de mi hermana, entro sin hacer ruido y miro en los muebles a ver si hay algo que me pueda llevar sin que a ella le vaya a hacer falta. Abro el mueble de la parte de arriba y veo una bolsa de magdalenas, de las que solía comprar mi madre y al

ver que hay otra, la cojo. ¡Cómo la echo de menos, madre mía! Justo cuando voy a salir

veo a mi hermana que se levanta asustada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta frotándose los ojos.

—No tengo nada para desayunar —suelto una risita tonta a pesar de que un nudo presiona mi garganta.

—¿Estás sola?

—No, Eric está durmiendo —contesto dándome la vuelta. Conozco a mi hermana y

sé que, en tres…, dos…, una…

—¿Qué tal la comida con sus padres?

Silencio.

—Ya te contare.

—¿Todo bien?

Trago saliva. ¿Cómo guardo yo toda la información que tengo? ¿Cómo le digo yo que

creemos que Susana puede ser nuestra hermanastra? ¿Y qué mi padre engañó a mi madre con la madre de Eric?

—Todo bien. Vete a la cama, ¡anda! Que se van a despertar los niños —miro mi reloj —me tengo que ir que en breve nos vamos. Luego nos vemos.

—Sí, sí, sí, luego. No se te ve el pelo, los niños ya no se acuerdan ni de cómo te

llamas —sonríe.

—Prometo que luego me paso.

Cuando entro en casa me asusto al ver el reflejo de Eric cruzar el pasillo en dirección hacia la cocina.

—¡Jodeeeer! —digo en un alarido, llevándome la mano al corazón. Él saca la

cabeza por la puerta de la cocina extrañado al escucharme.

—¿Dónde estabas? —pregunta acercándose a mí con una bonita sonrisa en los labios.

—He ido a por algo para desayunar, soy un desastre no hago la compra —me río

dándole un beso.

—¿No prefieres desayunar fuera? —me mira de forma pícara.

—No, de hecho, mira lo que he encontrado —levanto la bolsa de magdalenas

Eric me observa, mientras preparo dos cafés.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta sin apartar sus ojos de mi cuerpo.

—Mejor que la otra noche, la verdad —le soy sincera.

Coloco las magdalenas en un plato, como solía hacer mi madre, y las dejo sobre la mesa.

Eric arrima su silla a la mía en cuanto me siento y comenzamos a besarnos y acariciarnos mientras nos entra la risa tonta a los dos. Se oye su móvil desde la habitación y al ver que la llamada insiste, Eric, sin ninguna gana, se levanta.

—Lo siento, tengo que cogerlo —su tono es de disculpa y lo entiendo. No tengo nada

que reprocharle.

Mientras él habla por teléfono, entro en la habitación para vestirme. Me pongo un vestido color crema con una chaqueta y en el baño, me arreglo un poco por encima, dejándome el pelo suelto. Cuando termino, Eric sigue hablando por teléfono, así que nerviosa y ansiosa por querer saber con quién habla, le espero en el salón. Cuando

aparece lo hace ya vestido y volvemos a la cocina para seguir con nuestro desayuno.

—La reunión qué teníamos para la hora de la comida se ha adelantado, tenemos que

irnos.

Cuando bajamos a la calle me sorprende ver a su chofer esperándonos. Lo miro sorprendida y por respuesta obtengo un beso.

Entramos en el coche que nos lleva hasta uno de los edificios de las cuatro torres. En

una de las plantas. Entramos en una sala donde un cliente nos espera, sorprendiéndome

ver a Susana junto a él. Miro a Eric que me devuelve la mirada y con un apretón de manos, hace que me tranquilice.

—Mi hermana es quien nos ha conseguido este cliente, es amigo suyo y quería que

estuviera ella aquí presente —me va explicando mientras nos acercamos hasta ellos.

—Ah —asiento con la cabeza y con mi maletín y varias carpetas en la mano; me siento en uno de los asientos y después de saludar al cliente, de manera profesional, también saludo a Susana. Seguidamente, entran en la sala de reuniones, una chica algo

nerviosa y un hombre de piel morena que serio nos mira a todos.

La reunión se hace un poco pesada. Escribo todos los datos importantes en el ordenador y de vez en cuando, miro a Eric que me parece mucho más guapo que hace

un rato.

Al cabo de unos minutos, concentrada escuchando atentamente los puntos a tener en cuenta, Eric pasa un informe y me pide gesticulando con los labios, que lo lea. En cuanto lo hago, no puedo evitar sonreír.

«Me encanta verte tan concentrada, ¿te he dicho que estas muy guapa?» Miro a Eric presa de la vergüenza y espero una breve pausa que se toma el cliente, para contestarle.

« Estás completamente ciego ¡ Déjame trabajar y deja de ser tan guapo, me desconciertas!»

Le paso la carpeta y en ese momento Susana nos mira. Yo sigo con mi

trabajo y de reojo veo la sonrisa que Eric dibuja en sus labios. ¡Me encanta su sonrisa, es perfecta!

Dos horas más tarde por fin la reunión termina. El cliente ha firmado el contrato y nos invita a los tres a comer. Vamos a un restaurante cercano, propiedad del cliente. Susana no se acerca, no me habla en ningún momento, en cambio no deja de hablar con Eric.

Me entra la curiosidad por saber qué es lo que le está diciendo, pero… me mantengo al

margen, intentando ser lo más profesional posible. No sé si quiera, si acercarme a ella y hablar, no sé qué es lo que se supone que tengo que hacer ahora.

Diego, que así es como se llama el cliente, nos habla de sus orígenes, es argentino.

Comemos tranquilamente, mientras ellos hablan de negocios me mensajeo con mi

hermana y mis amigas. Trini y Sergio van a aprovechar para ir a mirar restaurantes para la celebración de la boda. He quedado en ir con ella a ver el vestido y por supuesto, ir con mi hermano, mi madre no está para aconsejarla, y de mi hermana mejor

ni hablar. La conozco y lo primero que hará será echarse a llorar. Nuria también se ha

apuntado para ir a ver el vestido de Trini.

—¿Me estás escuchando, Paula? —Eric llama mi atención, no sabía que me estaba

hablando y me quedo completamente cortada.

—Perdona, yo…

—¿Qué es lo que estás haciendo? —pregunta, curioso intentando mirar la pantalla de

mi móvil.

—Estaba mensajeándome con las chicas.

—He pensado en hacer algo especial tu y yo, este fin de semana.

—¡Ah! ¿sí? ¿Especial? ¿Tú y yo? —Me pongo tontorrona.

—Conozco un hotel qué está en las afueras de Madrid: masajes, spa, habitación con

jacuzzi… —Mmmm, que tentador suena eso.

—Seguro que se sale del presupuesto… —me quejo apartando la vista.

—Del mío, no —me coge del mentón haciendo que lo mire.

—Ya lo sé, pero no quiero que tengas que ser tu quien se encargue de tener que pagarlo todo, ¿entiendes?

—Lo entiendo, pero cuando se puede se puede, y si yo me lo puedo permitir y tú eres

mi novia, pues lo disfrutas y te callas.

La forma que tiene de mirarme hace que me quede en silencio sin apartar mis ojos de

los suyos.

Salimos del restaurante y volvemos al edificio, dónde nada más entrar, me encuentro con María que está a punto de subir al ascensor. Se da cuenta de nuestra llegada y nos

miramos de forma cómplice con una sonrisa y subimos al ascensor. Susana y ella se

bajan antes que nosotros y en cuanto las puertas del ascensor se cierran, Eric y yo nos miramos juguetones y nos besamos.

Entre besos, salimos del ascensor y en cuanto vemos a Marina, los dos nos quedamos

quietos, nos separamos avergonzados.

—¿Qué haces aquí mamá?

—Paula… Eric —nos saluda a los dos —¿Podemos hablar en tu despacho?

—Sí, claro.

Eric se despide de mí con un beso en los labios.

—¿Hablamos luego?

Sonrío y asiento con la cabeza, mientras observo cómo se da la vuelta para marcharse

con su madre a su despacho.

Unos minutos más tarde, Susana aparece sin decir nada y entra en el despacho. ¿De qué

estarán hablando? No tardo en descubrir de qué hablan. Diez minutos más tardes, Eric

me hace llamar.

Con el corazón a mil me dirijo hacía la puerta, cojo aire y lo suelto poco a poco antes de entrar. Cierro la puerta tras de mí y lo que me encuentro me deja casi sin respiración. Marina llora con las cartas en la mano y Susana, también.

—Yo…, yo no sé qué decir a todo esto —oigo decir a Marina.

Miro a Eric preocupada, asustada, no lo sé muy bien. Me hace un gesto para que me siente a su lado y lo hago.

—Solo tienes que decir la verdad mamá, solo eso.

—Yo quiero mucho a tu padre Eric —mira a Susana —nunca quise que esto pasara.

Para mi tú eres nuestra hija.

—Mamá, nos has engañado durante todo este tiempo. Has, has hecho que odie a ese

hombre sin saber que era mi padre, mamá. Has hecho que odie —Susana me mira —

has hecho que la odie a ella y ahora resulta que somos ¿hermanas? ¡Esto es de locos!

—Hija, es una historia muy larga. Yo me enamoré de Paolo, hacía muchos años que

nos conocíamos y a pesar de que estaba casada con tu padre, él…, él no me daba lo que yo quería, cariño…, atención…, no sé. Paolo era diferente, era atento —me mira a

mí —un caballero y una noche que tu padre salió con unos inversores…

—No hace falta que lo cuentes con detalles, mamá, déjalo —comenta Eric,

agarrando mi cintura.

—¡No! Eric, no es lo que vosotros pensáis. ¿Qué os creéis que es nuestro

matrimonio ahora? Vale, Paolo quiso engañar a vuestro padre, quiso tenderle una trampa, se reunía con los inversores a escondidas. Él quería llevarse todo el mérito, la idea de vuestro padre. Vuestro padre se volvió loco, se sintió traicionado y… ¿cómo le

decía yo que esperaba un hijo del amigo que le traicionó? —Marina llora —vuestro padre ni siquiera me tocaba. Y…, después de pedirle a Paolo que se marchara, que desapareciera en cuanto Fernando descubrió sus intenciones con la empresa, me enteré

por uno de los inversores amigo de vuestro padre, que Paolo iba a ser padre. Que estaba a punto de casarse con… Isabel —Marina me mira.

—Mi madre nunca fue feliz, mi padre siempre la engañó.

—Nos engañó a las dos Paula, y a pesar de eso, yo le pedía que me esperara, Fernando estuvo un tiempo muy insoportable y… no me gustaba la vida que el me proporcionaba, no…, no estaba siendo feliz y de alguna manera, pensaba que Paolo si

me haría feliz, pero entonces llegó Eric y todo se complicó. También supe que Paolo

tuvo otro hijo y que luego, naciste tú.

—¿Papá sabe que él no es…?

—No que yo sepa, aunque no es tonto. Paolo enfadado, le confesó que habíamos tenido una aventura. Pero nunca quiso hablar del tema, no de forma seria, a veces hacía comentarios, pero nunca hablábamos con claridad.

—¡Joder mamá! Debe saberlo.

—¿Para qué quieres remover el pasado, Susana?

Trago saliva, yo, no sé dónde meterme escuchando todo esto.

—Porque ahora es mi futuro mamá. Ahora ya no solo está Nacho y Eric, ahora está

—Susana me mira, se le entrecorta la voz —está ella, sus hermanos…

Marina agacha la cabeza y respira hondo.

—Susana tiene razón, mamá. Esto debe saberse.

—Creo que mi madre lo sabía —empiezo a decir —mi madre siempre supo que mi padre la engañaba y a pesar de eso, ella siempre estuvo ahí —se me saltan las lágrimas —pero mis hermanos deben saber que ella —señalo a Susana —que ella es nuestra hermana.

Susana y yo nos miramos.

—¡Madre mía, Paula! Me he comportado como una autentica niñata contigo, no solo te he deseado lo peor, sino que al ver que estabas siendo fiel y que estabas haciendo bien tu trabajo y que mi hermano se había enamorado de ti —Eric y yo nos miramos — yo fui quien te hackeo el ordenador, quien mandó esos correos cancelando las reuniones. Fui yo.

Miro a Eric ¿qué ella qué? No me lo puedo creer. Respiro hondo y le mantengo la mirada a Susana.

—Ya da igual —me rio por no llorar —menos mal que Sergio es una máquina con los ordenadores y los programas.

—Lo siento mucho Paula, yo…, yo no sé cómo…

—De verdad que no te preocupes, Susana, lo que pasó, pasó, no hay más que decir.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Eric a su madre.

—Tenéis razón. Deberíamos decírselo a tu padre y…, que sea lo que Dios quiera.

28

Eric y yo terminamos marchándonos a mi casa, después de que tanto su madre y su hermana, junto a él, planearan como decirle a su padre toda la verdad. Sé que no es fácil, yo ahora me encuentro en una situación parecida. Debo contarles a mis hermanos

que Susana es nuestra hermana y contarles toda la historia. No sé cómo hacerlo.

Prometí a mi hermana ir a verla a ella y a los niños, pero ahora, no tengo valor para ir a verlos. Sé, algo que la cambiará la vida y no tengo las palabras adecuadas. Ni siquiera yo lo estoy asumiendo.

—Esto parece sacado de una película —oigo a Eric decir.

Me rio.

—Y tanto. Me apuesto lo que sea, que, si esto se lo contamos a alguien, nos tacharían de locos —me acurruco en su pecho.

—Está claro que la realidad supera a la ficción, ¿eh?

—Eric… —me incorporo y le miro a los ojos —¿me quieres, a pesar de todo?

—Te quiero —besa mis labios —te quiero —otro beso —te quiero —otro beso —

como nunca llegué a imaginar que querría a alguien —sonrío de felicidad y de pena al

mismo tiempo.

—¿Y qué crees que pasará ahora?

Eric me mira.

—Nosotros seguiremos adelante, no quiero separarme de ti.

Mi teléfono suena en ese instante sobre la mesa. Es mi padre. Dudosa, miro a Eric.

—Es mi padre, ¿Qué hago?

—¿Qué quieres hacer tú?

Suspiro y silencio el móvil dejándolo sobre la mesa de nuevo. Beso los labios de Eric.

—Quererte, quiero quererte y quiero estar a tu lado, pase lo que pase.

—Y yo a ti, mi princesa.

Eric.

Aun no me puedo quitar de la cabeza la confesión de mi madre. Cierro los ojos aprovechando que ella no puede verme y acaricio su pelo.

—¿Crees que debería contarles todo a mis hermanos ya? —pregunta ella en voz baja.

—No lo sé Paula. Creo, que por si acaso, tú y mi hermana deberíais haceros una prueba, solo así la noticia cobraría más fuerza. ¿No crees?

—Creo que sí.

El viernes, a primera hora de la mañana acompaño a Paula a la consulta. Mi hermana

ya nos está esperando, sé que está nerviosa, y como todos, la noticia le ha venido muy

grande.

Espero en la sala de espera a que se hagan la prueba y al cabo de quince minutos las

dos, serias, salen de la sala. Imagino como deben sentirse.

—¿Desayunamos? —digo para animarlas a las dos.

En mi coche hacemos el trayecto a la cafetería en silencio. Todo es tan raro… Bajamos

del coche y accedemos a la cafetería, cuando los tres, fijamos la mirada a una mesa, algo apartada, donde se encuentran dos personas.

Mi padre y…, Valeria, haciendo arrumacos.

Los tres nos miramos. Con el corazón acelerado, no dudo en acercarme a la mesa.

Carraspeo en cuanto estoy delante y Valeria es la primera en chocar su mirada con la

mía. Coloca su mano en el pecho de mi padre y le aparta haciendo que él me mire.

—Eric… —Dice nervioso —Que, ¿qué haces aquí? —ladea la cabeza y mira hacia

dónde Paula y Susana se encuentran. —No es lo que parece…, Valeria y yo, solo…

Con aparente tranquilidad, arrastro la silla que tengo delante y me siento junto a ellos.

—¿Qué no es lo que parece? —miro a Valeria —¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —

Ninguno de los dos, habla. —¿Lo sabe mamá? —pregunto con el ceño fruncido.

—¿Tu madre? ¿Acaso debería saberlo? —contesta irónico mi padre.

—¿Cuánto pensabas que te iba a durar el secretito, papá?

—¿Acaso es que tu madre no guarda secretos, Eric? —mi padre con la mirada, me

señala a Susana.

—Eso, ya lo sé.

—¿Qué lo sabías? —se echa a reír. —¿Y qué más sabes? Si puede saberse.

Miro a Valeria que agacha la mirada.

—Qué eres igual que Paolo Carusso, papá.

—¿Sabes? Estoy harto de todos vosotros. ¿Qué os pensáis? ¿Qué aquí los únicos que

tenéis problema sois vosotros? ¿A quién acudís cuando los tenéis? ¿Quién os lo soluciona? ¿Sabes todo lo que a mí me ha costado aceptar, que Susana —vuelve a mirar hacia ella —no es mi hija? Sobre todo, desde que esa…, novia tuya apareció en

nuestras visas Eric.

—Eric… —habla Valeria —tú…, nunca has sido así. ¿Qué ha pasado contigo?

—Nadie te ha preguntado a ti —digo entre dientes.

Paula.

—Susana, tranquila. Debe haber alguna explicación con todo esto —le digo

intentando calmarla.

—¿Explicación? —los ojos se le empañan —Valeria siempre ha sido muy amiga

mía, Paula y… ¡Joder! Todo esto es surrealista, no…, no me entra en la cabeza.

—¿Salimos fuera? —le propongo.

—No. Si piensan que me voy a quedar de brazos cruzados, lo llevan claro.

Susana no tarda en plantarse frente la mesa donde se encuentra Valeria y Fernando. Voy

tras ella.

—Eres una hija de puta. Has fingido todo este tiempo ser mi amiga, ¿desde cuándo

estáis juntos, ¿eh? —grita haciendo que toda la gente que se encuentra en el establecimiento, se giren hacía nosotros.

—¿Acaso importa? —Contesta Valeria indignada. —Fernando, vámonos. Irán con

el cuento ahora a tu mujercita.

—Un respeto a mi madre Valeria, ella siempre te ha querido.

Valeria se ríe irónica.

—Yo a ella también cariño, me lo ha puesto todo tan fácil, cielo.

Cuando nos queremos dar cuenta, Susana le planta un guantazo a Valeria. Valeria,

indignada se lleva la mano a la cara y sale del establecimiento.

—A partir de este momento, quedas fuera de mi empresa —Fernando se dirige a Susana.

—Y tú fuera de mi vida —le contesta ella con un nudo en la garganta.

Trago saliva y cuando nos quedamos los tres solos, sin poderlo evitar, abrazo a Susana.

—Toda la vida engañada —llora.

Salimos de la cafetería y en silencio, subimos al coche.

—¿Qué va a pasar ahora, Eric? —le miro esperando una respuesta. Eric me mira.

—Estoy descolocado, no…, no puedo ni pensar.

Le pongo la mano en el hombro.

—Déjame en casa, Eric. Creo que ahora más que nunca, tú hermano, Susana, vuestra

madre y tú, deberíais reuniros. Ella debe saberlo todo. Yo me reuniré con mis hermanos y les contaré todo.

—¿Estás segura? —Asiento con la cabeza y me abrocho el cinturón de seguridad.

Paula.

Entro en casa y pensativa miro mi móvil. «Debo hacerlo, debo hacerlo» Me digo, pulsando el número de mi hermana. La llamo, pero nadie lo coge. Hago la misma operación con mi hermano, pero tampoco lo coge. Miro mi reloj, son las tres de la tarde, ahora mismo se encuentran en el trabajo. Hago un último intento llamando a mi

hermana y está, al fin me lo coge.

—¿Ocurre algo? —pregunta nada más descolgar.

—No…, bueno sí —me agobio —por favor, necesito que cuando puedas, vengas a

casa, tengo algo que contarte Carlota.

—¿Ha pasado algo, Paula? ¿Estás bien? —resoplo, —sí, estoy bien, solo que hay

algo que tú y Sergio deberíais saber. Lo he estado llamando, así que si das con él, por favor, dile que venga.

—Vale, intentaré estar lo antes posible ahí, me queda como media hora para

terminar.

—Pues aquí te espero Carlota. Adiós. —Cuelgo la llamada después de despedirme y

mientras tanto, hago tiempo dándome una ducha rápida. Y tan rápida que me la doy, que

justo al salir, me resbalo e intento amortiguar la caída con mi brazo.

Eric.

Mi móvil suena. Miro la pantalla, es un número que no conozco.

—¿Quién es? —pregunta mi hermano al ver que me he quedado mirando la pantalla.

Lo miro de forma fugaz y atiendo la llamada.

—¿Sí? —pregunto nada más descolgar.

—¡Eric! ¿Eres tú, Eric?

—¿Quién es? —Me pongo nervioso.

—Soy yo, Carlota, estoy en el hospital con Paula.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien? —me pongo en alerta y hago que tanto mi hermano

como mi hermana se pongan los dos de pie.

—Se ha resbalado en el baño y se ha roto en brazo, le tienen que operar.

—¡Joder! Voy para allá —cuelgo la llamada.

—¿Qué ocurre Eric? —pregunta mi madre.

—Paula se ha caído —cojo mi chaqueta —se ha roto el brazo y van a operarla.

Los tres, junto con mi madre, nos encaminamos al hospital al que me ha indicado Carlota, después de haberla llamado de nuevo mientras iba conduciendo. Cuando llegamos al hospital, ya la están operando. Me acerco a Sergio y a Carlota. María, Nuria y Trini se encuentran allí junto a los niños que preocupados, corren hacia mí.

—¿Sabéis algo?

—No —habla Carlota —acaban de meterla, se ha roto el codo.

Pongo cara de dolor.

—¡Joder! —Me llevo la mano a la boca —¿cómo? ¿Cómo se ha caído?

—Se estaba dando una ducha y se resbaló al salir, había quedado con ella, teníamos

que hablar de algo, me llamó nerviosa y al ver que no me abría la puerta, que la llamaba y no me contestaba, me asusté. Entré e inconsciente la encontré en el suelo del baño. Me di un susto —Carlota comienza a llorar y la abrazo.

Al cabo de dos horas, el doctor, por fin sale. Todos nos levantamos.

—Hola, soy el doctor Puertas, quien ha operado a Paula —nos dice —la cirugía ha

salido bien. Pero ha sido necesario, para mantener los huesos en su posición, ponerle

dos placas.

—¿Y está bien? —pregunto intentando aparentar tranquilidad.

—La llevaremos a reanimación unos minutos —mira su reloj —en media hora la

subiremos a planta y la podréis visitar.

La media hora más larga de mi vida hasta que por fin, podemos subir a planta. Cuando

entramos a la habitación. El corazón me da un vuelco en cuanto la veo postrada en la

cama. Está medio dormida aún y casi no se dan cuenta de que estamos junto a ella.

Una enfermera, al cabo de unos minutos entra a la habitación y casi nos echa fuera a todos, por suerte, gracias a Sergio y a Carlota, yo me quedo junto a ella.

—¿Qué tal te encuentras campeona? —le pregunta la enfermera a Paula, poniéndole el termómetro. Paula por fin abre los ojos. La enfermera le quita el termómetro y le vuelve a pregunta cómo se encuentra.

Paula hace un gesto, señala su garganta y carraspea.

—No te preocupes cielo. Te han puesto un tubo al operarte —le dice la enfermera

—¿estás mareada o algo? —Paula niega despacio con la cabeza y me mira de forma fugaz, luego, mira su brazo.

—¿No te duele nada? —la enfermera sonríe y le inyecta algo por la vía que tiene en

la muñeca.

—Ahora vendrá el médico, ¿De acuerdo? —Paula asiente de nuevo.

En cuanto la enfermera se marcha, me acerco a ella y los demás entran a la habitación.

—¿Te encuentras bien? —Paula asiente con la cabeza y noto como sus ojos se llenan

de lágrimas. Verla así, me mata por dentro.

—Ey, no te preocupes —acaricio su pelo —solo ha sido un accidente, no pasa nada

—le digo despacio, haciendo que ella respire hondo y se tranquilice.

Todos estamos junto a ella y ya por la noche, cuando Paula se encuentra mejor y por fin consigue hablar, les pide a todos que se marchen, que ella está bien, pero yo decido quedarme junto a ella.

—No pienso dejar que pases aquí sola la noche —le digo.

—Tus hermanos te necesitan —me dice ella.

—Te necesito a ti, Paula —cojo su mano y la beso.

Paula.

No me puedo creer que haya tenido que ser tan patosa. «¿Nos pueden seguir pasando

más cosas?» Me quejo mentalmente mientras miro hacía el techo, como si alguien estuviera allí para responder a mis preguntas.

—¿Por qué no te marchas a cenar? En breve me traerán la comida y no quiero que

estés aquí sin comer nada.

—Ahora iré al restaurante de comida rápida y me traeré algo, no te preocupes —me

dice Eric, dándome un beso en la frente.

Cuando la camarera me trae la cena, Eric se marcha a por algo para comer. En cuanto

me termino lo que me han puesto para cenar, él, entra por la puerta con dos pequeñas

bolsas de hamburguesas.

¡Huele que alimenta y el apetito se me abre de nuevo!

—Te he traído una hamburguesa por si luego más tarde te entra hambre —sonríe pícaro.

La enfermera entra en la habitación.

—¿Qué tal cielo? Yo soy Lourdes, la enfermera que te atenderá por la noche —le

dedico una sonrisa —te voy a poner un calmante, ¿de acuerdo? ¿Te duele?

—No mucho, la verdad —le contesto.

Al cabo de unos minutos, noto como las encías me empiezan a picar y me cuesta trabajo respirar.

—¿Estás bien? —Eric se asusta —¿Paula, estás bien? —vuelve a preguntarme y sin

poder hablar, niego con la cabeza. Noto como se me caen las lágrimas por las mejillas

y como las palmas de los pies y manos, comienzan a picarme. Un picor nervioso, como

si me hubieran picado veinte mosquitos al mismo tiempo.

Eric sale de la habitación corriendo, de forma borrosa veo a varios enfermeros y enfermeras que me inyectan algo, pero no sé lo que es. Me cuesta respirar.

Hasta que, por fin, comienzo a verlo todo con más claridad.

—Vale, Paula, no te preocupes, has sufrido una reacción alérgica, ¿de acuerdo? Te

hemos inyectado un medicamento para los picores y otro para la reacción ¿estás mejor?

—el medico sonríe mientras asiento con la cabeza.

—Nunca he tenido una reacción alérgica —susurro.

—Tu marido —¿mi marido? —se ha puesto blanco como la leche, casi le tenemos

que atender a él también —dice una de las enfermeras que sonríe.

Me ponen oxígeno.

Eric por fin entra en la habitación después de que los médicos le hicieran pasar y preocupado, se acerca a mí.

—Me has dado un susto de muerte —me dice con los ojos brillantes y una mirada

dulce. A mí no se me ocurre hacer otra cosa que reír al acordarme de que lo han confundido con mi marido.

—La enfermera ha creído que eres mi marido —noto como mis ojos comienzan a cerrarse solos, no tengo fuerzas para poder abrirlos —Creo que me han drogado —es

lo último que digo.

El vaivén de los enfermeros por los pasillos me ha despertado. Busco a Eric con la mirada, lo encuentro sentado en un estrecho sillón a mi lado, parece que duerme, pobre.

La puerta de la habitación se abre y tras ella entran dos enfermeros y una enfermera.

Eric se despierta sobresaltado, por un momento parece desubicado, pero en cuanto su

mirada se cruza con la mía, su rostro se relaja.

—Debe salir —le dice la enfermera que me va a tomar la tensión.

Eric mira a la enfermera, me mira a mí, se acerca me da un beso en la frente y se marcha.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? Menudo susto el de anoche, ¿no? —bromea la

chica que tendrá más o menos mi edad.

—Me encuentro mejor, gracias —digo por fin, con mi voz un poco ronca pero mucho

mejor. Apenas sin molestias si lo comparo con el día de ayer.

Un enfermero apunta en una carpeta lo que la enfermera le va diciendo, temperatura, tensión y me quitan el oxígeno.

—Hoy vamos a quitarte esto, ¿de acuerdo? —Asiento con la cabeza sin abrir la boca

—¿No te duele nada? —Hago un mohín negativo mientras miro atentamente todo lo que

me hacen —¿Tienes hambre?

—Un poco, la verdad —contesto con una leve sonrisa en los labios.

—Ahora te traerán el desayuno, ¿de acuerdo? También vendrá el médico que te operó ayer y te explicará lo que tuvieron que hacerte.

Sonrío a la enfermera y a los enfermeros que la acompañan en cuanto terminan de realizarme todas las pruebas correspondientes y Eric pasa a la habitación.

—Deberías marcharte a descansar, mira la cara qué tienes —le digo mirándolo algo preocupada. Me encanta que esté aquí conmigo, pero necesita descansar.

—No quiero separarme de ti, Paula, ya te lo he dicho.

—Aquí estoy bien, no va a pasarme nada.

—Lo siento, pero no.

Traen el desayuno, un vaso de leche con la opción de echarle un sobre de café y un bollo de pan con una tarrina pequeña de mantequilla, agradezco con una sonrisa a la enfermera que se ha encargado de traerme el desayuno y con la ayuda de Eric, como.

Sola no puedo hacerlo por el brazo.

—¿Ves? Aquí puedo ayudarte, Paula.

—No te necesito, Eric, las enfermeras están aquí para ayudarme si se lo pido.

Eric se me queda mirando

—No estoy solo porque me necesites, estoy aquí porque soy yo quien te necesita a ti,

Paula.

Diez minutos más tarde…

Él médico entra a la habitación, saluda a Eric y luego me saluda a mí, viene acompañado de otro chico.

—¿Cómo te encuentras, Paula?

—Bien.

Me comenta por encima como fue la intervención y yo les cuento de nuevo, como me

caí. «Una caída estúpida», según mi opinión que casi me cuesta la vida y una «caída normal, que suele ocurrir mucho» según los médicos.

—Te daremos el alta, mañana. Después de haber tenido la reacción alérgica es mejor tenerte vigilada.

—Sí, mejor —murmuro pensativa.

A media mañana, Susana accede a la habitación.

—¿Puedo pasar? —pregunta tímida.

—Claro.

Eric aprovecha que tengo compañía para ir a casa a darse una ducha rápida. Cuando Susana y yo nos quedamos solas, no sabemos qué decir.

—Ayer conocí a Sergio y a Carlota —Susana sonríe —los niños son encantadores,

muy cariñosos.

—Sí —dibujo una sonrisa —son un amor. ¿Y…

—No, tranquila, no les dije nada.

—Gracias.

—Me gustaría que lo hiciéramos las dos juntas, sino te importa. No estoy preparada

para hacerlo yo sola —coge mi mano. —Me han dado los resultados y sí…, —suspira

—somos hermanas Paula.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—No, ella estaba muy segura y bueno, de cierta manera yo lo estaba también, no necesitaba estas pruebas sí, tanto Paolo como mi madre estaban muy seguro los dos.

Silencio.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta Susana algo aterrada.

Sonrío.

—Pues que seremos una familia más grande y que mis sobrinos, tendrán una tía más

—me rio contagiándola a ella.

Por la tarde, ya con Eric en la habitación y Susana que no se ha separado de mí, esperamos a mis hermanos. Cuando lo hacen, asustados se nos quedan mirando a los dos.

—No pasa nada, no os preocupéis —sonrío. Miro a Susana y Eric me da un suave

eso en la frente que le agradezco con toda mi alma.

—Tengo que contaros algo… Bueno, —cojo la mano de Susana —Susana y yo tenemos que contaros algo.

La verdad es que no sé qué tipo de reacción esperaba de mis hermanos, pero aun así,

me sorprenden que después de todo lo que le hemos soltado, estén mirándonos sin decir nada.

—Perdona —comienza a decir Carlota primero —pero esto necesita un tiempo de

asimilación —le entra la risa nerviosa —¡Me parece muy fuerte!, no en serio.

—Nosotras estamos igual —digo yo.

—¡Joder! ¿Desde cuándo lo sabéis? —pregunta Sergio cogiendo aire.

—Desde hace unos días, ayer justo antes de caerme, os lo iba a contar. No sabía cómo os lo ibais a tomar.

—¿Y cómo se supone que tenemos que tomarnos que tenemos una hermana y que es

la hermana de tu novio? —mi hermano se ríe sin dar crédito.

—No lo sé. No estaba preparada precisamente para esto, pero hay que aceptarlo.

Si me pincharan ahora mismo para sacarme sangre, la aguja se rompería. Miro a mis

hermanos que, con cara de sorpresa, miedo, no sé cómo explicarlo muy bien, miran a

Susana que está igual que ellos. Imagino el mal rato que deben estar pasando y se me

parte el alma, pero no sé qué más decir.

—¿La familia se amplía o no? —sonrío como puedo. Y cuando mi hermanos, tras

mis palabras, abrazan a Susana, no puedo evitar emocionarme.

—¿Tú crees que mamá sabía que…? —antes de que mi hermana termine de formular

la pregunta, yo asiento con la cabeza y abrazo también a Susana.

Miro a Susana que mira a Eric.

—Susana, estás en igual de condiciones que nosotros —le digo —espero que no te

sientas de ninguna manera.

—Lo sé, pero…, sigo sin poder creérmelo del todo Paula. Pienso en el secreto que

ha mantenido mi madre todos estos años…, y en que mi padre lo ha sabido todo y no sé

qué pensar.

—Tranquila —dice Eric —no estás sola, ahora somos más —bromea haciendo que

todas riamos.

A pesar de que me han puesto varios antiinflamatorios y dos tranquilizantes, paso una

mala noche. El codo me duele, y los acontecimientos no me dejan dormir.

La enfermera dice que no me preocupe, que es normal, pero ha estado todo el día sin

dolerme y que me duela justo por la noche cuando intento descansar, me frustra. Ni Eric duerme, ni yo tampoco.

Es tanto el dolor que siento al día siguiente, que pongo mala cara a todo el mundo que

viene a visitarme. Estoy enfadada, no me apetece ver a nadie, solo estar tranquila y que pase el tiempo para que el dolor se vaya esfumando. Me miran la herida tras la operación, me limpian, tengo una enorme cicatriz cosida en el codo.

El médico dice que tengo que estar unos treinta días con los puntos, hacerme curas

diarias. Hasta después de un mes no podré bañarme y cuando lo haga, me tengo que secar muy bien los puntos con un secador de mano, ya que como me han explicado y ya

lo hacía mi madre, los microbios van a la humedad.

No es hasta el lunes cuando me dan el alta. Ahora toca lo peor, ¿cómo me apaño yo sola en mi casa? No estoy dispuesta a interferir en la vida de los demás, mi hermana

bastante tiene con los niños y con su trabajo, mi hermano y Trini igual, se pasan la mayor parte del día trabajando al igual que Nuria y Susana. Susana creo que debe asimilarlo todo al igual que nosotros y descansar también.

Mientras, esperamos a la enfermera que, con el médico, preparan mi alta, Eric ayuda a

vestirme en el baño.

—Me da mucha vergüenza todo esto —no miento, me siento avergonzada, inútil por

así decirlo.

—Vergüenza ninguna, estás preciosa Paula, siempre lo has estado —me contesta él.

—Sí, pues me siento un lastre ahora mismo, no puedo hacer nada yo sola —le digo a

punto de echarme a llorar.

—¿Y para qué estoy yo? —me mira divertido y al darse cuenta de que estoy

llorando, se inclina, limpia mis lágrimas y me da un suave beso en los labios. Un beso que hace que el dolor, los problemas y los pensamientos, desaparezcan de mi vida en este momento.

—Dios, Paula, no sabes lo mal que lo he pasado —pega su frente a la mía —lo siento tanto —susurra.

—Yo también lo siento mucho, Eric —noto como las lágrimas caen por mis mejillas.

—A partir de ahora, nos bañaremos y ducharemos juntos —dice haciéndome reír.

—Pues no sé cómo lo haremos. ¿Programaremos la hora para la ducha?

—No —me dice serio —te vendrás a vivir conmigo.

—¿Qué? —me quedo de piedra —¿qué estás diciendo, Eric?

—Que quiero que te vengas a vivir conmigo, Paula. Quiero cuidarte —toca mi pelo —quiero saber y asegurarme que estás bien.

—Estas un poco loco Eric —a punto estoy de reírme por lo nerviosa que me estoy poniendo.

—Lo sé —sonríe —estoy loco por ti Paula, ¿acaso no te has dado cuenta?

El médico trae el alta.

—Nos vemos en dos semanas, Paula.

—Gracias, doctor —Eric coge el informe y salimos del hospital. Subo a su coche con cuidado y cuando Eric sube, sonríe clavando sus ojos azules en los míos.

—Tendremos que ir a mi casa a por mis cosas, ¿no? —pregunto con el corazón a mil. ¿En serio vamos a vivir juntos?

—De eso no te preocupes, tu hermana se ha encargado de coger varias de tus cosas, iremos poco a poco.

—Ah, vaya… —me quedo sin saber que decir. —Nunca he estado en tu casa —digo, para que el trayecto sea más corto.

—Pues ahora estarás —sonríe.

Eric para el coche frente a un edificio alto y nerviosa, espero a que me abra la puerta.

Me da un beso nada más salir y yo se lo devuelvo de forma dulce.

—Espero que te guste —me dice saliendo del ascensor.

Eric abre la puerta de su piso y nerviosa, asimilando todo otra vez, entramos dentro.

Nada más entrar pasamos por un pequeño pasillo que nos lleva hasta un pequeño salón.

—No es muy grande, pero por ahora nos vendrá bien hasta que tengamos una casa más grande.

—¿Hasta que tengamos?

—Sí, he pensado que… después de casarnos y tener hijos, necesitaremos algo más grande, ¿no?

Me quiero morir.

—¿Me estás vacilando?

—Solo un poco —se echa a reír —ahora mismo nos apañaremos aquí. Lo mismo no me aguantas y terminas dejándome por un perro o algo.

Hay un enorme mueble color crema frente a una mesa de cristal, donde veo la jaula de Putin.

—¡Ay, mi bichito!

—Tus sobrinos lo han cuidado muy bien.

—Eric… —comienzo a decir mientras veo como se acerca a mí de forma peligrosa

—Me parece todo esto excesivo, ¿Cómo quieres que vivamos juntos si no hemos ni siquiera estabilizado nuestra relación?

—No me seas antigua, nena. La única manera de que nos conozcamos es viviendo juntos. Además, me gusta levantarme por las mañanas y ver qué estás a mi lado.

—Te quiero, Eric —le digo reprimiendo una sonrisa.

—¿Te he dicho que yo también te quiero? —me da un suave beso en los labios haciendo que enseguida, mi cuerpo se acalore.

Con cuidado, Eric me enseña el piso. Él dice que no es muy grande, pero es el doble

que el mío. Tiene dos habitaciones y dos baños, uno de ellos se comunica con el dormitorio principal.

—¿Lo has decorado tú solo? —Pregunto con desdén.

—Con la ayuda de Susana, que por cierto… se ha encargado de meter toda tu ropa

en el armario. Es una maniática del orden y no era capaz de ver todo esto lleno de cajas.

—Creo que Carlota y ella se llevarán muy bien. —Me echo a reír.

La cocina y los baños son mi debilidad, me encanta su casa.

Un mes más tarde…

Miro a Eric qué está sentado al fondo de la sala de curas del hospital mientras yo estoy tumbada en la camilla, a la espera de que la enfermera comience a quitarme los puntos.

Leo en sus labios «tranquila, mi amor» y noto como mi cuerpo se relaja. Llevamos un

mes viviendo juntos y… es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Estate tranquila ¿vale, guapa? Te molestará un poco —la enfermera me avisa, yo

sé que me va a doler y para eso vengo preparada.

La enfermera me echa algo frío y comienza a quitarme los puntos del brazo, va tan rápido que no tengo tiempo a quejarme. En cuanto acaba, siento que la zona me arde.

Me quejo en silencio y pongo cara de dolor, es inevitable, no es que me vaya a morir,

pero molesta que da gusto.

Eric se levanta y se pone a mi lado, con el permiso de la enfermera. Agarra mis manos, cierro los ojos y aguanto como puedo la maldita sensación.

—¡Ya hemos acabado! Ya ha pasado todo, preciosa —me dice la enfermera

limpiándome. Ha salido algo de sangre, pero imagino que es normal. Me levanto con

cuidado de la camilla y la enfermera se dirige hasta una mesa, donde comienza a escribir en el ordenador.

—Debes mantener toda la zona bien limpia e intentar no hacer esfuerzos, la herida sigue tierna y podrías hacerte mucho daño, podría abrirse —se toma una pausa

mientras escribe en el ordenador que tiene frente a ella —Si te molesta en el día de hoy, tómate un paracetamol y mantente en reposo.

Eric me mira con cara de advertencia, casi lo conozco como la madre que lo ha parido.

Cualquier cosa que vaya a hacer o pretenda hacer, él estará recordándome con detalle

lo que me está diciendo la enfermera.

Salgo de la sala de curas con una sensación rara. Me da cosa mover el brazo, la zona

del codo está muy tirante.

—Ahora ya sabes, a mantener reposo y reposo de verdad.

Como os iba diciendo, como si lo hubiera parido. Eric ya empieza a recordarme por si

acaso se me olvida lo que me ha dicho la enfermera.

Pero tiene razón. Me conozco y él me conoce, sin contar que tiene la ayuda de mis hermanos que le animan a que me repita las cosas una y otra vez, porque tengo tendencia a hacer lo que me sale de las narices.

—¿Me vas a hacer caso esta vez, señorita Carusso? —insiste al ver que no respondo.

Sonrío y le doy un beso.

—Que síííií… lo prometo.

Subo a su coche con cuidado una vez que estamos fuera y nos vamos a casa. Eric junto

a Nacho, están buscando inversores para abrir un nuevo negocio, ninguno de los dos quiere saber nada de su padre ni de la empresa Odman. Su padre cogió el mando de nuevo y los terminó echando a todos. Ahora, Nacho anda ayudando a su madre para tramitar los papeles del divorcio.

El móvil de Eric suena nada más subir en el coche.

—¿Sí?... ¡Hombre…! —Se ríe abrochándome el cinturón de seguridad haciendo que yo

haga el más mínimo esfuerzo —¿Estás seguro? Para mí sería un placer, pero… vale,

¡ajá! De acuerdo. Nos vemos entonces, un abrazo, adiós —cuelga y me lo quedo mirando esperando que me diga quién es. Pero no lo hace, se limita a sonreír y arranca

el coche poniendo rumbo a casa.

—¿Me vas a decir quién era?

Solo sonríe.

—Tu hermano quiere que le acompañe a mirarse un traje —me emociono. Se acerca

la boda.

—¿En serio? ¿De verdad? —me siento feliz.

—Sí, pero como no quiero dejarte sola, tu hermana y Trini se vendrán a casa para

que no estés sola y te vigilen —lo miro con los ojos entornados.

—¿Me estas vacilando? Puedo estar sola, no voy a hacer nada, lo prometo.

—Sí, claro, claro, eso mismo has dicho las otras veces —me rio y pongo cara de no

haber roto un plato en mi vida —sí, sí, no te conoceré yo a ti ya.

Llegamos a casa y Eric no me deja ni moverme, si voy al baño, él viene conmigo a pesar de que no me gusta que esté conmigo ahí, pero como con él no se puede, me jodo.

Si voy a la cocina a beber un poco de agua, él me obliga a sentarme y ya se encarga él

de ponérmela.

—Eres demasiado protector y me malacostumbras, ¡que lo sepas! —le digo acercándome a él para darle un beso, que lleno de deseo me devuelve.

—Cómo he echado de menos esa boca, mi vida —me susurra con una voz ronca, volviéndome loca.

—¡Ay! Eric no me hables así que sabes que me vuelves loca —ronroneo cerca de su

oído.

Eric comienza a deshacerse de mi ropa poco a poco y con mucho cuidado.

—¿Estás bien, te he hecho daño? —pregunta preocupado.

—Sí, tranquilo, Eric.

—Paula no puedo, no hasta que no estés bien. No quiero hacerte daño —se levanta

del sofá mientras de mala gana, cachonda perdida, suspiro.

—Vale Eric, el día que vayamos a hacer algo, mejor me pones una película porno. A

este paso se me olvidará como tocarte.

—Esas cosas no se te olvidan —sonríe —¿quieres algo para beber? —Asiento con

la cabeza y lo sigo con la mirada. Entra en la cocina y abre el frigorífico quedándose

unos minutos con la nevera abierta.

—Si pues… ya te digo yo que se me terminará olvidando todo.

—Cariño, voy a bajar un momento a la tienda, no hay nada para beber.

—Da igual, agua mismo.

Veo como Eric coge su chaqueta, coge las llaves, me guiña un ojo y sale por la puerta

sin darme ni siquiera un beso. Decepcionada me quedo mirando la puerta, esperando a que entre y me lo dé, pero la puerta no se abre. Al cabo de unos minutos, deduciendo

que ya ha comprado las bebidas, siento la puerta abrirse despacio. Espero que me haya

traído algo como recompensa, no le pienso perdonar que se haya marchado sin darme

el beso.

La puerta se abre, procuro permanecer seria, aunque me está costando ya que la sonrisa

tonta comienza a dibujarse en mi cara, a pesar de que muerdo mis carrillos para poder

evitarlo.

La puerta se termina de abrir y a quien veo, no es precisamente a Eric, es a Valeria.

¿Qué hace aquí?

Me levanto del sofá con el corazón a cien.

—¿Qué haces tú aquí?

—¡Veo que te sienta muy bien vivir con Eric! ¿Verdad? —deja la llave puesta en la

puerta y cierra con un cerrojo que hay arriba. Así Eric, no podrá entrar.

Con una sonrisa diabólica Valeria camina hacia mí.

Cojo mi móvil y llamo a Eric, pero Valeria, me da en el brazo al que acaban de quitarme los puntos y hace que chille retorciéndome de dolor.

—¿Qué vas a hacer? No estará Eric para salvarte bonita. Aquí sobras, sobras en la

vida de Eric, sobras en mi vida —me da un empujón y gracias a que mantengo el equilibrio no caigo al suelo, aunque me hago daño.

—Eric va a volver en cualquier momento Valeria —le digo cagada de miedo.

—Eric me da igual, tú me das igual —me dice —por tu culpa Fernando ahora no quiere saber nada de mí. Tú padre tampoco.

—¿Por mi culpa? ¿Mi padre?

Valeria se ríe.

—Desde que apareciste, has convertido mi vida en un infierno —me grita.

—Estás mal de la cabeza, ¿Qué te he hecho yo a ti?

—Eres la culpable de todo —llora de rabia —la culpable de todos mis problemas.

La culpable que Fernando ahora se haya cansado de mí.

—Yo no tengo la culpa de lo que a ti te pase Valeria.

—¿Ah, no?

Me río irónica y respiro hondo.

—Creo que tu tenías problemas antes de conocerme.

—No, todo iba bien hasta que tú apareciste. Hice todo lo que pude para que Eric se

diera cuenta de que tú no le convenías, pero está tan ciego. Dejé la agenda en el jardín de la casa de tú padre —Que, ¿qué? Me la quedo mirando, no estoy entendiendo nada

—yo dejé tú dichosa agenda en el jardín de la casa de tú padre —me confiesa —Sabía

que tú padre te chantajeaba, que quería que le pasaras información y que tú te estabas

negando. Así que la agenda fue la mejor opción. Eric debía entender que no eres buena

para él, quería hacerle creer que a sus espaldas pasabas información a tú padre, pero

no. Eric se enamoró, se cegó por tú culpa.

El timbre suena y comienzo a chillar.

—¡Vaya! Eric no puede entrar —Valeria se echa a reír.

—¿Crees que no hará nada para entrar y asegurarse que estoy bien? ¿En serio?

—Para cuando lo haga, estarás esperándolo en la otra vida, porque pienso matarte, hija

de puta.

Espero a que haga el más mínimo movimiento y voy a apartarla para salir corriendo hacía la puerta, cuando me agarra del codo y me aprieta haciendo que el dolor, sea insoportable. Chillo con todas mis fuerzas e incluso siento que me mareo. Valeria me

da un guantazo y me tira al suelo, aprieta mi cuello.

Estiro mi otro brazo hasta el sofá y cojo el mando de la tele. Le doy un golpe en la sien, haciendo que me suelte la garganta. Toso y cojo todo el aire posible hasta llenar mis

pulmones.

—¡Eric! ¡Eric! —grito.

Cojo a Valeria del pelo y de un empujón hago que caiga sobre la mesa. Cuando me levanto y me dirijo hacia la puerta para poder abrir, Valeria tira de mi camiseta, me pega una patada en la parte baja de mi espalda y caigo de bruces contra el suelo.

—Estás loca, Valeria.

—¿Loca? ¿Crees qué estoy loca? Sé que Eric está construyendo una casa para iros a

vivir juntos, dime, ¿estás embarazada?

—¿Qué? —me pega una patada en la barriga y se echa sobre mí.

—¡Eric, sácame de aquí! —comienzo a llorar.

Siento como Eric golpea la puerta, Valeria de nuevo pone sus manos en mi cuello, aprieta, tanteo con la mano, pero no encuentro nada en el suelo, así qué cojo las fuerzas de donde no las tengo y le propino un golpe en el costado haciendo que afloje.

Aprovecho para coger aire y le propino otro golpe, está vez en la nariz, haciendo que

su cabeza se incline hacia atrás.

—¡Eres una puta! —me grita con cara de rabia.

Me muevo girando mi cuerpo antes que ella. Logro ponerme de rodillas, estiro mi tronco e intento llegar hasta la puerta, pero solo consigo tocar las llaves con la punta de mis dedos ¡joder…! Un golpe en la espalda me corta la respiración, pero eso no impide que logre mi objetivo. Engancho la yema de mi dedo en una anilla del llavero, y

tiro de ella haciendo que la llave caiga al suelo y Eric por fin pueda abrir la puerta, rompiendo el cerrojo.

—¡Paula! —Eric me mira asustado e inclina la cabeza mirando a Valeria. Se dirige

hacia ella y oigo como alguien cae al suelo, imagino que es ella.

Me giro y allí la veo, tirada en el suelo.

—¡Paula! ¿Estás bien? —me coge de los brazos y con cuidado, me levanta.

—He pasado mucho miedo Eric —me abrazo a él.

—Y yo Paula, y yo.

Valeria comienza a recuperar la conciencia y antes de que pueda levantarse, la policía

entra llevándosela.

Eric y yo nos acercamos a comisaría para prestar declaración y después al hospital, cerca

de las dos de la mañana, regresamos a casa.

Cuando al día siguiente, mis hermanos y la familia de Eric, se enteran de lo ocurrido, nadie se lo puede creer.

—No entiendo nada —dice Susana.

—Al parecer la tomó con Paula y bueno…, al verse que no tenía a nadie, que tú —

Eric señala a Susana —ya no estas con ella, que papá, la ha dejado y que ninguno de

nosotros hemos acudido a ella, sobre todo yo, pues…, —me mira nervioso —ha ido a

por ella.

(Gala benéfica)

La música comienza a sonar, en cuanto Eric y yo entramos en la sala. Todo el mundo

nos está esperando, hay más de mil invitados y todos han sido bastantes generosos. El

dinero íntegro, irá a una asociación encargada del estudio para los niños de enfermedades raras.

—¿Bailas? —Eric me ofrece su mano —esta música es para nosotros, cariño —me

dice al oído.

Acepto sin pensarlo y me acerco a él y lo abrazo, los dos nos dejamos llevar por la preciosa melodía y bailamos.

—¿Te he dicho qué te quiero, Paula? —un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—No más que yo a ti —respondo con una sonrisa.

—¡Imposible! Yo te quiero a ti más, eres mi vida Paula.

—Tú la mía, Eric —nos besamos y hacemos que la música pare.

De reojo veo a todos los invitados levantarse de las sillas, Eric se separa de mí, unos focos nos alumbran y entonces… lo hace; saca del bolsillo de su chaqueta una caja, se

arrodilla ante mí, coge mi mano.

Está a punto de darme un síncope.

—¿Quieres casarte conmigo, Paula? —me pregunta delante de todo el mundo,

haciendo que caiga rendida ante él.

Sonrío.

—¿Te miento… o te digo la verdad? —le guiño un ojo divertida y me besa en los labios.

—¿Vas a ser mi mujer para toda la vida, Paula?

—Sí, Eric, soy y seré tú mujer para siempre —le contesto con un beso.

Eric me pone el anillo, es un anillo con un pequeño diamante, precioso, me encanta.

Todo el mundo aplaude y avergonzada, con miles de sensaciones, abrazo a Eric.

Un año después…

—Estas preciosa Paula, estate tranquila —Susana, mi hermanacuñi, que así es como la llamo. Intenta tranquilizarme, al igual que Carlota, Trini, María y Nuria.

—Me queda demasiado ajustado —me quejo mirándome al espejo.

—¿Qué esperas? Estas de cinco meses y no paras de comer —me regaña Carlota.

—Tengo que comer por dos, tú misma me lo dijiste —me quejo.

—Sí, pero no cuando vas a casarte —sigue regañándome —¡Además! Eres una exagerada de la vida, te queda muy bien.

—Chicas, el coche nos espera —oímos a Sergio.

Me doy la vuelta y hago que me mire. Se queda sin habla, se acerca a mí con los ojos llorosos, no hace mucho que él se casó, fue una boda espectacular, espero que la mía también sea así.

—¡Estás espectacular, Paula! ¡Madre mía! Cuando Eric te vea…

—¿No crees que me queda demasiado ajustado? Dime la verdad —le pregunto a punto de llorar por la emoción. No me puedo creer que haya llegado este día.

—Te queda perfecto, Paula.

—¿Lo ves? —dicen todas las chicas a la vez.

Me doy los últimos retoques y salgo de la habitación del hotel donde nos encontramos.

Nerviosa subo a la limusina que nos espera, todos juntos, al fin y al cabo. Las chicas son mis damas de honor.

Llegamos a la iglesia que está al aire libre en un pueblecito pequeño de la sierra de Madrid, el lugar es precioso.

Todo el mundo nos espera, en el altar puedo ver a Eric al lado de su madre y de su hermano Nacho. Su cabeza gira hacia mí y sonríe con esa sonrisa que tan loca me vuelve.

Me acerco al altar, noto como mi bebé, mi pequeño Dani qué así se va a llamar, me da

una patada. Signo de que él también está nervioso por el momento que estoy viviendo,

el mejor de mi vida.

Me coloco junto a Eric y sin poder esperar más tiempo le doy un beso en los labios haciendo qué el cura, carraspee con el micrófono. Todo el mundo ríe, incluidos nosotros.

—Eric Odman, ¿quieres a esta mujer, Paula Carusso, en lo malo y en lo bueno, en la

salud y en la enfermedad para el resto de tus días?

—Sí, quiero —contesta Eric con unas lágrimas en los ojos.

—Y tú, Paula Carusso, ¿quieres como esposo a este hombre, Eric Odman, en lo malo

y en lo bueno, en la salud y en la enfermedad para el resto de tus días?

Miro a Eric antes de contestar y sonrío.

—Sí, quiero.

Nos besamos. Este es el comienzo de una vida juntos, una vida que comenzó hace ya más de un año y que ninguno imaginábamos que iba a acabar así.

Eric es el hombre de mi vida y cada día que pasa estoy más convencida de ello. He encontrado a mi media naranja, a mi otra mitad, mi cincuenta por ciento, mi complemento…

Gracias a Dios que Valeria se encuentra en la cárcel y tenemos la seguridad de que tardará en salir. De mi padre, no sabemos nada, es como si la tierra se lo hubiera tragado, pero desde que todo pasó, no hemos tenido ningún problema.

Nuria y Nacho, han empezado a conocerse y María, ¡ay, mi pobre María! Ha sufrido tanto por David… por suerte nos tiene a nosotras y a Julio, que, por cierto, se muestra muy interesado en ella.

¿No os he dicho que voy a ser tita de nuevo? Trini está embarazada, será una niña y se

llamará Martina, un precioso nombre. Estamos las dos en una nube, hay que vernos cuando nos juntamos a mirar ropa de niños, tenemos un peligro…

Mi hermana, ¡ay, mi hermana! La pobre no tiene tiempo de seguir con su vida, todo se

basa en trabajo, casa y niños y no tiene apenas tiempo para ella.

A pesar de todas las cosas que han pasado, nunca me he sentido tan feliz como me siento ahora y al mirar a mi familia, a todos los que nos rodean, me siento muy afortunada.

—Fin—

Biografía del autor.

Coral Moon es un seudónimo que uso para firmar mis obras. Nací en un pueblo de Extremadura (España) en el año 1987, aunque desde hace muchos años, vivo en Madrid. Estoy felizmente casada con el amor de mi vida y tengo dos hijos

maravillosos. Desde pequeña siempre me ha gustado escribir, era una forma de evadirme de la vida real, pero solo hace unos dos años que me lo empecé a tomar más

en serio, al ver que mis novelas podrían tener una oportunidad. Finalmente, en el 2015

me lancé a publicar mi primera novela en Amazon “Y llegaste tú” y “Llegaste tú, cambiando mi mundo” Me apasiona leer, escribir, pasar tiempo con los míos, disfrutar

de todo lo que la vida me ofrece.